

Aspectos de la antropología mexicana

José García Payón: pionero de la arqueología veracruzana¹

I

Con motivo de rendir un homenaje al arqueólogo José García Payón (1896-1977) en el centenario de su natalicio –26 de agosto de 1996–, un grupo de colegas miembros del Colegio Mexicano de Antropólogos, A. C., y amigos universitarios, nos reunimos el 21 de octubre de 1996 en el auditorio Alfonso Medellín Zenil del Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana (UV), en la ciudad de Xalapa Enríquez, Ver. Como invitados especiales estuvieron familiares del ilustre arqueólogo.

A manera de presentación del acto, el arqueólogo Gustavo Ramírez Castilla hizo un esbozo biográfico del personaje homenajeado. La arqueóloga Gladys Casimir de Brizuela fue la moderadora de la mesa, en la que participamos los arqueólogos: Noemí Castillo Tejero (presidenta del Colegio Mexicano de Antropólogos, A. C.), Marcia Castro Leal, Jürgen Brüggemann, Omar Ruiz Gordillo, José Antonio Contreras, investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH); la historiadora Olivia Domínguez, el arquitecto René Ortega Guevara, el antropólogo social Fernando Winfield Capitaine y el etnólogo Álvaro Brizuela Absalón, investigadores de la UV.

Una primera versión de estas notas fue leída el 28 de noviembre de 1997 en la reunión académica que fue convocada con motivo de la celebración de los cuarenta años de haberse fundado el Instituto y la Escuela de Antropología en la Universidad Veracruzana.

¹ Ponencia leída en el Museo de Antropología de la UV (21 de octubre de 1996) y en la Facultad de Antropología de la UV (28 de noviembre de 1997).

II

Para entender la tendencia del trabajo profesional del arqueólogo José García Payón, hay que adentrarse en su etapa formativa y la de sus primeros trabajos de campo al lado de Franz Boas y de Manuel Gamio, dos antropólogos que tuvieron influencia importante en la formación de la antropología mexicana.

De don Manuel Gamio, Juan Comas escribió que al haber convivido con familias y peones en la finca Santo Domingo, en los límites de los estados de Puebla, Veracruz, y Oaxaca, aprendió a hablar nahua y conoció las difíciles condiciones de vida de los indios, entonces fue cuando empezó a interesarse en los problemas sociales nacionales, sobre todo los que “afectaban a los indígenas de este siglo” (Matos 1972: 9). Gamio regresó a la Ciudad de México, durante los años de 1906 a 1908 llevó cursos de arqueología, etnología y antropología en el Museo Nacional de México. El trabajo de Gamio se desarrolló en dos campos, los dedicados a la investigación arqueológica, que concluyeron en 1925, para después continuar con los de labor indigenista, hasta el momento de su muerte en 1960 (Matos 1972: 9).

Franz Boas, de origen alemán y emigrado a Estados Unidos de América, estudió física y geografía, y en el desarrollo de su vida profesional dirigió sus estudios hacia la etnología. En 1910, motivado por asuntos académicos, llegó a México para participar en 1911 en la segunda parte del Congreso de la Sociedad Internacional de Americanistas, reunión que hicieron coincidir con la fundación de la primera escuela de antropología –en el Museo Nacional–, la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas. Sus planes fueron amplios y ambiciosos: dedicarse a la investigación arqueológica, etnológica, lingüística y de antropología física. Sus intereses por problemáticas de tipo arqueológico dieron como resultado que José García Payón dedicara gran parte de sus estudios a la arqueología (Rivermar 1988: 105).

Según datos curriculares de José García Payón, es hasta los 13 años de edad que se tienen noticias de él, de cuando viajó a Francia. Este viaje y su estancia en diversos países de Europa fueron posibles porque un miembro de su familia prestaba servicios en el cuerpo diplomático de la República Mexicana. Se dice que fue su padre quien realizó esta actividad (Castillo 1979: XIII), aunque otros documentos personales del biografiado permiten suponer que fue su tío Roberto García Valdés quien perteneció al cuerpo diplomático mexicano. En 1909, José García Payón llegó a la ciudad de París, lugar donde vivió hasta 1913; ahí asistió a la Escuela Secundaria Louis Le Grand. Durante los años de

1914 a 1916 estuvo en Marsella, donde estudió el bachillerato en el Liceo Puget. La circunstancia laboral de su tutor le impidió una estancia prolongada en un lugar que le permitiera el estatus de alumno regular, de ahí que fuese aceptado como alumno especial, alumno oyente, en las universidades europeas de Francia, Inglaterra, Italia y España, países donde estudio las materias: Historia del Arte y Arquitectura Antigua; Historia de la Antigüedad, desde la Prehistoria hasta el Renacimiento; Historia de las Religiones; Geografía; Sociología; Psicología y Geología (García Payón s/f).

En la Universidad de París, como alumno especial del curso Filosofía de la Historia, recibió clases del filósofo francés Henri Bergson. Y en compañía de sus profesores viajó por el Medio Oriente, Egipto, Caldea, Grecia, Roma, etc.; con sus profesores visitó también los vestigios de las civilizaciones grecorromanas de España, Francia, Inglaterra y Alemania (García Payón s/f).

Hay un vacío informativo acerca de lo que ocurrió entre 1916 y 1920. Se sabe que en este último año viajó a Estados Unidos para radicar en la ciudad de Nueva York, suponemos que acompañando el trayecto de las comisiones diplomáticas de su tío Roberto, porque en esa ciudad, y como alumno especial en la Universidad de Columbia, asistió a los cursos de Franz Boas, continuando en la línea de estudios sobre el arte de los pueblos aborígenes de América. Años más tarde, en Baltimore, como alumno en la Universidad Johns Hopkins, recibió cátedra del profesor Gisderles sobre el arte y la arquitectura de Grecia. En 1922, fue designado ayudante del arqueólogo Edgar Lee Hewett, profesor de la Universidad de Nuevo México, e inició sus primeras excavaciones en Tyuoni, Nuevo México (García Payón s/f).

III

En 1928, José García Payón regresó a México y se incorporó a una institución antropológica para hacer arqueología; fue un periodo que Javier Noyola Rocha define como el de una visión integral de la sociedad nacional, y señala que fue una etapa de cambio “profundo en la antropología”, cambios que no fueron únicamente en el equipo que delineó la política antropológica a seguir, sino que fueron de contenido ideológico, “que mostró una pugna profunda con las tendencias de la etapa anterior” (1988: 143).

Con la creación de la Dirección de Antropología, se definió la “primera etapa de la institucionalización de la antropología; una de sus

tareas fue la “formación de una verdadera nacionalidad, fundada en el acercamiento racial, la unificación lingüística y el equilibrio económico de dichos grupos” (Noyola 1988: 144).

Este periodo, referido a la historia de la antropología mexicana, se caracterizó porque se hicieron los primeros esfuerzos serios por acercarse al conocimiento que ayudara a explicar el significado de las sociedades presentes y pasadas “en el contexto mexicano, y con el respaldo de los más altos desarrollos de la ciencia en aquel momento”. Tiempo donde la preocupación fundamental fue tratar de hacer las preguntas correctas por medio de la antropología para tener respuestas positivas, más que el manejo y desarrollo de conceptos (Noyola 1988: 160).

La arqueología, concebida como una disciplina científica que fundamenta sus “observaciones en el estudio de los restos materiales del pasado”, se desarrolló a partir de 1912. Antes de ese año, la tarea era “justificar la presencia de numerosos vestigios del pasado”, acumular objetos; antes de ese año, “prácticamente no existieron proyectos de exploración arqueológica” (Noyola 1988: 182) (excepto las excavaciones de la Comisión Científica de Cempoala, ordenadas durante el Porfiriato para recolectar objetos arqueológicos que serían destinados a la Feria Mundial de Madrid en 1892). Periodo que, tomando una definición de García Payón, se puede definir como el de los “prearqueólogos” (García Payón 1963a: 5).

A Eduard Seler le correspondió iniciar el estudio minucioso de la arqueología en México, para lo cual propuso el manejo conjunto de fuentes históricas, códices y datos arqueológicos. En 1913, las aportaciones de Boas y de Gamio tomaron cuerpo con las excavaciones hechas por este último en San Miguel Amantla, Azcapotzalco, consideradas como las primeras excavaciones de carácter científico que permitieron establecer la primera cronología relativa de la Cuenca de México. A partir de ellas se realizaron proyectos que tuvieron sustento en métodos científicos, aunque lentos en su avance; la seguridad de sus afirmaciones y resultados los ponen fuera de duda (Noyola 1988: 195).

En 1925, Manuel Gamio, después de renunciar a la Subsecretaría de Educación Pública salió al vecino país del norte con destino a Washington, D.C., allí estudió “las condiciones de vida de los residentes de origen mexicano y los problemas de los braceros, agravados por una fuerte discriminación racial”; en 1926 inició la investigación de los inmigrantes mexicanos (González Gamio 1987: 87-88, 92). En 1925, Gamio invitó a García Payón a colaborar en los estudios de la población que emigraba a trabajar a Estados Unidos.

Cuando en 1928 García Payón regresó a México, el ambiente social y político dejado por el movimiento armado se encontraba en una etapa de reordenamiento; el grupo vencedor consolidó su hegemonía y delineó la política económica e ideológica que tendría repercusiones en la naciente antropología científica mexicana. Años en que los estudios integrales estuvieron en boga y “dominaron el panorama del quehacer científico”, aunque dichos estudios “estaban muy lejos de ser interdisciplinarios”, su importancia histórica radica en que “fueron los primeros intentos serios por dilucidar el significado de sociedades presentes y pretéritas en el contexto mexicano” (Noyola 1988: 141, 160).

Entonces los problemas sociales de la población del país y en particular de los pueblos indios eran un asunto prioritario a resolver por el gobierno de la República, y esta preocupación definió los programas de la Dirección de Antropología, donde la utopía se asomó a los programas del estado en busca de la eficacia para que las “mayorías alcanzaran el nivel de las minorías” (Noyola 1988: 162). Por un lado, conocer cuántos y cómo éramos entonces, para poder aplicar los programas de bienestar y desarrollo. Por el otro, conocer el modo de vida de los pueblos del pasado y el origen del hombre americano. Intereses que se conjugaron en los campos de la antropología y tuvieron resultados a través de los estudios de antropología física, etnografía, arqueología y lingüística (Noyola 1988: 182).

Después de la renuncia de Gamio a la Dirección de Antropología, ésta desapareció y fue reestructurada en dos subdirecciones: la de Población Precolonial, dedicada a la arqueología; y la de Población y Territorio, a cargo de la etnología, la lingüística y la historia (Lameiras citado por Noyola 1988: 149).

Con la Dirección de Antropología se establecieron los cimientos “infraestructurales de una antropología financiada por el Estado, de carácter científico, actualizada y comprometida con las tareas del Estado, y en la configuración y definición ideológica del ser nacional” (Noyola 1988: 140).

En 1929, José García Payón fue nombrado jefe del Departamento de Arqueología del Gobierno del Estado de México, un año después de que George Vaillant, arqueólogo que según Brüggemann tuvo influencia en García Payón (Brüggemann 1996: 1), había iniciado excavaciones en Zacatenco. Fundó el Museo Arqueológico del Estado de México, “siguiendo lineamientos en boga sobre investigación y museografía adquiridos durante su estancia en diferentes países” (Ruiz Gordillo 1988: 134); el mes de septiembre de ese año fue nombrado director de la Biblioteca Pública del Estado de México, de la que estuvo encargado

de 1929 a 1934. En 1929, en Toluca, fue donde conoció a Magdalena García Ramos, y en 1941 contrajeron matrimonio.

En 1932, con permiso de la Jefatura del Departamento de Monumentos, empezó sus trabajos arqueológicos en la zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca. Los treinta fueron años de gran desenvolvimiento de las técnicas de reconstrucción, restauración y consolidación de los edificios precoloniales. De entre los trabajos sobresalientes destacaron los de conservación de la Pirámide de los Nichos, en Tajín, llevados a cabo por Agustín García Vega en 1934, y los que realizó en Calixtlahuaca José García Payón en 1932 (Noyola 1988: 198).

Don José García Payón trabajó en el Estado de México cuando Lázaro Cárdenas asumió la Presidencia de la República, época en que los trabajos estuvieron enfocados a los requerimientos ideológicos del estado (Gándara 1992: 35). Se pretendía que esta actividad estuviese “ligada al pueblo que lo patrocinaba, y el vínculo fue resuelto mediante dos recursos básicos: la reconstrucción monumental y los museos de historia cultural” (Gándara 1992: 35). García Payón estuvo muy relacionado con ambos campos, aunque después de 1960, únicamente se ocupó de la arqueología.

A la arqueología de los años veinte a los treinta se le define como de experimentación; fue una práctica de ensayo y error la que se aplicó a los trabajos de conservación “de los principales edificios del país”. Más tarde, después de mucho bregar en el ensayo y el error, llegó la crítica y la reglamentación depurada. Fue la etapa en que “al tiempo que se consolidaba el Estado Mexicano, la disciplina se constituía como tal, comprometida con las tareas estatales, pero como objeto de estudio establecido” (Noyola 1988: 198).

IV

Acerca de la presencia del arqueólogo José García Payón en Veracruz, el desaparecido historiador David Ramírez Lavoignet comentó que, en 1937, un grupo de veracruzanos residentes en México le pidió al licenciado Gonzalo Vázquez Vela, entonces Ministro de Educación, que fuesen explorados los sitios arqueológicos en Misantla, y al año siguiente José García Payón salió comisionado (entrevista a Ramírez Lavoignet en 1985) a Misantla y Tajín; en este último prosiguió los trabajos que entre 1935-1938 había realizado Agustín García Vega.

En 1938, por parte del Departamento de Monumentos Prehispánicos de la Secretaría de Educación Pública (SEP), a Veracruz llegó el

arqueólogo José García Payón; su comisión primera fue hacer un recorrido diagnóstico en la región serrana de Misantla, y en el Tajín en la porción costeña del Totonacapan. Resultado de sus trabajos exploratorios y de liberación de edificios fue el estudio acerca de la exposición de los monumentos a las condiciones climáticas y de suelos fértiles, intemperización que provoca deslaves o el crecimiento de vegetales que una vez liberado el edificio continúan su acción de deterioro. Con ese conocimiento, las primeras recomendaciones del arqueólogo fueron la consolidación y restauración de fachadas y edificios explorados y, sobre todo, atender con urgencia la exploración, consolidación y restauración de la Pirámide de los Nichos. En 1939 se empezó a conocer el sistema constructivo de la Pirámide de los Nichos, pirámide en talud, de lajas con amarre, sin descanso (García Payón 1939-1940).

Citaré dos informes de campo de sus primeras temporadas en Tajín, en ellos nos revela su interés por desentrañar la identidad de los constructores de Tajín:

...si bien es cierto que podríamos sostener unas que otras probabilidades sobre el origen de esta cultura, resaltan también evidencias que justifican opuestas teorías, que sólo... aumentarían las divergencias (García Payón 1939-1940: 43).

Debido a lo anterior propuso trabajos futuros de exploración y análisis. En cuanto a opiniones discrepantes que dieron motivo para profundizar sus estudios en Tajín, citó el caso de Spinden, de entre los estudiosos que trataron de relacionar el estilo arquitectónico de este sitio con algunas características de la arquitectura del viejo imperio maya: Tikal, Yaxchilán y Palenque. También con los del periodo intermedio: Río Bec, Uxmal, Chalmultun, Chacbolay y Labná. Él consideró problemático que se llegase a comprobar que el desarrollo de los nichos tuviese su origen en el viejo imperio maya (García Payón 1939-1940: 45), sobre todo, porque esta particularidad de nichos es un elemento arquitectónico regional, que no se ha encontrado fuera de este territorio conocido como Totonacapan.

Otras ideas discrepantes se refieren a la filiación étnica que le han dado a la cultura de Tajín. Las argumentó explicando que aunque las estructuras arquitectónicas regionales son atribuidas a un origen pluriétnico, existe una fuerte opinión acerca de que los constructores fueron totonacas; esta corriente tuvo su origen en conceptos que manejó Eduard Seler desde 1906, quien propuso que los constructores fueron los antecesores de los actuales totonacas, que él supuso "fueron olmecas"

históricos, basándose en la referencia de Bernardino de Sahagún (García Payón 1939-1940: 46).

Otra aclaración la dirigió a un grupo de investigadores con relación al estilo escultórico de Tajín, únicamente expresado en el área ocupada por totonacas, y que como éstos han “vivido en la misma región por un periodo no menor de 1000 años, por lo cual consideran los monumentos arqueológicos de esta región como pertenecientes a la cultura de este pueblo”, que suponen alcanzó su desarrollo en los siglos XII a XIII (García Payón 1939-1940: 46-47).

Ante otras evidencias arqueológicas del sitio y similitudes con la cerámica de otros lugares, lo explicó como:

...fuertes influencias, intercambios o diferentes culturas que a su turno están corroboradas por la subestructura encontrada en la pirámide de Tajín, lo que en resumen nos provee de muchos datos sueltos que sólo podrán ser dilucidados por medio de una sistemática exploración y estudio y consecuentemente con una mentalidad alerta a nuevos descubrimientos que será el factor esencial para evidenciar las distinciones entre hechos e inferencias y entre observaciones e hipótesis (García Payón 1939-1940: 52).

Un dato relevante es la datación del abandono del grupo de poder en Tajín, para ello comparó tipos cerámicos. Este análisis comparativo lo hizo con base en materiales cerámicos procedentes de Xiuhotelco, Puebla; Zempoala, Misantla y Tajín, Ver., y al tipo cerámico *café sobre anaranjado* con motivos zoomorfos en el centro de la vasija, la que se clasificó como Azteca I, “su manufactura en el Valle de México abarcó un periodo largo”. Con ello propuso que el abandono de Tajín sucedió durante la producción de este tipo cerámico; este análisis le permitió predecir que los supuestos sucesos bélicos en Tajín debieron de ocurrir hacia la última época de los tipos Coyotlatelco, Mazapa, Matlazinca III; es decir, “alrededor de los años 1180-1200” de la era.

En sus informes y textos publicados está presente la preocupación por desentrañar el origen de los constructores de la urbe. Así ocurrió en el VI Congreso Nacional de Historia celebrado en 1943 en Xalapa. Manejó la tesis de la relación Tajín-Teotihuacan, donde, sin negarlo enfáticamente, no dio un origen totonaca a Tajín, y a decir de Ramírez Lavoignet, esta posición de García Payón causó polémica y recibió una fuerte crítica por parte de Enrique Juan Palacios y José Luis Melgarejo Vivanco, quienes han defendido la tesis de que los constructores de Tajín fueron totonacas (entrevista a Ramírez Lavoignet en 1985).

En torno a este tema, los trabajos del arqueólogo García Payón están siendo estudiados por el suscrito, para, entre otros asuntos y teniendo

en cuenta lo arriba escrito, tratar de esclarecer por qué en algunos textos expresa duda y en otros da una filiación étnica o cultural acerca de quiénes construyeron Tajín.

V

En 1943, cuando transcurría su tercer periodo de gobierno, el licenciado Jorge Cerdán (septiembre de 1942-septiembre de 1943), al referirse a la educación universitaria en su informe rendido a la XXXIX Legislatura del Estado de Veracruz, se ocupó de la extensión universitaria del Departamento Universitario (Cerdán 1986: 7162). Destacó como acontecimiento de importancia excepcional el VI Congreso Nacional de Historia, que en ese momento se celebraba en la capital del Estado. Páginas adelante de su informe, le dedicó unas líneas al tema del Museo Arqueológico del Estado:

La reorganización del Museo Arqueológico ha sido confiada al competente arqueólogo José García Payón, que dispone ya del personal subalterno necesario para el desarrollo de sus actividades (Cerdán 1986: 7164).

En el marco del Congreso, el licenciado Cerdán informó a los congresistas la creación del Museo. “De hecho lo fundó y nombró a García Payón como director” (Brizuela 1994). La experiencia de García Payón en el manejo de museos se hizo patente con la fundación en 1934 del Museo de Arqueología del Estado de México, en la ciudad de Toluca.

Acerca de su arribo a Xalapa, José García Payón escribió:

Mi residencia en Xalapa es a partir de 1943, [año] en que el Licenciado Jorge Cerdán, Gobernador del Estado en aquel entonces, pidió a la SEP que una persona especializada se encargara de la formación del Museo del Estado, habiéndoseme honrado con esa comisión, como consta en todos los oficios cuyas copias adjunto (Archivo General del Estado de Veracruz, Fondo José García Payón).

Para tener un asiento oficial se formó el Departamento de Arqueología, dependiente del Departamento Universitario, de este último era jefe el doctor Manuel Suárez. Ese año, el arquitecto Ignacio Marquina, como director de Monumentos Prehispánicos, firmó el documento que comisionaba al arqueólogo García Payón (Archivo General del Estado de Veracruz, Fondo José García Payón).

El 3 de mayo de ese año, por medio del Oficio 3702, el doctor Manuel Suárez le comunicó al arqueólogo García Payón que, por acuerdo del gobernador constitucional del Estado, se aprobó el nombramiento de encargado del Departamento Arqueológico del Estado, con un sueldo mensual de \$300.00, señalado en la partida 197 del presupuesto de egresos en vigor (Archivo General del Estado de Veracruz, Fondo José García Payón).

El proyecto del museo iba en marcha; al respecto, el licenciado Cerdán informó al año siguiente que: el ejecutivo estatal gestionó ante el Gobierno Federal la cesión de un edificio, que sería derribado para construir otro de dos plantas, con las salas necesarias y un auditorio (Cerdán 1986: 7238, 7287).

Al respecto, el etnólogo Roberto Williams dijo: “Aunque conceptualmente no fue un museo antropológico, los objetos arqueológicos se exhibieron en la calle Zamora, y ‘eso se tomaba como la presencia de un museo’” (Brizuela 1994). Por otro lado, el historiador Ramírez Lavoignet informó que fue en la casa (hoy número 37) de la calle Zamora donde el arqueólogo García Payón organizó el museo. Para ambientarlo, invitó al señor Román Solano, maquetista del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), quien realizó en yeso maquetas de la Pirámide de los Nichos, Tajín Chico y el templo dedicado a Ehécatl-Quetzalcóatl de Cempoala.

Ramírez Lavoignet recordó que en 1944 un ciclón azotó el poblado de Santa Cruz, Altotonga. De los deslaves provocados en los montículos fueron rescatados “objetos diversos de la cultura totonaca de la última época, cerámica tipo Xiutetelco del clásico totonaca y figurillas de jade...”. Una parte de estas figurillas las mostró en el museo, otras fueron llevadas a la Ciudad de México. Los trabajadores del museo eran pagados por la Universidad Veracruzana (entrevista a Ramírez Lavoignet en 1985).

VI

En cuanto a lo arqueológico y la idea de un museo antropológico, se inició una actividad paralela. Esta actividad se realizó en la Sección de Asuntos Indígenas. Aguirre Beltrán, al referirse a la Sección y al profesor José Luis Melgarejo Vivanco como el nuevo director, comentó que a partir de 1942 cambió “la orientación de la vieja Sección... porque llegó a la dirección una persona que tenía inquietud de carácter académico, fundamentalmente de investigación arqueológica, que hizo posible se reuniera en [la Sección de] Asuntos Indígenas un grupo de gentes que vinieron a cooperar con él” (Brizuela y Casimir 1986).

Sobre el tema, Ramírez Lavoignet comentó que el profesor Melgarejo “se valió de sus alumnos y de sus amigos para traer tepalcates”, actividad en la que el historiador entrevistado participó. Recordó que salían los sábados y los domingos; no hacían excavaciones, únicamente levantaban los tepalcates de la superficie y se guardaban en bolsas y canastas, “íbamos como de excursión... a ver qué encontrábamos” (entrevista a Ramírez Lavoignet en 1985).

El licenciado Cerdán, en su segundo informe de labores, abordó el tema de la política indigenista y de las actividades de la Sección de Asuntos Indígenas, de esta Sección dijo: “se ha colocado en un plano de investigación sistemática respecto a la situación y condiciones en que viven los diversos núcleos indígenas en el Estado”. El comienzo de esta investigación permitió el conocimiento desde “el punto de vista político y geográfico” que llevó a delimitar los territorios que ocupaban las poblaciones indias, y establecer las diferencias “por sus características raciales y lingüísticas”, con la finalidad de facilitar las tareas oficiales y de que los programas “de carácter económico y moral”, emprendidos por el Gobierno del Estado, logran su propósito (Cerdán 1986: 6996).

El 23 de octubre de 1943, mediante el oficio 7331, firmado por el gobernador Cerdán, el secretario de Gobierno Miguel Aguillón y por el propio García Payón, se comisionó al arqueólogo para inspeccionar y dictar las disposiciones relativas para la conservación de las riquezas arqueológicas existentes en los diversos municipios de la entidad. Cuando García Payón recibió estos nombramientos y comisiones tenía cinco años de haber llegado a hacer arqueología a la entidad. Ese mismo año, el Departamento de Arqueología, a cargo de García Payón, formó parte del Departamento Universitario, y en 1944, cuando se fundó la Universidad Veracruzana, este Departamento se constituyó como uno de sus centros de investigación; con ello se le dio carácter institucional a la antropología en la nueva universidad.

José García Payón llegó con experiencia de campo y conocimiento de las tipologías cerámicas, que para entonces eran un recurso indispensable para establecer secuencias cronológicas. Llama la atención que dos profesionistas con cargos en el Gobierno del Estado no hayan establecido comunicación, particularmente en el caso de la Sección de Asuntos Indígenas, donde no había antropólogos, y su director debió acercarse al Departamento Arqueológico con la finalidad de que los estudiantes normalistas, alumnos del director de la Sección, recibieran capacitación para que la recolección de la cerámica de superficie se hiciera en forma sistemática.

El 2 de julio de 1944, el licenciado Adolfo Ruiz Cortines asumió la gubernatura del Estado. Como candidato, en su campaña electoral

manejó la consigna: en Veracruz “sólo un ismo, el veracruzianismo” (Corzo y García 1990: 100-101). Presuponemos que ese lema regionalista reforzó la idea de un veracruzianismo por veracruzanos, y que al mismo tiempo tuvo como efecto la no realización del proyecto del Museo Arqueológico propuesto por el licenciado Cerdán. La Casa Museo fundada en la calle Zamora puede ser la lectura de aquella política cultural.

Por aquellos años, don Pepe estaba dedicado a la investigación, cumpliendo con sus actividades de arqueólogo; no estaba pegado al aparato político, él todavía no tenía raíces aquí, no sabía si se iba o se quedaba (Brizuela 1994). La vida profesional dedicada a Veracruz fue prolífica a lo largo de más de 35 temporadas de campo en Tajín, otras tantas en Zempoala, Trapiche y Chalahuite, Santa Luisa, Teayo, etc., con más de 50 informes de campo de sus tareas en Veracruz, 13 libretas de campo, 55 artículos y ensayos, cuatro libros y cuatro guías de sitios arqueológicos. Para el Estado de México, cinco informes de campo, 17 artículos, dos guías de sitios arqueológicos, la fundación del Museo Arqueológico y la Dirección de la Biblioteca Pública del Estado de México, en Toluca. Para el Estado de Guerrero, un informe y un artículo. Para el Estado de Puebla, siete informes de campo y un artículo, y para la zona maya, un informe de campo. Además, ocho artículos diversos sobre el México antiguo y un libro. Sus propuestas están plasmadas en los guiones museográficos para las culturas del Golfo en el Museo Nacional de Antropología.

Hay mucho que escribir acerca de la vida y la obra de don José García Payón, uno de los mexicanistas *“les plus illustres; car je suis persuadé de votre valeur, qui se compare seulement avec votre modestie”* (Tibon 1969).

De él escribió Gladys Casimir: “fue maestro fundador... su mayor legado lo constituye la dedicación y seriedad profesional manifiesta en su obra, a pesar de los pocos recursos económicos destinados a la misma” (Casimir 1993: 70).

Hombre universal, profesional de “visión amplia y precisa de la Costa del Golfo”, su trabajo se caracterizó por recorridos y excavación de sitios monumentales arquitectónicos, que, como ningún otro investigador, le permitieron establecer relaciones (Castro 1996: 12). Para Marcia Castro, él hizo aportes a la arqueología de la Costa del Golfo, y en particular del Centro de Veracruz, sin los cuales no se podrían concebir los fundamentos de esta entidad cultural como unidad arqueológica, que por sus materiales se distingue del resto del territorio de Mesoamérica (1996: 12).

Don Pepe García Payón murió el 28 de mayo de 1977. La comuna encabezada por el presidente municipal, Rubén Pabello Rojas, el 1 de julio de 1977, acordó poner el nombre de José García Payón a una de las calles de la ciudad de Xalapa.

El 22 de octubre de 1977, la señora Magdalena García viuda de García Payón, en una calle de la ciudad develó la placa con el nombre del “xalapeño de vecindad ilustre, muy ilustre José García Payón” (*Diario de Xalapa* 1977).

Bibliografía citada:

- ARCHIVO GENERAL DEL ESTADO DE VERACRUZ, *Fondo José García Payón*. Xalapa: AGEV.
- BRIZUELA ABSALÓN, ÁLVARO, 1985. “Entrevista grabada a David Ramírez Lavoignet”. Xalapa, Ver. (archivo personal).
- _____, 1994. Entrevista grabada a Roberto Williams García. Xalapa, Ver.
- BRIZUELA ABSALÓN, ÁLVARO Y GLADYS CASIMIR, 1986. “Entrevista a Gonzalo Aguirre Beltrán, 1985”. En: *Anales Antropológicos. T. I: Ch'ixxkú*. Xalapa: Facultad de Antropología-UV.
- BRÜGGEMANN, JÜRGEN K., 1996. *José García Payón a través de su obra: un ejemplo*. Ponencia en Homenaje a José García Payón. Xalapa: UV/Museo de Antropología.
- CASIMIR, GLADYS, 1993. “José García Payón: pionero de la arqueología veracruzana”. En: *Revista de la Universidad Cristóbal Colón*, año 4, n. 8, pp. 65-70.
- CASTILLO TEJERO, NOEMÍ, 1979. “José García Payón”. En: José García Payón, *La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los matlatzincas: etnología y arqueología* (notas de Wanda Tomasi de Magrelli y Leonardo Manrique Castañeda), pp. XIII-XIX. Toluca: Gobierno del Estado de México/Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- CERDÁN, JORGE, 1986. “Informe rendido ante la XXXIX H. Legislatura del Estado de Veracruz correspondiente a la gestión gubernativa desarrollada del 16 de septiembre de 1941 al 15 de septiembre de 1942”. En: Carmen Blázquez Domínguez, *Estado de Veracruz: informes de sus gobernadores 1826-1986 (t. XIII)*. Xalapa: Gobierno del Estado de Veracruz.
- CORZO RAMÍREZ, RICARDO Y SOLEDAD GARCÍA MORALES, 1990. *Sumaria Historia de Veracruz. Porfiriato y Revolución Mexicana: la reconstrucción 1915-1950*. Xalapa: Gobierno del Estado de Veracruz (Col. V Centenario).
- GÁNDARA, MANUEL, 1992. *La arqueología oficial mexicana: causas y efectos*. México: INAH (Col. Divulgación).
- GARCÍA PAYÓN, JOSÉ, 1939-1940. *Exploraciones en la zona arqueológica de Tajín, del municipio de Papantla, Veracruz, durante las temporadas 1939-1940*. México: Archivo Técnico-INAH.
- _____, 1952. “Totonacas y olmecas: un ensayo de correlación histórico-arqueológica”. En: *Universidad Veracruzana*, n. 4, pp. 27-52.

- _____, 1958. "La evolución histórica del Totonacapan". En: *Miscellanea Paul Rivet: Octogenario Dicata*, pp. 443-453. XXXI Congreso Internacional de Americanistas. México: UNAM.
- _____, 1963a. *Bibliografía arqueológica de Veracruz*. Xalapa: UV (Col. Cuadernos del Instituto de Antropología).
- _____, 1963b. "Quiénes construyeron El Tajín y resultados de las últimas exploraciones de la Temporada 1961-1962". En: *La Palabra y el Hombre*, abril-julio, pp. 243-252.
- _____, 1965. "Descripción del pueblo de Gueytlalpan (Zacatlán, Juxupango, Matatlán y Chila, Papantla, 30 de Mayo de 1581). Alcalde Mayor Juan de Carrión: aclaraciones y notas histórico-arqueológicas por José García Payón". En: *Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias*, v. 23.
- _____, 1979. *La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los matlazincas* (1a. parte). México: Departamento de Monumentos-SEP.
- _____, s/f. *Curriculum Vitae*. Xalapa: AGEV, Fondo José García Payón (mecanoescrito, s/p).
- GONZÁLEZ GAMIO, ÁNGELES, 1987. *Manuel Gamio: una lucha sin final*. México: UNAM.
- MATOS MOCTEZUMA, EDUARDO, 1972. *Manuel Gamio: arqueología e indigenismo*. México: SepSetentas.
- NOYOLA ROCHA, JAVIER, 1988. "La visión integral de la sociedad nacional". En: Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico. V. II: Los hechos y los dichos (1880-1986)*, pp. 133-220. México: INAH (Col. Biblioteca del INAH).
- RIVERMAR PÉREZ, LETICIA, 1988. "En el marasmo de una rebelión cataclísmica". En: Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico. V. II: Los hechos y los dichos (1880-1986)*, pp. 89-131. México: INAH (Col. Biblioteca del INAH).
- RUIZ GORDILLO, J. OMAR, 1988. "José García Payón". En: Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico. V. X: Los protagonistas (Díaz-Murillo)*, pp. 133-138. México: INAH (Col. Biblioteca del INAH).
- TIBÓN, GUTIERRE, 1969. *Correspondencia con José García Payón*. Xalapa: AGEV, Fondo José García Payón.

Hemerografía citada:

DIARIO DE XALAPA, 23 de octubre de 1997.

Álvaro Brizuela Absalón
Instituto de Antropología-UV

Una revaluación de dos mujeres pioneras en la antropología mexicana: Isabel Ramírez Castañeda (1881-1943) y Zelia Nuttall (1858-1933)

Comentario sobre un estudio de Apen Ruiz Martínez

En un ensayo anterior sobre Isabel Ramírez Castañeda (Rutsch 2003) rescaté la historia de esta antropóloga de principios del siglo pasado, mediante los pocos testimonios archivísticos y escasa bibliografía secundaria que tenemos de su autoría y la que versa sobre ella. Presenté lo que conocemos de su biografía como una antihistoria (término acuñado por Stocking 2001) de los comienzos de la antropología y de su profesionalización en México.

Algún tiempo después, Apen Ruiz Martínez (2006) publicó un interesante ensayo dedicado a Isabel Ramírez y Zelia Nuttall, en el que analiza la forma de practicar antropología de ambas mujeres. Enfatiza la cuestión de género con atención al espacio que las protagonistas ocuparon en la ciencia de la época y nos ofrece una reflexión sobre su respectiva escritura. La autora resalta el amplio contraste entre la trayectoria de estas mujeres, afirmando que una –Zelia Nuttall– tuvo una historia académica de éxito, mientras que la trayectoria de Isabel Ramírez fue un fracaso. En efecto, el contraste entre las dos mujeres es muy grande. Por ello, aparte del hecho de haber sido mujeres que vivieron durante la misma época y se dedicaron a actividades similares, a la vez fueron personajes tan disímbolos que una comparación de sus trayectorias parecería muy difícil. Sin embargo, esta misma dificultad constituye un reto, y a lo largo del ensayo de Apen Ruiz el lector encuentra múltiples puntos de sugerente reflexión, por lo que me animé a escribir estas páginas.

Veamos: ciertamente, ambas dedicaron sus esfuerzos a la arqueología de México; como escribe la autora, Isabel Ramírez también realizó escritura etnográfica. Pero mientras Ramírez fue maestra de *kindergarten* y de primaria, y comenzó sus estudios arqueológicos desde 1906, primero en el Museo Nacional y más tarde como alumna de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas (EIAEA), Zelia Nuttall ya para entonces era una profesional reconocida: en 1907 el Museo Nacional le otorgó la distinción de nombrarla profesor honorario en atención a sus servicios y conocimientos sobre el México antiguo, junto con Eduard Seler y Alfred P. Maudslay. También en círculos estadounidenses e internacionales era conocida por sus estudios y publicaciones. Zelia Nuttall había trabajado bajo la dirección de

Frederick Ward Putnam y, el entonces también asistente, Franz Boas, en la Feria Mundial de Chicago, en la que ganó una medalla de plata por su exposición de colecciones. Veintitrés años mayor que Isabel Ramírez, la reputación científica de Zelia Nuttall creció sobre todo por el descubrimiento de dos códices, uno de ellos, el *Códice Magliabecchiano*, en 1890 en Florencia. Y pocos años después, en 1896, encontró en Inglaterra el código mixteco que lleva su nombre (Nuttall 1992).¹ Zelia Nuttall no sufría de falta de autoconfianza, y al respecto Alfred M. Tozzer escribe que ella tuvo “una fe notable en la verdad de sus teorías”. De ejemplo sirva su primer escrito para el Museo Peabody, el que versó en torno de un objeto azteca que ella identificó como adorno de cabeza o penacho, mientras Eduard Seler –para entonces el mexicanista más reconocido– creía ver en él un estandarte prehispánico.² Basado en el *Códice Magliabecchiano*, ella pudo, sin embargo, comprobar la justeza de su propia afirmación en contra de lo que Eduard Seler había sostenido,³ y en 1902 se publicó el *Códice Nuttall*. Con ello y otros escritos suyos su trabajo resultó en un aporte duradero a los estudios sobre el México prehispánico, hecho que también la separa de Isabel Ramírez, de la que sólo se publicaron tres pequeños artículos.

Con todo, Zelia Nuttall fue una mujer que no trabajó como empleada para una institución, sino financiada por su amiga mecenas Phoebe Hearst, o ella misma costeara sus viajes de estudio con recursos heredados de su familia. En cambio, Isabel Ramírez sí fue trabajadora del Museo y vivía de su salario, y por ello también solicitó y se le otorgaron algunas becas para sus estudios. Como señala Apen Ruiz, ella no era una mujer que por posición socioeconómica, cuestiones de nacionalidad y la carencia de conocimiento de idiomas occidentales hubiera podido acceder fácilmente a círculos de posibles mecenas internacionales. Esta diferencia entre las dos mujeres sin duda es muy importante y nos explica gran parte del porqué del éxito y el fracaso de una y otra.

¹ Los prologuistas de esta edición notan que existe la costumbre de denominar al código como “Zouche” (su dueño durante el siglo XIX), Zouche-Nuttall, o Nuttall. Agregan que Eduard Seler, que estaba en desacuerdo con la señora Nuttall en varios aspectos, expresó que el nombre *Códice Zouche* era el más correcto: “*Códice Nuttall*, eigentlich *Códice Zouche*, nach dem Besitzer zu nennen” (Nuttall 1992). Aquí es interesante agregar que Tozzer (1933: 477) menciona que el nombre Nuttall fue adoptado a insistencia de Putnam con ocasión de su publicación por el Museo Peabody. El *Códice* es hoy propiedad del Museo Británico. Aparte de su publicación facsimilar, el mérito perdurable de Nuttall consiste en su interpretación, ya que identificó al *Códice* como un relato historiográfico de dinastías mixtecas, por lo que Bernal (1979: 143) la elogia como “primera mujer que hace una aportación valiosa a la arqueología mexicana”. Ella identificó también al Señor 8 Venado. En cambio, la interpretación “astralista” de Seler, quien identificó al mismo personaje con Quetzalcóatl, y por tanto con Venus, se desacreditó.

² Véase Tozzer (1933: 479) y Parmenter (1966: 90).

³ En realidad, hoy día Zelia Nuttall también es recordada porque fue la primera en llamar la atención sobre la importancia de la observación astronómica del cenit en el México antiguo (véase Tichy 1991: 32).

En este contexto y los casos bajo discusión, el empleo de la noción de “amateur” para Zelia Nuttall –quien no tuvo un empleo y trabajó independientemente– vs. la “profesional” Isabel Ramírez –quien sí tuvo tal empleo en una institución– no nos ayuda mucho para entender “la ambigua localización de las mujeres en los primeros momentos de profesionalización” (Ruiz 2006: 114). Reducido a un solo criterio (el del empleo institucionalizado) se describe igualmente la actividad de algunos hombres dedicados a los mismos estudios prehispánicos durante ese periodo (por ejemplo, a Teobert Maler).

Lo que sí nos ayuda a entender esta “ambigua localización de las mujeres”, me parece, es otro episodio en la vida profesional de Zelia Nuttall descrito en el ensayo discutido aquí. En 1902, durante una estancia en México, Nuttall se enamoró de la así llamada Casa Alvarado, en Coyoacán. La adquirió y comenzó a vivir en México, siendo asistente de investigación del nuevo Museo de Berkeley, asociado a la Universidad de California (museo que fue patrocinado por su amiga Phoebe Hearst). Con su residencia en Coyoacán, Nuttall tuvo oportunidad de relacionarse más estrechamente con el mundo intelectual y antropológico del México de la época,⁴ en el que Isabel Ramírez apenas dio sus primeros pasos.

Según Apen Ruiz, el espacio que Zelia Nuttall ocupó entre los intelectuales mexicanos de la época fue marcado por un notable conflicto con el entonces inspector de Monumentos Arqueológicos, Leopoldo Batres, quien le impidió seguir sus excavaciones en la Isla de Sacrificios y logró que Nuttall tuviera que restringir sus excavaciones al jardín de su casa. Aunque Zelia Nuttall se había divorciado de su esposo Alphonse Louis Pinart (1852-1911) desde 1888, en su polémica con Nuttall, Leopoldo Batres aludía a ella como “la Sra. Zelia Nuttall de Pinart” (Batres 1910), de manera un tanto despectiva, y se refería a características de su personalidad, como también lo hicieron Franz Boas y Eduard Seler en su correspondencia privada (Rutsch 2007). Por múltiples razones y prejuicios, en aquellos tiempos a menudo se identificaba el trabajo intelectual con la personalidad de las todavía escasas mujeres en antropología. Ésta también fue la suerte de Isabel Ramírez Castañeda, quien en correspondencia personal –por ejemplo, de Engerrand– es descrita como “de pocas luces”, “chismosa”, “vanidosa sin límites”, y en correspondencia de Henríquez Ureña se resalta su vestir “como de las doñas clásicas”, etc. Por ello, Apen Ruiz afirma que “para estas

⁴ Parmenter nota que fue miembro de la Sociedad Antonio Alzate y de la Sociedad de Geografía y Estadística. Para todo extranjero visitante de México la Casa Alvarado fue “literally a Mecca” (Tozzer 1933: 480).

mujeres pioneras en antropología fue difícil que la valoración de sus aportaciones científicas no estuviera mediada por comentarios acerca de su personalidad, sus características físicas o incluso el tono de su voz” (Ruiz 2006: 106). El enfoque de género que suscribe la autora permite reconocer de múltiples maneras el predominio del ego masculino en la ciencia de la época, trátase de la mujer (Zelia Nuttall) que, según Boas, podía “hablar sobre arqueología de forma agradable y accesible” (Rutsch 2007: 243) o de la chica (Isabel Ramírez) “que recogía cerámica” (Ruiz 2006: 115).

Pero sobre todo Apen Ruiz ve esta polémica ligada a la luz de la disputa nacional(ista) sobre el origen del “hombre” americano (mexicano). Incluso al final de su ensayo la autora presenta un llamado a la reflexión sobre el contexto nacional/internacional de sus personajes en relación con la articulación antropología-nación. Éste es un aspecto político y epistemológico muy interesante de aquella polémica (véase también Ruiz 2003). Pero habría que contextualizar esta polémica también en otro sentido que atañe al papel que desempeñó Nuttall en relación a la EIAEA.

Según la autora, Zelia Nuttall ocupó un espacio de intermediación entre culturas y desempeñó un papel importante en el establecimiento de la EIAEA, pero una vez que se había establecido, ella se mantuvo al margen durante todo el periodo de funcionamiento de la EIAEA. En este sentido, describe a Zelia Nuttall como si deliberadamente hubiera tenido una “localización múltiple y autónoma” (Ruiz 2006: 108) respecto de las redes científicas y el funcionamiento de esta escuela internacional.

Parece que en este punto la autora ve a Nuttall como heroína solitaria, imagen que, sin embargo, se modifica con un examen detallado de las redes científicas nacionales/internacionales del momento. Es cierto que Nuttall –a petición de Boas– intervino varias veces personalmente ante el subsecretario Chávez para presionar por la aprobación de los estatutos de la EIAEA. No obstante, en estos buenos oficios intervinieron también su propia ambición así como la astucia y las ambiciones políticas de Boas y de Selser, ambos involucrados –cada quien con sus propios intereses y los de su respectivo país– en el establecimiento y funcionamiento de la EIAEA. A estos intereses Zelia Nuttall había hecho un muy flaco favor cuando pretendió establecer la escuela en su propia casa de Coyoacán (Rutsch 2007: 243 y ss.), además de que sus confrontaciones y enemistades con Leopoldo Batres contravinieron al establecimiento de la escuela, ya que durante esos años un buen entendimiento con el inspector de Monumentos era fundamental para el establecimiento y la futura marcha de la EIAEA. En efecto, como escribe Apen Ruiz, ella tuvo un papel de intermediaria, pero sólo hasta que

comenzaron sus desavenencias con Batres y sus intentos por controlar el destino de la escuela, todo lo que llevó a que Zelia Nuttall se convirtiera en un elemento político negativo a ojos de los extranjeros directivos de la EIAEA y de los mexicanos, a quienes devolvió su distinción honoraria en protesta por las arbitrariedades –tal como ella las entendió– de Leopoldo Batres.

Además, en este punto cabe agregar que Batres tuvo una larga lista –publicada por él mismo– de los que tildó como sus enemigos, entre los cuales encontramos nombres como los de Marshall Saville, Porfirio Aguirre y Manuel Gamio, a los que –al igual que a Nuttall– impidió seguir sus excavaciones. Por ello es importante ubicar la centralidad del poder de la (todavía) joven nación mexicana y la expresión de su imagen y poder en arqueología, tal como refiere Apen Ruiz.

Un aspecto revelador es el que la autora dedica a la escritura etnográfica de Isabel Ramírez, ya que, desde el horizonte de su primera formación como maestra, Ruiz comprende empáticamente la dificultad de la primera mujer mexicana, pionera en arqueología, para la comunicación científica escrita. Entrenada y acostumbrada al diálogo con los niños, Isabel Ramírez experimenta dificultad en ajustarse a un criterio científico, como la tradición textual de la escuela boasiana, que exigía la transcripción de textos tal como fueron dictados o contados, sin que se poetizasen, adornasen o transformasen en “historietas” o “cuentecitos”: “como maestra, Isabel buscaba un estilo para comunicar su conocimiento antropológico a los alumnos. Y era posible que las exigencias metodológicas como antropóloga entraran en contradicción con las de maestra de escuela” (Ruiz 2006: 120).

En fin, varios detalles más por mencionar y discutir se quedarán en el tintero, como por ejemplo que –a diferencia de Zelia Nuttall– Isabel Ramírez siguió siendo, hasta su muerte, la “Señorita Ramírez”, o el hecho de que, al parecer, estas mujeres no hayan tenido contacto alguno entre sí, a pesar de que ambas estuvieron presentes en eventos de diverso tipo, como en el XVII Congreso Internacional de Americanistas en 1910. De cualquier modo, este escrito es sólo un pretexto para dar la bienvenida al texto de Apen Ruiz que, en un contexto de progresiva pérdida de memoria colectiva, señala y analiza el lugar de las mujeres pioneras en la antropología de México.

Bibliografía citada:

BATRES, LEOPOLDO, 1910. *La Isla de Sacrificios: la señora Zelia Nuttall de Pinard y Leopoldo Batres*. México: Tipografía Económica.

- BERNAL, IGNACIO**, 1979. *Historia de la arqueología en México*. México: Porrúa.
- NUTTALL, ZELIA**, 1906. "Some unsolved problems in Mexican archaeology". En: *American Anthropologist*, v. 8, pp. 133-149.
- _____, 1910. "The Island of Sacrificios". En: *American Anthropologist*, v. 12, n. 2, abril-junio, pp. 257-295.
- _____, 1992 [1902]. *Códice Zouche-Nuttall* (Jansen Anders y Pérez Jiménez, introducción y explicación). España/Austria/México: Sociedad Estatal Quinto Centenario/Akademische Druck- und Verlagsanstalt/FCE.
- PARMENTER, ROSS**, 1966. "Glimpses of a Friendship: Zelia Nuttall and Franz Boas". En: June Helm, ed., *Pioneers of American Anthropology: the uses of biography*, pp. 83-148. Seattle/Londres: University of Washington.
- RAMÍREZ, CASTAÑEDA, ISABEL**, 1912. "Apuntes acerca de los monumentos de la Parroquia de Tlalnepantla". En: *Anales del Museo Nacional de Arqueología Historia y Etnología*, t. IV, pp. 533-543.
- _____, 1913. "El folk-lore de Milpa Alta, D. F., México". En: *Proceedings of the Eighteenth International Congress of Americanists*, pp. 352-361. Londres: Harrison and Sons.
- RUIZ MARTÍNEZ, APEN**, 2003. *Insiders and Outsiders in Mexican Archaeology (1890-1930)*. Austin: University of Texas (tesis doctoral).
- _____, 2006. "Zelia Nuttall e Isabel Ramírez: las distintas formas de practicar y escribir sobre arqueología en el México de inicios del siglo xx". En: *Cadernos Pagu*, n. 27, julio-diciembre, 99-133.
- RUTSCH, MECHTHILD**, 2003. "Isabel Ramírez Castañeda (1881-1943): una anti-historia de los inicios de la antropología mexicana". En: *Cuicuilco*, v. 10, n. 28, mayo-agosto, pp. 99-116.
- _____, 2007. *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana, 1877-1920*. México: INAH/UNAM.
- STOCKING, GEORGE W.**, 2001. "Books unwritten, turning points unmarked: notes for an anti-history of anthropology". En: G. W. Stocking, *Delimiting Anthropology: occasional inquiries and reflections*, pp. 330-351. Madison: Wisconsin University Press.
- TICHY, FRANZ**, 1991. *Die geordnete Welt indianischer Völker: ein Beispiel von Raumordnung und Zeitordnung im vorkolumbischen Mexiko, Das Mexiko-Projekt der Deutschen Forschungsgemeinschaft* 21. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.
- TOZZER, ALDRED M.**, 1933. "Zelia Nuttall". En: *American Anthropologist*, v. 35, pp. 475-482.

Mechthild Rutsch
Dirección de Etnología y Antropología Social-INAH

DOSSIER:
LA PERIODIZACIÓN EN LA
HISTORIOGRAFÍA DE INSTITUCIONES
ANTROPOLÓGICAS ACADÉMICAS

**La periodización en la historiografía de
instituciones antropológicas académicas
en México: seis estudios de caso**

Presentación

La primera versión de los seis textos incluidos en esta sección fue presentada el 26 de noviembre de 2008 en el simposio “El problema de la periodización en la historiografía de instituciones académicas de ciencias sociales” del XI Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y de la Tecnología, que se desarrolló bajo el tema general “Metodología de la Historia de la Ciencia y de la Tecnología” del 26 al 28 de noviembre de 2008 en la Academia Mexicana de Ciencias, en la Ciudad de México.

El simposio fue organizado por Ana Paula de Teresa y Esteban Krotz, Co-Directores del Proyecto de Investigación “Antropología de la Antropología” (AdelA) de la Red Mexicana de Instituciones de Formación Antropológica (RedMIFA), como un foro para la presentación de resultados parciales del proyecto AdelA, que ha contado con apoyo financiero del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Proyecto 50000, Convocatoria de Ciencia Básica 2005).

En la convocatoria se explicaba el tema del simposio así:

Pocas veces se explicita en la historiografía de instituciones académicas los criterios utilizados para establecer los periodos en los que se divide la historia de las mismas. Muchas veces, tales periodos se delimitan de acuerdo con aspectos externos y/o meramente formales (p. ej., de acuerdo con

cambios en las administraciones universitarias en diferentes niveles). Aunque este procedimiento suele ser apreciado como práctico y hasta evidente, no permite reconocer la dinámica específica de las instituciones académicas y, menos aún, de la generación del conocimiento (socio)científico en su seno.

El objetivo de este simposio consiste en analizar comparativamente las periodizaciones establecidas para la elaboración de diferentes historias recientes de instituciones académicas de ciencias sociales. El núcleo del simposio provendrá de un conjunto de estudios actualmente en proceso sobre las historias recientes (desde 1980 hasta la actualidad) de instituciones antropológicas mexicanas.

Para la problematización de dichas periodizaciones se atenderá de modo especial a la relación entre las dinámicas internas (de la unidad institucional bajo observación) y las externas (tanto institucionales como del contexto sociocultural más amplio). Un papel importante jugará el desarrollo de situaciones consideradas críticas por parte de los actores principales de tales instituciones, es decir, sus profesores-investigadores. También se espera poder reconocer una vinculación entre los procesos históricos analizados y la configuración de determinados “tipos” o “tradiciones” institucionales distinguibles en la antropología mexicana.

De este modo, el simposio pretende constituir una contribución a la historia de las ciencias mexicanas y, al mismo tiempo, al esclarecimiento de elementos importantes de la producción de conocimientos en las ciencias sociales en el país.

El simposio fue comentado por la doctora Leticia Mayer, del Instituto de Investigaciones en Matemáticas Aplicadas y en Sistemas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIMAS-UNAM), antropóloga especializada en historia de la ciencia, quien lamentablemente no pudo convertir sus observaciones en un escrito para esta publicación, pero a quien se le agradece su estimulante introducción a la discusión que siguió a la presentación de las ponencias. También se agradece a la/os autora/es su trabajo para la reelaboración y/o ampliación de sus ponencias a la luz de dicha discusión para la presente publicación en el *INVENTARIO ANTROPOLÓGICO*, que sigue el orden de la presentación en dicho simposio.

Esteban Krotz
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/
Universidad Autónoma de Yucatán

Entre el fundamentalismo y la identidad nacional

Los primeros años de la antropología mexicana contemporánea: 1934-1945

Introducción

La emergencia de la antropología como ciencia en México presenta diversas fases que pueden remontarse a los inicios mismos del periodo independiente, ya bajo la influencia del iluminismo europeo y de las primeras sociedades antropológicas. Sin embargo, la configuración de una comunidad científica y de un complejo institucional que la sustente son acontecimientos que pueden considerarse en dos momentos. El primero corresponde a la refundación de la Universidad Nacional, impulsada por Justo Sierra, todavía bajo la dictadura de Porfirio Díaz, cuando luego de un intenso esfuerzo organizativo se inaugura la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, en 1910, y llegan a enseñar en ella personalidades de la talla de Franz Boas, Eduard Seler y Alfred Tozzer (lo que ha investigado con profundidad Mechthild Rutsch 2007).

El segundo momento se inscribe en la política nacionalista desplegada por el presidente Lázaro Cárdenas durante su sexenio, 1934-1940, cuando la ideología nacionalista alcanza su mayor elaboración y sustento a través de un conjunto institucional en el que las actividades culturales y científicas reciben un fuerte impulso. Entre ellas las que fundan la moderna antropología mexicana y la política indigenista, cuyo complejo y fluctuante entrelazamiento cubre todo el siglo xx. Entre esas instituciones está lo que son los antecedentes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), el semillero de donde surgirán las nuevas generaciones profesionales con una perspectiva nacionalista crítica, pero sobre todo con una sólida formación que sienta las bases de una activa, y creativa, comunidad científica.

Las relaciones de las instituciones antropológicas e indigenistas con lo que será la ENAH han sido ya estudiadas en diversos trabajos (Medina 1999, España 1988, Villalobos, Coronado y Ricco 1988), sin embargo, poco se ha estudiado la influencia que han ejercido las instituciones antropológicas de Estados Unidos, pero en particular la trama de tales instituciones con la política imperial, sustentada en el profundo fundamentalismo, de raíz calvinista, claramente evidente en la actualidad por su confrontación con el musulmán, en el contexto de la guerra e

invasión en Afganistán e Irak. La comparación no es gratuita, pues en esos años, la década de los treinta, se preparaban las armas para la guerra (como lo revela también el espionaje de los arqueólogos de la Carnegie Institution of Washington), y ya en la siguiente se establece abiertamente el vínculo entre los ejércitos y las instituciones relacionadas con la investigación antropológica, lo que sucede también en los otros países centrales exportadores de teoría: Francia e Inglaterra.

En este artículo comenzamos a explorar esa influencia, la de las instituciones estadounidenses en la formación de la comunidad antropológica mexicana en las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Como telón de fondo, al que sólo aludiremos muy por encima, está la compleja relación entre el nacionalismo de la Revolución Mexicana, en su versión más radical, el nacionalismo revolucionario cardenista, con el fundamentalismo de la política de Estados Unidos; algo que parece necesariamente chocar con el antiimperialismo de la política exterior cardenista. De manera paradójica, el profundo entrelazamiento de antropología y nacionalismo ha impedido mirar críticamente las relaciones con la estrategia colonial estadounidense. Así que aquí trataremos de realizar un primer bosquejo para abrir la discusión.

Estados Unidos y la antropología mexicana

En México la influencia de la antropología de los Estados Unidos tiene diferentes momentos; el primero corresponde a la presencia, en los primeros años del siglo xx, del antropólogo de la Universidad de Harvard Aleš Hrdlička que influye entre los investigadores del Museo Nacional, particularmente en el notable polígrafo Nicolás León. Es la época en la que Frederick Starr recorre el sur y sureste del país tomando medidas corporales y fotografías en la búsqueda de una correlación entre “tribu” y “raza”; es decir, entre el grupo cultural y sus características somáticas. No la encuentra, pero nos ha proporcionado una buena colección de datos somatométricos, una valiosa información etnográfica y una espléndida muestra fotográfica de los pueblos visitados (Starr 1899).

Un segundo momento corresponde a la fundación de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas (EIAEA), en 1910, cuando en un esfuerzo por reabrir y actualizar la Universidad Nacional por parte de las autoridades educativas del régimen porfirista, Justo Sierra, el ministro, y Ezequiel Chávez, subsecretario, se abre un programa para formar investigadores en el que participan diversas

universidades de Estados Unidos (Columbia, Harvard y Pennsylvania) y el gobierno de Prusia, las cuales están representadas por destacados investigadores; así, el primer director es Eduard Seler, sabio prusiano, en tanto que el segundo es Franz Boas, de la Universidad de Columbia; cada uno dura un año en el cargo y dirige diversas investigaciones. Cuando toma la dirección Jorge Engerrand, por parte del gobierno mexicano, la convulsión de la guerra civil en México –así como los conflictos entre los países europeos, entre los cuales Prusia juega un papel protagónico, en vías de suscitarse la Gran Guerra– impacta a la Escuela Internacional y ésta entra en una fase de declinación.¹ La tercera fase, correspondiente al periodo previo a la Segunda Guerra Mundial, es decir los años treinta, es cuando se despliega una compleja trama institucional desde los Estados Unidos que influye poderosamente en la configuración del conjunto institucional del que emerge la antropología mexicana contemporánea. Hasta ahora las relaciones entre las instituciones mexicanas y las estadounidenses han sido tratadas como parte de programas de cooperación internacional y de intercambio académico;² en contraste, la propuesta que aquí hacemos intenta articular la presencia académica de las instituciones estadounidenses y panamericanas al proyecto hegemónico inscrito en el fundamentalismo de la religión protestante y en la estrategia política e ideológica del Destino Manifiesto.

Las condiciones políticas y militares en las que se define la situación que habría de conducir a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y la propia participación de los antropólogos estadounidenses en el conflicto armado transforman sustancialmente las concepciones teóricas, la metodología y los programas de enseñanza, a tal grado que Eric Wolf, uno de los más importantes antropólogos estadounidenses del siglo xx, encuentra una profunda ruptura que separa a una ciencia romántica, vinculada a los museos y con una reducida población escolar, de otra que relaciona a la antropología con problemas prácticos, al grado de reconocer la emergencia de una “antropología aplicada”, y con una compleja inserción social que conduce a un crecimiento exponencial de escuelas, de personal académico y de estudiantes (Wolf 1964). Sobre todo, lo que aparece es la articulación de la antropología, junto con otras ciencias sociales, en el proceso de expansión de la hegemonía de Estados Unidos, que la conduce a convertirse en la mayor potencia mundial a fines del siglo xx, y que tiene como referencia para América

¹ Una excelente investigación de estos años es el ya citado libro de Rutsch (2007).

² Véase por ejemplo los ensayos de De la Peña (1996) y González Jácome (1997).

Latina el programa llamado Punto Cuarto, inaugurado por el presidente Harry S. Truman en 1949, el equivalente del Plan Marshall, desarrollado en la Europa de la posguerra (Manners 1956).

El fundamentalismo puritano

La construcción de una identidad nacional y de un proyecto a futuro de carácter profético en Estados Unidos es resultado de la llegada de los protestantes calvinistas, quienes traen consigo la tradición anglicana de la pureza de sangre, expresada en sus comunes orígenes políticos y religiosos, así como en su identidad anglosajona. Este grupo religioso puritano trae consigo uno de sus rasgos fundamentales, el pragmatismo, así como la creencia de ser depositario de la gracia de Dios, por lo que sus integrantes comparten la fe en estar destinados a un futuro glorioso. Trasladada esta concepción como fundamento de una identidad nacional, la cuestión por definir es el camino que les llevará al dominio de su mundo inmediato y a la expansión continental.

Como parte de este proyecto político y religioso se fundan diversas universidades, como Princeton, Columbia, Darmouth, Brown y Rutgers, para formar a los nuevos clérigos; y para el siglo XIX se sistematiza políticamente el *ethos* puritano ligándolo a los conceptos del darwinismo social de manera utilitaria; en este contexto ideológico el estado funda su legitimación moral y las premisas científicas para su expansión territorial, bajo el principio del Destino Manifiesto.³

La expansión hacia el oeste adquiere un carácter bíblico y mítico, pues es interpretada como otro éxodo, en el que se forma la nueva raza de hombres y se crea la democracia. Así, se suceden enfrentamientos militares con los antiguos habitantes de Norteamérica, los pueblos indios, con los que se firman tratados de paz, para luego desconocerlos y seguir su guerra sagrada hacia el oeste. Un capítulo importante es la guerra con México, en 1847, al que despojan de la mitad de su territorio, para llegar a la Costa del Pacífico, generando la “fiebre del oro” que atrae un tropel de gambusinos, aventureros y comerciantes. La aniquilación de los pueblos indios se cierra en 1890 con la derrota en Wounded Knee y el confinamiento de las últimas tribus en reservas.

Con la Guerra Hispanoamericana de 1898 la frontera llega a ultramar, pues se establece el dominio colonial de Estados Unidos en el Caribe, con lo que la isla de Puerto Rico se convierte en la posición

³ Para este proceso ver el estudio de García y García 2007.

estratégica más oriental, en tanto que por el occidente el dominio colonial se impone en Filipinas, es decir, las antiguas posesiones del imperio español, que con esta derrota se desploma. El paso siguiente en la expansión militar y geopolítica es el control del Canal de Panamá, para lo cual manobra, con un estilo que habrá de repetirse de manera sistemática en el futuro, para separar a Panamá de Colombia, constituyéndose un nuevo país plegado completamente a los intereses imperiales de Estados Unidos. Luego de la quiebra de la compañía francesa que inició la construcción del canal, Estados Unidos continúa con el proyecto y, finalmente, es inaugurado en 1914, justo el año en que comienza la Gran Guerra en Europa y perfila a Alemania como el futuro enemigo a vencer.

Estados Unidos ha desarrollado desde sus orígenes una ideología que exalta la inmigración como parte inherente de la nación, lo que en el siglo xx se cristalizará en la concepción del “melting pot”, el crisol de razas. Sin embargo, como la propia política migratoria habrá de mostrar, la premisa del crisol no implica la constitución de una nación multicultural, antes al contrario, se basa en el convencimiento de la superioridad racial y cultural de los anglosajones, los cuales se definen como el núcleo duro de su carácter nacional. De esta manera, en 1882 se aprueba la primera ley de inmigración que posee un carácter de abierta exclusión hacia diversos países y culturas; en ella se sitúa a China, y se remite a regiones europeas consideradas como inferiores; lo que se expresa en el establecimiento de cuotas.

Las concepciones sobre la nación que dominan la cultura y la historia de Estados Unidos excluyen por completo a los pueblos indios, a los afroamericanos y a los mexicanos que quedaron dentro de su territorio, luego de la guerra y la firma con el gobierno mexicano de los Acuerdos de Guadalupe Hidalgo en 1849.

Con este trasfondo podemos situar ahora las investigaciones antropológicas que se desarrollan en Estados Unidos, en el umbral de los siglos xix y xx, para reconocer a varios de los actores que reaparecerán en el escenario mexicano de los años treinta.

La antropología de comienzos de siglo en Estados Unidos

La impronta de la obra de Franz Boas en la antropología estadounidense es tan intensa y definitoria que escasamente se ha dado espacio al reconocimiento a la etapa anterior, en particular en lo que se refiere a la etnografía realizada entre los pueblos amerindios, en lo que podemos

considerar la época de oro del American Bureau of Ethnology, cuando existe una relación estrecha entre la expansión de los colonos blancos y la guerra contra los pueblos indios, de tal suerte que esa etnología estaba profundamente integrada a lógica de la expansión, y por lo tanto a la necesidad de conocer su situación y su cultura. No obstante, en estas condiciones específicas de guerra se produjeron investigaciones importantes que no sólo aportan información significativa sobre esos pueblos ahora desaparecidos, sino que incluso muestran un refinamiento metodológico que permite una creativa recuperación de sus datos, como lo ha mostrado de modo brillante el etnólogo francés Claude Lévi-Strauss (1968).

Franz Boas es originalmente un físico alemán que realiza trabajo de campo entre los esquimales, experiencia que le habrá de acercar a la etnología, de tal manera que Frederick W. Putnam, un destacado etnólogo, lo promueve y recomienda para, al final, ingresar a la Universidad de Columbia en 1895 (Silverman 2005). Desde ahí realiza una intensa actividad docente y de investigación que le convierte en dirigente de una propuesta teórica que se opone a la corriente evolucionista dominante; con un marcado énfasis en el trabajo de campo y en los datos recogidos, se opone a partir de una posición empirista a las grandes especulaciones eurocentristas de los evolucionistas. La figura central del evolucionismo era sin duda Lewis H. Morgan, considerado el fundador del paradigma en el cual se forma la primera propuesta teórica de la antropología, tendencia respaldada por el nacionalismo puritano dominante, en tanto legitimaba su sentido de superioridad racial.

La intensa actividad desplegada por Boas pronto le gana adversarios y se constituyen entonces dos grandes corrientes teóricas y políticas, pues lo que se disputa es el control de los fondos para investigación, es decir, el National Research Council, de la American Anthropological Association, y de su revista *American Anthropologist*, así como de los nombramientos de profesores en los nuevos departamentos de antropología que se estaban creando. Por un lado, están los evolucionistas, con posiciones racistas y su pertenencia al nacionalismo puritano, es decir, los WASP (White Anglo Saxon Protestants); por el otro, los historicistas, deterministas culturales y, como los llamarían los puritanos, los “judíos e inmigrantes”. Estos antropólogos puritanos conformaban el eje Washington-Cambridge, pues su adscripción institucional eran la Universidad de Harvard y la Anthropological Society of Washington (Silverman 2005).

El trabajo de Boas estaba orientado al desmontaje del discurso racista a partir de la propuesta de reconocer la autonomía de los fenómenos

culturales, con lo que establece la separación entre raza, lengua y cultura, noción que domina a la corriente evolucionista. Además, Boas asume una posición relativista al plantear la necesidad de entender a las culturas en sus propios términos y en su contexto histórico específico, antes de hacer cualquier generalización, con lo que otorga un lugar destacado al conocimiento de las lenguas amerindias. Este planteamiento destaca la difusión y el contacto entre culturas como mecanismos primarios.

La propuesta teórica de Boas tiene un sólido sustento en la corriente filosófica historicista alemana, como lo muestra su concepción del papel central de la cultura, a partir de la cual establece los cuatro campos fundamentales de la antropología; sus primeros discípulos se inscriben en esa tendencia teórica y filosófica, como es el caso de Alfred L. Kroeber, Robert H. Lowie, Frank Speck, Fay-Cooper Cole, Edward Sapir y Melville Herskovits, quienes fundan sendos departamentos de antropología en diferentes universidades (Silverman 2005).

En este contexto histórico se produce un incidente que va a revelar la compleja trama establecida entre la antropología, en especial la corriente afiliada al puritanismo nacional, y la estrategia político militar de Estados Unidos. En efecto, en 1919 Franz Boas hace una denuncia, en la revista *The Nation*, sobre la participación de cuatro arqueólogos en actividades de espionaje, sin mencionar sus nombres. Esto provoca revuelo en los medios antropológicos, particularmente en la American Anthropological Association, fundada por el propio Boas; en una reunión de sus miembros se vota una censura a Boas y se le expulsa de los cargos que ocupaba. En esta acción juega un papel importante John C. Merriam desde la presidencia del National Research Council. Investigaciones posteriores han revelado que los cuatro arqueólogos involucrados eran Samuel K. Lothrop, Herbert Spinden, John Alden Mason y Sylvanus G. Morley, todos ellos activos participantes en los estudios del área maya (Castañeda 2002).

El más importante de ellos es S. G. Morley, quien se incorpora al servicio de espionaje de la marina de Estados Unidos (US Naval Intelligence) en 1914, al mismo tiempo que presenta un proyecto de investigación en el área maya a la Carnegie Institution of Washington (CIW) —una institución supuestamente independiente del gobierno—, a las universidades y a la iniciativa privada dedicada a apoyar la investigación científica. A partir de entonces Morley desarrolla una intensa actividad, recorriendo tanto el área maya como la mayor parte de la costa atlántica centroamericana, con la finalidad de detectar la presencia de submarinos alemanes, así como de reconocer la existencia de actividades

de apoyo a los alemanes (Brunhouse 1971). La imagen y el carácter de Morley, en ese juego que combina al arqueólogo audaz y al espía, y seguramente de otros arqueólogos que también trabajaron entre los mayas, han inspirado la popular figura mitológica de Indiana Jones, el héroe de una serie de películas de acción y espionaje (Castañeda 2005).

En la votación para apoyar la censura y la expulsión de Boas participan principalmente arqueólogos, y la mayoría de ellos son egresados y miembros de la Universidad de Harvard. De todas maneras, esto no parece interferir con las actividades en que están involucrados los arqueólogos espías; por lo menos en el caso de Morley, quien en 1923 consigue el permiso para instalar el campamento de su proyecto en Chichén Itzá, en la hacienda que era propiedad del cónsul estadounidense E. Thompson. Así, el proyecto abarca de 1924 a 1940, y por él pasan varias generaciones de arqueólogos procedentes de la Universidad de Harvard, enrolados en diversos proyectos menores auspiciados por la CIW. En este trámite parece jugar un papel intermediario el antropólogo mexicano Manuel Gamio, a la sazón subsecretario de Educación, en la Secretaría de Educación Pública, quien escribe una carta a John C. Merriam, para entonces ya presidente ejecutivo de la CIW, elogiando el proyecto (Castañeda 2002).

Manuel Gamio, considerado el “padre de la antropología” mexicana del siglo XX, había sido discípulo de Boas en la Universidad de Columbia, donde obtuvo su doctorado en 1922 con las conclusiones del proyecto desarrollado en el Valle de Teotihuacan. Durante las actividades de la EIAEA, Gamio participa en un principio como colaborador de Boas, y posteriormente será el último director de la misma. Sin embargo, el carácter de las relaciones entre Gamio y Boas, después del incidente de 1919, no son del todo claras, pues cuando Gamio renuncia a la Subsecretaría de Educación, en 1925, se exilia en los Estados Unidos, donde recibe apoyo del Social Science Research Council (SSRC), dirigido por Charles H. Merriam; dicho apoyo lo consigue con las recomendaciones de Robert Redfield y de John C. Merriam, hermano de Charles y amigo personal de Gamio. Es entonces que desarrolla sus conocidas investigaciones sobre los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos, y en esas actividades sugiere a Redfield realizar su investigación doctoral en Tepoztlán, Morelos, para conocer las condiciones en las que viven los potenciales migrantes. Esta investigación también es subsidiada por el SSRC. Como es bien conocido, la monografía resultante es uno de los trabajos clásicos de la etnografía mexicanista (Redfield 1930).

Después, a partir de 1930, Robert Redfield desarrolla un ambicioso proyecto en la Península de Yucatán, como parte de las investigaciones

que realiza la *ciw* bajo la dirección de Morley. La propuesta teórica trata de dar cuenta del proceso de transformación social y cultural en una sucesión que va de la "tribu" a la ciudad, representadas la primera por la comunidad maya de Tusik, y la segunda por Mérida, capital de Yucatán y el mayor centro urbano del sureste, y teniendo como etapas intermedias a Chan Kom, una comunidad campesina, y Dzitás, una villa en proceso de urbanización. En estas investigaciones habrá de jugar un papel importante Alfonso Villa Rojas, maestro rural en Chan Kom, quien se incorpora al proyecto y se convierte en un colaborador fundamental de Redfield, pues ambos preparan la monografía de esta comunidad campesina, pero es Villa Rojas quien realiza la investigación entre los mayas rebeldes del entonces Territorio de Quintana Roo.

En una situación prácticamente de guerra, pues los mayas rebeldes estaban sitiados por el ejército mexicano en el Territorio Federal desde comienzos de siglo, en un principio Villa Rojas se introduce con el disfraz de comerciante, pero más adelante se instala en Tusik con la anuencia de las autoridades mayas. Sin embargo, la situación es en extremo delicada, pues Villa Rojas aparece como representante de Morley, y éste establece un juego perverso con los mayas, a quienes hace creer que tiene relaciones con el gobierno inglés, proveedor de armas desde su enclave en Belice. Ante la impaciencia y la presión de los mayas, Villa Rojas apresura su investigación y sale del área en 1935. Las implicaciones éticas y políticas de esta situación, que involucra a Morley en su condición de jefe del proyecto arqueológico y de agente secreto, a Redfield como director de las investigaciones etnográficas y a Villa Rojas como trabajador de campo incrustado en el centro ceremonial y militar de los mayas, han sido analizadas con agudeza por Paul Sullivan (1991).

Alfonso Villa Rojas se forma como antropólogo en la Universidad de Chicago, bajo la tutoría de Robert Redfield, en una época en la que Radcliffe-Brown imponía la poderosa influencia del funcionalismo británico, en la que se forma toda una generación de antropólogos, entre los que estaban Sol Tax y Fred Eggan. En la monografía sobre Chan Kom, Villa Rojas publica su diario de campo como apéndice, lo que aporta una referencia significativa para las reflexiones sobre metodología (Redfield y Villa Rojas 1934), pero su contribución más importante es la monografía sobre los mayas rebeldes de Quintana Roo, uno de los trabajos clásicos de la etnografía mexicana (Villa Rojas 1945; 1978). Posteriormente a su trabajo en Yucatán, y ya como investigador de la *ciw*, Villa Rojas explora los Altos de Chiapas, para instalarse en una de las "tribus" más conservadoras, ya en los años cuarenta (Medina 2001). Al mismo tiempo que Villa Rojas estaba en Quintana Roo y

luego en Chiapas, Sol Tax desarrolla las investigaciones de ese proyecto en Guatemala, donde llega en 1934 para recorrer las comunidades del altiplano occidental, centrándose en Panajachel, donde realiza su más importante monografía etnográfica (Tax 1953); aunque su contribución más perdurable es un ensayo, el primero que publica, en el que funda el estudio de los sistemas de cargos en Mesoamérica (Tax 1937).

Como lo indica, con precisión y lucidez, Q. Castañeda (2005), la Carnegie Institution of Washington es una original propuesta institucional de vanguardia. Fundada en 1902 a partir de una donación de Andrew Carnegie, se propone desarrollar una activa política de apoyo a la investigación científica con independencia del gobierno, de las universidades y de la iniciativa privada. Sin embargo, la composición de sus funcionarios revela diversos y numerosos vínculos con el gobierno, pues el presidente de Estados Unidos, el presidente del Senado, el secretario de la Smithsonian Institution y el presidente de la Academia Nacional de Ciencias son miembros ex officio (Castañeda 2005: 29).

En el seno de la CIW, sin embargo, se desarrolla una intensa lucha entre diversas tendencias teóricas y políticas, así como entre las ciencias y las humanidades. La presencia en la directiva, como presidente, de J. C. Merriam favorece a estas últimas; este cargo lo ocupa de 1921 a 1938. Es bajo su dirección que se funda la División de Historia, dirigida por el arqueólogo Alfred V. Kidder, y a la cual están adscritos los arqueólogos espías.

Bajo la cubierta de promover con independencia el apoyo a la investigación científica habría de desarrollarse una poderosa tendencia para involucrar las actividades de la CIW en los planes y programas de guerra de Estados Unidos. Desde 1915 George Hale, director de astronomía de la CIW, propuso la creación del National Research Council, que sería parte de la Academia Nacional de Ciencias, el cual asesoraría en los campos de la ciencia y la tecnología los planes de guerra, con funciones similares al del National Defense Council (Castañeda 2005: 49). Si bien la propuesta no cristalizaría, revela la intencionalidad de las investigaciones que auspiciaba la CIW, y que el incidente de Boas descubre parcialmente.

Un importante miembro de los diferentes cuerpos directivos de la CIW es Elihu Root, antiguo secretario de Guerra (1899-1904), secretario de Estado (1905-1909), senador (1909-1915), actor central en la política estadounidense hacia Filipinas y América Latina, quien va a ser uno de los promotores de la creación de la Unión Panamericana (Castañeda 2005: 41).

La trama fundamentalista

La emergencia del conjunto institucional que va a propiciar la fundación de la Escuela Nacional de Antropología en los años treinta nos revelará una muy sugerente articulación entre las instituciones estadounidenses interesadas en las relaciones con México, y permitirá vislumbrar el grado de su presencia y de su influencia en la configuración de una nueva perspectiva teórica, que rompe con el paradigma evolucionista y abre paso a las orientaciones del funcionalismo británico, al culturalismo boasiano y a las sugerentes propuestas de Robert Redfield sobre el cambio social y cultural.

El Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH) es fundado en 1928, como uno de los resultados de la VI Conferencia Internacional Americana; dicho evento es organizado por la Unión Panamericana, y realizado en La Habana. En septiembre de 1929 tiene lugar una Asamblea Preliminar, en la Ciudad de México, para discutir los estatutos; finalmente, el Primer Congreso se realiza en Río de Janeiro en 1932. En el segundo congreso, realizado en Washington, D. C. en 1935, se establecen las cuotas para los países miembros, las que se ajustan a la población de cada país, de tal suerte que México y Argentina pagarán 2500 dólares anuales, Brasil cinco mil y Estados Unidos diez mil dólares. Como presidente del comité ejecutivo del IPGH aparece John C. Merriam, también director del CIW. A partir de 1937 el IPGH publica su revista, el *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana* (BBAA), del que es director Alfonso Caso, y secretario Wigberto Jiménez Moreno, protagonistas en la configuración de las instituciones antropológicas de esa época.

En el segundo número del BBAA, en 1937, al dar la noticia de la aprobación de los estatutos del IPGH, se indica: "En la mente de los fundadores del Instituto está que la nueva entidad panamericana tenga un carácter esencialmente científico... Pero el carácter predominante del Instituto, el que le da más vigor y personalidad es su panamericanismo".

El IPGH patrocina diversas investigaciones en México, según informa en su volumen de 1937, como la realización de mapas lingüísticos de América, a cargo de Wigberto Jiménez Moreno, o las investigaciones de antropología física que desarrolla Ada d'Aloja en Centroamérica; y también las exploraciones de Alfonso Caso en Monte Albán, de la que también son contribuyentes la Secretaría de Educación Pública (SEP) y la CIW.

La dirección del BBAA cambia a partir del tercer volumen, cuando queda a cargo de Wigberto Jiménez Moreno, director, y Jorge A. Vivó,

secretario; luego, a partir del volumen séptimo, y hasta el noveno, los responsables son Juan Comas, director, y Barbro Dahlgren, secretaria. De los volúmenes XI al XIV, continúa Juan Comas como director, pero el secretario será Javier Malagón. A partir del volumen XV y hasta el XXVII, de 1967, el director será Eusebio Dávalos, el primer egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

En 1938 se funda la *Revista de Historia de América*, bajo el patrocinio del IPGH y la dirección de Silvio Zavala, un notable historiador mexicano. En ese mismo año la Sociedad Mexicana de Antropología (SMA), organizada en 1937 bajo la dirección de Alfonso Caso, publica su *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, "que es continuación de la antigua *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, de la cual se publicaron dos tomos, durante los años de 1927 y 1928, y, por esta razón, el primer número de la nueva revista antropológica corresponde ya a un tercer tomo" (IPGH 1937: 91).

De acuerdo con la Ley del 3 de febrero de 1939 se crea el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), con personalidad jurídica propia y dependiente de la Secretaría de Educación Pública (SEP); su director es Alfonso Caso. En esta nueva institución se adscribe el antiguo Departamento de Monumentos, que tiene sus orígenes en la Dirección de Arqueología, en la que, en su momento, se enfrentaron su fundador Leopoldo Batres, el arqueólogo del porfirismo, y Manuel Gamio, el antropólogo de la Revolución Mexicana; asimismo, incorpora al Museo Nacional, la más antigua institución cuyos orígenes nacionales se ubican en los primeros años de la nación independiente. El INAH habrá de jugar un papel fundamental en la construcción de la política hacia el patrimonio histórico y cultural, base del discurso nacionalista a partir de los años cuarenta.

Éstos son los tiempos en que se inicia la organización de lo que será la Escuela Nacional de Antropología e Historia; su primer antecedente es el Departamento de Antropología de la Escuela de Bacteriología de la Universidad Gabino Barreda, fundada por Jesús Silva Herzog y Miguel Othón de Mendizábal. Esta universidad se convierte en la Universidad Obrera posteriormente, bajo la dirección de Vicente Lombardo Toledano, fundador de la mayor central obrera, la Confederación de Trabajadores de México (CTM). Más tarde, ya en 1937, el Departamento de Antropología forma parte de la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional (IPN), una institución creada bajo la inspiración nacionalista del sexenio del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940). La carrera de antropología se organiza en dos especializaciones: antropología física y antropología social. Los cursos

comprenden cuatro años de estudios, siendo comunes para ambas carreras durante los dos primeros años, y especializados en los dos últimos. El director es Daniel Federico Rubín de la Borbolla. En 1942, la Escuela de Antropología se incorpora al INAH, para convertirse entonces en la Escuela Nacional de Antropología; finalmente, en 1945 establece convenios con la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y El Colegio de México (Colmex) para ser ya la ENAH, con un plan de estudios que asume la concepción boasiana de los cuatro campos y con un cuerpo de profesores entre los que se encuentran antropólogos y lingüistas estadounidenses, además de un grupo de transferrados españoles que llegan como resultado de la guerra civil (Medina 1999, Villalobos, Coronado y Ricco 1988).

El cambio del Departamento de Antropología desde la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, del Instituto Politécnico Nacional al INAH tiene profundas implicaciones, pues significa una diferencia sustancial en el perfil del profesional que se quería formar. El IPN es organizado durante el gobierno cardenista como una instancia educativa del más alto nivel para formar a los técnicos que habría de requerir el desarrollo soberano del país; sus estudiantes serán hijos de obreros y campesinos, para quienes se crea un internado y un programa de becas. En este contexto el perfil del antropólogo es definido claramente por Miguel Othón de Mendizábal, quien lo considera un técnico y trabajador de campo que se desenvuelve en las regiones indígenas y actúa como intermediario entre las comunidades y las autoridades estatales y federales. Este perfil encaja dentro de lo que ahora se conoce como investigación-acción; es decir, un profesional que no sólo estudia las condiciones sociales y culturales de las comunidades, sino que también participa en los programas diseñados para resolver los problemas detectados. En esta misma perspectiva se crea, también en el IPN y a instancias del propio Miguel Othón de Mendizábal, la Escuela de Medicina Rural, primera en su género (Medina 1996, De Mendizábal 1946).

El cambio convierte al antropólogo de la Escuela Nacional de Antropología en un técnico y académico dedicado a las tareas sustantivas del INAH, relacionadas con el estudio y la conservación del patrimonio histórico de la nación mexicana; es decir, se privilegia el lado académico y la investigación, con lo que se articula con la UNAM y con el Colmex, con los que establece convenios de intercambio académico. La Escuela se traslada en 1940 a la sede del Museo Nacional, en el centro de la Ciudad de México, y con ello se vincula con una vieja tradición académica de estudios antropológicos, el antecedente de su profesionalización, ya como ENAH.

En la euforia nacionalista del gobierno de Lázaro Cárdenas, y en el proceso de configuración del conjunto institucional que da origen a la comunidad antropológica mexicana, aparece inusualmente la influencia de la tradición puritana estadounidense a través de las actividades de William Cameron Townsend, pastor protestante, quien bajo los auspicios del propio presidente Lázaro Cárdenas funda, en 1935, el Summer Institute of Linguistics (SIL), también conocido como Instituto Lingüístico de Verano (ILV). Dos son los objetivos que se plantea explícitamente esta institución: a) el estudio de las lenguas indígenas y la elaboración de materiales didácticos para los programas gubernamentales de educación en el medio indígena; y b) el desarrollo de una labor proselitista entre los pueblos indios y la traducción de la Biblia a las lenguas indígenas.

Moisés Sáenz, uno de los constructores de la ideología y la política indigenista del gobierno mexicano, conoce a Townsend, en Panajachel, Guatemala, en 1931, donde trabajaba en la traducción de la Biblia al cakchiquel, como parte de su labor misionera. Sáenz, también protestante, lo invita a México para que desarrolle sus actividades lingüísticas y contribuya a la castellanización de la población indígena, una de las metas del indigenismo. Otra razón para invitarlo era la de apoyar su proselitismo protestante y contrarrestar así el fanatismo católico, cuya manifestación reciente en la “guerra cristera” estaba viva en la memoria de los dirigentes políticos.

Townsend se instala con su esposa en una comunidad nahua de Morelos, Tetelcingo, y en el curso de 1934 es visitado por el presidente Cárdenas, quien lo invita a desarrollar su trabajo con las lenguas indígenas a nivel nacional. Townsend viaja entonces a Estados Unidos para reclutar a misioneros que desarrollen el trabajo lingüístico y las actividades proselitistas; funda así el ILV, con el apoyo de una institución vinculada con las iglesias protestantes y proveedora de fondos procedentes de diversas donaciones, la Wycliffe Bible Translators, es decir, el corazón de la tradición puritana estadounidense.

Bajo la denominación lingüística, el ILV oculta el lado religioso de sus actividades, pero mantiene su orientación puritana, como lo muestra la condición WASP de los misioneros lingüistas. Matrimonios anglosajones que se instalan en las comunidades indígenas por varios años desarrollando pacientemente su labor lingüística y sus tareas proselitistas. En ningún caso estas actividades son realizadas por misioneros mexicanos, ni afroamericanos.

Pronto los lingüistas del ILV se insertan en la estructura institucional de la comunidad antropológica mexicana y participan activamente en

diversos programas. Un acontecimiento fundacional que sienta las bases de la política del lenguaje es la realización de la Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas en la Ciudad de México, en mayo de 1939; organizada por el Departamento de Antropología del IPN y el Departamento de Asuntos Indígenas (fundado también en el gobierno cardenista como el ejecutor de su política indigenista). Participan en ella el INAH, la Sociedad Mexicana de Antropología y un nutrido grupo de lingüistas estadounidenses, representando a la Linguistic Society of America y al ILV, entre ellos destaca la figura de Mauricio Swadesh, uno de los constructores de la tradición lingüística mexicana, como lo indicaremos más adelante; además, también están presentes el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y una organización del movimiento nahua mexicanista, la Sociedad Huey Tlatekpanaliztle. El propio Townsend presenta una ponencia, "Problemas de la enseñanza rural en lenguas indígenas y la enseñanza de las lenguas indígenas", en tanto que Swadesh participa con la ponencia "Problema sobre los alfabetos" (Ávalos 2006: 100).

Una de las resoluciones de la Asamblea es la creación del Consejo de Lenguas Indígenas, coordinador de los programas específicos, uno de lo cuales será el "Proyecto Tarasco", a cargo de Mauricio Swadesh, quien organiza un grupo de investigadores para llevarlo a cabo. En este proyecto tiene una participación importante el lingüista y misionero del ILV, Maxwell Dwight Lathrop, quien se había instalado en la región desde 1936. Éste es tal vez el más importante trabajo de investigación y de aplicación lingüística que establece un parteaguas al mostrar la eficacia de los programas desarrollados para lograr la lectoescritura en las lenguas indígenas, lo que va más allá de lo que hacen los misioneros protestantes, dedicados a la traducción de la Biblia y a la preparación de materiales educativos, como las cartillas.

El intenso ciclo de creación de instituciones indigenistas y antropológicas del gobierno cardenista se cierra con la realización del Primer Congreso Indigenista Interamericano, que tiene lugar en Pátzcuaro, Michoacán, en abril de 1940. Uno de los acuerdos tomados en este evento fue la creación del Instituto Indigenista Interamericano (III), el cual tendría su sede en la Ciudad de México, así como la publicación de una revista, *América Indígena*. Moisés Sáenz es nombrado director del Instituto, pero su fallecimiento prematuro impide que asuma el cargo. El presidente del Consejo Directivo es John Collier, comisionado de Asuntos Indígenas en Estados Unidos.

En marzo de 1942 se reúne por primera vez el Consejo Directivo, en la Secretaría de Relaciones Exteriores, y es nombrado Manuel Gamio

como nuevo director del III, quien contó con el apoyo del presidente Manuel Ávila Camacho y del vicepresidente de Estados Unidos, Henry Agard Wallace (Kemper 1993). Una de las metas de esta institución era establecer las líneas generales para las políticas indigenistas de los países miembros, con un espíritu interamericano.

Un poco antes de la participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, un grupo de antropólogos que trabajaba en América Latina se reunió y como resultado se organizó un comité en el National Research Council. Posteriormente, en marzo de 1942, el National Research Council, el American Council of Learned Societies y el Social Research Council, establecieron un comité para la coordinación de sus intereses latinoamericanos. En esas fechas también la Smithsonian Institution integró un Comité de Guerra, otorgando un espacio oficial a un Ethnogeographic Board, cuya misión era proporcionar a las instancias militares la información regional debidamente evaluada (Kemper 1993).

En esa misma perspectiva de establecimiento de instituciones de alcance continental reguladas desde los Estados Unidos fue fundada, en enero de 1943, la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía, con sede en la Smithsonian Institution, en Washington. En su revista *Acta Americana*, dirigida por Ralph Beals, y en su primer número, apareció publicado el seminal ensayo de Paul Kirchhoff, "Mesoamérica". También en ese año, pero en el mes de julio, se funda el Instituto de Antropología Social "como unidad autónoma del Bureau of American Ethnology de la Smithsonian Institution", siendo su primer director Julian H. Steward, teórico del evolucionismo multilineal. Entre sus objetivos estaba: "Crear programas de enseñanza e investigación cooperativas, en antropología y en enseñanza cooperativa relacionada, en instituciones de nivel universitario en países latinoamericanos" (Kemper 1993: 52).

Como parte de este esfuerzo por articular las instituciones antropológicas mexicanas a la política continental de Estados Unidos se establecieron diversos acuerdos entre los dos países, uno de cuyos resultados fue que numerosos antropólogos estadounidenses llegaron como profesores visitantes a la Escuela Nacional de Antropología, e incluso encabezaron varios proyectos en los que participaban maestros y estudiantes mexicanos, como el dirigido por Ralph Beals en Michoacán; el de Chiapas, en el que participó la Universidad de Chicago y los investigadores de la CIW, Sol Tax, director del proyecto, y Alfonso Villa Rojas. "Fueron otorgadas becas a estudiantes mexicanos y latinoamericanos por diversas organizaciones, incluidas instituciones

estadounidenses tales como la Fundación Rockefeller, la Viking Fund (creada en 1941), la Fundación Guggenheim, y el Instituto de Antropología Social (fundado en 1943) de la Smithsonian Institution" (Kemper 1993: 45).

Sol Tax, investigador de la Carnegie Institution of Washington, fue presionado para incorporarse como profesor visitante a la Escuela Nacional de Antropología y realizar investigaciones financiadas por la propia CIW y la Fundación Rockefeller. Tax ya estaba comprometido con otro trabajo en la Rockefeller, pero cedió a la presión, justificándola por "la conexión significativa entre los intereses de la política exterior de los Estados Unidos, las actividades de las fundaciones privadas y los esfuerzos de investigación y formación etnológicas". Además de sus cursos y seminarios, Tax tenía que dar frecuentemente informes a la embajada de Estados Unidos (Kemper 1993: 48). Por su parte, George M. Foster fue comisionado en 1943 por el Instituto de Antropología Social para impartir clases y dirigir una investigación en los pueblos del Lago de Pátzcuaro, Michoacán; su proyecto se realizó en 1945-1946, con la participación de un nutrido grupo de investigadores mexicanos y estadounidenses.

Reflexión final

No es posible entender la formación del conjunto institucional del que emerge la comunidad antropológica mexicana sin aludir a los componentes nacionalistas y a la presencia del fundamentalismo y los intereses políticos de Estados Unidos; México es un eslabón esencial en la estrategia hacia los países latinoamericanos y por ello se convierte en sede de diversas instituciones interamericanas, es decir, vinculadas con el panamericanismo diseñado como parte de la Doctrina Monroe y del Destino Manifiesto, que orientan la expansión y hegemonía de Estados Unidos. Esta presencia dominante imprime un sello en la antropología mexicana por el que se implantan las orientaciones culturalista y funcionalista, tanto por la articulación de investigadores estadounidenses en las nacientes instituciones indigenistas y antropológicas, como por su influencia en la formación de las primeras generaciones de profesionales egresados de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

La consolidación de la Sociedad Mexicana de Antropología y del Instituto Nacional de Antropología e Historia bajo la dirección de Alfonso Caso, la del Instituto Indigenista Interamericano, dirigido por

Manuel Gamio, y la de la propia ENAH como formadora de antropólogos profesionales, constituyen la armazón en la que se sostiene lo que se ha llamado la “época de oro” de la antropología mexicana (Téllez 1987). A este conjunto institucional hay que añadir la fundación del Instituto Nacional Indigenista (INI), en 1948, y la construcción del Museo Nacional de Antropología (MNA), en 1964, para entender el crecimiento de los investigadores y de la propia comunidad antropológica con la orientación nacionalista que tiene desde sus inicios, así como con la presencia diversa de las instituciones estadounidenses, no ya con el trasfondo militar y político que impuso la Segunda Guerra Mundial, sino con el nuevo tono anticomunista que domina la Guerra Fría luego de la conflagración mundial.

Este proceso de crecimiento de la comunidad antropológica mexicana encuentra su punto de flexión alrededor de 1970, cuando se comienza a impugnar el nacionalismo que avala a un sistema de gobierno autoritario y represor, así como a la orientación culturalista de la formación profesional; nuevas orientaciones teóricas y una actitud crítica marcan una nueva etapa caracterizada por Esteban Krotz (2006) como la “búsqueda de una identidad”.

Bibliografía citada:

- ÁVALOS PLACENCIA, TANIA, 2006. *El Proyecto Tarasco: alfabetización indígena y política del lenguaje en la meseta P'urhépecha, 1939-1960*. Morelia: UMSNH (tesis de Licenciatura en Historia).
- BRUNHOUSE, ROBERT L., 1971. *Sylvanus G. Morley and the World of the Ancient Mayas*. Norman: University of Oklahoma.
- CASTAÑEDA, QUETZIL E., 2002. “*They Only Export Facts*”: Gamio, Boas, Kidder and Archeological Espionage During WWI (mecanoescrito).
- , 2005. “The Carnegie Mission and Vision of Science: Institutional Contexts of Maya Archaeology and Espionage”. En: Regna Darnell y Frederic W. Gleach, eds. *Histories of Anthropology Annual*, v. I, pp. 27-60. Lincoln/Londres: University of Nebraska.
- DE LA PEÑA, GUILLERMO, 1996. “Nacionales y extranjeros en la historia de la antropología mexicana”. En: Mechthild Rutsch, comp., *La historia de la antropología en México: fuentes y transmisión*, pp. 41-81. México: UIA/INI/Plaza y Valdés.
- DE MENDIZÁBAL, MIGUEL OTHÓN, 1946. *Obras completas* (6 t.). México: Talleres Gráficos de la Nación.

- ESPAÑA, ARTURO, 1988. "La práctica social y el populismo nacionalista (1935-1940)". En: Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico. V. 2: Los hechos y los dichos (1880-1986)*, pp. 223-287. México: INAH.
- GARCÍA Y GARCÍA, ESPERANZA, 2007. *El movimiento chicano en el paradigma del multiculturalismo de los Estados Unidos: de pochos a chicanos, hacia la identidad*. México: UIA/Centro de Investigaciones sobre América del Norte-UNAM.
- GONZÁLEZ JÁCOME, ALBA, 1997. "Influencia de la antropología estadounidense en México: el caso de la ecología cultural". En: Mechthild Rutsch y Carlos Serrano, eds., *Ciencia en los márgenes: ensayos de historia de las ciencias en México*, pp. 167-188. México: IIA-UNAM.
- INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA, 1937. *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vs. 1-2.
- KEMPER, ROBERT, 1993. "Del nacionalismo a la internacionalización: el desarrollo de la antropología mexicana, 1934-1946". En: Ralph Beals y Robert Kemper, *Dos lecturas de la antropología mexicana*, pp. 31-61. Guadalajara: UdG (Col. Cuadernos de Antropología).
- KROTZ, ESTEBAN, 2006. "Mexican Anthropology's Ongoing Search for Identity". En: Gustavo Lins Ribeiro y Arturo Escobar, eds., *World Anthropologies: Disciplinary Transformations within Systems of Power*, pp. 87-109. Oxford/Nueva York: Berg.
- LÉVI-STRAUSS, CLAUDE, 1968. *Antropología estructural*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- MANNERS, ROBERT A., 1956. "Functionalism, Realpolitik and Anthropology in Underdeveloped Areas". En: *América Indígena*, v. XVI, n. 1, pp. 7-33.
- MEDINA HERNÁNDEZ, ANDRÉS, 1996. *Recuentos y figuraciones: ensayos de antropología mexicana*. México: IIA-UNAM.
- _____, 1999. "La Escuela Nacional de Antropología e Historia y la configuración de la antropología contemporánea en México". En: Eyra Cárdenas, coord., *60 años de la ENAH*, pp. 161-183. México: ENAH/INAH.
- _____, 2001. "Alfonso Villa Rojas, el etnógrafo". En: *Ciencia Ergo Sum*, v. 8, n. 2, pp. 214-224.
- REDFIELD, ROBERT, 1930. *Tepoztlán: a Mexican Village*. Chicago: University of Chicago.
- _____, 1941. *The Folk Culture of Yucatan*. Chicago: University of Chicago.
- REDFIELD, ROBERT Y ALFONSO VILLA ROJAS, 1934. *Chan Kom: A Maya Village*. Washington: Carnegie Institution of Washington.
- RUTSCH, MECHTHILD, 2007. *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. México: INAH/UNAM.

- SILVERMAN, SYDEL, 2005. "The United States". En: Fredrik Barth, Andre Gingrich, Robert Parkin y Sydel Silverman, *One Discipline, Four Ways: British, German, French, and American Anthropology*, pp. 257-347. Chicago: The Halle Lectures/University of Chicago.
- SMART, JOSEPHINE, 2006. "In Search of Anthropology in China: A Discipline Caught in a Web of Nation Building, Socialist, Capitalism, and Globalization". En: Gustavo Lins Ribeiro y Arturo Escobar, eds., *World Anthropologies: Disciplinary Transformations within Systems of Power*, pp. 69-85. Oxford/Nueva York: Berg.
- STARR, FREDERICK, 1899. *Indians of Southern Mexico: an Ethnographic Album*. Chicago: s/e.
- SULLIVAN, PAUL, 1991. *Conversaciones inconclusas: mayas y extranjeros entre dos guerras*. México: Gedisa.
- TAX, SOL, 1937. "The Municipios of the Midwestern Highlands of Guatemala". En: *American Anthropologist*, v. 39, pp. 423-444.
- , 1953. *Penny Capitalism: a Guatemalan Indian Economy*. Washington: Institute of Social Anthropology.
- TÉLLEZ ORTEGA, JAVIER, 1987. "La época de oro (1940-1964)". En: Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico. V 2: Los hechos y los dichos (1880-1986)*, pp. 289-338. México: INAH.
- VILLALOBOS, HUGO, RODOLFO CORONADO Y SERGIO RICCO, 1988. "Escuela Nacional de Antropología e Historia". En: Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico. V. 7: Las instituciones*, pp. 384-414. México: INAH.
- VILLA ROJAS, ALFONSO, 1945. *The Maya of East Quintana Roo*. Washington: Carnegie Institution of Washington.
- , 1978. *Los elegidos de Dios: etnografía de los mayas de Quintana Roo*. México: INI.
- WOLF, ERIC, 1964. *Anthropology*. Nueva York: Prentice-Hall.

Andrés Medina Hernández
Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM

La trayectoria del primer posgrado en antropología en el Noreste de México: la Maestría de Antropología Social de El Colegio de San Luis

Introducción

El marco institucional

A once años de su fundación, El Colegio de San Luis (Colsan) cuenta con cinco programas de investigación: Agua y Sociedad, Estudios Antropológicos, Historia, Estudios Políticos Internacionales y una línea de investigación en Estudios Literarios. Tiene tres programas de posgrado: en Antropología y en Historia, que pertenecen al Programa Nacional Posgrados de Calidad (PNCP), y uno en Administración y Políticas Públicas, así como una Licenciatura en Relaciones Internacionales.

Para el desarrollo de sus programas de investigación y docencia, el Colsan cuenta con una planta académica de 30 investigadores y ha establecido importantes vínculos con una red de investigadores nacionales e internacionales de reconocido prestigio, que interactúan y colaboran directamente en los espacios de discusión y formación académica de la institución.

El Programa de Estudios Antropológicos

En este marco institucional, el Programa de Estudios Antropológicos (PEA) fue creado en abril de 2001, aunque sus precedentes se remontan seis años atrás, con la existencia del Programa de Agua y Sociedad, que fue originalmente formado dentro del Centro de Investigaciones Históricas de San Luis Potosí (CIHSLP).

La creación de un programa disciplinario en investigación antropológica obedeció al hecho de que se contaba con una planta, aunque pequeña, de antropólogos que hacían incipiente investigación en la región sobre diversos temas en esta zona, hasta entonces olvidada por la antropología. Constituyeron el Programa de Estudios Antropológicos impulsados por la oportunidad y necesidad de generar opciones de investigación y formación en antropología, centradas en las problemáticas específicas de la región Centro-Noreste del país.

En este escrito pretendemos mostrar uno de los programas más jóvenes de posgrado en antropología y, hasta la fecha, el único con reconocimiento del Programa Nacional de Posgrados de Calidad en el Noreste de México. Los siete años de existencia del PEA fueron marcados por *tres momentos coyunturales*:

1. La *fundación* del Colsan como primer centro SEP-Conacyt en Ciencias Sociales en la región Centro-Noreste: el antecedente y condición para la conformación del PEA.
2. La *constitución del PEA* como una necesidad disciplinaria ante la carencia de investigación antropológica y social en la región.
3. La *apertura de la Maestría en Antropología Social (MAS)* como espacio específico de formación en la disciplina.

**Primera etapa (1997-2001):
de la fundación de El Colegio de San Luis
a la apertura del Programa de Estudios Antropológicos**

Los antecedentes del PEA

El Colsan fue fundado en la ciudad de San Luis Potosí el 22 de enero de 1997 por iniciativa del Gobierno del Estado de San Luis Potosí y del Centro de Investigaciones Históricas de San Luis Potosí, en asociación con la Secretaría de Educación Pública (SEP), el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) y El Colegio de México (Colmex). En esa fecha se integró al sistema SEP-Conacyt. Actualmente es uno de los 27 Centros Públicos de Investigación Conacyt del país¹ y pertenece a la Red de Colegios. A lo largo de su existencia, el Colsan ha tenido dos presidentes: Tomás Calvillo Unna, de 1997 a 2007 (reelecto el 2002) y María Isabel Monroy, de 2007 a la fecha. La institución ha sido resultado de los esfuerzos educativos y científicos en las distintas entidades del país dirigidos a lograr la descentralización formativa y de investigación mediante la creación de centros de alto nivel con sede en las regiones de estudio. El Colsan se ha constituido como uno de los esfuerzos educativos en ciencias sociales más importantes y reconocidos de la región Centro-Noreste del país, la cual incluye los Estados de San Luis Potosí, Querétaro, Zacatecas, Tamaulipas, Coahuila y Nuevo León.

¹ En el año 2000, durante el gobierno de Vicente Fox, los Centros SEP-Conacyt se separan de la Secretaría de Educación Pública y se constituyen como Centros Públicos de Investigación Conacyt, para depender directamente de la Presidencia de la República.

El Colsan inicia su vida académica con los objetivos definidos en sus estatutos, que consisten en realizar actividades de investigación científica, de enseñanza y de extensión académicas en el campo de las ciencias sociales y las humanidades, desde las perspectivas histórica, antropológica y política, con énfasis en lo regional. Como parte de sus tareas sustantivas, ha establecido la necesidad de vincular su quehacer con los distintos actores involucrados en el diseño y planeación de estrategias y políticas públicas, o bien con aquellos sectores de la sociedad civil que intentan construir una plataforma de acción dirigida a la comprensión y atención de diversas problemáticas regionales. El Colsan plantea un amplio horizonte de interacción con la sociedad, que le permita a ésta aprovechar el conocimiento generado por los diversos programas y proyectos de investigación. En San Luis Potosí, e incluso en el seno de la misma Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP), el desarrollo de las ciencias sociales y sus posibilidades formativas han sido apoyados por El Colegio de San Luis.²

La importancia del Colsan radica en la urgente necesidad que existe en la región por conocer, comprender y explicar una gran cantidad de problemas y procesos sociales. La docencia, a cargo de los investigadores con el apoyo de profesores visitantes, se concibe vinculada a la investigación y trata de practicarse en un trato abierto e ininterrumpido entre maestros y estudiantes. Para llevar a cabo estos principios se hizo fundamental contar con una biblioteca especializada en ciencias sociales, a la cual se destinaron esfuerzos y recursos con la perspectiva de convertirse en una de las mejores del Noreste del país.

Para la difusión de resultados se celebran reuniones académicas, conferencias públicas y presentaciones de libros. Se cuenta con un departamento de publicaciones que prepara la revista *Vetas** y colecciones de investigación, resultado de los trabajos realizados por los académicos de la institución.

El Colsan se funda con una planta de 13 investigadores, la mayoría en formación (licenciatura, maestría y doctorado): siete historiadores, tres antropólogos, una socióloga, un literato y una internacionalista. Entre sus prioridades iniciales estuvo la formación de sus investigadores encaminada hacia la obtención de sus doctorados. De esta planta, 11 provenían del CIHSLP, en donde se habían creado los programas de investigación: Historia y Agua y Sociedad.

² El Colsan colaboró en la fundación y conformación de la Coordinación de Geografía, Ciencias Sociales y Humanidades de la UASLP, misma que se abrió en 2002 con las licenciaturas de Antropología, Historia y Geografía.

* N. d. I. R. En la sección "Publicaciones Periódicas" de los volúmenes 7 y 8 del anuario *INVENTARIO ANTROPOLÓGICO* se han publicado los índices de *Vetas*.

Para la puesta en marcha de las labores de investigación y docencia se continuó con los dos programas de investigación preiniciados en el CIHSLP y se creó tanto la línea de investigación Estudios Literarios como el programa Relaciones México-Estados Unidos.

La línea de investigación y los programas se conformaron por un coordinador y una planta que iba de uno a 15 investigadores, y se iniciaron los programas docentes de las maestrías en Historia, Políticas Públicas y de la Licenciatura en Relaciones Internacionales. Los planes docentes fueron discutidos y aprobados por el Consejo Académico del Colsan.³ Para fortalecer los programas docentes se incorporó a nuevos investigadores en las respectivas áreas disciplinarias (cuadro 1).

Segunda etapa (2001-2002): de la constitución del Programa de Estudios Antropológicos al establecimiento de la Maestría en Antropología Social

El PEA se inició en 2001 por recomendación de la Junta Académica conformada por el presidente del Colsan, licenciado Tomás J. Calvillo Unna, las doctoras Hira de Gortari Rabiela, Virginia Guedea, Beatriz J. Velásquez, Blanca Torres y la maestra Guadalupe González, quienes exhortaron “procurar los estudios del desarrollo y antropología”⁴ y recomendaron al presidente del Colsan la conformación de un programa disciplinar en antropología que permitiera la discusión antropológica como un espacio específico de análisis. Lo anterior incentivó una discusión en la planta académica para instaurar un programa de antropología. Para ello, siete profesores-investigadores con antecedentes de formación en antropología fueron convocados por el presidente del Colsan a conformar y delinear un programa en la disciplina antropológica. Cuatro de ellos optaron por mantenerse en sus programas de origen y temas comprometidos (Historia y Agua y Sociedad) y sólo tres⁵ optaron por el área disciplinaria; se sumaron una socióloga⁶ y un historiador.⁷ El grupo tenía varias características en común: cuatro de ellos eran egresados de El Colegio de Michoacán (Colmich), una tenía el grado de doctor y tres estaban inscritos en programas de doctorado;

³ Ver las actas del Consejo Académico (1997-1999).

⁴ Acta de Acuerdos de la Comisión de Evaluación Externa del Colsan (2001).

⁵ Javier Maisterrena, Patricia Moctezuma e Isabel Mora, egresados de la Maestría en Antropología del Colmich.

⁶ Hortensia Camacho, egresada de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

⁷ Juan Carlos Ruiz Guadalajara, egresado de la Maestría en Historia del Colmich.

CUADRO 1: PLANTA DOCENTE 1997-2001

	Historia/ Maestría en Historia	Agua y Sociedad	Mex-USA/ Maestría en Políticas Públicas	Estudios Literarios
Provenientes del CIHSLP	7 historiadores	3 antropólogos 1 sociólogo		
1997			1 internacionalista 1 físico	1 literato
1998	1 historiador		1 administrador público	
1999	4 historiadores	1 antropólogo	3 internacionalistas	
2000	3 historiadores	1 antropólogo		
2001				
Total planta	15	6	6	1

dos pertenecían al Sistema Nacional de Investigadores (SNI); todos tenían publicaciones y la media de edad no rebasaba los cuarenta años.

Con esta reducida planta de investigadores se comenzó a delinear el programa de antropología, denominándolo Programa de Estudios Antropológicos. En abril de 2001, y por acuerdo del Consejo Académico,⁸ se instituyó formalmente y se nombró como primera coordinadora a María Isabel Mora Ledesma.

Los profesores-investigadores del PEA se dieron a la tarea de delinear sus ámbitos temáticos y espaciales, además de los lineamientos internos (Claustro de Profesores) que regirían la vida académica del recién instaurado programa de antropología.

En 2002 el Comité Externo de Evaluación –conformado por los doctores Guillermo de la Peña, Jorge Durand, Judith Zubieta García, Luis Montaña, Valentina Torres y la maestra Luz María Nieto– recomendó “impulsar la iniciativa de abrir un nuevo programa de posgrado en antropología”.⁹

⁸ Ver las actas del Consejo Académico (2001).

⁹ Ver acta del Comité de Evaluación Externa del Colsan (2002).

Durante el año 2002, el núcleo de investigadores del PEA, al que se agregó un nuevo investigador,¹⁰ se dio a la tarea de elaborar el reglamento del Programa, formular la propuesta de la Maestría en Antropología Social y definir las líneas de investigación a partir de los proyectos de investigación que cada uno realizaba.¹¹ La justificación de abrir un nuevo programa de posgrado en antropología se sustentó en el diagnóstico elaborado por los miembros del PEA en torno a la “antropología y ciencias sociales en el Centro-Noreste de México”.¹² El estudio planteó la necesidad de impulsar la investigación antropológica en la región, dado que el Norte de México ha sido una región poco estudiada, que requiere una comprensión antropológica que dé cuenta de la gran diversidad cultural y desarrollos que ha tenido desde la colonización, diferenciándose de los procesos del resto de las culturas del país.¹³

Se puede observar que en los estados del Centro-Noreste de México es todavía muy limitada la presencia de la antropología en instituciones educativas de nivel superior y en general en aquellas dedicadas a la investigación y a la formación de recursos humanos en ciencias sociales y humanidades. Hasta hace una década resaltaban los esfuerzos que realizaba el Centro de Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad de Guanajuato (CICSUG), la Licenciatura en Antropología de la Universidad Autónoma de Querétaro (UAQ) y los intentos de una licenciatura similar en la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ). En el resto de los estados del Centro-Norte del país, incluido San Luis Potosí, la antropología se mostraba como uno de los campos de investigación social con mayor necesidad de desarrollo. Eran pocos los estudios antropológicos realizados hasta la última década del siglo xx sobre el territorio del estado potosino y sus diferentes zonas: ciudad de San Luis Potosí, Altiplano, Zona Media y Huasteca.

En ese contexto de la antropología en la región, en junio de 2002 el PEA emitió la primera convocatoria de la Maestría en Antropología Social, primera en la zona Noreste del país, que cubrió el vacío de alternativas para estudiantes del área social e incentivó la apremiante investigación antropológica en la región.

La Maestría en Antropología Social inició con una planta de cinco profesores-investigadores. Como medida institucional para apoyar el programa docente se instituyó la cátedra “Joaquín Meade”, otorgada

¹⁰ Jorge Uzeta, doctorante en antropología en el Colmich.

¹¹ Reglamentos del Programa de Estudios Antropológicos (2002).

¹² Diagnóstico incluido en el *Programa y Plan Curricular de la Maestría en Antropología Social de El Colegio de San Luis* (2002).

¹³ Véase Sariego 2002 y 2007.

de inicio al doctor Andrés Fábregas Puig, quien siempre brindó, hasta la fecha, su generoso apoyo para conformar y consolidar la MAS.

Durante el periodo 2002-2004 hubo movilidad en la planta de profesores-investigadores de tiempo completo; al respecto cabe mencionar la corta estancia en el PEA de Jorge Uzeta, Juan Carlos Ruiz Gualajajara, Patricia Moctezuma Yano y la temporal incorporación, mediante un proyecto de tiempo definido por un año, de Agustín Ávila.

Atendiendo la recomendación de incorporar la MAS al Programa Nacional de Posgrados de Calidad, formulada por el Comité Externo de Evaluación del Colsan (“presentar la solicitud del ingreso de la Maestría en Antropología Social al Pifop”),¹⁴ y aminorado por la movilidad de investigadores y las limitadas plazas otorgadas al PEA, el núcleo académico tuvo que recurrir a estrategias para atraer y apoyarse con investigadores bajo otras modalidades. En 2003 el Colsan estableció un convenio con el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) para que comisionara un investigador¹⁵ para apoyar la maestría. Adicionalmente, en 2004 se recurrió al programa de repatriación de Conacyt para integrar a otro investigador.¹⁶

Tercera etapa: apertura del programa de Maestría en Antropología Social (2003 a la fecha)

Docencia

Desde el 2003, el PEA del Colsan ofrece la Maestría en Antropología Social con duración de 24 meses a promociones que ingresan cada dos años en el mes de enero. El Programa fue aprobado por el Consejo Académico¹⁷ de la institución, con las recomendaciones de profesores invitados con experiencia en otros posgrados. Asimismo, el programa de la maestría fue presentado en la V Reunión de la Red Mexicana de Instituciones de Formación Antropológica (RedMIFA), realizada en 2003 en la Escuela Nacional de Antropología e Historia-Chihuahua (ENAH-Ch).

El objetivo fundamental de la Maestría es la formación de profesionales para realizar investigación antropológica y ejercer la docencia

¹⁴ Ver acta de acuerdos del Comité de Evaluación Externa del Colsan (2004).

¹⁵ Comisión otorgada a la doctora Neyra Patricia Alvarado Solís, quien en 2004 ocupó la plaza que dejó la doctora Patricia Moctezuma.

¹⁶ En 2005 se integra el doctor Mauricio Guzmán bajo esta modalidad.

¹⁷ Ver las actas del Consejo Académico (2002).

desde una orientación que privilegia los enfoques regionales y comparativos. El PEA considera que el oficio de enseñar a investigar se aprende haciendo investigación, por ello el plan de estudios le brinda especial atención al desempeño de los estudiantes en los trimestres de trabajo de campo y en los seminarios de investigación. Al ingresar a la Maestría, a cada estudiante le es asignado un tutor, quien lo asesora en la elaboración de su proyecto de tesis y su primer trabajo de campo. Por lo regular, el tutor pasa después de un año a ser director de tesis, vinculación que ha permitido mantener contacto y experiencias académicas posteriores entre egresados y profesores. El número de estudiantes se ajustó a la planta de profesores (dos por investigador) y a sus líneas de investigación.

La certificación de la Maestría en Antropología Social

En 2004 el Claustro de Profesores de la MAS realizó una autoevaluación del posgrado, que planteó el desafío de fortalecer y completar la planta de profesores de tiempo completo para ingresar al Programa Integral de Fortalecimiento del Posgrado (Pifop).¹⁸ Los resultados se presentaron al Consejo Académico del Colsan para establecer la estrategia en el marco de la convocatoria. El Programa fue aceptado en Pifop y en 2006 se incorporó al Programa Nacional de Posgrados de Calidad.

Los estudiantes

Primera promoción de la MAS (2003-2005)

En la primera promoción tuvimos un total de 25 aspirantes, los cuales provenían de San Luis Potosí (17), Ciudad de México, Estado de México, Jalisco, y Aguascalientes; entre ellos, se seleccionaron 12 aspirantes, quienes tenían el mejor perfil, seis hombres y seis mujeres, en un rango de edad de 23 a 31 años. Cinco provenían de distintas carreras de la ENAH, uno de sociología, egresado de la Universidad Gregoriana, y seis eran egresados de la UASLP: dos de derecho, dos de ciencias de la comunicación, uno de psicología y uno de agroecología. Esta promoción fue becada por el Colsan para la realización de sus estudios, también recibió apoyo para trabajo y recorridos de campo. Además se

¹⁸ Autoevaluación del Programa de Estudios Antropológicos, 2004.

le otorgó un apoyo de seis meses para terminar su tesis por parte del Consejo Potosino de Ciencia y Tecnología (Copocyt), gestionado por el Colsan.

De esta primera promoción, nueve estudiantes concluyeron sus tesis y tres se dieron de baja por diferentes motivos. De los egresados, dos continuaron sus estudios de doctorado (uno en el Colmich y otro en el Colmex), dos se desempeñan como docentes en San Luis Potosí, tres realizan investigación, uno ocupa un cargo administrativo y una participa en organizaciones sociales.

Segunda promoción (2005-2007): generación Pifop

En la segunda promoción se recibieron 19 aspirantes, provenientes de San Luis Potosí (13), Michoacán, Nuevo León, Chiapas, Jalisco, Estado de México y la Ciudad de México. Se aceptaron 12 estudiantes, seis hombres y seis mujeres. El rango de edad fue de entre 22 y 36 años, con la siguiente formación disciplinaria: tres antropólogos, tres comunicólogos, dos sociólogos, dos historiadores, un psicólogo y un administrador.

La aceptación de la MAS en el Pifop en 2004 permitió a esta promoción recibir las becas otorgadas por Conacyt; el Colsan continuó apoyando con los recorridos y trabajo de campo y otorgó seis meses de beca para la conclusión de tesis.

De esta segunda promoción, diez estudiantes han concluido su tesis, uno se encuentra en proceso y uno se dio de baja. De los egresados, hasta el momento, uno continuó sus estudios de doctorado en la UNAM, dos son docentes, otro colabora como asistente de investigación y los demás están en actividades independientes.

Tercera promoción (2007-2009): generación PNPC

La tercera generación se establece en el marco de inscripción al Programa Nacional de Posgrados de Calidad, en 2006. En esta promoción se recibieron 25 solicitudes, provenientes de San Luis Potosí (19), Colombia, Aguascalientes, Jalisco, Estado de México y Zacatecas. Entre los aspirantes se aceptaron once estudiantes con un rango de edad de 22 a 36 años, cinco hombres y seis mujeres: cuatro de antropología, dos de ciencias de la comunicación, uno de sociología, uno de historia, uno de filosofía y un normalista.

Todos recibieron beca por parte de Conacyt y apoyos complementarios del Colsan para recorridos, trabajo de campo y movilidad. Algunos

de ellos han optado por tomar cursos en otras instituciones en el marco del convenio de movilidad con instituciones de la RedMIFA y la Red de Colegios.

Para 2007 el núcleo académico contaba con siete profesores-investigadores de tiempo completo, de los cuales seis tenían el grado de doctor, una maestra y cinco pertenecían al SNI.

Conclusiones

Las etapas en lo específico han sido marcadas por el proceso interno de los investigadores del programa y las condiciones institucionales del Colsan: 1) la existencia como institución, 2) la emergencia del Programa de Estudios Antropológicos y 3) la apertura de la Maestría en Antropología Social.

Lo anterior está asociado con la brevedad de existencia institucional: 11 años. No obstante, la existencia misma del Colsan, del Programa de Estudios Antropológicos y de la Maestría en Antropología Social, se enmarca en procesos de transformación nacionales relevantes estrechamente articulados con el control y certificación de Conacyt y de la Presidencia de la República a los Centros Públicos de Investigación.

Todo lo expuesto del Programa de Investigación y docencia es el resultado de la creciente descentralización de la investigación en México y de la ampliación de la antropología a partir de los años setentas (Krotz 1988).

Si bien el PEA ha logrado sostenerse en los posgrados de reconocimiento nacional, los miembros coincidimos en que aún no se ha conformado una planta de profesores-investigadores que consolide las líneas de investigación en las cuales se sustenten los proyectos y el programa formativo. Lo reducido de la planta de investigadores y las posibilidades o perspectivas de movilidad son causas de una cierta vulnerabilidad del PEA ante las condiciones externas nacionales. Lo anterior ya había sido visualizado por los miembros del PEA en un diagnóstico realizado para el Pifop,¹⁹ donde se plantearon los siguientes tópicos problemáticos:

1. falta de plazas institucionales (desde su fundación sólo se le han otorgado dos plazas);

¹⁹ Carpeta de Documentos presentados al Pifop 2004.

2. la movilidad de profesores-investigadores;
3. la individualización y encapsulamiento de los proyectos y la falta de discusión académica colectiva;
4. el ambiente institucional y la falta de claridad en los canales de comunicación, lo cual entorpece la conformación de grupos de trabajo informales y propuestas de investigaciones colectivas;
5. preponderancia de lo administrativo sobre lo académico mediante informes semestrales y estímulos.²⁰

Los cinco tópicos son aspectos asociados con el predominio de la dinámica del sistema Conacyt y afectados por los cambios sexenales.

Bibliografía citada:

- KROTZ, ESTEBAN, 1988. "Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana". En: Carlos García Mora, Mercedes Mejía Sánchez y Martín Villalobos Salgado, coords., *La antropología en México: panorama histórico. V 7: Las instituciones*, pp. 286-307. México: INAH.
- SARIEGO RODRÍGUEZ, JUAN LUIS, 2002. "Propuestas y reflexiones para una antropología del Norte de México". En: Guillermo de la Peña y Luis Vázquez, coords., *La antropología sociocultural en el México del milenio: búsquedas, encuentros y transiciones*, pp. 373-389. México: FCE/INI/CNCA.
- , 2007. *Algunas reflexiones y propuestas para la discusión interna de los investigadores del Programa de Estudios Antropológicos (PEA) del Colegio de San Luis* (mecanoescrito).

María Isabel Mora Ledesma
José Javier Maisterrena Zubirán
El Colegio de San Luis

²⁰ Informes de actividades del PEA 2003, 2004, 2005, 2006 y 2007.

Colegio de Antropología Social de la BUAP ***Acercamiento a su historia: 1979-2005***

¿Cómo reconstruir la historia del Colegio de Antropología Social de la BUAP? Sin duda, hay distintos accesos, disímiles enfoques de mirar los acontecimientos pasados. En este texto exponemos un acercamiento a su devenir histórico, proponemos una periodización de 26 años y subrayamos momentos significativos de definición académica y política.

Consideramos que es importante tener en cuenta el contexto local universitario de los años setenta y ochenta del siglo XX para comprender el surgimiento, ideología y planes de estudio primigenios del Colegio de Antropología Social (CAS). Etapa en que se definió un proyecto universitario denominado *Universidad democrática, crítica y popular*, que determinó la vida académica del CAS durante 13 años, periodo que llamamos: *Hegemonía de la antropología crítica y comprometida con las clases subalternas: etapa fundacional y marxismo ortodoxo (1979-1992)*. Subsiguientemente, a partir de los años noventa, la política educativa federal neoliberal fue adoptada por la clase política de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) y fue la que forjó un proyecto universitario que se llamó: *Universidad de Excelencia Académica*. A lo largo de varios años, este proyecto universitario fue el marco en el cual se desarrolló la vida académica y política del CAS, periodo que definimos como: *De la antropología crítica y popular a la antropología científica (1992-2005)*.

Veintiséis años, dos proyectos universitarios, dos periodos del CAS y varios subperiodos delimitan la periodización que aquí proponemos. Cabe señalar que tomamos en cuenta a sus protagonistas desplegando acciones académicas y políticas que ocasionaron momentos de ruptura, provocando trazar un antes y un después en el CAS. Nos interesa reconstruir y caracterizar las coyunturas domésticas porque explican la dinámica interna del Colegio, lo que se pensaba de la disciplina y las acciones emprendidas para resolver dificultades académicas y políticas. Igualmente la historia del Colegio exhibe continuidades académicas, que tanto los fundadores como los actuales protagonistas consideran importantes para definir el perfil educativo del CAS. En suma, este texto tiene el objetivo de presentar una reconstrucción crítica de los principales periodos que han modelado la creación, configuración y devenir del CAS durante los años que van de 1979 a 2005.

Universidad Democrática, Crítica y Popular

Con el primer rector (Sergio Flores, en 1973) elegido democráticamente y de filiación comunista se inicia el proyecto *Universidad Democrática, Crítica y Popular* en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pero fue hasta el rectorado de Luis Rivera Terrazas (1975-1981) que se consolida esta visión, continúa con el rectorado de Alfonso Vélez Pliego (1982-1987) y termina con la destitución del rector Samuel Malpica, en 1989. Diecisiete años de *Universidad Democrática, Crítica y Popular* dominaron la escena académica y política de la BUAP, hasta la llegada del proyecto neoliberal de *Universidad de Excelencia Académica*; con ello dejó la conducción de la universidad una clase política vinculada al partido comunista y a la izquierda mexicana, y la sustituyó una clase política que asumía el proyecto neoliberal, vinculada al Partido Revolucionario Institucional (PRI).

El proyecto de *Universidad Democrática* se desarrolló planteando que la formación de los estudiantes universitarios debería consolidar en profesionistas que funcionarían como actores sociales comprometidos con su tiempo, serían promotores del cambio social; por esta razón, en los planes de estudio se incorporó la formación marxista en sus vertientes económica, social y filosófica.

El rector Luis Rivera Terrazas afirmó en 1975 que la universidad mexicana, en general, y la BUAP, en particular, obedecía a los intereses de la clase dominante, porque era una institución al servicio del régimen social, y como tal coadyuvaba al mantenimiento de las relaciones de producción existentes, reproducía la ideología de la clase dominante y formaba los cuadros técnicos y científicos para que la hegemonía mantuviera su predominio social (1975: 13). A partir de esta visión, plantea que la función de la universidad debería vincularse con las necesidades de la sociedad; su tarea central consistiría en estimular la transformación en las fuerzas productivas de tal manera que posibilitara una acción revolucionaria para cambiar las relaciones sociales existentes (1975: 13).

Los puntos programáticos de este tipo de universidad se desarrollaron a partir de la defensa de la autonomía universitaria; de la libertad de cátedra, entendida como la libre exposición de toda corriente de pensamiento; admisión de grandes grupos en la universidad, sustentada en la idea del derecho y el deber de que la universidad debería abrir sus puertas a grandes grupos de la población, fundamentalmente aquellos provenientes de las clases trabajadoras; y gratuidad de la enseñanza. La *Universidad Democrática*, afirmó el rector que militaba en

el partido comunista, debería contribuir a formar universitarios comprometidos con los requerimientos y aspiraciones de su pueblo y de su país, al imprimir a la orientación y contenido de la enseñanza un nuevo sentido, y las carreras impartidas por la BUAP deberían estructurarse en esa dirección: ello necesariamente desemboca, afirmó el rector, en una educación científica, integral, activa, desalienante, democrática, nacionalista y popular (1975: 13).

El modelo de universidad que impulsó el rector Rivera Terrazas lo prolongó el rector siguiente, Alfonso Vélez Pliego, que había sido secretario general de la BUAP en la administración del primero. En este contexto discursivo se crea en 1979 el Colegio de Antropología Social.

El modelo de *Universidad Democrática*, adoptado por muchos centros de educación superior del país, fue posible sólo a partir del movimiento estudiantil y popular de 1968, que provocó una corriente crítica sobre la formación profesional. Se debatieron acaloradamente los currículos de muchas profesiones y la formación antropológica no estuvo ausente de dicho replanteamiento. Se cuestionaron seriamente el indigenismo y el culturalismo como paradigmas formadores de antropólogos. Así, el materialismo histórico emergió como paradigma dominante en la formación de antropólogos, que, junto con la política del gobierno federal de los años setenta del siglo XX de impulsar la creación de nuevas instituciones y escuelas a nivel nacional y centros de investigación, posibilitó la expansión de escuelas de antropología.

Por ello, en 1972 se crea la Escuela de Antropología de la Universidad Autónoma de Guadalajara, en 1973 se forma el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH), que según afirma Andrés Medina (2000) rompió el monopolio del INAH en la investigación y en la docencia. En 1975 se crean el Doctorado en Antropología en el CISINAH y el Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAMI); en 1977 se abre la carrera de Antropología en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMex) y en 1979 surgen la Licenciatura en Etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), la Maestría en Antropología Social de El Colegio de Michoacán (Colmich) y la Licenciatura en Antropología Social de la BUAP (Escamilla 1999).

El fin del proyecto de *Universidad Democrática* coincide con el auge del neoliberalismo a nivel mundial y, en particular, con la implementación de nuevas políticas educativas para la educación superior en nuestro país. En Puebla, la terminación del proyecto *Universidad Democrática, Crítica y Popular* se puede fechar en 1989, con la renuncia

del rector Samuel Malpica, que fue objeto de muchas presiones por parte del gobierno federal y de una clase universitaria que se alió al priísmo poblano; finalmente lo sustituyeron (1990) con el primer rector neoliberal priísta: José M. Doger Corte.

Universidad de Excelencia Académica

La década de los ochentas es el auge del proceso denominado globalización, la nueva etapa del capitalismo que cerca a las economías nacionales e impone políticas económicas a través de organismos internacionales como el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). En nuestro país, a partir de 1982 se implementan las políticas neoliberales con reformas económicas, políticas y sociales para que México se incorpore a los nuevos tiempos globales. Sin duda, ante este nuevo contexto político y económico, la educación superior en América Latina y en México es afectada; surge un postulado crítico que cuestiona el modelo académico tradicional, se critica lo masivo de las universidades públicas, la incapacidad de éstas para colocar a sus egresados en los mercados laborales y se cuestiona el bajo nivel académico de su profesorado (García y Reyes 2001).

Con el presidente Miguel de la Madrid se inicia el cambio en la educación superior. En su Plan Nacional de Desarrollo (1983-1988), plantea la necesidad de relacionar la educación con el sistema productivo; racionalizar la matrícula evitando el crecimiento masivo y desordenado, y vincular los programas de educación superior con las necesidades de desarrollo de la sociedad (García y Reyes 2001: 144).

Las universidades públicas del país no estuvieron exentas de este proceso. En la BUAP se manifestaron grupos de universitarios vinculados al neoliberalismo y al partido en el poder, que pugnaron por una universidad “nueva” y cuestionaron seriamente el modelo basado en las ideologías izquierdistas, populistas y marxistas.

El año de 1989 significó para la BUAP el fin de una época y el principio de otra. Con la renuncia del rector en turno –Samuel Malpica Uribe–, la muerte de un profesor por impacto de bala y la elección de otro rector –José Doger Corte–, ya lo decíamos líneas arriba, se entierra un modelo académico basado en la masividad e ideología marxista. En 1990, en la BUAP se empieza a gestar un modelo académico conveniente, según las autoridades universitarias, para enfrentar las nuevas condiciones económicas, políticas, sociales y culturales del país y del mundo.

Acorde con el Plan Nacional de Desarrollo de Salinas de Gortari (1989-1994), la BUAP forjó un novedoso modelo que fue nombrado *Excelencia Académica con Compromiso Social*; para ello se elaboró el Plan de Desarrollo llamado *Proyecto Fénix*, que fue aprobado por el Consejo Universitario de la BUAP el 24 de marzo de 1994. Pero para implementar el *Proyecto Fénix* fue necesario que la BUAP cambiara su Ley Orgánica (23 de abril de 1991) y desarrollara un Congreso Constituyente, que se realizó el 28 de septiembre de 1991. Estas dos acciones sentaban las bases jurídicas y políticas para que la BUAP se encaminara hacia el desarrollo de una universidad acorde con el proyecto neoliberal educativo. Esta transformación fue conducida por la clase política universitaria priísta.

El *Proyecto Fénix* sintetizó las aspiraciones de la universidad que se quiso construir en la década de los noventa del siglo xx. En sus fundamentos se habló de la necesidad de garantizar la calidad académica, la formación humanista con un compromiso con la sociedad. Fue una profunda reforma en lo académico, administrativo, legislativo y financiero, y entendió la excelencia académica “como el esfuerzo voluntario por alcanzar los más altos niveles de calidad, productividad y competencia, conforme a criterios de eficacia y eficiencia. El compromiso social como sinónimo de una verdadera modernización cuyo objeto es brindar un servicio a la sociedad” (BUAP 1994). El *Proyecto Fénix* se desarrolló a lo largo de cuatro años efectivos y ocasionó profundos cambios en toda la universidad.

En los dos periodos del rector José Doger (1990-1997) se sentaron las bases para la modificación de la universidad. Se sustituyó definitivamente el modelo de *Universidad Democrática, Crítica y Popular* por el de *Excelencia Académica con Compromiso Social*. Como premio a la labor desarrollada por este rector, el priísta poblano lo nombró presidente del Órgano de Fiscalización Superior del Congreso del Estado.

La llegada de un nuevo rector, Enrique Doger Guerrero (1997-2004) –primo del anterior–, integrante del grupo impulsor de la excelencia académica y también miembro del PRI, profundizó varios aspectos del *Proyecto Fénix*.

Desde el reconocimiento de la Autonomía Universitaria en 1956 hasta el fin del modelo de *Universidad Democrática, Crítica y Popular* en 1989, la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla se caracterizó por su permanente definición en relación con las luchas sociales de la sociedad poblana, de México y del mundo. A partir de 1990 la BUAP se encaminó directamente al neoliberalismo educativo, olvidando sus antecedentes político sociales y consolidando indicadores académicos

como la fuente de su definición. Dos etapas y dos clases políticas de dirigentes marcaron diferencias muy claras; una formada en las luchas sociales y en la ideología del marxismo, integrante del Partido Comunista Mexicano, y otra que optó por el neoliberalismo como ideología, perteneciente al priísmo poblano. En la primera etapa surge el Colegio de Antropología Social y se desarrolló como un programa educativo cercano a la lucha de clases; y en la segunda etapa se definió como un programa educativo científico y políticamente incómodo, en el sentido de que el CAS participó en la reforma educativa de su programa educativo, pero bajo una permanente posición crítica por parte de los integrantes de la planta académica e integrantes de la comunidad estudiantil, quienes mostraron un férreo rechazo a las decisiones que poco beneficiarían a una licenciatura cuyo perfil estaba encaminado a la investigación.

El Colegio de Antropología Social

El Colegio de Antropología Social fue creado formalmente por el Consejo de Gobierno de la Escuela de Filosofía y Letras el 3 mayo de 1979 y ratificado por el Consejo Universitario de la BUAP el 29 de noviembre del mismo año. Las clases del nuevo programa iniciaron en octubre de 1979 con 57 alumnos inscritos (BUAP 1985). A 30 años de su creación, ha transitado por varias etapas.

Hegemonía de la antropología crítica y comprometida con las clases subalternas: etapa fundacional y marxismo ortodoxo (1979-1992)

Al amparo del proyecto de *Universidad Democrática, Crítica y Popular* se realizó en 1978 el Primer Congreso de la Escuela de Filosofía y Letras, en donde uno de los principales acuerdos fue que dicha facultad evolucionaría paulatinamente a una Facultad de Ciencias Sociales. Como producto de esa discusión y decisión se fundó la Maestría en Ciencias Sociales y el Colegio de Antropología Social en 1979.

El primer plan de estudios del CAS se caracterizó, según sus fundadores, por tener una concepción más amplia de la antropología y no ceñirse a una sola concepción antropológica y social, que fue el marxismo en boga, por lo que definieron a su proyecto como de marxismo moderado. El gusto les duró poco, pues llegaron otros profesores de la Ciudad de México y en 1980 se reforma. Cambios que ocurrieron el

24 de junio de 1980 y que el Consejo de Gobierno de la Escuela de Filosofía y Letras corroboró aprobando un nuevo plan de estudios; con ello se consolidó un colegio sustentado en el *marxismo ortodoxo*. Dentro de los argumentos que se esgrimieron para justificar la reforma al primer plan de estudios se afirmó que la antropología mexicana se había distinguido por la existencia de dos tendencias opuestas en las disciplinas sociales: la primera, que condujo a la fundamentación de la teoría y la práctica burguesa; y la otra, principio de la filosofía de la praxis para desembocar necesariamente en la búsqueda de un espacio político para las clases subalternas (BUAP 1981). Visión que dominó durante 13 años.

El Primer Congreso en el CAS: 1981

A dos años de su fundación, se llevó a cabo el *Primer Congreso del CAS* (del 17 al 21 de agosto de 1981), que tuvo el objetivo de realizar un balance de las actividades académicas y políticas del mismo; así se desprende de los documentos consultados. Las resoluciones del *Primer Congreso*, aprobadas en *Asamblea General*, expresaron más una declaración política que un proyecto académico, debido a que el objetivo de formar “especialistas altamente capacitados” fue supeditado a que la vinculación entre docencia, investigación y extensión debería contribuir a la lucha de clases de los grupos sociales subalternos. De esta manera, los resolutivos del *Primer Congreso* ratificaron los principios de la *Universidad Democrática* que encabezó el ingeniero Luis Rivera Terrazas en esos años como rector.

Tercer Foro: 1983

El *Tercer Foro* del CAS se realizó en septiembre de 1983; reformuló el plan de estudios de 1981 y sus resolutivos fueron aprobados por el Consejo Universitario de la BUAP. Siguiendo con la línea ideológica del *Primer Congreso*, se refuerza el compromiso político social de los años anteriores. También se plantea como su objetivo principal la fusión académica con la investigación y la extensión universitaria como parte del compromiso democrático y popular de rigurosidad científica (BUAP 1985).

En este *Foro* destaca la importancia que se le brinda a la investigación con orientación popular. Un elemento meritorio de los resolutivos del *Tercer Foro* fue retomar del primer plan de estudios la idea de definir

la región poblana como el área de estudio del CAS. Investigaciones que tendrían como compromiso “elaborar una visión científica de la región poblana, con base en la cual sea posible ampliar las perspectivas democráticas de los grupos sociales explotados y oprimidos” (BUAP 1985).

Los años ochenta se pueden caracterizar como una década de permanente *ensayo* para el CAS, debido al profesorado fundador que, al cabo de pocos años, en su mayoría dejó el proyecto académico del CAS;¹ casi todos buscaron satisfacer sus intereses particulares, por lo que los recién llegados se incorporaban a un colegio sin liderazgo académico, sin proyecto sustentado en las ciencias antropológicas. Incluso lo que se pensó políticamente para el Colegio fracasó. Sin embargo, no todo fue una pérdida de tiempo, quizás lo más rescatable del periodo fundacional y de la hegemonía marxista fue la importancia que tuvo la investigación en los planes de estudio, hecho que sigue siendo pilar en el actual plan de estudios. Hoy, como en los años fundacionales, se discurre en la formación de investigadores como la tarea principal del CAS. Continuidad que presenta una ruptura, ya que la formación de investigadores se sustenta en variadas teorías antropológicas y no en una, como en el pasado.

*De la antropología crítica y popular
a la antropología científica (1992-2005)*

El año de 1990 es un momento crucial para la BUAP, ya lo dijimos líneas arriba, debido a la llegada del primer rector neoliberal perteneciente al Partido Revolucionario Institucional. Este rector (José M. Doger Corte) sepultó definitivamente el proyecto de *Universidad Democrática, Crítica y Popular* e inició cambios sustanciales en los ámbitos académicos, laborales, sindicales, administrativos y orgánicos en la BUAP. De los cambios más importantes fue el diseño de nuevos planes de estudio en todas las carreras que se impartían en la BUAP. Es en esta coyuntura y por disposiciones de la autoridad máxima de la universidad, que el personal académico del Colegio de Antropología Social desarrolló en 1991 y 1992 dos acciones: una evaluación de 13 años de actividades del Colegio, y un debate académico con el objetivo de modificar el plan de estudios.²

¹ No es el caso de Manlio Barbosa Cano, investigador del Centro INAH Puebla y fundador del CAS, quien ha impartido clases ininterrumpidamente desde 1979.

² Cabe señalar que el Consejo Universitario Constituyente de la BUAP acordó que para septiembre

Según diversos documentos consultados, el CAS se encontraba en una profunda crisis en los inicios de los años noventa del siglo XX. La planta de profesores de la época pensó que la salida a la crisis académica era cambiar el viejo plan de estudios, por eso concentraron sus esfuerzos en “antropologizar” el currículo. Fue así que el personal académico del CAS inició la discusión sobre un nuevo plan de estudios. De esas sesiones, de aproximadamente un año de duración, surgió el plan de estudios de 1993, y con ello la ruptura político-académica en el CAS entre dos grupos de profesores, que marcaría un antes y un después en la vida institucional del Colegio.

La gran crisis político-académica: 1992

Desde 1991 un grupo de profesores concibió un plan de estudios nuevo y realizó acciones encaminadas al cambio del antiguo currículo. Dentro de sus argumentaciones afirmaba que era necesario recuperar la identidad de la antropología, que se había perdido debido a que “la teoría del conflicto –marxismo– sustituyó en muchos casos y en diferentes disciplinas a las disciplinas mismas” (Gámez, Licona, Aréchiga y Castro 1992). Con la idea de “antropologizar” las materias se propusieron desde 1990 y 1991 algunos cambios graduales, con el objetivo de ganar espacios reales para la disciplina; se planteó, por ejemplo, que en los cursos de *Imperialismo en América Latina* se hiciera una revisión de los procesos culturales que han conformado las identidades colectivas en el continente; en la materia *Introducción a la Economía* se propuso que se impartiera un contenido de *Antropología Económica*; así como proponer nuevos cursos como *Etnografía de Puebla-Tlaxcala*, *Antropología Política* y, entre otras, *Antropología de las Sociedades Complejas*. Por desgracia, estos esfuerzos iniciales de ir cambiando parcialmente el currículo tuvieron fuertes oposiciones por parte de otro grupo de profesores que argumentaba que la institucionalidad se quebrantaba.

Así, en 1991 principió seriamente la revisión del enfoque marxista en la carrera de antropología, y con ello se dio la ruptura política entre los miembros de la academia de profesores. Algunos profesores se opusieron al reconocimiento de doctorado *Honoris Causa* al doctor Aguirre Beltrán por considerarlo el “padre” del indigenismo mexicano.

de 1992 se inaugurarían los cursos con nuevo plan de estudios; este hecho ocasionó que las academias entraran en discusiones para modificar los currículos en toda la universidad.

Hacia junio de 1992, en el CAS se conocían y circulaban dos propuestas de planes de estudio. El acuerdo del *Consejo Universitario Constituyente* de que en septiembre de 1992 se debían inaugurar los cursos con nuevos planes de estudio, precipitó la discusión entre los dos grupos de profesores del CAS. Académicamente las dos propuestas de planes de estudio tenían muchas similitudes, en realidad la ruptura se dio en lo político más que en lo académico, ya que los dos grupos coincidían en la necesidad de “antropologizar” el currículo.

Quizá lo más relevante de las propuestas fue, por un lado, no adherirse a alguna *moda intelectual* que se proclamase como el nuevo dogma teórico, como lo fue en su momento el marxismo; se especificó que no debería haber una línea teórica que guiara todo el plan de estudios, dando cabida a la diversidad de enfoques y de tendencias teórico-metodológicas. Por otro lado, se manifestó el objetivo de convencer a la opinión pública de que la antropología tiene la capacidad histórica de ser reconocida como una disciplina que organiza, produce y reproduce conocimiento científico sobre los fenómenos culturales e históricos.

El nuevo plan de estudios se aprobó en 1993, y no se puede atribuir su paternidad a uno u otro grupo, porque existieron más concomitancias que divergencias académicas.

Con la aprobación de este plan de estudios y su puesta en marcha en 1993, el CAS canceló definitivamente el predominio de una corriente de pensamiento y permitió la inclusión de otras corrientes teóricas que enriquecieron la formación de antropólogos en Puebla; pero también el nuevo plan de estudios permitió el conocimiento integral de las ciencias antropológicas que en el pasado se negaba.

*Nace la revista Mirada Antropológica
y un nuevo proyecto académico (1994)*

En 1994 se edita el primer número de la revista *Mirada Antropológica*, que representó un hito dentro del CAS, debido a que por primera vez se trazó seriamente un proyecto editorial y académico de largo alcance. La revista se planteó como objetivos: difundir el conocimiento antropológico, crear un espacio de discusión a fin de contribuir al desarrollo de la teoría antropológica en general y del conocimiento etnográfico del Estado de Puebla en particular.

La posibilidad de contar con una revista que fungiera como medio de difusión y vinculación de la disciplina antropológica desarrollada

en el CAS frente a las instituciones hermanas en otras entidades federativas, así como también ante el terruño poblano, ofreció un importante foro para afianzar el posicionamiento académico de los(as) profesores(as) del CAS, quienes emprendieron un compromiso con el Colegio y quienes, invitando a participar a especialistas de diferentes instituciones antropológicas, buscaron la manera de socializar la publicación. Los esfuerzos iniciaron con buscar apoyo y patrocinio, así como también con la posibilidad de exhibición y venta en algunos puestos de periódicos; aspectos que resultaron desgastantes, pero que coadyuvaron en reafirmar el ánimo del estudiantado y de los(as) profesores(as) colaboradores, quienes sin duda alguna vivieron los cambios en el CAS, algunos con zozobra, otros con temor y otros más con indiferencia, pero por primera vez en el CAS se expresaban resultados tangibles del trabajo colectivo, ello sin duda alguna fomentó las expectativas.

El sistema de créditos (1995)

En otoño de 1995 se instituyó en toda la universidad el *sistema de créditos*, acción que ocasionó profundos cambios en la vida académica de los programas de estudio. Dentro de los más importantes cabe señalar los siguientes: a) se cambió la organización académica semestral por la de dos cuatrimestres al año (primavera y otoño) y un periodo de verano de dos meses; b) se “flexibilizó” el currículo, ahora el alumno iría acreditando sus materias según sus posibilidades de tiempo, interés por la materia o profesor, “flexibilizando” la formación de los estudiantes; c) se implantaron tres materias (Tronco Común Universitario) que todos los estudiantes universitarios deberían cursar, asignaturas que se denominaron *Derechos Humanos*, *Ecología* y *Globalización*; d) imposición de dos materias más (*Introducción a las Humanidades* e *Introducción a la Filosofía*) como parte de un Tronco Común de la Facultad de Filosofía y Letras, asignaturas que expresaron solamente un “capricho” del director en turno, ya que fueron una carga para todas las licenciaturas de la Facultad; y e) aumento en el costo de inscripción y diversos servicios como certificados, examen profesional, etc.

Fueron cambios que evidenciaron la imperiosa necesidad de las autoridades universitarias de instaurar en la BUAP las disposiciones neoliberales en educación superior; permutas que la clase política universitaria se había comprometido a realizar con el gobierno federal a cambio de puestos políticos.

En el CAS, estas nuevas disposiciones propiciaron nuevamente un cambio en el plan de estudios y el principio de un enfrentamiento del profesorado con los operadores de la BUAP. Con el afán de “flexibilizar” el currículo y de que el estudiante pudiera terminar su licenciatura, incluso en tres años, se propuso al CAS eliminar materias. Propuesta que fue rechazada por la academia de profesores, argumentando que se quería “abaratarse” la licenciatura, que lo que se esperaba era formar investigadores y no “técnicos” de la cultura.

Finalmente los gestores y técnicos de la universidad respetaron la decisión de la academia de profesores, pero el resultado fue un currículo excesivo en materias, ya que se incluían las asignaturas de los dos troncos comunes, además de dos materias más de *Antropología Aplicada* y otras tres de *Didáctica* (estas últimas por influencia de las autoridades de la Facultad), lo que imposibilitaba que los estudiantes pudieran terminar sus estudios en tres años como mínimo y cinco como máximo. En lo general, se respetó el plan de estudios de 1993, se continuó con la visión holista de las ciencias antropológicas y se confirmó la investigación como uno de los ejes fundamentales en la formación de antropólogos.

La evaluación de los CIEES (1998)

En 1990 la Comisión Nacional de Evaluación de la Educación Superior (Conaeva) puso en marcha un sistema de evaluación para todas las universidades del país. Evaluación a partir de dos acciones: una autoevaluación que deberían realizar las propias instituciones de educación superior, y otra que realizaron los Comités Interinstitucionales para la Evaluación de la Educación Superior (CIEES), creados en 1991. Según documentos consultados, uno de los objetivos principales de los Comités fue el de “contribuir a mejorar la calidad y la eficiencia de la educación superior en el país”.

Los CIEES visitaron por primera vez el CAS en 1998 y regresaron los días 18 y 19 de agosto de 2005. El CAS hizo llegar a los CIEES la información para el análisis previo a la primera visita. Revisada y discutida esta información, el Comité llegó al Colegio y se entrevistó con autoridades, profesores, alumnos, empleadores y egresados, recorrió las instalaciones y revisó los acervos bibliohemerográficos. Después de varios meses, los CIEES entregaron la evaluación y sugerencias para el programa de antropología. Valoración que fue interpretada positivamente y se dijo que el CAS se encontraba en el “momento justo” para dar un salto cualitativo y consolidar un proyecto académico.

Así, y en respuesta a las recomendaciones planteadas en el informe de evaluación que el Comité de Artes, Educación y Humanidades elaboró en 1998, el CAS presentó en marzo de 2005 un documento. El Comité consideró que el total de las recomendaciones había sido atendido en diferentes niveles, la mayoría de ellas en grados muy avanzados, por lo que se hizo evidente la gran disposición del Colegio y, en particular, de su planta de profesores, para mejorar la calidad de la licenciatura.

El informe concluye señalando que el programa de Licenciatura en Antropología Social cuenta con las condiciones para considerarlo un programa en proceso de consolidación y de creciente arribo a niveles de calidad académica. Lo califican como programa de nivel 1 y advierten que es necesario atender las recomendaciones para que pueda mantenerse con los estándares académicos requeridos.

El plan de estudios de 2003

Desde 1998 y hasta 2005, el CAS se transformó vertiginosamente. Lo más importante de este periodo es que profesores y estudiantes se dedicaron a la labor académica, desaparecieron las rencillas políticas que hicieron mucho daño al Colegio y se construyó una “atmósfera” de compañerismo y productividad.

El nuevo “ambiente” se reflejó en la reestructuración del plan de estudios, que por fin se aprobó en 2003. Éste se organizó sustentando una visión amplia de la antropología, se continuó con la investigación como eje central de la formación del estudiantado y se consolidaron tres áreas de especialización; también se disminuyeron los créditos totales para egresar de la licenciatura. Se conformó un currículo actualizado y se generó el compromiso por realizar investigaciones en Puebla. Este esfuerzo colectivo se evidenció en la distinción que recibió el CAS por parte del gobierno federal en 2005.

El CAS como programa de calidad (2005)

En febrero de 2005 el CAS recibió a la Asociación para la Acreditación y Certificación de Ciencias Sociales (Acceciso), organismo reconocido por Copaes, que evaluó 90 criterios de la Licenciatura en Antropología Social y, después de tres meses de revisión le otorgó la acreditación como programa de calidad.

Al recibir la acreditación como programa de calidad, el CAS se posicionó académicamente dentro de la BUAP por su alta eficiencia terminal, por la sólida formación y producción científica de su personal académico, por la pertinencia social de la licenciatura, por los métodos utilizados para evaluar el aprendizaje, por la infraestructura y equipamiento de apoyo al desarrollo del programa y, entre otras cosas, por la opinión favorable que tienen los empleadores de los egresados de antropología.

Con esta distinción y después de 30 años de existencia, el CAS vive la etapa más productiva de su historia y se levanta como una de las opciones académicas de formación de antropólogos más importantes de la región. Paradójicamente, y a pesar de este importante reconocimiento a nivel federal, las autoridades universitarias han hecho parcialmente caso omiso de las recomendaciones sugeridas por el organismo acreditador. Después de 2005, el CAS, tanto su personal académico como el estudiantado, ha conducido importantes disputas por conseguir lo recomendado por Acceciso.³ Los resultados no son los esperados por la comunidad del CAS, debido a la falta de conocimiento de algunos funcionarios de la universidad, tal es el caso del financiamiento al trabajo de campo, que hasta la fecha no proporcionan. Lo que está muy claro en la comunidad del CAS es que las acreditaciones a los programas sirven más para promocionar la imagen de la universidad y muy poco para consolidar los programas educativos. Sin embargo, y a pesar de ello, el CAS ofrece una de las licenciaturas más sólidas académicamente de la BUAP.

Conclusiones

La historia del CAS ha sido de rupturas y continuidades. Rompimientos académicos que marcaron un antes y un después, quiebres políticos

³ A continuación varias de las recomendaciones de Acceciso: *Nombre del Programa Educativo*: denominar el Programa como Licenciatura en Antropología ofrecería a los alumnos una visión general de la disciplina, además de abrir la opción de incorporar en el futuro otras especialidades al Programa Educativo. *Adscripción del Programa Educativo*: reorganizar la estructura académica de la universidad lograría fortalecer la consolidación de espacios disciplinarios propios. En el caso del Programa Educativo de Licenciatura en Antropología Social, éste pertenece al Colegio de Antropología y se encuentra en la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP, lo cual parece impedir la consolidación e identidad disciplinaria. *Trabajo de campo*: reconocer la importancia del trabajo de campo en la formación del antropólogo social a través del apoyo financiero para su realización periódica. *Especialización del acervo bibliohemerográfico*: resulta prioritario dotar de un acervo especializado y actualizado al CAS, que se debe ubicar en un espacio adecuado para fomentar su uso (Acreditación como Programa de Calidad al CAS de la BUAP. Acceciso, 15 de junio de 2005).

que trazaron procesos de largo aliento y persistencias que definen el quehacer antropológico del Colegio. También esta historia devela protagonistas comprometidos con un proyecto académico y la formación de antropólogos; y de otros más interesados por su desarrollo profesional individual, división que en la actualidad todavía se manifiesta. Por ejemplo, persiste la lucha simbólica por el hecho fundacional del CAS. Pudimos recoger dos versiones de la fundación, una escrita, que se encuentra en la documentación oficial y que narra un acto público de inauguración; otra oral, recopilada a través de los testimonios de los profesores que fueron invitados por primera vez para elaborar el primer plan de estudios. La disputa por la fundación no es un hecho menor –debido a que nos remite a dos propuestas académicas de organización curricular– sino que mostró una intensa discusión académica e inevitablemente el triunfo de una de ellas, visión que determinó durante 13 años la vida académica del CAS y que en la actualidad exhibe una distancia, académico-política, entre sus protagonistas fundadores. De esta historia queremos subrayar, a manera de conclusión, las continuidades y rupturas más significativas a lo largo de 30 años de existencia del Colegio.

En primer lugar hay que señalar que la formación de investigadores sigue siendo el eje central del plan de estudios, desde su etapa fundacional hasta la actualidad. Sin embargo, las épocas por las que transitó el CAS imprimieron matices. En sus primeros 13 años se pensó formar investigadores comprometidos con la lucha de clases, y, a partir de 1993, investigadores profesionales en el estudio y análisis de la cultura y problemas sociales, por lo que se privilegió una formación antropológica sustentada en la diversidad de teorías antropológicas y en una rigurosa preparación metodológica, visión que estaba ausente en la primera década del CAS. Enfoques distantes y divergencia que también se manifestó en la importancia que se le dio a la etnografía y al trabajo de campo. En los primeros años, y por la hegemonía de la visión marxista, la labor etnográfica se perdió por dar prioridad al análisis político y económico de la sociedad, situación que cambió a partir de 1993 debido a la importancia que tuvo la preparación técnica y metodológica de los estudiantes para la obtención de datos etnográficos. De 15 días de trabajo de campo se transitó a cuatro meses, desarrollados en dos periodos de verano. Ruptura significativa, porque se llegó a la elaboración de tesis sustentadas en vastos datos etnográficos, textos que marcarían una diferencia con muchas tesis de la época marxista, que carecen de los mismos.

En segundo lugar cabe subrayar que una ruptura muy importante fue sustentar, a partir de 1993, la formación de antropólogos en un conjunto variado de teorías antropológicas. Hecho que permitió que los estudiantes conocieran y estudiaran todas las teorías antropológicas y a partir de ellas respaldaran sus proyectos de investigación. Esto favoreció ampliar las temáticas de las tesis, discusiones teóricas con una gran variedad de textos antropológicos y, lo más importante, ensanchó su horizonte analítico e interpretativo de la cultura que, junto con este propósito de organizar el plan de estudios de 1993, sustentado en el conjunto de las ciencias antropológicas, definió un perfil científico en la formación de antropólogos. En 1993, el plan de estudios incorporó, por primera vez, materias de lingüística, antropología física, arqueología y variadas temáticas de la antropología; asignaturas que expresaron la clara intención de formar antropólogos a partir del conocimiento integral de la antropología y no sólo de la teoría marxista.

En tercer lugar, es necesario mencionar que desde el primer plan de estudios se concibió a la región Puebla-Tlaxcala como el área de estudio del CAS. Hoy seguimos conservando esa visión y consideramos que es la totalidad del Estado de Puebla y la región que se conforma con parte de los estados de Tlaxcala, Veracruz y Oaxaca el interés de las investigaciones; con ello el área de estudio se amplió y se diversificaron los temas a estudiar. Aunado a lo anterior, el CAS logró definir claramente tres líneas de investigación que son las que definen el perfil investigativo del CAS.

En cuarto lugar, un cambio drástico que afectó la vida académica fue la desaparición de las coordinaciones de los programas de licenciatura como autoridades personales, que junto con los directores de facultades y el rector eran las máximas autoridades académicas de la universidad. Este cambio, llevado a cabo a partir de la implementación de las políticas neoliberales, propició que los coordinadores perdieran poder de decisión sobre múltiples aspectos de la vida académica y política de los programas. Se transitó de la elección de coordinadores por voto directo y secreto a la designación de éstos por las academias de profesores y la ratificación por los directores; con ello los coordinadores quedaron dentro del círculo de poder de los directores en turno. Aunado a la pérdida de poder de las coordinaciones, el CAS ha tenido muy poca representación académica y política dentro de los órganos de representación de la universidad, por lo que en gran medida ha sido arrastrado por las posiciones y decisiones que toman otros programas.

En quinto lugar, no podemos dejar de indicar el beneficio académico y político que obtuvo el CAS con la ruptura política de la academia de profesores a partir de 1992, año que definitivamente marcó un antes y un después en la vida institucional del programa, debido a que después del abandono del Colegio por varios profesores éste se encaminó hacia un proyecto académico sustentado en la sólida formación teórica y metodológica de los estudiantes, y se renunció por completo a las rencillas políticas, grillas y envidias que en el pasado hicieron mucho daño al CAS. La claridad del proyecto académico posibilitó la consolidación de un profesorado comprometido con la formación de antropólogos en el país.

Todavía existen tareas que cumplir, como ampliar la planta de profesores, debido a que consideramos que su número es todavía muy reducido (diez profesores-investigadores de tiempo completo), para atender una demanda estudiantil que crece año con año. Necesitamos convencer a las autoridades universitarias sobre la importancia que tiene el trabajo de campo en la formación de antropólogos, para que finalmente otorguen un presupuesto adecuado y permanente para su realización. Aumentar la tasa de titulados, así como combatir la tasa de deserción es tarea prioritaria. Estamos empeñados en consolidar una biblioteca especializada de al menos 30 mil ejemplares, e incorporar nuestra revista *Mirada Antropológica* al padrón nacional del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). Finalmente, estamos considerando la apertura de la Maestría en Antropología para los próximos años, hecho que estimamos será un parteaguas en la formación regional de antropólogos. Pendientes que pensamos conseguir en corto tiempo, y con ello vislumbrar un colegio con fuerte presencia académica dentro del Estado de Puebla y su región circunvecina. Hoy en el CAS, tanto los estudiantes como sus profesores participan en diferentes ámbitos del quehacer antropológico nacional. Sus estudiantes son aceptados en los posgrados de excelencia y reconocidos como estudiantes que tienen una sólida formación teórica y metodológica, y sus profesores están insertos en redes académicas de investigación que están definiendo temas dentro de la antropología mexicana. Pensamos que el CAS se encuentra en una de sus etapas más productivas por los indicadores académicos que presenta.

Bibliografía citada:

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA, 1981. *Boletín Antropología*, n. 3, julio.

- _____, 1985. *Cuadernos de Debate*, n. 13.
- _____, 1994. *Proyecto Fénix*. Puebla: Vicerrectoría de Docencia-BUAP.
- ESCAMILLA HURTADO, GUADALUPE, 1999. "La formación contemporánea de antropólogos sociales y etnólogos en México: inventario de escuelas y facultades". En: *Boletín del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales*, n. 2, primavera-verano, pp. 9-18.
- GÁMEZ ESPINOSA, ALEJANDRA, ERNESTO LICONA VALENCIA, RUBÉN ARÉCHIGA ROBLES Y FRANCISCO CASTRO PÉREZ, 1992. *Un punto de vista sobre el proceso de revisión curricular*. Puebla (mecanoescrito).
- GARCÍA GARCÍA, RAYMUNDO Y CARMEN REYES UGARTE, 2001. "Crisis de la educación y cambio en la BUAP: de la Universidad Democrática, Crítica y Popular, a la Universidad del futuro, hoy". En: *Tlamelaua*, ns. 17-18, pp. 142-158.
- MEDINA HERNÁNDEZ, ANDRÉS, 2000. *En las cuatro esquinas, en el centro*. México: UNAM.
- RIVERA TERRAZAS, LUIS, 1975. *Programa de reforma universitaria y desarrollo democrático de la UAP*. Puebla: BUAP.

Ernesto Licona Valencia
Colegio de Antropología Social-
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Un orden clasificatorio para la historia del Departamento de Antropología de la UAM-Iztapalapa

Introducción: sobre la categoría de trayectoria institucional

Si convenimos con Lévi-Strauss en que se clasifica al mundo para imponerle un orden, cualquiera que sea, pues la clasificación posee una virtud propia con relación a su inexistencia—"esta exigencia de orden se encuentra en la base del pensamiento que llamamos primitivo, pero sólo en cuanto se encuentra en la base de todo pensamiento" (1972: 25)—, entonces para imponer un orden a la historia del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAMI) postulamos distinguir tres fases o periodos en su desarrollo.

Reconocemos que establecer fronteras en el fluir personal, grupal, social o institucional es una tarea no carente de riesgos. A los criterios que se propongan para establecer una serie de periodos en la historia de una sociedad, institución, grupo o en la biografía de un individuo, podrán plantearse siempre *otros* criterios que reorganicen los datos empíricos, que les doten de un significado distinto, una vocación diferente, del que tenían originalmente.¹ ¿Cuáles pueden ser, entonces, los criterios más pertinentes, cómo ellos se fundamentan y con qué propósitos se postulan, para distinguir en la historia del Departamento de Antropología sus fases e inflexiones, sus continuidades y rupturas? Consideramos que la categoría de *trayectoria institucional* puede sernos de utilidad, y además nos ofrece un conjunto de criterios cuya combinación, y sólo su combinación, nos permite establecer un orden clasificatorio en el transcurrir del Departamento. Veamos cómo puede operar dicha categoría.

1. Ubica al Departamento en el interior de la UAM, que tiene sus funciones sustantivas claramente definidas: *docencia* (formación de recursos humanos en las disciplinas que cultiva), *investigación* (producción de conocimientos que aspiran a ser originales, que buscan ofrecernos una mayor intelección de la realidad y que en ocasiones intervienen en ella, como suele decirse, en atención a los problemas sociales y nacionales) y *preservación y difusión de la cultura* (socialización de dichos conocimientos, vinculación de la comunidad universitaria con la sociedad). Dichas funciones son condición y efecto de la vida departamental. Desde este punto de vista –limitado como se verá– el Departamento, como cualquier otro, y la universidad comparten objetivos y aspiraciones, es decir, tienen trayectorias conmensurables. Sin embargo, a éstas habría que agregar otras: las relaciones contractuales, la estructura organizacional de la propia universidad, los liderazgos y las jerarquías institucionales y académicas, la competencia por recursos escasos (sean económicos, reconocimientos, plazas), los mecanismos de evaluación y la carrera académica, la participación y posición institucional, política y académica del Departamento en la UAM, la organización formal

¹ Por ejemplo, en su evaluación crítica del Departamento de Antropología, Roberto Varela propuso el siguiente orden clasificatorio: a) de cómo lo pararon y lo pusieron a caminar (1975-1979); b) de sus andanzas juveniles (1980-1989); c) de cómo sentó cabeza (1990-1998); y d) del camino o los caminos por recorrer (1998-2001). Véase Roberto Varela 2005: 65.

- e informal del Departamento. En suma, pues, pensar a la universidad como un complejo campo de fuerzas donde se gestan dramas sociales y arenas de los que el Departamento no puede mantenerse ajeno.
2. Reconoce que las actividades del Departamento y de la universidad se despliegan además en otros campos: están sometidos a demandas sociales (cabal cumplimiento de sus funciones sustantivas, rendición de cuentas); forman parte de y responden a políticas de educación (Pronabes, PIFI, Promep, PNPC); políticas de ciencia y tecnología (SNI, Conacyt); políticas hacendarias (disponibilidad de plazas, topes salariales, procesos de deshomologación salarial); políticas económicas (presupuesto anual, situación del mercado laboral, inserción de egresados en este último, inversión en educación); al contexto político nacional (disputa por la educación pública, situación socioeconómica de los jóvenes, estabilidad o inestabilidad política); y a lo que denominamos dimensión simbólica (lugares que ocupan la educación pública, la ciencia y la tecnología en el imaginario social, representaciones de la educación, la academia como forma de vida, la cultura estudiantil). Estas demandas, políticas y contexto nacional, cambiantes en efecto desde que se fundó la UAM, le han dotado de una trayectoria institucional, pero también a partir de ellas la universidad ha sabido desplegar sus propios mecanismos de desarrollo y su cultura organizacional.
 3. Destaca el sentido transversal o disciplinario: el Departamento de Antropología forma parte de, tiene su origen y se ha desarrollado en la comunidad antropológica nacional e internacional y en sus respectivas tradiciones institucionales, académicas, de intervención social, con sus especificidades (formas peculiares de relacionarse con el estado, preocupación y ocupación histórica, aunque no exclusiva, por los pueblos indígenas), con sus paradigmas dominantes, sus redes de relaciones institucionales y académicas a las que pertenece, a veces intensas, a veces distanciadas. La trayectoria del Departamento está endeudada con esta dimensión transversal, disciplinaria, al tiempo que ha participado en su desarrollo.
 4. Hace inteligible la vida interna de la comunidad departamental y su historia local. En este punto se precisa reiterar, ahora desde otro horizonte, lo que anotamos atrás en el inciso 1): cómo se han desplegado las tres funciones sustantivas de la universidad

en el Departamento, en particular en sus planes de estudio (tanto de la Licenciatura en Antropología Social como del Posgrado en Ciencias Antropológicas), sus procesos y resultados educativos (número de egresados y su seguimiento, tiempo de egreso, abandono escolar), las relaciones entre los profesores y alumnos, las formas de organización estudiantil y sus demandas, la carrera académica de la planta de profesores, su circulación laboral, las políticas departamentales, sean tácitas o explícitas, la vida colegiada y su organización interna, los liderazgos que de diversa índole se han gestado, el surgimiento, desarrollo e impacto del posgrado, la vinculación docencia-investigación, sus formas de adaptación a los procesos de deshomologación salarial, esto es, a los programas de becas y estímulos y al Sistema Nacional de Investigadores (SNI).

Distinguimos entonces, con fines analíticos, cuatro niveles yuxtapuestos e interpenetrados: i) contexto nacional; ii) situación de la universidad; iii) dimensión disciplinaria; y iv) vida departamental. Éstos, en consecuencia, impregnan los tres periodos que hemos apreciado en la historia del Departamento: constituyen en sus interrelaciones, siempre complejas, una trayectoria institucional al mismo tiempo singular y común. Las interrelaciones entre aquellos niveles y nuestros periodos son por supuesto flexibles y permeables, sobre todo si consideramos que los efectos y el área de influencia de las políticas implantadas, de nuevas normatividades, sean educativas o institucionales, no operan de modo homogéneo ni uniforme, y sus impactos no siempre son inmediatos. La categoría de *trayectoria institucional* nos es útil en otro sentido. Instituciones como las universitarias y las comunidades que las habitan, como la de antropología, son multitemporales o, como lo escribió Michel Serres en una hermosa frase, son “permutadoras y fermentadoras del tiempo” (Latour 1993: 116). Heterogéneas y policéntricas, híbridas, delimitadas, múltiples, las universidades y sus comunidades están lejos de configurar, para usar una analogía, la ciudad cartesiana planificada, con reglas de convivencia que todos cumplen, bien cuadrículada en sus anchas avenidas por donde fluyen libres sus ciudadanos. Antes bien, se asemeja a la ciudad de Wittgenstein: con sus habitantes nativos, con sus migrantes definitivos y temporales; con viajeros que la visitan sin razón alguna o quienes la tienen que abandonar obligados; con un centro histórico laberíntico de callejuelas retorcidas y estrechas en las que difícilmente circulan los automóviles,

pero no las peregrinaciones; con sus circuitos infinitos del drenaje, agua potable y fibras ópticas, politemporales ellos mismos; con sus alamedas históricas y turísticas en las que algún héroe fue sacrificado o una multitud se levantó en armas; plazas que también evidencian actos mezquinos; con su red de transporte colectivo a ras de tierra, subterráneo y aéreo; con sus viejos y nuevos edificios construidos con las piedras de otros edificios ya destruidos; con sus pasos a desnivel y puentes, libres para un tránsito vehicular que desprecia a los peatones, pero casi siempre saturados. Una ciudad que se expande y contrae, que lucha por sobrevivir y donde no es fácil encontrar, proteger y cultivar los parques propicios para la lectura, la reflexión, el diálogo, el debate. Esta idea multitemporal de trayectoria institucional se propone explicar también nuestra propuesta de periodización.

Las fases del departamento: continuidad y ruptura

De la combinación de los cuatro niveles arriba señalados, y de sus trayectorias, hemos elaborado nuestra propuesta de periodización: en la conclusión de cada fase, y por tanto en el inicio de la otra, acaso tuvo mayor peso un criterio, una inflexión. Consideramos que cada una de las fases, más que una ruptura brusca o una fractura, anuncia cambios en la *tendencia* de la trayectoria del Departamento que no siempre se explicitan en lo inmediato, sino como parte de procesos abiertos que poco a poco se van consolidando y cristalizando. Los tres periodos que distinguimos –que duran nueve años cada uno– son los que siguen: 1) el fundacional, 1975-1984; 2) el de estabilización y habilitación del personal académico, 1985-1994; y 3) el de complejidad y adaptación, 1995-2004.

Periodo fundacional: 1975-1984

Contexto nacional

El movimiento estudiantil de 1968, la pronta represión el 10 de junio de 1971 a los estudiantes que ya se reorganizaban, el surgimiento de un sindicalismo universitario crítico del sistema político mexicano, la masificación de y una demanda creciente a las universidades públicas fueron hechos que provocaron un quiebre en la historia de las instituciones de educación superior públicas (IESP) del país. En buena medida

éstas habían constituido uno de los pocos espacios de militante oposición al régimen corporativo priísta, al grado que universitarios de diversa procedencia auspiciaron o se integraron a los movimientos guerrilleros rurales y urbanos que en las décadas de los sesentas y setentas estuvieron muy activos. Paralelamente, algunas IESP se transformaron en los setentas en “universidades pueblo”: destacaron las de Sinaloa, Puebla, Oaxaca y Guerrero. Ante estas circunstancias, durante el sexenio del presidente Luis Echeverría (1970-1976) dio inicio una tímida “apertura democrática”, misma que continuaría en el sexenio de José López Portillo (1976-1982) –apertura que por cierto no excluyó una selectiva represión a movimientos campesinos y sindicales.

En lo que concierne directamente a este trabajo, en ambos sexenios se dio un fuerte impulso a las IESP. Ofrecemos aquí algunos datos. Pablo Latapí señala que de 1970 a 1975 las IESP dispusieron casi siete veces más recursos federales de lo que recibían antes de 1970 (1980: 183). Se creó el Conacyt (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología) como cabeza de sector para fortalecer tanto a las IESP como al desarrollo de la investigación científica y tecnológica: por ejemplo, de 1970 a 1982 el Conacyt otorgó casi el 30% de las becas para estudios de posgrado, nacionales y en el extranjero, del total que se ofrecieron en el periodo 1970-2000 (Ortega, Blum, Valenti, Ramírez y Del Castillo 2001: 42). En 1973 se creó la UAM; en 1978 la Universidad Pedagógica Nacional (UPN); también, durante el sexenio de Echeverría, las universidades autónomas de Nayarit, Aguascalientes, Baja California Sur y Ciudad Juárez. Asimismo, se fundaron el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE, en 1974); el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH, en 1973), reestructurado siete años después como el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS); y a partir del modelo de El Colegio de México (Colmex) abrieron sus puertas los colegios de Michoacán, Sonora y Jalisco.

De 1970 a 1980 el número de programas de posgrado creció de 226 a 1 232; la población de alumnos que cursó la licenciatura se incrementó 389% de 1970 a 1984, y en el mismo periodo la que realizó estudios de posgrado tuvo un crecimiento del 550%. Es una época en la que, sin desesperanza, la educación superior constituía un mecanismo real de ascenso social. Mientras que, en 1970, el 80% de los programas educativos de las IESP se concentraba en la Ciudad de México, para 1982 ese porcentaje se había reducido a casi la mitad (Martínez Della Roca 1992: 63). No obstante, al término de cada uno de los dos sexenios mencionados, en 1976 y 1982, dos severas crisis económicas afectaron

al país:² la inflación y el desempleo se desbocaron, los salarios perdieron poder adquisitivo y el dólar, que se cotizaba a principios de 1976 en 12.50 pesos, costaba en 1982 cuatro veces más. El sexenio de Miguel de la Madrid (1982-1988) inició un programa de ajuste radical de la economía que incluyó el “adelgazamiento del estado”. Ello provocó entre otras cosas una severa reducción en la oferta de trabajo en el sector gubernamental para las profesiones liberales y un notable decremento en el número de becas asignadas para realizar estudios de posgrado por parte del Conacyt. Al finalizar este periodo, y con el propósito de resarcir la severa disminución de los ingresos de los académicos generada por las sucesivas crisis, para contener su fuga de las IESP y para evitar el recurso a la contratación en diversos trabajos a la que éstos recurrían, el gobierno federal a través de la Secretaría de Educación Pública (SEP) creó el Sistema Nacional de Investigadores en 1984. Sin desconocer los efectos positivos que sin duda el SNI ha tenido en la contención y desarrollo de la comunidad académica, con éste comenzó a gestarse un sistema meritocrático –que posteriormente sería generalizado al interior de las IESP– y de deshologación de los ingresos a partir de los criterios de productividad y de la propia formación académica.

Situación de la universidad

Fundada en 1973, publicada la convocatoria y concluido el proceso de selección de la primera generación, la UAM inició sus actividades en septiembre de 1974. Los primeros años de vida de la universidad se consagraron fundamentalmente a echar a andar las licenciaturas (poco más de 50 en las tres unidades), terminar de diseñar los planes y programas de estudios, organizar la gestión académico-administrativa de la docencia y darse el mínimo necesario de instalaciones físicas y servicios. Así describe Roberto Varela esos primeros años:

Recuerdo a la universidad de los años setenta como una universidad en efervescencia: había que crear todo, pues únicamente contábamos con la *Ley Orgánica* como instrumento normativo, teníamos escasas instalaciones, así como el empeño de un reducido número de profesores y trabajadores administrativos y centenas de alumnos. Todos buscábamos crear una

² Entre otras cosas, provocadas por una política de endeudamiento público como eje del desarrollo industrial; en 1982 López Portillo estatizó la banca nacional debido a la salida de grandes capitales del país.

universidad. Fueron años sumamente creativos que, aunque insuficientes en recursos de todo tipo, permitieron el surgimiento de la Metropolitana (2004: 475).

En este periodo las unidades, divisiones y departamentos contaron con bastante libertad para organizar su trabajo académico: la UAM es y ha sido una institución con funciones y facultades muy descentralizadas.³ No han sido casuales por ello las significativas diferencias que con el tiempo han gestado *ethos* distintivos, que desde su origen existen entre las unidades: en Azcapotzalco la oferta docente se orientó a las carreras profesionalizantes, en Iztapalapa se concentraron las disciplinas más científicas, mientras que en la unidad Xochimilco se implantó un modelo pedagógico innovador para la época (el sistema modular). De aquí que algunos sostengan que la UAM es en realidad una federación de universidades. Las tres unidades estaban asentadas en lo que para entonces eran los márgenes de la Ciudad de México, de tal suerte que su acceso era más bien difícil: tanto los trabajadores académicos como los administrativos y alumnos no sólo eran pioneros, sino también peregrinos. En particular la unidad Iztapalapa, donde se ubica el Departamento de Antropología, tenía las condiciones menos favorables: se llegaba a ella a través de calles aún no pavimentadas, entre maizales, establos y algunas vacas distraídas. El transporte público era escaso e irregular, y los servicios alrededor de la unidad prácticamente inexistentes; en la construcción de uno de sus edificios se encontró el cráneo de un dinosaurio que hoy se ostenta orgulloso en uno de sus auditorios. También en esta fase la UAM comenzó a darse poco a poco, a través de su máximo órgano colegiado, el Colegio Académico, la normatividad interna, la *Legislación Universitaria*, que la rige actualmente.

Los mecanismos de ingreso de los profesores-investigadores durante los tres primeros años de la universidad se realizaron por invitación expresa a académicos con reconocimiento, ya sea por su carrera científica, ya por la profesional, e incluso por su trayectoria política;⁴ también por reclutamiento de grupos de trabajo que se ubicaban en otras IESP; o por la incorporación de jóvenes egresados de licenciatura o doctorado. No hubo muchas dificultades para atraer a académicos ya que los salarios que la UAM ofreció en sus primeros años eran atractivos. Con el surgimiento del Sindicato Independiente de Trabajadores de la UAM

³ Siete años después de haber sido fundada, la UAM aprobó el *Reglamento Orgánico*, en 1981, en el que se definen las funciones y competencias de las divisiones, departamentos, áreas de investigación, órganos colegiados y personales.

⁴ Según nos informó una colega fundadora de la UAM-Xochimilco.

(SITUAM) en 1976, después de una huelga, y ya titular del Contrato Colectivo, se comenzaron a establecer las condiciones generales de trabajo y se modificaron los mecanismos de ingreso: éstos asumieron la forma de concursos de oposición abiertos, cuya decisión última recaía en comisiones bilaterales. La presencia del SITUAM en la historia de la universidad no es irrelevante: hasta bien entrados los noventas, la UAM vivió en promedio una huelga por año; y para 2008 el número de días totales en huelga de la institución sumaban ya más de un año. Así, la universidad suele vivir momentos de tensión en enero de cada año ante el emplazamiento a huelga del SITUAM para el 1° de febrero, un emplazamiento cuyo desenlace es incierto y que apenas se conoce horas antes de que éste llegue o no a cumplirse.

En su excelente estudio sobre la carrera académica en la UAM, Manuel Gil y sus colegas han distinguido respecto a la contratación del personal académico cinco etapas: 1) fundación: 1974-76; 2) regulación bilateral: 1976-1982; 3) regulación colegiada: 1982-85; 4) regulación colegiada con un nuevo tabulador: 1985-89; y 5) regulación colegiada orientada a la deshomologación de los ingresos: 1989-2004 (2005: 14-25). Comentamos ya, brevemente, las dos primeras; el paso de la segunda a la tercera constituyó un hito en la historia de la UAM. La transformación de la regulación bilateral a la regulación colegiada, que ocurrió durante este periodo fundacional, supuso una larga huelga y un conflicto amargo entre la UAM y el sindicato, que culminó en 1981. Ese año la Junta de Conciliación y Arbitraje emitió un laudo que favoreció a la universidad en el sentido de poner fin “a la bilateralidad en materia de contratación y regulación de las funciones del trabajo académico”, que dio paso a la modalidad colegiada, esto es, tales facultades pasaron a ser de competencia exclusiva de los órganos colegiados académicos, sin la participación del sindicato (Gil 2005: 16). Una vez concluido el conflicto, con el laudo a su favor, el rector general renunció al cargo ante las presiones de algunos miembros del personal académico y administrativo, pero también para dotar de estabilidad a la universidad: fue la primera y única ocasión que ello ha ocurrido en la UAM. A partir de 1982, la universidad comenzó a funcionar con las comisiones dictaminadoras académicas por área de conocimiento y con un reglamento que define al “personal académico, su clasificación, los requisitos académicos necesarios y suficientes en las evaluaciones vinculadas con los procedimientos de ingreso y promoción, y las funciones y reconocimientos relacionados con la permanencia”.⁵ Hasta donde

⁵ Consúltense para más información la “Exposición de motivos” del Reglamento de Ingreso, Promoción y Permanencia del Personal Académico (RIPPPA) de la *Legislación Universitaria*.

sabemos, en este *periodo fundacional*, fuera de las ampliaciones o restricciones presupuestales del gobierno federal, las políticas de educación de la SEP hacia la UAM tuvieron poca injerencia en la vida universitaria. Al finalizar este periodo la UAM vivió, como el país, una severa crisis económica: tuvo que solicitar incluso un préstamo bancario para devengar los sueldos de sus trabajadores. Cabe mencionar que la UAM publicó su primer libro, la *Guía Murdock*, en 1976, a partir de una propuesta del propio Departamento de Antropología.

Dimensión disciplinaria

En la década de los sesentas y a lo largo de los setentas, la comunidad antropológica nacional vivió intensos debates que la transformarían. La publicación en 1965 de *La democracia en México* de Pablo González Casanova, donde exponía su tesis del colonialismo interno,⁶ según la cual las comunidades indígenas estaban colonizadas por los grupos dominantes nacionales y regionales, comenzó a modificar las prácticas y discursos en la antropología mexicana, hasta entonces marcadas por el indigenismo. Pero, sin duda el título emblemático de la época fue *De eso que llaman antropología mexicana*, libro colectivo publicado en 1970. Ajuste de cuentas con el indigenismo en tanto política de estado, y con la propia antropología mexicana que le había nutrido, de ese libro destacamos el ensayo de Guillermo Bonfil, "Del indigenismo de la revolución a la antropología crítica". En su estudio histórico del pensamiento antropológico en México, María Ana Portal y Xóchitl Ramírez sintetizan así los argumentos centrales del ensayo de Bonfil:

...cuestiona los presupuestos medulares de la práctica antropológica: la cultura y la unidad nacional y la relación que en función de ellos se ha establecido entre el indio y la nación (...) [Al criticar la noción de "cultura nacional", para Bonfil] no se puede hablar por tanto de una cultura común a todos los mexicanos, ni tampoco en nombre de la unidad nacional es posible negar las diferencias. En este ensayo se prefigura lo que será una diferencia de enfoque fundamental respecto a la cuestión étnica (...) Por un lado abre una línea de reflexión y acción política que supone la posibilidad de un desarrollo autónomo de los grupos indios, con la consecuente reivindicación de sus derechos étnicos; por otro lado se opone a la tesis que desde el paradigma marxista prevé la desaparición próxima de estos

⁶ Así lo definía González Casanova: "El colonialismo interno o el dominio y explotación de unos grupos culturales por otros" (1976: 89 y ss).

grupos y su incorporación al proletariado agrícola, tesis desde la que se desarrollan importantes investigaciones en los años siguientes.⁷

Ahí donde había sido dominante la antropología indigenista institucional durante varios lustros, tomaron fuerza el paradigma marxista y la corriente etnicista en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), sin duda la IESP más importante en la formación de antropólogos en el país a lo largo de varias décadas. Un sector importante de la comunidad de la ENAH, que contaba entre sus miembros a exiliados políticos latinoamericanos, influida tanto por los movimientos estudiantiles de 1968 y 1971 y su posterior represión, que ella misma había padecido, como por la crítica al indigenismo y el surgimiento de diversos movimientos populares urbanos y campesinos, comenzó a propiciar en actos e ideas “una antropología científica, popular, al servicio de las clases explotadas”. De este modo se hablaba ya no sólo de una antropología crítica, sino de una antropología comprometida y militante con los movimientos populares. Esta posición se reflejó tanto en el plan de estudios de la Licenciatura en Antropología Social (en adelante LAS) de la ENAH, con un fuerte contenido en materialismo histórico, como en las investigaciones que se desplegaban ahí: por ejemplo, sobre cultura obrera y análisis económicos de la clase campesina y la crisis agraria. Portal y Ramírez consideran que:

...la adopción del marxismo fue comprensible en un momento en que se requería de una propuesta innovadora, tanto en el campo teórico como en el político. El materialismo histórico parecía capaz de explicarlo todo: la economía, la cultura, la religión, los grupos indígenas, etc. Se trataba de una teoría que explicaba un orden y que también preveía un sistema futuro; la utopía que se requería para seguir adelante.⁸

Mientras en la ENAH se vivía una intensa vida política, en el Departamento de Antropología Social de la Universidad Iberoamericana (UIA) dominaba el modelo neoevolucionista –la ecología cultural–, en una combinación con el paradigma marxista, defendido por Ángel Palerm. Una innovación que había introducido Palerm en la LAS de la UIA consistía en su fuerte orientación en el trabajo de campo antropológico.

⁷ Los argumentos de Bonfil formaban parte de una corriente latinoamericana que se propuso fundamentar el derecho a la autodeterminación de los pueblos indios agrupada en torno a la *Declaración de Barbados I*, de 1971, y *Declaración de Barbados II*, de 1977. Véase Portal y Ramírez 1995: 128-9 y 129n.

⁸ A mediados de los setentas se creó en la propia ENAH la carrera de etnología con el fin de contrarrestar la hegemonía del marxismo en la Licenciatura en Antropología Social. Véase Portal y Ramírez 1995: 130.

Colega de Eric Wolf durante la década de los cincuentas y sesentas, Palerm se comprometió a elucidar entre otras cosas el modo de producción asiático como una categoría para explicar la estructura agraria del México prehispánico. También dedicó parte de su vida profesional a la antropología aplicada, en particular se ocupó de la planeación y desarrollo regionales, el campo de la industrialización y sus interrelaciones con la agricultura. Según señalamos arriba, Palerm fundó en 1973 el CISINAH, que siete años después se transformaría en el CIESAS. Fue en esta circunstancia efervescente, de renovación teórica, de compromiso político, de crítica a lo que la antropología había sido, de proyectos novedosos, que Luis Villoro le solicitó a Palerm –uno de los líderes académicos e institucionales indiscutidos de la comunidad antropológica– que le apoyara para abrir el Departamento de Antropología en la UAM. Palerm a su vez le encomendó a los entonces maestros Andrés Fábregas, Juan Vicente Palerm y Roberto Varela, quienes enseñaban en el Departamento de Antropología Social de la UIA, abrir cauces para la antropología en la UAM. La elección de Palerm no podía ser más propicia, pues los fundadores reunían formaciones académicas disímiles y en consecuencia plurales, mismas que se reflejarían en el plan de estudios y en el perfil que poco a poco adquiriría el Departamento: Fábregas había estudiado en la ENAH, Juan Vicente Palerm en la UIA y Varela en la Escuela de Altos Estudios de París.

Como es dable suponer, dado el compromiso por arrancar una licenciatura y un departamento académico en una universidad naciente, la presencia e influencia del Departamento como tal en la comunidad antropológica nacional fue más bien a título individual y a partir de las redes de relaciones que los primeros académicos habían establecido previamente: algunos colegas impartían docencia en la ENAH y en la UIA; otros participaban en los proyectos de investigación, donde destacó el de antropología política, que el CISINAH auspiciaba; trabó relaciones con la Escuela de Antropología de Yucatán y algunos más participaron en la Escuela de Antropología del Estado de México.⁹ Se trataba de un departamento en construcción que invertía sus mejores esfuerzos por consolidarse en el interior de la universidad, que aspiraba a ganar legitimidad ante la comunidad antropológica y también marcar su propia especificidad. Es de destacarse que una vez abierta la LAS de la UAM, alumnos de la UIA migraron, e iniciaron su peregrinación, a Iztapalapa.

⁹ Véase Varela 2005: 68.

Vida departamental

Iniciamos con algunos datos duros. La primera generación de la LAS, que ingresó en 1975, estuvo integrada por trece alumnos; para 1979 la comunidad estudiantil la constituían alrededor de 110 alumnos. En 1984 ingresaron 88 alumnos, y a la comunidad estudiantil la conformaban aproximadamente 250 alumnos.¹⁰ En los primeros años, buena parte de las actividades y el tiempo de los profesores estuvo concentrado en la docencia: impartir clases, atender alumnos, organizar el currículo, diseñar el plan y los programas de estudios, gestionar la vida administrativa-académica de la LAS y del Departamento, participar en la gestión universitaria, que compartía también un fuerte sentido del trabajo docente. En 1976, la UAM asignó a antropología cuatro plazas nuevas de tiempo completo, que sin duda contribuyeron a hacer del Departamento uno más plural: ingresaron Guillermo de la Peña, José Lameiras, Virginia Molina y Esteban Krotz. Además comenzó a participar en la vida departamental como profesor de medio tiempo Juan Castaignts (adscrito al de economía y que había tomado cursos con Lévi-Strauss en Francia). En 1977, se incorporaron los profesores Arturo Warman y Gloria Artís. Un año después, Nicholas Hopkins, Patricia de Leonardo y Ricardo Falomir. Para 1979 la UAM otorgó tres plazas más de tiempo completo: las ocuparon Gilberto López y Rivas, Ingrid Rosenblueth y Alicia Castellanos. ¡Cuatro años después de su fundación, el Departamento contaba con 15 profesores de tiempo completo (PTC) y tres ayudantes (Luis Aboites, Ana Paula de Teresa y Eduardo Nivón)! Y al finalizar el periodo fundacional, 19 PTC formaban parte del Departamento. Ganaron los concursos de oposición: Laura González, Luis Ricardo Ruiz, Cristina Díaz de la Serna, Claudio Lomnitz (estos dos últimos egresados de la LAS de la UAM), José González, Raúl Nieto, Eduardo Nivón (ya como PTC), José Antonio Aparicio, Scott Robinson, Martha Rees y Carlos Garma; y como profesor de medio

¹⁰ No está de más señalar que, de acuerdo con los entonces planes de estudio de la División de Ciencias Sociales y Humanidades (DCSH), el primer año (los tres primeros trimestres), de las siete carreras que ofrecía entonces, consistía en un Tronco General de Asignaturas (TGA). El TGA fue un terreno propicio para el abandono escolar: alrededor del 50% de los alumnos que ingresaban a la DCSH no lo concluían. Esto es, sólo hasta el segundo año (cuarto trimestre) los alumnos tomaban cursos de la licenciatura que habían elegido. Las licenciaturas de la División han sido administración, economía, ciencia política, psicología social, sociología, humanidades y antropología social. A principios de los ochentas la Licenciatura en Humanidades se dividió en las carreras independientes de historia, filosofía, letras hispánicas y lingüística. En 2004 se fundó la de geografía humana.

tiempo, Abraham Iszaevich. No obstante, durante el periodo 1975-1984, siete profesores renunciaron por diversas razones a la UAM.¹¹

Si hemos establecido que el periodo fundacional concluye en 1984 ha sido, entre otras cosas, porque durante esos primeros nueve años el Departamento experimentó una significativa rotación de su personal académico. Quienes fueron contratados durante este periodo y se mantuvieron en la UAM al cabo de nueve años, y quienes se incorporarían a partir de 1985, conforman en general la planta académica que todavía hoy integra al Departamento, según veremos más adelante. Aunque ya lo señalamos, cabe subrayar el papel que jugó el Colegio de Profesores –instancia colegiada que no estaba, no está, contemplada en la *Legislación*– en el desarrollo del Departamento, pues ahí se acordaban, se siguen acordando, los perfiles de las plazas a concurso de oposición que se han publicado. De este modo el Colegio de Profesores (que se reunía una vez cada 15 días) se convirtió en el espacio de planeación del Departamento, de evaluación del trabajo académico, de expresión y solución tanto de las diferencias como de los conflictos, de gestión de las demandas estudiantiles y toma de posición respecto a los asuntos universitarios. A través de este espacio colegiado el Departamento aprendió a actuar en la arena universitaria, dada su vulnerabilidad en el contexto divisional, como un linaje nuer: ha reconocido y procesado en éste sus fisiones internas, pero en otro nivel de la estructura se fusiona.¹² Ahí mismo se ha convenido informalmente quiénes se encargarían de la Jefatura y de la Coordinación de la LAS, y a partir de 1993 de la Coordinación del Posgrado.¹³ De 1975 a 1982 Andrés Fábregas, Juan Vicente Palerm y Roberto Varela ocuparon la Jefatura del Departamento, sin embargo, ninguno de ellos concluyó el periodo de cuatro años: la gestión descansaba en realidad en una suerte de conducción colegiada o acaso colectivista. En todo caso, los jefes muchas veces actuaban más como representantes del colectivo que como órganos personales autónomos. El Consejo Divisional designó a Ricardo Falomir como jefe del Departamento en 1982, y fue el primero que terminó su periodo, desde entonces todos lo han concluido. A partir de una iniciativa del Colegio de Profesores se crearon en este periodo, sin estar considerados en la estructura orgánica de la UAM,

¹¹ A modo de ilustración: dos de ellos fueron invitados a fundar El Colegio de Michoacán (Colmich); otro fue designado director de la ENAH; uno más ocupó un cargo público federal; y otro fue invitado a la Universidad de California en Santa Bárbara.

¹² Ésta es una analogía que Roberto Varela solía utilizar.

¹³ Decimos “informalmente” puesto que la designación del jefe de Departamento lo hace el Consejo Divisional, y la designación de los coordinadores es facultad del Director de la División. Tanto el uno como el otro han respetado hasta hoy los acuerdos del Colegio de Profesores.

tanto el Consejo Departamental como la Comisión Académica. Aquél lo integraban cuatro profesores y cuatro alumnos; esta última la conformaban el jefe del Departamento, tres profesores y el coordinador de la LAS, y entre sus funciones estaba la de evaluar los proyectos de investigación y las tesis de los alumnos. En paralelo, los alumnos se organizaron en la Asamblea Estudiantil, donde nombraban a sus representantes ante el Consejo Departamental y planteaban sus demandas académicas.

El primer plan de estudios de la LAS fue muy flexible y con un fuerte espíritu palermiano, pues supuso la realización de tres trimestres de trabajo de campo o, todavía mejor, inventó el trabajo de campo a nivel licenciatura. Además el plan fue mucho más plural y diverso que el de las licenciaturas que entonces se ofrecían en el Valle de México: la ENAH y la UIA. Un plan de estudios cuya culminación exigía, también informalmente, una tesis, a contracorriente de la *Legislación Universitaria*, que no ha considerado la existencia del “pasante” ni tampoco la ha exigido como requisito *sine qua non* para concluir la licenciatura. La tesis era el resultado de la experiencia de investigación de dos de los tres periodos de trabajo de campo que el plan contemplaba, realizados en la misma zona a partir de un proyecto de investigación, previamente aprobado por la Comisión Académica, y bajo la asesoría del mismo profesor. Acaso esta suma de requisitos, más el empeño de los alumnos por hacer no una sino *la* tesis, y el hecho de que en la fase final de la carrera buena parte de ellos trabajara (poco más del 75%), provocó que su conclusión se alargara en promedio a siete años, en contraste con los cuatro que el plan de estudios estipulaba.

El término del periodo fundacional está atravesado por dos proyectos institucionales que habrán de modificar la vida del Departamento. En efecto, a partir de 1982 se inició la discusión en toda la UAM en torno a la creación de las áreas de investigación, que culminaría para el Departamento con su aprobación en 1988 por el órgano colegiado correspondiente. Se crearon tres áreas: relaciones económicas, cultura y relaciones políticas. Y después de algunos ajustes que se realizaron entre 1975-1982 al plan de estudios original, a partir de 1983 el Colegio de Profesores comenzó a elaborar uno nuevo, que terminó aprobándose en el Colegio Académico hasta 1992 y entró en vigor al siguiente año.¹⁴ Ya que tocamos el tema de la investigación, ésta era desarrollada por los profesores en paralelo a los trabajos de campo de

¹⁴ La tardanza en su aprobación se debió a causas no atribuibles al Departamento, sino al complicado proceso intrauniversitario para aprobar modificaciones a los planes y programas de estudios.

los alumnos –en ocasiones como parte de sus tesis de maestría o doctorado–,¹⁵ sin embargo, salvo excepciones, publicaban poco si atendemos al conjunto.

Un Departamento que acogía sólo a una disciplina, una vocación colegiada y a ratos colectivista de parte de los profesores en la gestión interna, un ánimo por establecer relaciones horizontales académicas entre profesores y alumnos, tres periodos de trabajo de campo contemplados en el plan –que provocaron y siguen gestando fuertes vínculos personales en la comunidad departamental–, efervescencia “fundadora” tanto de los académicos como de los alumnos (asociada a continuas fiestas compartidas), y pocos estudiantes en la LAS, en conjunto, generaron un ambiente y comunicación propicios para el cultivo de la antropología social, tanto en docencia como en investigación, y para el desarrollo de intensas relaciones tomando como pretexto la antropología. La idea de “ambiente y comunicación propicios” no alude a la inexistencia de diferencias y conflictos teóricos, organizacionales, políticos, sindicales, ideológicos, o en el relevo de los cargos del Departamento; sólo se refiere a la genuina presencia de alternativas y posiciones en contienda, a la posibilidad del disenso, que no deterioraron ni paralizaron la vida académica. Una de las diferencias más visibles era la que se empeñaba en caracterizar a los profesores y alumnos ya sea en marxistas o no marxistas; marcas de identidad que informaban de las posiciones política e ideológicas, de los símbolos dominantes de aquella época, y que hizo crisis en 1979: al interior del Departamento –escribió uno de sus actores– “surgió un problema ideológico-político que dividió en dos partes a sus miembros, pero que se superó sin graves heridas al siguiente año” (Varela 2005: 68).

Periodo de estabilización y habilitación del personal académico, 1985-1994

Contexto nacional

El crecimiento presupuestal que habían disfrutado las IESP en la década de los setentas y en los primeros años de la de los ochentas no sólo se detuvo en seco, sino que se redujo sustancialmente: en 1987 los recursos federales asignados disminuyeron a casi la mitad de lo que se entregaba en 1982. Los efectos de este decremento y la crisis de 1982

¹⁵ Entonces el profesor Nicholas Hopkins era el único académico con grado de doctor.

comenzaron a resentirse en el presupuesto de la UAM, en los ingresos de sus trabajadores y alumnos. La crisis provocó el “adelgazamiento” del estado –cierre de dependencias gubernamentales, privatización de empresas, reducción del gasto social–, la contracción del mercado laboral y por tanto de la presencia de antropólogos en el sector público. A la crisis de 1982 se sumó la crisis de la especulación en la bolsa de valores de 1987 (alentada por el mismo gobierno), que una vez más redujo el poder adquisitivo de los salarios de los trabajadores y el presupuesto nacional asignado al sector social. Entre una y otra crisis, el terremoto de 1985, que se resintió con mortales consecuencias en la Ciudad de México y otras ciudades del interior de la República, provocó una movilización popular de apoyo a los damnificados que evidenció la inmovilidad e incapacidad del gobierno. Diversos analistas han señalado con razón que el terremoto de 1985 no sólo fue un movimiento telúrico devastador, supuso también un terremoto político. Recordemos un dato emblemático. Cuando se inauguró el Mundial de Fútbol de 1986 en el estadio Azteca, diez meses después del terremoto, y fuera presentado el entonces presidente Miguel de la Madrid, quien estaba introduciendo las políticas neoliberales, se ganó una rechifla masiva que escuchó todo el mundo. El México corporativista, monopartidista, el de la “dictablanda” (según lo describiera años después Mario Vargas Llosa), el aparentemente estable, se estaba transformando.

Si en el periodo anterior las universidades constituían uno de los pocos espacios de oposición al sistema político mexicano, en éste el activismo político comenzó a salir a las calles, a los partidos políticos y movimientos populares. En 1987, un año antes de las elecciones presidenciales, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) se escindió; de este cisma se integró el Frente Democrático Nacional, con Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo a la cabeza. Aquél se postuló a la presidencia y uno de los momentos más relevantes de su campaña, por el impacto político y mediático que alcanzó, fue su presencia en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Las elecciones presidenciales de 1988 fueron para entonces las más reñidas en la historia del país; con fundadas acusaciones de fraude, Carlos Salinas de Gortari asumió la presidencia y ahondó las políticas neoliberales que su predecesor había iniciado: privatizaciones de empresas públicas, eliminación de subsidios al consumo, apertura a la inversión extranjera, liberalización comercial, reducción drástica de la inflación (pasó de 167% en 1987 a 20% en 1993), inserción de los ejidos al mercado capitalista. En 1993 Salinas firmó el Tratado de Libre Comercio (TLC), mediante el cual se promovía la integración comercial entre Canadá, Estados

Unidos y México. A principios de la década de los noventas, se experimentó una pequeña recuperación salarial, la primera desde mediados de los setentas. Sin embargo, ésta fue rápidamente socavada por la crisis de 1994 y el “error de diciembre”, con el que este periodo concluye. 1994 será recordado igualmente por el asesinato, aún no aclarado, del candidato oficial durante la campaña electoral, por las primeras exhalaciones del volcán Popocatepetl después de muchos años de inactividad, pero fundamentalmente por la insurrección en Chiapas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) el mismo día, 1° de enero, en que entraba en vigor el TLC. Nuestro ingreso pleno al mundo globalizado, a la definitiva modernización del país y al genuino desarrollo nacional, según gustaba informar a los voceros oficiales, se vio paradójicamente oscurecido por la reivindicación de las comunidades y derechos indígenas, marginados entre los marginados, que el EZLN abanderaba. Desde entonces, la “cuestión étnica” o “indígena”, más en discursos que en auténticas políticas de reconocimiento, ha formado parte de la agenda política nacional. El levantamiento del EZLN evidenció, desde otro horizonte, la profunda y creciente desigualdad, el notorio incremento de la pobreza extrema, que el país padecía al cabo de varios sexenios erráticos.

En el campo de las políticas educativas instrumentadas por la SEP no detectamos una fuerte injerencia de ésta en la operación interna de las IESP. Donde sí encontramos una nueva política hacia las IESP, instrumentada por el gobierno federal a través de la Secretaría de Hacienda, fue en el proceso de deshomologación salarial no dependiente de las relaciones contractuales o bilaterales, que atenderemos en el siguiente inciso. Durante este periodo, el SNI comenzó a adquirir una mayor presencia en la orientación del trabajo académico, por ejemplo, desconsiderando o subvalorando palpablemente el compromiso con la docencia y la formación de recursos humanos. Aunque en la actualidad el SNI ya valora de manera positiva a los académicos que dirigen tesis de doctorado, la docencia sigue ocupando un lugar más o menos vergonzoso: por ello hay que ocultarla. Cuando la UAM entrega al SNI las cartas institucionales con las que presenta a sus académicos solicitantes, lo hace con la siguiente distribución en horas (de las 40 que supone un tiempo completo por semana): 35 se dedican a la investigación, 4.5 (poco más del 10%) a la docencia y .5 a la difusión y preservación de la cultura. El modelo ideal que los planificadores han tenido en la cabeza es el del académico que labora en un instituto de investigación, y muy eventualmente dedica su tiempo a la docencia.

Situación de la universidad

Si en sus orígenes la UAM podía ofrecer salarios más decorosos que otras universidades públicas, después de las crisis de 1976 y 1982 éstos sufrieron un decremento notable en su poder adquisitivo. Ya señalamos que la universidad tuvo incluso que solicitar un préstamo bancario para devengar los salarios de sus trabajadores. Además, como parte de la política salarial implantada en el país, los salarios fueron homologados en todas las IESP. Dada la reducción de los ingresos del personal académico, lo decíamos arriba, tanto la SEP como la Secretaría de Hacienda instrumentaron en 1984 un mecanismo, el SNI, para aumentarlos y evitar la prolija salida de profesores, que entonces ocurría en las universidades, mediante la evaluación de la productividad. En el sexenio de Carlos Salinas este mecanismo fue trasplantado en el interior de las IESP, aunque ciertamente de forma desigual. Entre tanto, la UAM modificaba su trayectoria institucional.

Después de intensísimos debates, en 1985 el Colegio Académico de la UAM aprobó un nuevo tabulador que cuantifica los productos del trabajo académico y una escala numérica que ubica a los académicos en categorías y niveles. En consonancia con esta innovación, dos años después el mismo órgano colegiado estableció que la política prioritaria de la universidad sería el desarrollo de la investigación. El tabulador se ha convertido—todavía está vigente—en el tótem de la comunidad académica, en norma y dispositivo que alienta y promueve ciertas actividades académicas, porque asignan más puntos, en desmedro de otras, que son tan valiosas para los objetivos universitarios como aquéllas. *Grosso modo*, la publicación de los resultados de investigación fue altamente valorada en puntos, mientras que la docencia fue castigada; y más en particular, la publicación de capítulos de libros y artículos en revistas especializadas fue bien calificada, mientras que los libros fueron subvalorados. Aunque el tabulador ha ofrecido alguna certidumbre en los procesos de evaluación de los académicos en cuanto individuos y a las estrategias que han aprendido a desplegar, Manuel Gil y sus colegas muestran, en su estudio sobre la carrera académica en la UAM, que “en este periodo se inició una tendencia que posteriormente se hará más clara: *se puede avanzar en la estructura de los puntajes sin relación directa con el fortalecimiento institucional*” (2005: 21). ¿Por qué la relevancia del nuevo tabulador y a partir de qué datos se puede comprender esta última cita? Cuatro años después de que el Colegio Académico aprobara el nuevo tabulador, dio inicio en la UAM la etapa de la regulación colegiada orientada a la deshomologación de los ingresos.

Se instrumentaron programas de remuneración no contractuales, esto es, planes de contingencia y emergencia para retener al personal académico y complementar los bajos salarios. Así, en 1989 entró en vigor el primer salvavidas, el Estímulo a la Docencia e Investigación, le siguieron la Beca a la Permanencia (1990), la Beca al Grado Académico (1993), la Beca a la Docencia (1994), y los Estímulos a la Trayectoria Académica Sobresaliente (1994). A través de esta serie de programas, todos ellos sometidos al puntaje del nuevo tabulador, la UAM se convirtió en la IESP que mejor paga en el país en la remuneración no contractual. Y al mismo tiempo se convirtió en un campo de tensión, pues si bien el desarrollo de la investigación y la docencia son empresas enfáticamente colectivas, la evaluación de los académicos que dichos programas suponen se realiza sólo respecto a la producción individual. Por tanto, avanzar en la estructura de los puntajes constituye un logro individual que se recompensa individualmente, sin tener una relación directa con los proyectos de fortalecimiento de la institución. La UAM se convirtió en un campo de tensión en otro sentido: si bien existen reglas de orden general, inscritas en una *Legislación* que se ha hecho más compleja, por su estructura descentralizada se han establecido diferencias no triviales en los criterios de evaluación, y por tanto en la asignación de los recursos. Cabe aquí mencionar la enseñanza de Ludwig Wittgenstein y de los etnometodólogos: ninguna regla determina por sí misma y por completo qué significa seguirla correctamente. Quien preste atención a la distribución del conjunto de los estímulos y becas, pero también a la distribución específica de cada uno de ellos, no encontrará sino desigualdades entre las unidades, divisiones y áreas de conocimiento, desigualdades que no siempre tienen que ver con la producción individual de los académicos, sino más con los criterios de evaluación. En un juicioso ensayo, Roberto Varela apuntaba que un trabajo de Hércules es el de crear para la UAM mecanismos de evaluación “que reconozcan y valoren la diversidad (...) la homogeneidad en la evaluación académica puede hacerse si y sólo si se reconoce en plenitud la diversidad [de las modalidades disciplinarias]” (2005: 45).

En esta nueva circunstancia los académicos, antes sindicalmente muy activos, comenzarán a tomar distancia respecto del SITUAM.¹⁶ Un alejamiento que año con año se ha incrementado. A pesar de ello, o quizá por eso, durante este periodo la UAM padeció casi una huelga por año. Durante este periodo el paisaje urbano que rodeaba a las tres

¹⁶ En realidad no sólo por eso. Corrientes y grupos de trabajadores administrativos, y algunos muy activistas y radicales académicos, tomaron control del sindicato.

unidades cambió: papelerías y puestos de periódicos, restaurantes, cantinas clandestinas y comedores, rutas de peseros y sitios de taxis, tiendas de abarrotes y comercios informales proliferaron. La UAMI en particular se convirtió cada vez más en una universidad regional que atiende la demanda de la zona oriente del Valle de México: según datos de la universidad, poco más de la mitad de los alumnos que ingresan a Iztapalapa son los primeros de su familia en acceder a la educación superior; y representan, respecto a las IESP del país, uno de los grupos de alumnos con más bajo perfil socioeconómico. Para algunos es motivo de frecuentes quejas –por el bajo capital cultural de los alumnos–, para otros, en cambio, un reto y un compromiso de la universidad pública.

Dimensión disciplinaria

Es suficientemente elocuente, como para transcribirla, la descripción que se hace del estado que guardaba nuestra disciplina a principios de la década de los ochentas en un libro colectivo –*Teoría e investigación en la antropología social mexicana*– publicado en 1987. Un libro que, además, anunciaba nuevas rutas de investigación para la antropología. No fue casual que en este libro, coeditado por el CIESAS y la UAM, colaboraran colegas de diversas instituciones:

La antropología social mexicana, al comenzar la presente década, entró en una etapa que podríamos caracterizar como de “pax porfiriana”: emulaba la mucha administración y poca política con mucho trabajo y poca discusión. Era explicable la situación si uno recuerda las feroces discusiones de los antropólogos desde finales de los sesenta y a lo largo de los setenta. La discusión fue tan enconada que no se veía la utilidad de mantenerla, pues nadie estaba dispuesto a modificar sus posiciones y a aprender algo del debate. Tanto se discutió que ya no se volvió a discutir más. La antropología social mexicana se vio forzada a tomar un reposo para curarse del hígado hinchado de tantos corajes. La paz ha tenido sus beneficios: la intolerancia ha cedido a la apertura, al deseo de aprender e iniciar el recorrido de nuevos caminos. Así, en noviembre de 1984, pudo celebrarse un simposio sobre Lévi-Strauss, que diez años antes hubiera sido imposible siquiera imaginar; pudieron organizarse simposios nacionales sobre religión popular, identidad y etnocencia (Portal y Ramírez 1995: 143).

La antropología comprometida y militante, a ratos creativa y frecuentemente intolerante, fue agotándose; el poder explicativo del

paradigma marxista evidenció sus límites en la explicación de diversos fenómenos; otras propuestas teóricas contribuyeron a atender los viejos problemas de la antropología (la cuestión étnica y agraria) y también a gestar nuevos desafíos; lentamente el estudio de la cultura, de los procesos identitarios, religiosos, simbólicos, médicos, sociolingüísticos, fue ganando presencia en la comunidad antropológica. En suma, nuestra antropología se hizo más plural en lo teórico y diversa en lo temático. La comunidad antropológica fue tejiendo sus vínculos y (re)organizándose académica e institucionalmente, mientras perdía aquí y allá espacios laborales en un sector gubernamental que se contraía. Los egresados de las licenciaturas en Antropología Social comenzaron a trabajar en ONGS, o bien continuaron sus estudios de posgrado, en la medida que éstos representaban una genuina alternativa, ya que es el momento en que las IESP empezaron a publicar concursos de oposición con el requisito mínimo de estudios de maestría. Mientras que a mediados de la década de los ochenta desapareció la LAS de la UIA, se abrieron programas docentes en antropología social en universidades públicas del país.

Vida departamental

En contra del sentido común, no siempre es fácil distinguir causas y efectos. En una primera mirada, pareciera que la aparición del SNI y de los programas de becas y estímulos de la UAM fue la causa de que los profesores del Departamento continuaran sus estudios de posgrado. Sin embargo, buena parte de ellos ya realizaba su doctorado o maestría antes de la entrada en operación del SNI, de las becas y los estímulos. Conviene mejor explicitar las condiciones del trabajo académico: en cuanto espacio institucional, la UAM, y específicamente la unidad Izta-palapa,¹⁷ alentó la habilitación de su personal académico. Estas circunstancias promovieron que el Departamento instrumentara una política explícita de apoyo a la habilitación académica de sus integrantes, bien sea a través de ayuda económica extraordinaria, asignando descargas docentes e institucionales, ya mediante la organización *ad hoc* de trabajos de campo. Escribimos “política explícita” porque fue acordada y porque implicaba más carga docente y responsabilidades

¹⁷ Donde se concentraron, como ya informamos, las disciplinas más científicas. De hecho, Izta-palapa ha sido históricamente la unidad con el mayor número de académicos con estudios de posgrado.

en la gestión universitaria para quienes habían concluido o estaban por terminar sus estudios. En congruencia con esa política, ya desde finales de los ochentas, el Departamento dejó de publicar concursos de oposición cuyo requisito fuera contar sólo con la licenciatura. En todo caso, el SNI, las becas y estímulos robustecieron, confirmaron, lo que había iniciado el Departamento como estrategia de desarrollo. La investigación comenzó a ocupar entonces un papel preponderante en la vida departamental, y en paralelo empezó a perder fuerza la organización colegiada (por ejemplo, desapareció la Comisión Académica), aunque no al grado de volverse inútil: de hecho el Colegio de Profesores es el espacio fundamental en la toma de decisiones más relevantes del Departamento. A estos procesos cabe agregar, aquí sí, la influencia del SNI y de las becas y estímulos en la individualización de las actividades académicas.

Si la *habilitación* de los profesores representa una de las notas constitutivas de este periodo, la otra es la *estabilidad* de la planta académica: de aquí el título de esta segunda fase. En efecto, la mayoría de los colegas que ingresaron entre 1985 y 1994 son todavía miembros del Departamento: así Juan Pérez, Ana Paula de Teresa (quien previamente había sido ayudante), Margarita Zárate, María Eugenia Olavarría, María Ana Portal, Rodrigo Díaz, Rainer Enrique Hamel, Leonardo Tyrtania, Néstor García Canclini, Ana Rosas y Enzo Segre.¹⁸ En 1994 el Departamento contaba con 25 PTC, a pesar que desde 1988, Hacienda dejó de asignarle plazas nuevas a la UAM. Por añadidura, el Departamento contó por primera vez en 1987 con una asistente, que depende de la jefatura, responsable de realizar los trámites administrativos y brindar apoyo logístico a las actividades académicas: su designación ilustra la creciente complejidad de la administración en la UAM. En 1988 se crearon las tres áreas de investigación que todavía subsisten: cultura, relaciones económicas y relaciones políticas. Esta integración no siempre respondió estrictamente a la compatibilidad temática de las líneas de investigación cultivadas por los profesores; intervino en su agrupación el carácter de las relaciones personales de sus miembros. Una vez conformada la planta académica, en proceso de estabilización y habilitación, Raúl Nieto, entonces jefe del Departamento, fundó el *Anuario Alteridades* en 1989. Se publicaron dos números del *Anuario*, hasta que en 1991 Eduardo Nivón, el nuevo jefe, la transformó en la revista semestral *Alteridades*, que este año (2009) cumplirá 18 años.

¹⁸ Tres profesores que ingresaron en este periodo renunciaron a la UAM: Patricia Safa, Amparo Sevilla y Eliseo Cortés.

En el contexto divisional se dio un gran avance –y con ello estabilidad– con el acuerdo entre el director y los cuatro departamentos que lo conforman sobre la distribución presupuestal de los recursos asignados por la UAM. Distribución que aún se respeta en la actualidad. El tema no era menor, porque se presumía, y en algunos grupos incluso se sigue haciendo, que antropología recibe en proporción un presupuesto excesivo. De este modo, la posición del Departamento de Antropología en la UAM ha sido paradójica: por un lado, tiene una presencia positivamente reconocida en la comunidad académica universitaria,¹⁹ tanto en sus liderazgos académicos como institucionales, que lo consideran un departamento “muestra” (para utilizar una elocuente descripción de una colega de otra IESP), y por otro, es vulnerable, de vez en vez cuestionado por los recursos que le son asignados en el contexto de la política de la División a la que pertenece. Sin embargo, en esta circunstancia ha jugado un papel político relevante ante la fragmentación, dramas sociales y arenas vividos por los otros departamentos.

En 1993 entró en operación el nuevo plan de estudios de la LAS, que se propuso vincular más estrechamente la docencia con la investigación; ha fortalecido la formación básica de los antropólogos; redujo de tres a dos los trimestres dedicados al trabajo de campo, sin embargo, lo integró sistemáticamente con otros cursos en clase que lo acompañan; ha sido un plan que sin ser rígido es menos flexible en comparación con el que se inició la LAS, y ha permitido a los profesores dedicarle más tiempo a la investigación. Durante este periodo los ingresos de los alumnos a la LAS fueron fluctuantes: de 87 el más bajo (en 1986) a 125 el más alto (en 1990), con un total aproximado de 300 alumnos en toda la carrera. Se registraron otros cambios relevantes: la UAM ha tenido normalmente dos ingresos al año, pero por un acuerdo de la División de Ciencias Sociales y Humanidades (en 1993) la mayoría de las licenciaturas acordaron tener sólo uno (en el trimestre de otoño, que en un año tipo comienza en septiembre); ello no supuso disminuir el número de alumnos aceptados, sino de concentrarlos para promover una mejor gestión de la docencia; la LAS se había ofrecido desde su creación en el turno vespertino, y a partir de 1995 –también acompañada de otras carreras– se pasó al turno matutino. A pesar de todo, el tiempo de egreso de los alumnos siguió siendo indeseablemente alto: siete años en promedio, aunque el abandono escolar en el primer año se redujo del 50% al 30%, entre otras cosas porque la División redujo el TGA del año completo a un trimestre y medio.

¹⁹ Desde su fundación el Departamento ha tenido buenas relaciones tanto con las comunidades de las ciencias duras como con los colegas de humanidades.

En 1992 se creó en el interior de la División la Cátedra *Ángel Palerm*,* con el fin de contar con profesores invitados de alto nivel académico por al menos un año. El título de la cátedra no era sino un mínimo homenaje que el Departamento le rendía a este líder de la antropología mexicana. Su primer ocupante fue el doctor Enzo Segre, quien al concluir el periodo de la Cátedra se incorporó como profesor definitivo al Departamento. Después la ocuparía el doctor Mario Humberto Ruz, adscrito al Centro de Estudios Mayas del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Concluye este periodo con el cumplimiento de una aspiración del Departamento que se remontaba a fines de los setenta: en septiembre de 1993 arrancaron las actividades del Posgrado en Ciencias Antropológicas con 38 alumnos inscritos, un programa innovador en la UAM que articula la maestría con el doctorado. La creación del posgrado supuso para el Departamento nuevos retos. Por ejemplo, la vinculación de los planes de estudio de licenciatura y posgrado. No se trata de un desafío menor, pues a veces se ha sucumbido en la tentación de demandar académicamente más a un trabajo terminal de licenciatura que a uno de maestría. Al mismo tiempo, la aparición del posgrado ha demandado a los profesores una mayor carga docente —menos por los cursos que por las asesorías a los alumnos—, acaso en desmedro de la atención a la docencia a nivel de la licenciatura. De este modo, la gestión docente y la administración del Departamento se volvieron cada vez más complejas. A esta complejidad, decidida internamente, se le añadirían otras en el siguiente periodo.

Periodo de complejidad y adaptación, 1995-2004

Contexto nacional

Después de un sexenio que había prometido que el país ahora sí ingresaría al Primer Mundo —estaba en marcha el TLC y México era miembro, único en América Latina, de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), el selecto club de países industrializados—; un sexenio que se había empeñado, más por razones políticas que económicas, en mantener la inflación bajo control y la estabilidad del tipo de cambio peso-dólar; con una economía que financiaba el creciente déficit en su cuenta corriente con capitales “golondrinos”;

* N. d. I. R. En este mismo número del anuario *INVENTARIO ANTROPOLÓGICO* se presenta un artículo que da cuenta de la fundación y el desarrollo de la Cátedra Ángel Palerm.

en el que los productores nacionales se convertían paulatinamente en importadores compulsivos porque el dólar se había abaratado a tal punto que era mucho mejor importar que producir; donde los créditos fáciles fluían sin cesar, inadvertidamente endeudando a la población; donde el nuevo presidente, Zedillo, había hecho del “bienestar para tu familia” su consigna (y compromiso) electoral, a fines de 1994 una severa crisis nos despertó a todos con signos ominosos. Ya no teníamos enfrente el paisaje prometido, sino a hordas de acreedores, en su mayoría de fondos de pensión norteamericanos, con títulos de corto plazo, pagarés y certificados de depósito que exigían garantías de que les serían pagados a tiempo y sin pérdidas. Algunos todavía recordamos que en la televisión del Departamento de Antropología, donde habíamos visto el Mundial de Fútbol de 1994, el presidente Zedillo anunciaba en cadena nacional a fines de enero de 1995 que una vez más se postergaba el bienestar, que el futuro nos deparaba más años de sacrificios –la crisis se socializaba al conjunto de la nación– e informaba finalmente del acuerdo entre Estados Unidos y México para la estabilización de la economía mexicana con un préstamo de muchos millones de dólares. Un paquete económico de rescate que no salvaba a la economía mexicana, sino a quienes ostentaban los títulos, pagarés y certificados. A cambio se ofrecía la misma medicina que desde 1982 nos han recetado: recortes presupuestales, despidos de trabajadores, privatizaciones, alzas de impuestos, contracción salarial. Los analistas señalaron varias consecuencias inmediatas de los “errores de diciembre”: cerca del 30% de las micro, pequeñas y medianas empresas tuvieron que cerrarse; en algunos sectores las ventas cayeron en más de 40%; las tasas de interés se dispararon, causando el sobreendeudamiento ante los bancos y el cese de pagos por parte de los deudores; surgieron el movimiento de productores del campo “El Barzón” y la coordinadora nacional de usuarios de la banca, quienes señalaron que no se podían pagar las deudas, y una moratoria interna masiva amenazó a los bancos; la mitad de éstos se declararon al borde de la quiebra y exigieron que se les rescatara; los agricultores una vez más mostraron que el campo era zona de desastre; las ciudades se volvieron más inseguras ante una oleada de asaltos y secuestros.

Las cuitas no terminaron ahí. A partir de 1995, durante el sexenio de Zedillo se hicieron comunes los recortes presupuestales –aun después de haber sido aprobado el presupuesto de egresos–, motivados, entre otras cosas, según se informaba, por la reducción del precio internacional del petróleo. A mitad del año, por ejemplo en la UAM, se le notificaba súbitamente a los departamentos académicos que disponían

de un porcentaje menor de presupuesto. Otro golpe se dio en 1998, cuando Zedillo envió al Legislativo la propuesta –que fue aprobada– de que la cartera vencida de los bancos fuera absorbida por el Fondo Bancario de Protección al Ahorro (Fobaproa) y convertida en deuda pública interna para evitar, señalaron los voceros oficiales, el colapso financiero. Dicho monto es escandaloso: su costo fiscal equivalía al 20% del PIB de 1999. “Los intereses anuales que deberán pagarse por este adeudo heredado del Fobaproa ascienden a una sexta parte de los ingresos del gobierno federal. Aunque se tiene previsto pagar solamente la parte real de los intereses, es decir, la que excede de la inflación, la erogación constituye un fardo que pesará significativamente sobre el presupuesto de gastos de *las próximas décadas*” (Solís 2000: 7-8). También hubo consecuencias políticas inmediatas al desastre económico que se vivió desde 1994. Tres años después, en las primeras elecciones en las que participaron los capitalinos para elegir a sus gobernantes desde la década de los veinte, Cuauhtémoc Cárdenas, de la oposición de izquierda, ganó el gobierno de la Ciudad de México; y el PRI, por primera vez en la historia posrevolucionaria, dejó de contar con la mayoría en la Cámara de Diputados (no ocurrió, sin embargo, lo mismo en la de senadores). Y en 2000, el candidato del Partido Acción Nacional (PAN), Vicente Fox, le arrebató al PRI la Presidencia de la República. Pero volvamos al sexenio de Zedillo.

A partir de 1997, la Secretaría de Educación Pública, a través de la SESIC (Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica), instrumentó una nueva política de asignación presupuestal a las IESP, que no se ha modificado. Los incrementos presupuestales anuales a las universidades difícilmente resarcían la inflación del año anterior, a cambio la SESIC instrumentó programas de asignación presupuestal a proyectos específicos de desarrollo académico, proyectos que competían a su vez con otros a nivel nacional por recursos económicos escasos. Así surgió, primero, el Fondo para la Modernización de la Educación Superior (Fomes), que ya establecía –aún en estado larvario– el término de *cuerpo académico* y el *perfil del profesor idóneo*. Aquél se refería a un grupo de profesores de tiempo completo, adscritos a una universidad, que cultiva colectivamente temas afines de investigación.²⁰ Este último debe satisfacer por su parte los siguientes requisitos: tener

²⁰ Años después, bajo la sombra del PIFI (véase líneas abajo), así se han definido los cuerpos académicos: “son grupos de profesores de tiempo completo que comparten una o varias líneas de generación o aplicación del conocimiento (investigación o estudio) en temas disciplinares o multidisciplinarios y un conjunto de objetivos y metas académicas. Adicionalmente atienden Programas Educativos (PE) en uno o en varios niveles de acuerdo con el perfil tipológico de la institución”.

grado de maestría o doctorado, impartir docencia, ofrecer tutorías, publicar los resultados de investigación y participar en la gestión universitaria. En el sexenio de Fox, la SESIC trasmutó al Fomes en el Programa Integral de Fortalecimiento Institucional (PIFI), al interior del cual se gesta el Programa de Mejoramiento del Profesorado (Promep). Uno y otro programa han transformado radicalmente el *habitus* de las universidades, puesto que sólo a través de ellos –y ya no mediante el pobre presupuesto asignado a las IESP– se asignan recursos para la construcción de la planta física y laboratorios, nuevas plazas (sólo de doctorado) y apoyos extraordinarios para la docencia y publicaciones. De acuerdo con la página *web* del PIFI,²¹ su objetivo estratégico es “consolidar el perfil y desempeño del personal académico y extender las prácticas de evaluación y acreditación para mejorar la calidad de los programas de educación superior (...) Ampliar la cobertura, favorecer la equidad y mejorar la calidad y pertinencia de la educación superior”. Así, sucesivamente desde 2001, en el marco de los PIFI, las IESP han tenido que elaborar documentos de autoevaluación de sus programas educativos, cuerpos académicos y del perfil de sus profesores (que ahora se denomina perfil Promep); así como someter a evaluación sus proyectos de desarrollo académico –asociados a los recursos solicitados–, compromisos y prospectiva institucionales. Año con año los documentos PIFI que cada división o facultad debe presentar son cada vez más detallados y complejos. El PIFI tiene en su página oficial un glosario de términos cuya elucidación es sólo para iniciados: “análisis de brechas entre los PE y DES”, “cohorte generacional”, “capacidad académica de una DES”, “competitividad de una DES”, “estrategias”, “fortalezas institucionales”, “indicadores de desempeño”, todos los cuales son necesarios y sustantivos para elaborar cada documento PIFI y, por tanto, solicitar recursos. La evaluación de los documentos PIFI se realiza a través de comités de pares que aprueban o no los proyectos sometidos y ajustan, en su caso, los recursos solicitados por las IESP, sus facultades o divisiones académicas. Se evalúa posteriormente el avance de los proyectos y el ejercicio del gasto de los recursos entregados. De manera paralela, los programas de licenciatura han de someterse a evaluación ante los organismos acreditadores, asociaciones civiles creadas *ex profeso* y reconocidas por la SEP. Uno de los pocos méritos del gobierno de Vicente Fox fue crear el Programa Nacional de Becas (Pronabes), que entrega una beca mensual a los alumnos de escasos recursos con

²¹ <<http://pifi.sep.gob.mx>>.

buen desempeño académico. En el caso de la UAM, la operación del Pronabes ha sido singularmente exitosa.

Antes de la aparición del Fomes y del PIFI, el Conacyt había creado un programa de evaluación de los posgrados. De tal suerte que aquellos que por su calidad académica eran incorporados al Padrón de Excelencia recibían becas, cuyos montos no eran despreciables, para que sus alumnos continuaran sus estudios. Más adelante, en el sexenio de Fox, la SESIC y el Conacyt modificaron dicho programa y crearon dos nuevas categorías: el Programa Integral de Fortalecimiento del Posgrado (Pifop) y el Programa Nacional de Posgrados de Calidad (PNPC). A su modo, este último sustituía al Padrón de Excelencia, pues los posgrados que formaran parte del PNPC podían solicitar becas para sus alumnos; no así, en cambio, los que eran catalogados como posgrados Pifop. Éstos, una vez cumplidos ciertos requisitos (por ejemplo, cumplimiento de cierto porcentaje mínimo de egresados en un tiempo determinado), podrían ser considerados, después de una evaluación, como posgrados PNPC.

Como se puede observar por la aparición de todas estas nuevas siglas, que ocultan más de lo que dicen, la dinámica de la vida universitaria se descentra y fragmenta, por decirlo de algún modo: por un lado, se otorgan recompensas económicas al interior de las IESP, tan necesarias dados los bajos salarios, por una productividad que es individualmente evaluada; y por otro, la SEP instrumenta un conjunto de programas que asignan recursos para las actividades sustantivas de las universidades, programas en las que éstas dejan de participar y con recursos que ya no controlan.

Situación de la universidad

Una consecuencia inmediata de la crisis de 1994 se resintió en la UAM el siguiente año, cuando se congelaron hasta nuevo aviso las plazas libres pero todavía no convocadas.²² También se redujeron los salarios de los profesores temporales, el monto de los Estímulos a la Docencia e Investigación (EDI), y desde luego disminuyó el presupuesto federal otorgado a la universidad, que se agravaba con los sorpresivos recortes presupuestales a lo largo del año. Ante la presencia del Padrón de Excelencia, del Fomes, PIFI, Pifop y PNPC, la universidad comenzó a ajustarse, diríamos que con bastante eficiencia, a esos programas:

²² Cabe destacar que el Departamento de Antropología no perdió una sola plaza, y que a partir de 1998 se pudieron convocar de nuevo dichas plazas.

esfuerzos institucionales considerables han sido canalizados para que los posgrados se incorporen ya sea al Padrón o al PNPC; para que los programas de licenciatura sean evaluados y, en su caso, acreditados; y para preparar los documentos Fomes, primero, y después PIFI, que han permitido a la UAM, a sus unidades, divisiones y departamentos, acceder a los recursos escasos. Salvo algunas objeciones y resistencias aisladas y localizadas, no tenemos conocimiento de algún intento por organizar una oposición seria a tales programas, ni tampoco por parte de la UAM de intervenir más activamente en el diseño de los mismos o por participar en la elaboración de los criterios de evaluación.²³

¿Qué efectos han tenido en la UAM las políticas de la SEP hacia la educación superior que mencionamos en el apartado anterior? Si bien existe en la *Legislación Universitaria* un *Reglamento de Planeación*, debemos decirlo, este último ha sido más o menos regla muerta. La elaboración de los PIFI para el conjunto de la UAM, de sus unidades y divisiones, significó un esfuerzo de planeación a corto y mediano plazos; también implicó erigir un horizonte desde el cual observar, evaluar y reconocer lo que la universidad ha hecho y podría hacer; supuso elaborar proyectos de desarrollo académico. Con los recursos obtenidos se han podido montar y robustecer laboratorios de docencia, se han organizado coloquios y *simposia*, publicado libros, contado con profesores invitados, se han echado a andar investigaciones sobre la docencia que impartimos y sobre el currículo oculto, y se ha apoyado a los alumnos en la terminación de sus trabajos terminales. Por añadidura, los recursos asignados están claramente establecidos para tal laboratorio de docencia, cuerpo académico o proyecto, lo que en esencia supone transparencia. No son recursos, pues, que entran a la estructura universitaria –a una caja negra– y es ella quien los reasigna. Sin embargo, también han tenido consecuencias negativas. Desde principios de la década de los ochentas la UAM comenzó a integrar las áreas de investigación a su estructura, cuando los programas de la SESIC la impactaron. Y decimos “la impactaron” porque la integración de los cuerpos académicos, que no surgió desde los propios involucrados, entró en tensión con las áreas (que no siempre reunían los requisitos establecidos para aquéllos), y en algunos casos ellas fueron desplazadas. Desde el punto de vista del profesor, éste vive una suerte de esquizofrenia: pertenece a un área de investigación, que corresponde a la estructura que se ha dado la UAM, y también a un cuerpo académico, que ha acabado por

²³ Tal vez ha sido así, sugerimos, porque uno de los creadores del Fomes es un prominente investigador de la UAM, y porque quien encabezó desde la SESIC (2000-2006) las nuevas políticas que hemos descrito fue el doctor Julio Rubio Oca, quien había sido rector de la unidad Iztapalapa (1989-1993) y después rector general de la UAM (1993-1997).

tener más relevancia que el área; y desde el punto de vista de la universidad, ésta ha visto sometida su organización por políticas extrauniversitarias. Los criterios con que se ha clasificado a los cuerpos académicos (ya sea en formación, en consolidación, o ya consolidados) ignoran la complejidad de la vida colectiva de investigación; y los criterios para evaluar los posgrados han sido más de corte productivista.

Mientras tanto, y a partir de una iniciativa del rector general, en 1999 la comunidad universitaria inició un proceso de reflexión en torno a la docencia que la UAM ofrecía y practicaba. En la evaluación que proponía el rector general, se señalaba que el principal centro de atención de la universidad había sido el personal académico: “la mayor parte de las políticas y acciones aplicadas han estado fundamentalmente orientadas hacia la habilitación y el fortalecimiento de la planta académica”. Y con razón se interrogaba “si los estudiantes han sido uno de los centros de atención prioritarios”. Su respuesta fue contundente:

Desde mi punto de vista, creo que no (...) Es indudable que en la institución tenemos muy buenos profesores, pero la formación de un estudiante no depende nada más de la oportunidad que tenga de cursar materias con muy buenos profesores. La formación de un estudiante depende de todo un colectivo y del ambiente. Es decir, la docencia requiere de una participación colectiva que no se ha dado. Y creo que eso es, en gran medida, lo que nos lleva a sentir una gran insatisfacción en términos de la docencia (...) no hemos sido capaces de crear y generar los espacios para la discusión de la docencia, a partir de los cuales se puedan generar políticas, acciones e iniciativas de mejoramiento. Esto de manera sistemática y permanente.²⁴

Como resultado de tal reflexión, el Colegio Académico aprobó en marzo de 2001 las *Políticas generales de docencia* y las *Políticas operacionales de docencia*. En torno a estos cambios, Manuel Gil y sus colegas apuntaron que “es notable que no se contara, hasta ese entonces, con políticas específicas para una labor tan central en el desarrollo de la universidad” (2005: 25). Posteriormente, cada una de las unidades aprobó sus *Políticas Operativas de Docencia*. En particular las de Iztapalapa fueron aprobadas en 2003, y entre otras cosas han implicado modificaciones en todos los planes y programas de estudio a nivel licenciatura que la unidad Iztapalapa ofrece. Desde entonces la unidad ha estado comprometida por cumplir con dicho objetivo. La UAM

²⁴ Véase el “Suplemento especial: Reflexión sobre la docencia” del *Semanario de la UAM*, n. 1, 3 de mayo de 1999.

abandonó el precepto que hacía prioritaria la investigación; ahora aboga por el desarrollo armónico de sus tres funciones sustantivas: docencia, investigación y preservación y difusión de la cultura. Se inició igualmente la discusión en torno a la carrera académica y se han realizado cambios en la *Legislación* respecto a los procesos de ingreso, los perfiles de las categorías y niveles académicos. Al cabo de poco más de 30 años de haber sido fundada, un tema central en la UAM tiene que ver con la jubilación y la renovación de su personal académico.

Dimensión disciplinaria

Señalábamos en el periodo anterior que después de “feroces discusiones” entre los antropólogos, no siempre académicas, al final de la década de los ochentas y a lo largo de los noventas, la comunidad antropológica comenzó a retejer sus vínculos y a (re)organizarse académica e institucionalmente. Esta vocación se ha expresado mediante la creación, a mediados de los noventas, del Consorcio de Posgrados en Antropología de la Zona Metropolitana y el inicio de actividades, a fines de 2000, de la RedMIFA (Red Mexicana de Instituciones de Formación Antropológica). El Consorcio se creó con la participación de los posgrados en antropología de la UAM, la ENAH, el CIESAS, la UIA y el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, con el propósito de generar sinergia entre ellos (por ejemplo, apoyos compartidos para contar con profesores visitantes), facilitar la circulación de alumnos y profesores entre ellos, y hacerse un interlocutor válido ante Conacyt y su programa de evaluación de los posgrados (para entonces el Padrón de Excelencia). Si bien han existido eventuales colaboraciones al respecto, fortalecer el Consorcio es una labor todavía pendiente. Han tenido más éxito las tareas asociadas a la RedMIFA, que tiene por objetivo el “de establecer vínculos de colaboración académica que permitan el enriquecimiento de la docencia, la investigación y la extensión de la antropología en nuestro país (...) busca generar y desarrollar acciones académicas de cooperación interinstitucional para contribuir al mejoramiento de las instituciones y dependencias de educación superior que la integran”. Con la mayor presencia de los posgrados nacionales y una creciente habilitación de los antropólogos, las redes académicas entre ellos y las instituciones se han fortalecido y ampliado; también se han incrementado los proyectos interinstitucionales de investigación y las coediciones de libros. Un paso relevante en esta última dirección la constituye la colección *Clásicos y contemporáneos en*

antropología, auspiciada por el CIESAS, la UIA y la UAM,²⁵ que ha publicado tres libros y dos más están en prensa. Tejer estas redes no ha sido sencillo, habida cuenta que tanto las instituciones como sus académicos están sometidos a las demandas del PIFI, Promep, SNI, Pifop, PNPC, a la acreditación de sus licenciaturas y a los programas de becas y estímulos de sus respectivas IESP, además por supuesto de las tareas asociadas a la docencia, investigación y preservación y difusión de la cultura.

Vida departamental

A lo largo de este periodo la vida departamental se hace singularmente compleja en lo académico y en lo administrativo, jaloneada tanto por demandas externas como por su propio proceso interno de maduración. A fines de 1993, inició sus actividades el Posgrado en Ciencias Antropológicas, que por sí mismo no demanda muchas horas de docencia en el aula, pero sí de atención personalizada a los alumnos, que supone una gestión colegiada (con él se crea la Comisión de Posgrado), y además se precisa mantenerlo en el Padrón de Excelencia (después PNPC). Por añadidura, en 2003 se funda la Especialización y Diplomado en Políticas Culturales y Gestión Cultural,* que formalmente se agrega al plan de estudios del posgrado. Este programa –innovador, virtual, de alcance iberoamericano, exitoso, con un promedio de 100 alumnos por generación– se ofrece en corresponsabilidad con el Centro Nacional de las Artes y la Organización de Estados Iberoamericanos, lo que ha implicado no pocos procesos de negociación con dichas instituciones; además, por su propia naturaleza, la *Legislación* no ha estado preparada para contender con un programa auténticamente virtual, lo que ha supuesto abrir caminos jurídicos. En 1995, se creó la Cátedra Ernesto de Martino en colaboración con el Instituto Italiano de Cultura y la Embajada de Italia en México. Gracias a ella, el Departamento ha podido invitar a antropólogos italianos, ha permitido la movilidad de alumnos de posgrado a Italia y España, se ha fortalecido la *Summer School* en San Gemignano, Italia, con la participación de alumnos y profesores del Departamento; y se han establecido convenios con las Universidades de Florencia y Sevilla. Ese mismo año el anuario INVENTARIO ANTROPOLÓGICO sale a la luz; y un año después la revista *Alteridades* es

²⁵ <<http://www.ciesas.edu.mx/Publicaciones/Clasicos/Index.html>>.

* N. d. I. R. Una reseña de la Especialización en Políticas Culturales y Gestión Cultural se ofrece en este mismo volumen del anuario INVENTARIO ANTROPOLÓGICO.

incorporada al Índice de Revistas Científicas Mexicanas del Conacyt. Con recursos del Fomes, primero, y posteriormente del PIFI, el Departamento logra instalar un viejo proyecto: el Laboratorio de Antropología Visual. También con fondos de dichos programas fortalece el Centro de Información y Documentación Antropológica (Ceida),* que es un recurso significativo para los alumnos de licenciatura.

En este periodo se incrementan sustancialmente los recursos externos para realizar investigación (provenientes del Conacyt, la Fundación Ford, la Fundación Rockefeller, entre otros): llegan a alcanzar incluso cinco veces más que el presupuesto que año con año le otorga la UAM al Departamento. Este dato por sí mismo evidencia el énfasis en las tareas de investigación de los colegas y del Departamento; también un incremento en la participación en redes académicas nacionales e internacionales tanto del Departamento como de los profesores en lo individual; igualmente refleja la creciente cantidad de publicaciones de sus integrantes: *per cápita* es el Departamento que más publica en la División de Ciencias Sociales y Humanidades. No obstante, esta efervescencia no ha podido socavar los procesos de individualización del trabajo académico ni la tendencia a disminuir la vida colegiada, tanto en las áreas y en los cuerpos académicos como en el Colegio de Profesores. A pesar de todo, éste ha logrado mantenerse como el principal punto de referencia de la discusión colectiva de los asuntos que a todos atañen; también se preserva como un lugar de encuentro de los profesores del Departamento. Efervescencia que tampoco ha logrado contener con una cierta desatención de la docencia a nivel licenciatura, que se vio contrarrestada con la modificación del plan de estudios de la licenciatura a partir de 2005** y un conjunto de actividades asociadas a ésta.

En este periodo nuevos colegas se incorporan al Departamento con plazas de tiempo completo: Federico Besserer, Héctor Tejera, Luis Reygadas, Laura Valladares, Pablo Castro y Juan Manuel Escalante; actualmente el Departamento cuenta con 27 PTC. Es de destacar que el Departamento se ha acompasado y ajustado con notable eficiencia al sistema de becas y estímulos implantado por la UAM: de un total de 38 departamentos en la universidad, ocupa el segundo lugar en este rubro. También ha sido eficiente en el número de profesores con perfil Promep y en la consecución de recursos económicos del PIFI a través de los cuatro cuerpos académicos que lo integran. De aquí que a este

* N. d. I. R. Una reseña sobre el inicio y funcionamiento del Ceida se encuentra en este mismo número del anuario INVENTARIO ANTROPOLÓGICO.

** Una reseña de la modificación del plan de estudios de la Licenciatura en Antropología Social de la UAMI se encuentra en este número del anuario INVENTARIO ANTROPOLÓGICO.

periodo lo hayamos denominado el de la complejidad, pero también ha sido el periodo de la adaptación.

Bibliografía citada:

- BONFIL BATALLA, GUILLERMO, 1970. "Del indigenismo de la revolución a la antropología crítica". En: Arturo Warman y otros, *De eso que llaman antropología mexicana*, pp. 39-65. México: Nuestro Tiempo.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR, SALOMÓN NAHMAD SITTON Y EDUARDO MENÉNDEZ, 1988. *Teoría e investigación en la antropología social mexicana*. México: UAMI/CIESAS (Col. Texto y Contexto).
- GIL, MANUEL, COORD., 2005. *La carrera académica en la Universidad Autónoma Metropolitana: un largo y sinuoso camino*. México: UAM.
- GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO, 1976 [1965]. *La democracia en México*. México: Era.
- LATAPI, PABLO, 1980. *Análisis de un sexenio de educación en México, 1970-1976*. México: Nueva Imagen.
- LATOUR, BRUNO, 1993. *Nunca hemos sido modernos*. Madrid: Debate.
- LÉVI-STRAUSS, CLAUDE, 1972. *El pensamiento salvaje*. México: FCE.
- MARTÍNEZ DELLA ROCA, SALVADOR, 1992. "Educación y cultura en el desarrollo del capital en México". En: Salvador Martínez Della Roca, *Educación superior y desarrollo nacional*. México: IIE-UNAM.
- VARELA, ROBERTO, 2004. "Biografía laboral". En: Ricardo Solís Rosales, coord., *Historias compartidas: treinta años de vida universitaria*, pp. 475-481. México: UAM.
- _____, 2005. *Los trabajos y los días del antropólogo: ensayos sobre educación, cultura, poder y religión*. México: UAM (Col. Cultura Universitaria, Serie Ensayo, 81).
- ORTEGA, SILVIA, ELSA BLUM, GIOVANNA VALENTI, MARÍA RAMÍREZ Y GLORIA DEL CASTILLO, 2001. *Invertir en el conocimiento: programa de becas-crédito del Conacyt*. México: Plaza y Valdés.
- PORTAL, MARÍA ANA Y XÓCHITL RAMÍREZ, 1995. *Pensamiento antropológico en México: un recorrido histórico*. México: UAMI.
- SOLÍS ROSALES, RICARDO, 2000. "Introducción general". En: Ricardo Solís Rosales, coord., *Del Fobaproa al IPAB: testimonios, análisis, propuestas*. México: UAM/Plaza y Valdés.
- WARMAN, ARTURO Y OTROS, 1970. *De eso que llaman antropología mexicana*. México: Nuestro Tiempo.

Rodrigo Díaz Cruz
Ana Paula de Teresa
Departamento de Antropología-UAMI

La periodización de la enseñanza de la antropología social en el Programa de Posgrado de Antropología Social de la Universidad Iberoamericana: los jesuitas, los académicos y los estudiantes

Introducción

El proceso de desarrollo de cualquier disciplina ocurre en un entorno social, económico y político; la historia del programa de antropología de la Universidad Iberoamericana (UIA) es un ejemplo de ello. Este artículo pretende mostrar los procesos de interacción entre el entorno y la institución a lo largo de 40 años, así como la manera en que éstos han marcado la enseñanza de la disciplina en la universidad. Estas interrelaciones entre la disciplina, la universidad y su contexto pueden agruparse, aunque arbitrariamente, para su análisis en periodos marcados por cambios en dichas instancias y por el tipo de relaciones que se dan entre ellas (véase Barnes y Edge 1982, Luhmann s/f).

En este sentido analizaremos las relaciones entre los actores sociales, externos e internos a la institución, y su incidencia en el desarrollo disciplinar. Para el análisis consideramos como los factores externos que más han incidido en estos procesos, al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt, dependencia estatal encargada de diseñar y ejecutar las políticas nacionales de ciencia y tecnología), las problemáticas económicas, sociales y económicas nacionales y el desarrollo mismo de la disciplina. Como internos, consideramos a los dueños de la institución, es decir, los jesuitas, al patronato dueño de las instalaciones, a los profesores y a los estudiantes.

El material en el que se basa este trabajo es el cúmulo de información obtenida por Tania Arce Cortés en el marco del proyecto de la Red Mexicana de Instituciones de Formación Antropológica (RedMIFA), denominado "Antropología de la Antropología: diagnóstico y perspectivas de la antropología en México" (AdelA), dirigido por Esteban Krotz y Ana Paula de Teresa Ochoa. Esta documentación está integrada por los registros de la universidad y del programa, así como por entrevistas realizadas a los profesores, estudiantes, exalumnos y personal administrativo del programa. Por lo que se refiere a la historia del programa y de la antropología en México, las principales fuentes han

sido los textos de Ángel Palerm en García Mora (1988) y la *Introducción a la teoría etnológica* (1987); así como los de Esteban Krotz (1997; 2006) y Guillermo de la Peña (1996). Este trabajo también refleja las ideas y observaciones de los estudiantes del Seminario de Antropología Mexicana, impartido por Marisol Pérez Lizaur.

Los orígenes (1960-1970)

El programa de Licenciatura en Antropología Social en la Universidad Iberoamericana se inició por iniciativa del doctor Felipe Pardinas S. J. a principios de 1960, en la década del desarrollo, incorporado al programa de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el cual era equivalente a una maestría. En ese momento la Compañía de Jesús estaba interesada en formar cuadros que promovieran un cambio social y cultural más justo, y adoptó la ideología del desarrollo, considerando que era el camino adecuado para lograrlo. En ese marco, en 1965, invitaron a Ángel Palerm, quien había trabajado en la Unión Panamericana en planificación, a integrarse a la planta de maestros, para enseñar planificación, como la herramienta básica del desarrollo.

Para Palerm, la antropología social era una ciencia que había acumulado una gran cantidad de información, pero que no había logrado enunciar una teoría a partir de ello, por lo que consideraba necesario proseguir con la investigación empírica y la comparación de sus resultados, para así estar en posición de predecir y orientar los cambios sociales (Palerm 1987: 14-19). Palerm había diseñado, en colaboración con Aguirre Beltrán, un proyecto para impulsar el desarrollo de la antropología en esa línea, el cual implicaba la formación de numerosos investigadores y la creación de nuevos centros de investigación. Para Palerm, un antropólogo era un profesional, no un intelectual orgánico, tal como se concebían los antropólogos en México en ese entonces. Sus fundamentos teóricos básicos eran el materialismo histórico, la evolución multilineal y la ecología cultural; mientras que las temáticas que le interesaban eran los campesinos, los estudios regionales y la problemática que hoy se conoce como globalización. Desde el punto de vista pedagógico consideraba que: 1) se enseña a investigar, investigando; 2) los programas académicos debían ser flexibles, es decir, organizados según los intereses académicos de los estudiantes; y 3) el trabajo en el aula debía ser en forma de seminarios de investigación. Para cumplir con estos fines convenció a la universidad de que comprara una casa en Tepetlaoxtoc, Estado de México. Esta casa se convirtió en la "Casa

de Campo José de Acosta”, en la cual se han formado cientos de estudiantes, desarrollado tesis y distintas temáticas de investigación.

Su posición era que la enseñanza de la teoría tenía que ser de manera histórica; es decir, introduciendo a los estudiantes a la historia de la teoría etnológica. A fin de instrumentar su proyecto, en colaboración con los jesuitas, aprovechó la estructura departamental de la universidad, así como el estatuto de escuela libre que entonces tenía, para modificar el programa de licenciatura y abrir el programa de posgrado en 1966, el único en ese momento en el país (Krotz 2006). Palerm aprovechó sus redes académicas para atraer profesores nacionales y extranjeros al posgrado. De esta manera, y por diferentes periodos, fueron profesores Karl Wittfogel, Eric Wolf, Richard Adams, Hugo Nutini, Friedrich Katz, Pedro Carrasco, Carmen Viqueira Landa, David Barkin y muchos más.

La presencia de Palerm en la universidad, inicialmente entre los estudiantes de la licenciatura –la mayoría mujeres provenientes de familias de clase media y alta, que no sabíamos con precisión la razón por la cual estudiábamos antropología– resultó en un fuerte liderazgo. En poco tiempo nos convirtió de estudiantes “de algo interesante”, en ciudadanas y profesionales de la disciplina, a muchas de nosotras en académicas, con fuertes intereses políticos, enfocados a cambiar el mundo, en uno semejante al soñado por nuestros maestros jesuitas, con quienes en aquel entonces teníamos mucho contacto y nos infundieron el interés por una sociedad más justa.

Mientras ello ocurría en la licenciatura, al posgrado se incorporaron estudiantes de primera línea como Arturo Warman, Andrés Fábregas, Teresa Rojas y Larissa Adler Lomnitz, que provenían en su mayoría de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Su presencia en el posgrado no solamente elevó el nivel académico, sino que nos permitió compartir con ellos nuevos enfoques y teorías, como el culturalismo norteamericano, que Larissa había estudiado en Berkeley y que por aquel entonces era menospreciado en México, porque no explicaba los problemas relacionados con los modos de producción. Además, el contacto con colegas provenientes de la ENAH nos introdujo a su ideología política, es decir, la antropología crítica (Krotz 2006). Tanto para Palerm, como para los jesuitas, la interdisciplina es esencial para entender el mundo, por lo cual se propició la integración al programa de profesionistas egresados de otras disciplinas que enriquecieron la perspectiva de todos los estudiantes.

Un indicador interesante de la apertura y flexibilidad del programa, así como de la influencia de la ideología de los jesuitas, es el catálogo de tesis de maestría presentadas entre 1961 y 1980. A pesar de que el

paradigma dominante era el materialismo histórico y los estudios campesinos, de 21 tesis solamente siete se orientaron hacia ello, el resto son investigaciones sobre muy diversas temáticas, tales como la religión (2), la lingüística (2), la educación (1), el compadrazgo (1) y la política (2), que en aquel entorno no se consideraban importantes. Al mismo tiempo, aparecieron temas muy ligados con las problemáticas que caracterizaron a la sociedad mexicana en las décadas de los sesentas y setentas del siglo xx (Krotz 1997): la industrialización (1), el desarrollo urbano (2) y la explosión demográfica (2). Curiosamente, sólo tres de ellas fueron sobre la región de Texcoco, en donde está la casa de campo, dirigidas por Palerm: la de Marisol Pérez Lizaur, *Asentamiento e historia demográfica: cuatro comunidades del Acolhuacan*; la de Margarita Campos Calderón, *La escuela y la comunidad en un pueblo del Acolhuacan*, y la de Lucila Gómez Sahagún, *San Miguel Tlaxpan: su organización político social*.

La mayoría de los graduados se incorporaron a las nuevas instituciones creadas por el estado para la investigación y enseñanza de la antropología. Pero también varios ingresaron a dependencias gubernamentales como especialistas en planificación.¹

La orientación teórica y metodológica de Palerm, su apertura a estudiar todos los fenómenos sociales, la flexibilidad del programa y la interacción entre estudiantes de muy distintos orígenes y formaciones, caracterizaron la enseñanza de la antropología social en la licenciatura y el posgrado de antropología de la Universidad Iberoamericana hasta 1980.

La década de 1980 a 1990

Mientras la década de 1970-1980 fue de crecimiento e innovación, con el apoyo abierto de los jesuitas, la siguiente década fue problemática. Cuatro eventos críticos condicionaron el desempeño del programa: 1) el terremoto del 14 de marzo de 1979, que colapsó las instalaciones de la universidad; 2) la muerte del doctor Palerm, ocurrida en 1980; 3) la crisis económica de México; y 4) la competencia de otras escuelas de antropología, gratuitas y dependientes del estado. A esto se agregó que poco a poco las ciencias sociales dejaron de ser atractivas a los estudiantes provenientes de las clases media alta y alta.

¹ Luisa Medina Mora, egresada de la licenciatura, y Marisol Pérez Lizaur, de la maestría, trabajaron en la Dirección de Coordinación Educativa, de la Secretaría de Educación Pública (SEP), dependencia que inició la planificación de la educación superior en México.

Desde el punto de vista financiero, el terremoto y la crisis económica, aunados a las tendencias de independencia académica de la universidad con respecto a su patronato, acrecentaron los ya tradicionales problemas económicos de la universidad,² de manera que cada día se hizo más difícil la contratación de nuevos profesores y el financiamiento de la investigación y del trabajo de campo. En este panorama, la competencia de otras instituciones gratuitas y el desinterés creciente por las ciencias sociales incidieron en la disminución del número de estudiantes de licenciatura, hasta hacer poco rentable el programa de licenciatura en el marco de la administración universitaria. Como consecuencia, a pesar de su calidad académica, las autoridades universitarias optaron por su cierre en 1980, aunque continuaron los estudios de posgrado, en los que se siguió con la tradición de admitir estudiantes con formación distinta a la antropología.

Carmen Viqueira Landa tomó la dirección del Departamento de Antropología y el liderazgo del programa de posgrado, mientras que los jesuitas mexicanos se orientaron hacia la teología de la liberación y a la acción política inmediata; de acuerdo con dicha tendencia, los antropólogos deberíamos ser políticos, un tanto revolucionarios, no académicos y profesionales como nos formaban Palerm y Viqueira. Estas condiciones se expresaron en la universidad en un desinterés por la investigación académica, con resultados a largo plazo. A pesar de ello, Viqueira defendió la calidad académica y el profesionalismo característicos del programa.

Un primer análisis muestra la misma estructura flexible del programa y básicamente la misma metodología y los mismos cursos teóricos, con enfoque histórico. Sin embargo, una mirada más profunda al programa, a las tesis presentadas durante ese periodo, así como a las memorias de quienes estudiaron en el programa durante esa década, da cuenta de ciertas diferencias: 1) Carmen Viqueira enfatizó el análisis teórico y metodológico. El seminario básico, impartido por ella, fue el de "Análisis de las monografías clásicas", en el que enseñaba no sólo teoría, sino también metodología de investigación; 2) los estudios de evolución multilineal dieron paso, inicialmente, al análisis del sistema mundial y, posteriormente, al de la globalización, con un fuerte énfasis en los estudios regionales y de la industria; 3) Alba González Jácome prosiguió con la investigación y la enseñanza de la ecología cultural

² En 1980, en un terreno en Santa Fe donado por el gobierno federal y con fondos propios, del patronato y de donaciones de particulares, se inició la construcción del nuevo campus (<http://www.uia.com>).

con un enfoque histórico; 4) David Robichaux, estadounidense, con estudios en historia, inició los estudios sobre la familia y el parentesco en Mesoamérica, con un enfoque culturalista; 5) cambió notablemente el perfil de los estudiantes. Al desaparecer el programa de licenciatura, se diluyó la mayoría del estudiantado femenino proveniente de las clases media y alta, y apareció un grupo dominante de estudiantes procedentes de universidades públicas mexicanas y latinoamericanas con una orientación predominantemente académica; 6) el número y la presencia de los jesuitas disminuyó, lo que influyó directamente en la formación ideológica de los estudiantes, quienes en su mayoría se orientaron hacia la investigación académica; 7) las instalaciones físicas de la universidad, a consecuencia del terremoto, se mudaron del sur al norte de la ciudad. Este hecho, en apariencia trivial, influyó en el perfil de estudiantes y maestros, sobre todo de licenciatura; ya que aparentemente los estudiantes sureños eran proclives a una ideología más afín con la justicia social y la academia.

Estos pequeños cambios en la orientación teórica, en los maestros y en los estudiantes, se reflejan en la temática de las tesis de doctorado y maestría presentadas durante ese periodo (ver cuadros 1 y 2). En las tesis de doctorado aparece cierta variedad, con todavía cierta relevancia, de los estudios campesinos y de la antropología del agua, impulsados ambos por Palerm. Sin embargo, en el cuadro de las tesis de maestría aparece un claro interés de los estudiantes por el estudio de los grupos indígenas, considerados como tales y no como campesinos, como era la tendencia en la época de Palerm, preocupado por el desarrollo económico y el desarrollo nacional. Esta orientación puede indicar un resurgimiento en el país de la problemática indígena, quizá ligado a la aparición de *México profundo*, de Guillermo Bonfil, o bien al hecho de que los grupos indígenas siempre han sido de interés para la antropología. En los cuadros también aparece el interés por los estudios etnohistóricos y de la industria, muy característico de Carmen Viqueira Landa.

Otro dato interesante es que no hay tesis sobre la región de Texcoco, en la que hacían sus prácticas de trabajo de campo los estudiantes, a pesar del interés de Viqueira por los estudios regionales. Esto refleja el respeto que se tenía por los intereses académicos de los estudiantes, en su mayoría con formación distinta a la antropología, así como el hecho de que no se les presionaba a hacer su trabajo de grado a partir de sus prácticas de campo, como sucede ahora, debido a las presiones por alcanzar la eficiencia terminal que exige el Conacyt.

CUADRO 1
TEMÁTICA DE LAS TESIS DE DOCTORADO, 1980 Y 1990

Temática	Número
Campeños	2
Política	1
Antropología del agua	1
Latinoamérica	1
Etnohistoria	1
Total	6

CUADRO 2
TEMÁTICA DE LAS TESIS DE MAESTRÍA, 1980-1990

Temática	Número
Política	1
Campeños	3
Industria, talleres, tecnología	3
Educación	3
Etnohistoria	6
El norte de México	6
Unidad doméstica y parentesco	2
Grupos indígenas	6
Antropología urbana	1

Nota: muchas de las temáticas se repiten en las tesis, por lo que este cuadro no representa un total de tesis, sino los intereses de los alumnos al escribir sus trabajos de titulación.

Por otra parte, las publicaciones de los maestros indican la orientación teórica preponderante en la enseñanza: la maestra González Jácome publicó tres libros sobre ecología cultural y la doctora Torres la memoria de la *Mesa de trabajo: el estudio de la empresa desde las ciencias sociales*, que muestra el surgimiento de los estudios sobre la industria, que posteriormente caracterizarán la investigación realizada por los maestros del posgrado.

El costo de los estudios era alto, lo cual dejaba fuera a muchos estudiantes, y el problema se incrementó con la mudanza al nuevo campus de Santa Fe, en 1988. Ante dicha situación, en 1987 los maestros del

programa optaron por recurrir a las becas del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Esta institución otorgaba becas individuales, de colegiatura y manutención, y fueron las primeras becas que el Conacyt otorgó a estudiantes de la UIA. Por este tiempo la universidad abrió un fondo de diez becas con las mismas características para los estudiantes de posgrado. Gracias a dichos fondos se pudieron otorgar varias becas y ampliar y diversificar la matrícula. También había estudiantes becados por la Organización de Estados Americanos (OEA) y la Fundación Ford.

Según la doctora Viqueira, uno de los puntos que mayores enfrentamientos generaba el programa con la administración universitaria, muy cuidadosa de los ingresos, era su flexibilidad y poca sistematización, difícil de controlar con los sistemas de cómputo. Ante dicha situación el Colegio de Profesores, en el que tenían presencia fuerte los estudiantes, reconoció la necesidad de adaptarse a los requisitos de sistematización y control que demandaban el sistema de cómputo universitario y el Conacyt, a los programas en los cuales se inscribían sus becarios, con el fin de asegurar el financiamiento para los estudiantes, por lo que acordó un cambio en el programa.³ Este cambio consistió en señalar un número de créditos, que incluían los de investigación, que había que cumplir para obtener los grados. Para la maestría, se optó por un prerrequisito para los estudiantes que no provenían de una licenciatura en antropología y por un programa de ocho materias, cuatro obligatorias y cuatro optativas, además de la investigación. En el doctorado quedaron ocho materias optativas y tres prerrequisitos, además de la investigación. A diferencia de otros programas de posgrado, el Programa de Posgrado en Antropología Social de la Universidad Iberoamericana prosiguió con la política de abrir semestralmente las inscripciones a estudiantes y profesionistas de diferentes formaciones, ya que la experiencia mostró que las interrelaciones de los estudiantes de distintos grados y experiencias enriquecía su vida académica.

Década de la institucionalización: 1990-2000

Ante la escasez de recursos universitarios y alerta de las dificultades económicas de los estudiantes del Posgrado en Antropología Social, la doctora Viqueira Landa optó, en 1993, por inscribir el programa en el

³ Ni la información de los profesores ni Servicios Escolares son precisos en cuanto a la fecha del cambio, pero al parecer fue anterior a 1993, ya que el cambio se dio para poder incorporar el programa al Padrón de Excelencia del Conacyt.

Padrón de Excelencia del Conacyt. El proceso de evaluación fue básicamente cualitativo e implicó una parte de autocrítica y otra realizada por pares. El programa fue aceptado en el padrón, y desde entonces es uno de los programas acreditados por el Conacyt como de excelencia. Gracias a la inscripción en el padrón, el número de estudiantes creció, ya que tuvieron acceso a becas del Conacyt, que en ese entonces cubrían la colegiatura y la manutención, por lo que podían dedicarse de tiempo completo a sus estudios. Como ya se dijo, algunos estudiantes, especialmente los extranjeros, tuvieron acceso a los fondos de becas de la OEA y de la Fundación Ford, lo cual también representó un reconocimiento internacional de la calidad del programa.

Con la finalidad de cumplir con los requisitos del Conacyt, el programa apoyó a los maestros de tiempo completo para finalizar sus doctorados. Alba González Jácome acabó su doctorado en historia en la UIA (1996) y David Robichaux el de Etnología en la Universidad de París, Nanterre (1996). De 1992 a 1993 estuvieron como profesoras la doctora Elizabeth Wahl, egresada de la City University of New York, especialista en estudios urbanos, y la doctora Denise Brown, especialista en ecología urbana.⁴ Durante este periodo el programa contó con la presencia de muchos maestros nacionales y extranjeros invitados, que enriquecieron la oferta del programa, entre ellos encontramos a Gonzalo Aguirre Beltrán, Virginia Molina, Laura González, Larissa Adler Lomnitz, Mariángela Rodríguez Nicholls, Andrea Kraus, Manuel Marzal y Elsie Rockwell. La actividad de investigación de los maestros y sus intereses se reflejan en la publicación de nueve libros. Alba González Jácome cuidó la tradición de los estudios sobre la ecología, por lo que la mayoría abordan esa temática, pero también destacan uno sobre la empresa en México, de Patricia Torres, otro sobre la historia de la antropología mexicana, de Mechthild Rutsch, y un tercero, que consistió en un homenaje al fundador del programa, el doctor Pa-lerm, coordinado por Modesto Suárez, egresado del programa.

Mientras que el Programa de Posgrado en Antropología sorteaba los problemas de la universidad, gracias al esfuerzo de sus profesores, la institución se enfrentaba a ellos, sobre todo los financieros, con gran dificultad, incrementada por la crisis económica nacional y la puesta en marcha del nuevo campus universitario. Los jesuitas, el patronato, algunos investigadores y maestros realizaron estudios sobre la situación de la universidad que llamaron la atención sobre los problemas vigentes, especialmente la disminución de la matrícula, la baja en la calidad

⁴ La doctora Torres dejó el programa en 1995.

académica, la escasa sistematización del posgrado y la poca eficiencia del personal. En busca de una solución, en 1996 nombraron rector al maestro en educación Enrique González Torres S. J., jesuita, quien se había distinguido por sus relaciones con grupos empresariales y su capacidad de organización. Este nuevo rector asumió el rectorado con la misión de rescatar financieramente la universidad y de elevar el nivel académico.

La Compañía de Jesús no había permanecido ajena a las tendencias de buscar el uso eficiente de los recursos invertidos en la educación superior con base en la sistematización y la transparencia. El nuevo rector conocía bien estos conceptos y tenía claro que, para alcanzar las metas que le habían señalado el patronato y la Compañía de Jesús, tenía que apoyarse en una administración moderna, que implica sistematización⁵ y eficiencia, así como en sus redes sociales. Varias fueron las medidas adoptadas para alcanzar los objetivos planteados, pero lo que destaca fue la orientación hacia la sistematización de la administración financiera y académica, lo que generó una crítica constante a la flexibilidad y falta de sistematización del Posgrado en Antropología Social. Por su parte, y a diferencia de las décadas de los setentas y ochentas, los intereses de algunos pensadores jesuitas se orientaron también hacia la subjetividad y los estudios culturales, lo que ocasionó un mayor malentendido del programa con la universidad.⁶

Una de las primeras medidas para elevar el nivel académico de la universidad fue instrumentar sistemas de control de calidad a la universidad, como las evaluaciones de académicos y administrativos, a pesar de que contravenía el espíritu de las instituciones jesuitas (véase Piderit 1999: 46). Entre ellas se invitó a los programas de posgrado a ser evaluados por instancias externas como el Conacyt y a los investigadores a incorporarse al Sistema Nacional de Investigadores (SNI), a pesar del costo que ello representaba para la institución, ya que el estado no pagaba⁷ las becas de los investigadores nacionales que laboraban en instituciones privadas. La incorporación del programa de antropología al Padrón de Excelencia del Conacyt, así como la de sus profesores al Sistema Nacional de Investigadores, repositonó al programa en la universidad.

⁵ La sistematización implica no solamente la instrumentación de sistemas administrativos y contables, que para este momento se basaban en sistemas cuantitativos computarizados, sino también en una normatividad muy precisa, de ser posible acorde con la del entorno (véase Parsons 1964).

⁶ A mediados de la década las autoridades universitarias nombraron coordinador del programa a un maestro en antropología, sin conexión con el posgrado, involucrado en la acción social, inspirado en pensadores franceses sobre estas temáticas.

⁷ A partir de 2009, el Conacyt paga el 30%.

El nuevo rector nombró director del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas a un académico dedicado a la investigación, el doctor Javier Torres Nafarrate, sociólogo especialista en la teoría de Niklas Luhmann. Este nuevo director revalorizó la investigación, entendió y apoyó el Programa de Posgrado en Antropología Social. En esa línea, en 1997 nombró, por sugerencia del doctor David Robichaux, como nueva coordinadora del programa, a la doctora Marisol Pérez Lizaur, egresada del doctorado y con experiencia en investigación y planeación en ciencia y tecnología. Aunque alumna de Palerm, la nueva coordinadora había trabajado muy de cerca con la doctora Adler Lomnitz y con el doctor Guillermo de la Peña, y sus intereses académicos son las élites industriales urbanas, los sistemas de parentesco y la antropología aplicada. En 1999, la doctora Carmen Bueno Castellanos, miembro del Sistema Nacional de Investigadores, fue nombrada la primera antropóloga directora del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad. La doctora Bueno fue una de las primeras graduadas en el programa de licenciatura de Palerm, bajo la dirección de Arturo Warman. Estudió la maestría en la Universidad de Syracuse y el doctorado en el programa de posgrado, bajo la dirección de la doctora Viqueira; además tenía experiencia como investigadora en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), así como en El Colegio de México (Colmex), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). La incorporación de estas dos académicas al programa abrió sus perspectivas teóricas y temáticas, así como las relaciones con otros centros de investigación.

La incorporación del programa al Padrón Nacional de Posgrados fue una motivación para ampliar y diversificar la planta académica, procurando cuidar que su formación fuera congruente con la línea teórica de Palerm, pero que al mismo tiempo la enriqueciera. La doctora Viqueira se jubiló, pero permaneció como profesora del programa y se contrataron nuevos profesores. En 2000 entró el doctor Roger Magazine, egresado de la Universidad de Johns Hopkins, quien había estudiado a los niños de la calle y las porras universitarias desde la perspectiva de la identidad. Al mismo tiempo, se incorporaron al programa la doctora Leticia Gándara Mendoza y la maestra Elena Bilbao, ambas formadas en la licenciatura guiada por Palerm. Leticia Gándara había realizado su doctorado en la Universidad de Manchester, bajo la dirección de Teodor Shanin, y Elena Bilbao inició su doctorado bajo la dirección de la doctora Bueno, sobre la industria automotriz.

A pesar de la problemática universitaria señalada, el programa de posgrado preservó su nivel académico, el plan de estudios de 1993, la organización de la investigación y la peculiar y cercana relación entre estudiantes y profesores. Estas relaciones se reflejaron en la diversidad de temáticas de investigación, muy relacionada con el respeto a los intereses académicos de los estudiantes, propio del programa. Las tesis eran, de preferencia, dirigidas por los profesores del programa, y solamente en casos especiales se invitaba a maestros externos como directores; esto implicó, al inicio de la década, que casi todas las tesis doctorales fuesen dirigidas por la doctora Viqueira. De 12 tesis doctorales cinco fueron dirigidas por profesores externos: doctores Arthur J. Rubel, Guillermo de la Peña, Roberto Melville Aguirre y doctoras Elena Lazos Chavero y Silvia Gómez Tagle. Sin embargo, con la incorporación de los nuevos profesores esta situación cambió, aunque no se notó sino hasta después del año 2000.

Como se aprecia en el cuadro 3, hubo cinco doctorados más que en la década anterior, hecho aparentemente relacionado con las demandas de eficiencia y sistematización de la universidad, así como con el hecho de que el Conacyt empezó a condicionar la presencia del programa en el Padrón de Excelencia por medio del concepto de "eficiencia terminal".⁸ Esto implicó, especialmente a partir de 1997, el presionar a los estudiantes para que finalizaran sus trabajos de titulación en los tiempos exigidos por el Conacyt, muchas veces en menoscabo del rigor académico exigido hasta 1990.

CUADRO 3
TEMÁTICA DE LAS TESIS DOCTORALES 1990-2000

Temática	Número
Mujeres	1
Ejército	1
Industria y estudios del trabajo	4
Migración	1
Campeños	2
Etnohistoria	1
Política	1
Religión	1
Total	12

⁸ Concepto que implica ajustar los tiempos de titulación a los tiempos exigidos por el Conacyt.

La variedad de las temáticas desarrolladas en las tesis doctorales refleja la filosofía tradicional del programa sobre la formación personalizada de investigadores, así como también la problemática nacional y la manera en que se refleja en los intereses de los estudiantes, muchas veces con formación original distinta a la antropología. Aparecen temas como la religión, el ejército, las mujeres, la industria y la migración, que requieren nuevos marcos teóricos para su explicación. Sin embargo, en las tesis prevalece una cierta preferencia por los estudios campesinos, la etnohistoria, la ecología cultural y los estudios sobre el agua, a diferencia de los intereses que empiezan a dominar la antropología mexicana del momento: la sociedad multicultural, los grupos indígenas, la política y la subjetividad (De la Peña y Vázquez León 2002, Krotz 2006).

CUADRO 4
TEMÁTICA DE LAS TESIS DE MAestrÍA 1990-2000

Temática	Número
Etnohistoria	3
Religión	2
Industria y estudios del trabajo	5
Migración y estudios sobre Estados Unidos	2
Comercio informal	1
Campesinos	5
Estudios del agua	2
El espacio urbano	1
Grupos indígenas	4
Parentesco	1
Nutrición	1
Mujeres	1
Región de Texcoco	3

Nota: muchas de las temáticas se repiten en las tesis, por lo que este cuadro no representa un total de tesis, sino los intereses de los alumnos al escribir sus trabajos de titulación.

El análisis del cuadro de tesis de maestría muestra una tendencia semejante a las de doctorado, pero con la diferencia de que los intereses de los estudiantes, al igual que en la década anterior, responden al renacer de los estudios sobre los grupos indígenas, lo que se mencionó antes, ya no se ven como campesinos pobres sino como grupos étnicos. Los temas de las tesis también reflejan un interés de los estudiantes

por los nuevos problemas del país, como el espacio urbano, el comercio informal, la nutrición y la migración hacia Estados Unidos de América. Esta nueva tendencia, muy ligada a los intereses de los estudiantes, a los jesuitas y a la presencia de nuevos maestros con orientaciones teóricas novedosas, aparecerá más claramente a partir del año 2000. Un aspecto interesante que empieza a surgir en el cuadro 4 es el resurgimiento de los estudios sobre la región de Texcoco, muy ligado con el interés de las nuevas líderes del programa por impulsar los estudios regionales, así como a la necesidad de acelerar el proceso de formación de los estudiantes.

Los nuevos aires y dilemas del nuevo siglo (2000-2008)

En 2002 se obtuvo una nueva plaza para el programa de antropología, a pesar de su costo,⁹ y se dieron algunos movimientos entre los profesores del programa de ciencias sociales, paralelo al de antropología. Estas medidas permitieron la incorporación del doctor Casey Walsh al programa, así como la de las doctoras Emiko Saldívar y María Teresa Márquez, al de ciencias sociales. Los doctores Walsh y Saldívar¹⁰ habían acabado sus doctorados en la New School de Nueva York, en donde predomina la orientación del materialismo histórico, y la doctora Márquez en el Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAMI). El doctor Walsh, desde la historia y la antropología, había trabajado los problemas del agua en la frontera con Estados Unidos; la doctora Saldívar, desde la sociología, pero con trabajo de campo, había estudiado el Instituto Nacional Indigenista (INI). La doctora Márquez estudió los procesos culturales relacionados con las nuevas tecnologías de la información. La presencia de estos nuevos maestros con formación e intereses comunes a la antropología acercó una vez más al Departamento de Ciencias Sociales a su concepción inicial, es decir, un espacio en donde investigadores de diversas disciplinas sociales trabajaran conjuntamente en la investigación y formación de nuevos investigadores.

A pesar de estos logros, la presión de la universidad y las demandas de los estudiantes para que el programa fuera menos flexible y más

⁹ Los cálculos más conservadores de costos señalan que en las Instituciones de Educación Superior (IES) privadas es necesaria la colegiatura de un mínimo de nueve a doce estudiantes para pagar el salario y las prestaciones de un solo profesor de tiempo completo miembro del SNI, sin contar todos los demás gastos derivados de la operación de los programas (Sánchez Saldaña 2004: 206)

¹⁰ Los doctores Walsh y Saldívar dejaron la universidad en 2007.

sistematizado seguían constantes. Mientras que los estudiantes de los años anteriores aceptaban de buen grado la flexibilidad y el no reconocimiento oficial de los estudios, los actuales, quizá por las presiones del mercado de trabajo, esperan el reconocimiento oficial de sus estudios y un programa estructurado. Estas condiciones obligaron al Colegio de Profesores, en 2002, a diseñar un programa que tuviera esas características. Partió del original, diseñado por Palerm, pero con algunas materias obligatorias para la maestría y los estudiantes del doctorado que no provinieran de antropología. Éstas son: fundamentos sociológicos de la antropología, corrientes clásicas de la antropología, corrientes contemporáneas de la antropología y antropología mexicana. El resto de las materias son seminarios abiertos a distintas temáticas, orientadas por los intereses de los estudiantes y de los investigadores. De acuerdo con la demanda, cada vez mayor, uno de los seminarios optativos es sobre antropología aplicada, impartido por el doctor Alejandro Agudo Sanchiz,¹¹ egresado de la Universidad de Manchester y especialista en evaluación de proyectos de desarrollo, y por Marisol Pérez Lizaur, quien ha sido consultora de empresas. Dentro del programa se estructuraron seminarios de investigación y de tesis orientados al seguimiento cercano de la elaboración de las tesis en los tiempos exigidos por el Conacyt.

Como parte del programa se conservaron las prácticas de campo obligatorias, dirigidas por algunos de los maestros. De acuerdo con las demandas del Conacyt y de la propia universidad y respondiendo a las corrientes vigentes en el momento, los maestros nos tenemos que juntar por líneas de investigación, lo que implica que los estudiantes también se agrupan por tales, en los seminarios de investigación y de tesis. Esta condición ha implicado que, aunque se sigan respetando los intereses individuales de los estudiantes, éstos tienen que ajustarse, en la selección de sus temáticas de investigación, a las líneas del programa: expresiones locales de lo global, ambiente y sociedades rurales, y cambio y continuidad en el México rural, dirigidas respectivamente por los doctores Bueno Castellanos, González Jácome y Robichaux.

Por lo que respecta al trabajo de campo dirigido, además de que cada maestro lleva a sus alumnos al campo, la práctica escolar, a la que podríamos llamar "oficial", es la conducida por los doctores Robichaux y Magazine en la región de Texcoco, con base en la casa de campo de Tepetlaotoc. Este hecho ha generado un gran número de tesis, además

¹¹ La doctora Leticia Gándara Mendoza falleció en 2006 y el Colegio de Profesores eligió al doctor Agudo, con base en la congruencia de su formación con la línea del programa, para ocupar su plaza.

de asegurar la continuidad de los estudios regionales, planteados por Palerm. A diferencia de lo que sucedía anteriormente, en la actualidad, a fin de cumplir con los tiempos del Conacyt, invitamos a los estudiantes a hacer sus tesis a partir de sus prácticas de campo. La investigación generada de esta manera es una clara muestra de las diferencias de intereses y orientaciones teóricas de la antropología en la Universidad Iberoamericana. Palerm promovió la investigación en el Acolhuacan para probar sus hipótesis, elaboradas con Eric Wolf, sobre las sociedades hidráulicas, con la última intención de generar conocimiento que sirviera de base para la planificación regional. En las décadas siguientes, a pesar del interés de Viqueira por el concepto de región, sólo encontramos una tesis sobre el área en la que aparece el concepto de región ligado con el desarrollo de la microindustria (Montes de Oca 1999). La investigación actual ha permitido mostrar el cambio en la región: de ser agrícola, poblada principalmente por campesinos e integrada alrededor del agua, a ser una semiurbana, integrada no sólo a la gran Ciudad de México, sino al sistema global, de muy distintas maneras. Esto está mostrando que el proceso de modernización no es sencillo, genera conflictos y al mismo tiempo ocurre preservando muchos patrones culturales de origen nahua. Las tesis desarrolladas con distintos enfoques en esta área muestran con detalle la integración, operación y tendencias de cambio del sistema de parentesco mesoamericano, las relaciones de reciprocidad e intercambio, así como su imbricación con las prácticas religiosas, políticas y económicas de la población.

En concordancia con la orientación interdisciplinaria de los jesuitas y de la escuela palermiana, así como con la tradición del programa, los estudiantes de maestría y doctorado provienen de muy distintas formaciones, lo que enriquece la discusión y la orientación de la investigación. Sin embargo, lo que es un recurso importante, a veces, cuando se refiere a la velocidad en que realizan sus trabajos de investigación, suele convertirse en un obstáculo, ya que les es difícil asimilar el conocimiento y expresarlo en sus trabajos de investigación, en los tiempos predeterminados por el Conacyt.

Por otro lado, en la línea de la interdisciplina, característica de una universidad departamental, los maestros tenemos la obligación de impartir un curso semestral a los estudiantes de licenciatura.¹² Como en la UIA no existe la licenciatura en antropología, ello implica que nuestros estudiantes son de muy diversas carreras: administración de

¹² Esta obligación fue instaurada por el nuevo rector en 2005.

empresas, psicología, diseño, mercadotecnia, comunicación, arquitectura y otras. Esta tarea representa un desafío y un ensayo de comunicar nuestros hallazgos y perspectivas a un público con mentalidades muy diversas, para que los apliquen en sus prácticas profesionales. Aunque difícil, es una oportunidad de poner en práctica, en forma indirecta, el concepto de antropología aplicada, en el sentido de generar conocimientos útiles para la solución de problemas sociales. El interés entre los estudiantes por la antropología aplicada ha generado tres tesis de maestría.

El análisis de los cuadros 5 y 6, en los que se muestran las temáticas desarrolladas por los estudiantes en sus tesis de maestría y doctorado, evidencia ciertas tendencias distintas de las de las décadas anteriores. En primer lugar, una mayor variedad de temáticas en las tesis doctorales, que reflejan tanto la problemática nacional como las tendencias teóricas dominantes, así como también los intereses de los docentes. La ecología y los estudios campesinos dominan numéricamente, pero le siguen los estudios sobre la industria, los procesos de trabajo y el desarrollo tecnológico, en un entorno de globalización. Al mismo tiempo aparecen los estudios sobre grupos específicos como mujeres, ancianos y niños. Y empieza a aparecer el concepto de identidad.

Por lo que se refiere a las tesis de maestría, dominan los estudios sobre la ecología y los estudios campesinos, pero muy ligados con la

CUADRO 5
TEMÁTICA DE LAS TESIS DE DOCTORADO 2000-2008

Temática	Número
Industria, procesos de trabajo, tecnología	7
Ecología y campesinos	10
Educación	2
Historia de la antropología	1
Latinoamérica	4
Grupos especiales (mujeres, ancianos)	3
Organización social y parentesco	2
Grupos indígenas	8
Identidad	2
Desarrollo urbano	1
Antropología médica	1

Nota: muchas de las temáticas se repiten en las tesis, por lo que este cuadro no representa un total de tesis, sino los intereses de los alumnos al escribir sus trabajos de titulación.

temática indígena. La dirección del trabajo de campo por Robichaux y Magazine se refleja en la aparición de un gran número de tesis (14) alrededor de la organización social y el parentesco, muy ligados con la identidad. También, al igual que el doctorado, los estudiantes manifiestan interés por el agua, la industria y los procesos de trabajo, en un entorno de globalización y los grupos especiales.

CUADRO 6
TEMÁTICA DE LAS TESIS DE MAESTRÍA 2000-2008

Temática	Número
Identidad	6
Antropología del agua	4
Grupos especiales (mujeres, viejos, niños, hombres, ejecutivos, hueseros)	8
Política local	2
Globalización	7
Antropología aplicada	3
Organización social y parentesco	8
Religión	4
Ecología, estudios de campesinos y pescadores	15
América Latina y África	3
Grupos indígenas	10
Industria, procesos de trabajo, tecnología	6
Etnohistoria	1

Nota: muchas de las temáticas se repiten en las tesis, por lo que este cuadro no representa un total de tesis, sino los intereses de los alumnos al escribir sus trabajos de titulación.

A pesar de la variedad de temáticas aparece un hilo conductor en casi todos los textos: los procesos de cambio y los conflictos que los acompañan, en un mundo muy heterogéneo y complejo. Al mismo tiempo perdura y crece el interés por la ecología y la antropología del agua.

Los graduados del programa valoran muy especialmente su formación empírica y su capacidad de hacer estudios de campo. Los doctorados se han integrado con facilidad al mercado de trabajo, sobre todo en instituciones de educación superior y de investigación, públicas y privadas. Mientras que un elevado número de los egresados de la maestría está prosiguiendo sus estudios doctorales en la misma institución, o bien en instituciones nacionales o internacionales, muchos

otros están laborando como consultores profesionales en despachos o bien en instituciones públicas y privadas, lo que indica un nuevo rumbo en la profesionalización de la disciplina.

Conclusiones

El análisis de los procesos ocurridos en el programa de antropología de la Universidad Iberoamericana revela ciertas constantes y algunos cambios entre periodos. En esta sección se destacarán las constantes y su interrelación con los cambios.

Desde el punto de vista de la organización, aparecen ciertos procesos importantes de destacar. En una comunidad nacional inmersa en un entorno de globalización, la tendencia ha sido hacia la sistematización y el control de los procesos de enseñanza aprendizaje, así como hacia la búsqueda de la eficiencia en el uso de los recursos, en un ambiente de crisis económica constante. Esta tendencia en México ha sido representada por las políticas de ciencia y tecnología, diseñadas y ejecutadas por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Aunque la universidad es privada, en este marco, los dueños de la institución han tenido que ajustarse a esas tendencias. Los jesuitas no sólo promovieron la creación del programa, sino que también han incidido en su desarrollo académico de acuerdo con sus intereses, objetivos, ideología y necesidades económicas. Aunque dueños de la institución, han tenido que negociar y rendir cuentas a los miembros del patronato, integrado por empresarios, los dueños de las instalaciones físicas, así como a las demandas e intereses de los estudiantes, a fin de asegurar la sobrevivencia de la institución. En este entorno, los profesores, en el ambiente de libertad de cátedra y de pensamiento que procuran promover los jesuitas, se encuentran condicionados en su quehacer por las condiciones reales de trabajo, económicas e ideológicas, de la institución, pero también por los paradigmas teóricos e ideológicas de la comunidad académica a la que pertenecen, con la que están en diálogo continuo a través de su formación y práctica profesional. Su interrelación con el entorno, del que generan sus preguntas de investigación, es a través de su práctica profesional y experiencia, pero también condicionados por los intereses e inquietudes de los jesuitas y de los estudiantes, que aparentemente son quienes llevan al aula sus preguntas, generadas a través de su formación y experiencia. Esta interrelación motiva y genera respuestas que se dirimen en un espacio institucional, limitado por las condiciones económicas y políticas del entorno.

Desde el punto de vista de la disciplina, el programa de antropología de la Universidad Iberoamericana muestra desde su inicio una concepción de la antropología como aplicada, en el sentido palermiano del término, es decir como una herramienta orientada a generar conocimientos que ayuden a incidir en cambios sociales que promuevan un orden social más justo. En este marco se han formado los estudiantes como académicos y profesionales capaces de trabajar en todo tipo de instituciones.

Esta orientación ha incidido en el desarrollo teórico de la disciplina en tanto que la solución de los problemas del cambio social se encuentra fuertemente atada a la problemática económica y política. Así, el paradigma dominante en el programa sigue siendo el materialismo histórico en sus distintas expresiones, tales como la ecología y la globalización, entendida como una expresión de la interacción de los modos de producción en un sistema mundial altamente interconectado. Sin embargo, mientras que en el periodo inicial del programa esta orientación teórica estaba enfocada sobre todo al estudio de los campesinos y a problemas económicos, el mismo desarrollo de la investigación, de la disciplina y la naturaleza de los fenómenos estudiados han enriquecido el desarrollo teórico con nuevas orientaciones y paradigmas como el culturalismo y la subjetividad.

Este proceso ha implicado el respeto a las inquietudes de los estudiantes, expresadas en sus problemáticas y preguntas de investigación, así como también el desarrollo de la investigación de los maestros, entre los que han destacado algunos líderes, alrededor de quienes se han desarrollado no sólo investigaciones específicas, sino corrientes de pensamiento que han incidido en el desarrollo del programa y de la disciplina. El paso de los años y el crecimiento del programa han implicado la entrada y salida de profesores, quienes se seleccionan colegiadamente, con base en la concordancia de su formación con el núcleo teórico del programa, pero también en la posibilidad de que enriquezcan el panorama teórico de los estudiantes y del programa en general.

Otra constante que aparece a través de la historia son ciertos rasgos metodológicos y pedagógicos. Desde el punto de vista de la formación de investigadores se ha cuidado el énfasis en la formación de los estudiantes en el campo; dicho en otras palabras, se ha preservado el concepto palermiano de "se enseña a investigar, investigando". También se ha procurado cuidar el sistema pedagógico de enseñar en los seminarios. Desde la perspectiva pedagógica, quizá lo que más ha cambiado es el programa, por presiones económicas, administrativas, políticas y de los propios estudiantes. De ser en un principio un programa

totalmente flexible, hoy día, aunque se ha cuidado su flexibilidad, es uno más estructurado. A pesar de ello, como muestra la información sobre las problemáticas de las tesis de maestría y doctorado, las preguntas de investigación de los estudiantes responden a las dinámicas sociales del entorno, y su respuesta requiere la imaginación teórica y metodológica de los maestros.

Bibliografía citada:

- BARNES, BARRY Y DAVID EDGE, 1982. *Science in Context*. Milton Keynes: The Open University.
- BONFIL BATALLA, GUILLERMO, 1987. *México profundo*. México: CIESAS.
- DE LA PEÑA, GUILLERMO, 1996. "Debates antropológicos en las crisis mexicanas: globalización, hegemonía y ciudadanía étnica". En: *La palabra y el Hombre*, n. 97, pp. 9-32.
- DE LA PEÑA, GUILLERMO Y LUIS VÁZQUEZ LEÓN, COMP., 2002. *La antropología socio-cultural en el México del milenio: búsquedas, encuentros y transiciones*. México: FCE (Col. Biblioteca Mexicana).
- KROTZ, ESTEBAN, 1997. "La antropología mexicana actual y futura: tres puntos críticos". En: *Nueva Antropología*, n. 51, pp. 11-22.
- , 2006. "Mexican anthropology's Ongoing Search for Identity". En: Gustavo Lins Ribeiro y Arturo Escobar, eds., *World Anthropologies: Disciplinary Transformations Within Systems of Power*. Oxford/Nueva York: Berg.
- LUHMANN, NIKLAS, s/f. *Organización y decisión* (Darío Rodríguez, trad., mimeografiado).
- MONTES DE OCA ROSAS, GUADALUPE YOLANDA, 1999. *Surgimiento y desarrollo de talleres de la industria del vestido en una región rural del México central: una perspectiva antropológica*. México: UIA (tesis de doctorado).
- PALERM, ÁNGEL, 1987. *Introducción a la teoría etnológica*. Querétaro: UAQ.
- , 1988. "Escuela de Antropología Social de la Universidad Iberoamericana". En: Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico. V. 7: Las instituciones*, pp. 332-356. México: INAH.
- PARSONS, TALCOTT, 1964. *Structure and Process in Modern Societies*. Glencoe: The Free Press of Glencoe.
- PIDERIT, JOHN J., S. J., 1999. "Managing Jesuit Universities Alter GC 34". En: Martin R. Tripole, S. J., ed., *Promise Renewed: Jesuit Higher Education for a New Milenium*, pp. 43-61. Chicago: Loyola.

- SÁNCHEZ SALDAÑA, MARIANA, 2004. "La universidad privada frente a los retos del posgrado". En: *OMNIA*, número especial. Dirección electrónica: <<http://www.posgrado.unam.mx/publicaciones/omnia/esp17/23.pdf>>.
- ROBICHAUX, DAVID, 1997. "Un modelo de familia para el México profundo". En: *Espacios familiares: ámbitos de solidaridad*. México: DIF.
- VÁZQUEZ LEÓN, LUIS, 1998. "Ángel Palerm y la institucionalización de la antropología social en México". En: *Alteridades*, año 8, n. 15, pp. 167-184.

Marisol Pérez Lizaur
Tania Arce Cortés
Universidad Iberoamericana

Concepciones antropológicas y segmentos poblacionales: elementos para la periodización de medio siglo de historia de una facultad de antropología mexicana

Este estudio tiene dos objetivos.¹ Por una parte, trata de organizar de una manera inteligible el material etnográfico reunido sobre la historia reciente de una institución antropológica, a saber, la Facultad (antes: Escuela, ECA) de Ciencias Antropológicas (FCA) de la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY), segunda institución de docencia antropológica fundada fuera del altiplano central del país y que ha ocupado durante varias décadas una posición prácticamente monopólica en la formación de profesionales en ciencias sociales en la Península de Yucatán.² Por otra parte, trata de discutir el criterio de periodización utilizado,

¹ El texto es un resultado del proyecto de investigación "Antropología de la Antropología" (AdelA), de la Red Mexicana de Instituciones de Formación Antropológica (RedMIFA), apoyado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). Se agradece a las autoridades de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán su colaboración para la obtención de la información documental utilizada, que, además, se encuentra en proceso de elaboración para dos estudios mayores (uno de ellos es la tesis de Licenciatura de R. Llanes, titulada *Concepciones antropológicas de la antropología social de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán* [2009]). De manera especial se agradece a las y los docentes entrevistada/os su colaboración y a Ella F. Quintal sus observaciones a la versión previa de este artículo. Cabe señalar que la interpretación aquí elaborada de los datos históricos y etnográficos no necesariamente es compartida por las autoridades de la Facultad de Ciencias Antropológicas, ni por las personas entrevistadas, ni por las autoras y autores de las tesis y demás textos analizados.

² Con excepción de una licenciatura en sociología con pocos estudiantes en una universidad privada, hasta hacía poco no había existido otra licenciatura en antropología, sociología o ciencia política en

para poder compararlo con otros modos de periodización manejados en el proyecto “Antropología de la Antropología”, establecido por la Red Mexicana de Instituciones de Formación Antropológica para el estudio de la historia reciente de las instituciones de docencia antropológica y para promover la discusión sobre sus implicaciones epistemológicas y metateóricas.

La estructura del texto es la siguiente: primero, se presentan algunas consideraciones sobre los criterios de periodización empleados en la historiografía de la antropología mexicana y se proponen los conceptos “concepciones antropológicas” y “segmentos poblacionales” para distinguir las etapas de la historia de la FCA. En el segundo apartado se presentan tres etapas de la antropología social desarrollada en la FCA. Por último, se exponen unas consideraciones sobre el criterio de periodización utilizado.

Concepciones antropológicas y segmentos poblacionales como criterios combinados para la periodización

Considerando que el proceso de generación de conocimiento científico es, también en el caso de la antropología, un proceso de producción cultural abierto (Krotz 1987), éste no tiene una estructura interna que se divida “naturalmente” por etapas y, menos aún, por etapas de tipo regular y repetitivo. Y si bien pueden reconocerse a veces, en las temáticas y situaciones socioculturales bajo estudio, en las características de personalidad de los investigadores o en los esquemas de financiamiento para la investigación, conjuntos de similitudes de secuencias en ciertas investigaciones puntuales, esto no parece ser el caso para las ciencias sociales en general y para el proceso científico-social de largo

Yucatán. En 1996 se estableció la Licenciatura en Antropología Social en la Universidad de Quintana Roo (Chetumal, Q. Roo); en 2005 la Licenciatura en Lingüística y Cultura Maya en la Universidad de Oriente (Valladolid, Yuc.), y en 2006 se creó la Universidad Intercultural Maya de Quintana Roo. En 2007, el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (Mérida, Yuc.) abrió la Licenciatura en Desarrollo y Gestión Interculturales. Actualmente, la FCA cuenta con cinco programas de licenciatura: Antropología Social, Arqueología, Comunicación Social (desde 2001), Historia (que se abrió como Especialidad en 1980), Literatura Latinoamericana (desde 2001), y con tres programas de posgrado: Maestría en Ciencias Antropológicas (con opciones en Antropología Social, Arqueología y Etnohistoria), Especialización y Maestría en Antropología Esquelética y Maestría en Antropología del Trabajo. No se pueden –y no parece necesario para el propósito del presente estudio– analizar las relaciones entre la ECA/FCA y otras instituciones localizadas en Mérida donde también se ha desarrollado la antropología, tales como las mencionadas y otras más de mucha antigüedad, como, por ejemplo, el Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), la Unidad de Ciencias Sociales (UCS) del Centro de Investigaciones Regionales “Dr. Hideyo Noguchi” (CIR) de la UADY, el Instituto Nacional Indigenista (INI) o la Dirección General de Culturas Populares (DGCP).

alcance. La obra de Thomas S. Kuhn ha sugerido la existencia de tales secuencias repetidas de etapas encontradas por él en las ciencias naturales también para las ciencias sociales y humanas, pero, como es sabido, el autor citado no se ocupó mucho de “protociencias” tales como las sociales (Kuhn 1974: 244-245).

Por consiguiente, el análisis histórico de un proceso de generación de conocimiento científico tiene que elaborar sus propios esquemas de periodización. En la medida en que éstos pretendan superar la simple descripción y avanzar hacia la comprensión del proceso estudiado, los periodos tienen que ser entendidos como *tipos* de situaciones; como tales, deben hacer referencia siempre a los mismos elementos, y estos últimos deben ser siempre ponderados de la misma manera, para permitir la comparación sistemática de las situaciones bajo análisis.

La situación se complica si se tiene en cuenta que la historia de la ciencia no puede reducirse a la consideración de la generación y la secuencia de enunciados científicos, sino que debe considerar también al productor de estos enunciados, que siempre es colectivo y que ha sido llamado “la comunidad científica”.³ Ésta, sin embargo, es siempre segmentada y trabaja casi siempre en instituciones, las cuales en ocasiones están dedicadas de manera exclusiva a la investigación, pero las más de las veces son más abarcativas, como es el caso de las universidades.

En varios trabajos importantes sobre la historia de la antropología mexicana predomina un criterio de periodización “explícitamente político” (como observa Medina 1996: 94), mediante el cual se divide la historia de la antropología mexicana por etapas que coinciden con sucesos de la historia política nacional.⁴ Si bien dicho criterio de periodización responde a la importancia de la relación entre las ciencias antropológicas y el estado en México, en los trabajos historiográficos aludidos dicho criterio no se discute.

En cierta medida, la obra citada de Thomas Kuhn (1974) ofreció un marco analítico para entender la historia de la antropología mexicana más allá de la simple descripción de eventos o situaciones (como la creación de una institución, la publicación de obras, la celebración de congresos, etc.), y como un proceso en cuyo centro se halla la relación entre la comunidad científica y sus “paradigmas”. En ese contexto de discusión, algunos antropólogos “siguieron el camino de paradigmatación de su disciplina” (Vázquez 2003: 22), es decir, comenzaron a identificar una serie de “paradigmas” en la historia de la antropología

³ Para una discusión del concepto de “comunidad científica”, véase Casas (1980).

⁴ Véase, por ejemplo, los clásicos trabajos de Juan Comas (1976) y de José Lameiras (1979).

mexicana, como el “particularista etnográfico”, el “funcionalista”, el “indigenista”, el “marxista”, etc. (Hewitt 1988, Vázquez 1987, véase también la crítica de Aguirre Beltrán 1990). A pesar de que la discusión de la obra de Kuhn generó importantes aportes para el entendimiento de la situación actual de la antropología mexicana,⁵ no quedó claro qué se entendía por “paradigma” ni cuántos y cuáles paradigmas existían en la antropología mexicana, y tampoco se discutió la periodización de tales paradigmas.

En consecuencia, algunos historiadores de la antropología mexicana comenzaron a emplear la noción “tradición” para entender la historia de la disciplina.⁶ No obstante, parece que hablar de “tradición” implica enfatizar especialmente el aspecto de continuidad y de repetición (aunque a manera de reelaboración y reinterpretación) de elementos socioculturales, situación que no necesariamente se presenta en todas las etapas de la historia de la antropología.

En lo que sigue, se utilizan dos elementos combinados para la periodización de la historia de la antes Escuela y ahora Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán.

Uno es *la concepción de antropología* que utilizaron –o bajo cuya influencia obraron– quienes generaron o reprodujeron conocimiento antropológico documentado durante las últimas décadas. “Concepción” se entiende aquí como una manera general de definir la antropología con relación a los fenómenos socioculturales abarcados y las dimensiones de la esfera sociocultural privilegiadas en el estudio. Es un término que incluye lo que se suele designar como “propuesta (pre) paradigmática” o “enfoque teórico”, pero no se limita a ello; al mismo tiempo, es menos preciso que los dos últimos términos.

Podemos definir las “concepciones antropológicas” como aquellos marcos de investigación⁷ que abarcan: a) principios evaluativos-existenciales (como valores sociales o los objetivos de la ciencia),

⁵ Por ejemplo, concebir la “crisis” no como una situación necesariamente negativa, sino como un momento “normal” en el desarrollo de la ciencia que, además, puede resultar creativo y fecundo (véase los diversos ensayos contenidos en Krotz 1992).

⁶ Así, por ejemplo, Medina (1995) observa la existencia de una tradición “etnológica” y otra “socio-antropológica”; Vázquez (2003) estudia la “tradición mexicana de arqueología” y también analiza la tradición de “antropología crítica” en la antropología social mexicana (Vázquez 2002); más recientemente, Mechthild Rutsch (2007) se refiere a la existencia de una “tradición” en el Museo Nacional de Antropología. Ya antes, Ángel Palerm (1974: 12) había definido la antropología como una “tradición cultural” y Barry Barnes (1986: 21) usó el término “tradición de investigación” en su estudio sobre la obra de Kuhn.

⁷ Como observa la filósofa de la ciencia Ana Rosa Pérez Ransanz, “las teorías científicas se generan y desarrollan, siempre, dentro de un marco de investigación más comprensivo, un marco que abarca diversos tipos de compromisos o supuestos básicos que comparte la comunidad de especialistas en un campo” (1999: 22). De lo anterior deriva que la historia de la ciencia debe basar sus criterios de

b) principios metateóricos (presupuestos ontológicos y epistemológicos, orientaciones metodológicas), c) principios teóricos (orientaciones teóricas, conceptos), d) procedimientos y técnicas de la disciplina,⁸ y e) el tipo de otredad estudiada. Como se puede apreciar, los elementos que componen a las concepciones antropológicas no son únicamente de carácter “interno”, sino también de tipo “externo”, lo que deja de manifiesto que la ciencia es un proceso de producción cultural en el que ambos tipos de elementos son igualmente constitutivos (Krotz 1987).

El segundo elemento son *los segmentos poblacionales*, cuyo estudio se privilegió bajo la orientación de dichas concepciones. Esto significa que aquí se considera que existe una interrelación –de hecho, aunque no forzosamente necesaria– entre la manera general de entender la antropología como instrumento de conocimiento y la realidad socio-cultural “hecha visible” a través del mismo.

Aun así, el procedimiento aquí elegido podría dar la errónea impresión de ser de carácter “ideacional”, o sea, de ubicarse, conforme a la terminología usual de la historiografía de las ciencias, más en el ámbito “internalista” que en el ámbito “externalista”, y de no tomar en cuenta lo arriba afirmado sobre la ciencia como un proceso compuesto por (la producción de) enunciados y los colectivos de sus productores. Sin embargo, como ha sido elaborado en otro lugar,⁹ aquí se parte de la integración de ambas clases de elementos como igualmente “constitutivos”; en la parte final de este trabajo se problematizará de nuevo este aspecto.

A partir de los conceptos explicados se elaborará en lo que sigue una periodización analítica de la historia de la FCA, para la cual hasta ahora ha sido utilizado el criterio de los periodos de desempeño de sus diferentes directores (véase Barrera Rubio 1988, Ventura 2003: 33-93).

Tres etapas de la antropología social generada en la Facultad de Ciencias Antropológicas de la UADY

Las tres etapas que a continuación se caracterizan se basan, ante todo, en la revisión de a) planes de estudio (de la Licenciatura en Antropología Social), b) tesis (también de la Licenciatura en Antropología Social)

periodización en el cambio no de teorías específicas, sino de los marcos de investigación más amplios que comprenden a estas últimas.

⁸ Esta lista de elementos se basa en el análisis de la antropóloga Aurora González Echevarría (2003: 371-380) de una serie de conceptos emparentados, como “matriz disciplinaria”, “estrategia de investigación”, “orientación teórica”, etc.

⁹ Ver Krotz (1987) y Kuhn (2004: 34-41).

y c) publicaciones (de profesores y estudiantes de la FCA), así como de entrevistas realizadas, a lo largo de los últimos dos años, a antropólogas y antropólogos que han estudiado y trabajado en la FCA.

Los inicios de la FCA: la antropología integral maya, un proyecto trunco (1959-1974)

Dejando aquí de lado los antecedentes de la reflexión y los estudios antropológicos precientíficos sobre los mayas y las problemáticas sociales y culturales de la región, hay que señalar que el origen de la Facultad de Ciencias Antropológicas se encuentra estrechamente ligado a la figura del distinguido filólogo maya Alfredo Barrera Vásquez (1900-1980) y centrado en un interés muy similar por el conocimiento de la sociedad y cultura maya del pasado y del presente que se puede encontrar entre los antropólogos e historiadores “aficionados” previos. A diferencia de la Escuela de Antropología de la Universidad Veracruzana (UV), creada en 1957 (ver Brizuela y Casimir 2003) –entonces la única otra escuela de antropología existente fuera de la capital–, la FCA no tuvo un origen indigenista, sino más bien museístico.

En la década de los treinta del siglo pasado, Barrera Vásquez¹⁰ realizó estudios en el Museo Nacional y en diversas universidades estadounidenses en las que predominaba la influencia de la antropología cultural boasiana, compuesta por los llamados “cuatro campos”: antropología física, arqueología, etnología y lingüística, mediante los cuales se reconstruía la historia de determinadas “áreas culturales” a través del análisis de la distribución de sus “rasgos culturales”.¹¹

Si bien Barrera Vásquez se formó principalmente como filólogo –y en ese campo realizó sus principales aportaciones escritas–,¹² incursionó también en casi todas las demás ramas antropológicas, siempre con un mismo interés temático: los mayas. Fue así que participó de manera importante (ya sea en la fundación o dirección) en dos instituciones que se dedicaron al conocimiento y difusión de la cultura maya del pasado y del presente: la Academia de la Lengua Maya (ALM) y el Instituto Yucateco de Antropología e Historia (IYAH). Ante la falta de profesionistas locales que pudieran trabajar en estas instituciones, se creó

¹⁰ Para un panorama de la vida de Alfredo Barrera puede consultarse el número 75 del *Boletín de la ECAUDY* y la obra colectiva editada por Silvio Zavala y otros (1986).

¹¹ Sobre el modelo de los “cuatro campos”, así como algunas características de la antropología cultural boasiana, véase Silverman (2005: 258-65).

¹² Una visión de conjunto de su obra proporcionan los dos tomos de sus *Estudios Lingüísticos* (Barrera 1980; 1981).

primero el Centro de Estudios Mayas ([CEM], 1959-1964), para proveer de filólogos a la Academia, y luego el Centro de Estudios Antropológicos ([CEA], 1966-1970), para dotar de arqueólogos y antropólogos sociales al IYAH. Las dos escuelas eran dirigidas por Barrera Vásquez, y cada una contó sólo con una única y poco numerosa generación de egresados. Fue en 1970 cuando, con apoyo de la entonces Universidad de Yucatán ([UDY], hoy: Universidad Autónoma de Yucatán), el Centro de Estudios Antropológicos se convirtió en Escuela de Ciencias Antropológicas. Ésta inició sus actividades en octubre de 1970, en el Museo de Antropología, ubicado en el llamado “Palacio Cantón”, que hoy alberga el museo de antropología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en la ciudad de Mérida.

Al igual que sus dos antecedentes, la ECA fue concebida y dirigida por el mismo Barrera Vásquez. Por tanto, su orientación inicial era la antropología integral en el sentido boasiano, y su primer plan de estudios trató de seguir el citado modelo de los “cuatro campos”. Pero debido a la escasez de profesores y de recursos materiales, sólo pudieron establecerse las especialidades de antropología social¹³ y de arqueología; el plan de estudios incluía un tronco común de dos años, en el que se veían de manera introductoria también las otras dos especialidades antropológicas.

El principal objetivo de la formación de antropólogos en Yucatán era su preparación para el conocimiento integral de la subárea cultural maya (entendida como parte del área cultural mesoamericana). Para Barrera Vásquez, un papel importante lo jugaba el tema de la literatura y escritura maya, el cual debía estudiarse a partir de la correlación entre los resultados del análisis filológico, arqueológico, etnohistórico y etnográfico. Pero además, Barrera Vásquez practicó en su vida y estableció como un objetivo importante de la enseñanza de la antropología en Yucatán, el trabajo aplicado destinado a “acelerar el progreso de los grupos atrasados para que alcancen el nivel que hoy tiene entre los grupos más privilegiados” (Barrera Vásquez 1980:49).

En sus inicios, la ECA no contó con profesores de tiempo completo ni de medio tiempo, todos eran profesores contratados por horas. Estos primeros profesores eran principalmente egresados del CEM y del CEA.

¹³ Es de notarse que a diferencia de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en la ECA no se abrió la especialidad de etnología, sino la de antropología social. Esto puede deberse a la intención práctica de Barrera Vásquez, quien realizó importantes labores en el ámbito antropológico aplicado (para una distinción entre las orientaciones de la etnología y la antropología social mexicana puede verse Medina 1995). De todos modos merecería una mayor atención la relación con la ENAH.

Pese a que Barrera Vásquez era un antropólogo reconocido a nivel nacional e internacional,¹⁴ en 1973 un grupo de estudiantes exigieron y lograron su renuncia como director de la Escuela. Al mismo tiempo, los estudiantes, que contaban con el apoyo de algunos profesores provenientes de otras instituciones del país, se propusieron reformular el plan de estudios y reorientar la antropología que se hacía en Yucatán. Aunque no pueden tratarse aquí los orígenes y motivos de este cambio, es pertinente recordar que en aquel tiempo se vivía un ambiente generalizado de crítica social, inspirado por la Revolución Cubana (1959) y el movimiento anticolonialista mundial, que confluyeron en el nivel nacional en los movimientos de 1968 y 1971. A la represión gubernamental de ambos siguió en el nivel local el asesinato del líder del Frente Sindical Independiente, Efraín Calderón Lara, en febrero de 1974, suceso que motivó que la ECA entrara en ese año a una huelga de dos meses de duración.

*La instauración, las transformaciones
y el abandono del marxismo (1974-1988)*

A pesar de que formalmente el plan de estudios no se modificó sino hasta 1977 (con un nuevo ajuste en 1978), la orientación dominante que se siguió desde 1974 fue el marxismo. Por lo tanto, desde mediados de la década de los setentas, diversos estudiantes que ya habían iniciado sus estudios con el plan anterior volvieron a cursar asignaturas acordes con la nueva orientación, inspirada en el plan de estudios de antropología social de la ENAH en la Ciudad de México. En el nuevo plan se incorporaron asignaturas clave como “Materialismo y Lógica Dialéctica”, “Materialismo Histórico I” y “Materialismo Histórico II”.

Uno de los principales problemas de la ECA seguía siendo la falta de un profesorado propio.¹⁵ Por ello, a menudo se recurría a la Escuela de Economía de la Universidad de Yucatán, al recién creado (1973) Centro Regional Yucatán del Instituto Nacional de Antropología e Historia, a la Escuela de Antropología de la UV y a la ENAH. De particular importancia fueron los convenios establecidos en 1976 con el entonces Centro de Investigaciones Superiores del INAH ([CISINAH], hoy

¹⁴ Para las relaciones de Barrera Vásquez con antropólogos extranjeros puede verse el testimonio de H. Konrad (1985).

¹⁵ Hasta 1977, la ECA contaba solamente con 17 profesores por horas y ninguno de medio tiempo o tiempo completo (Ramos 1982: 93-4). Según H. Ventura (2003: 67), para el curso escolar 1978-1979 ya contaba con tres profesores de tiempo completo, uno de medio tiempo y 16 por horas.

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social [CIESAS]) y con el Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAMI), por medio de los cuales durante un buen número de años diversos profesores e investigadores de dichas instituciones impartieron regular o repetidamente seminarios intensivos; además, varios estudiantes yucatecos pudieron incorporarse en proyectos de investigación desarrollados en estas dos instituciones, y algunos de ellos llegaron a realizar de esta manera su tesis de licenciatura.¹⁶

A diferencia de la etapa anterior, parte considerable de los docentes no había tenido formación en alguna de las ciencias antropológicas, y muchos de los profesores visitantes provenientes de otras instituciones (sobre todo de las primeras cuatro mencionadas) usaban el marxismo como modelo básico para la explicación de la realidad social. En este contexto eran constantes las acusaciones que se le hacían a la antropología como ciencia asociada al colonialismo o al desarrollo del estado capitalista mexicano. En contraparte, se abogaba por una "antropología crítica" o "antropología comprometida" con la situación de las clases explotadas. Así, se definió frecuentemente como objetivo de la antropología social la construcción de un conocimiento crítico y emancipatorio comprometido con dichos sectores sociales.

Es congruente con lo anterior que la revisión de las tesis de licenciatura presentadas entre 1977¹⁷ y 1988 en la Escuela de Antropología permite apreciar que su orientación teórica dominante era el marxismo y que el segmento social más estudiado era el campesinado. De un total de 69 tesis presentadas en el lapso señalado, 31 se declaraban explícitamente orientadas por el marxismo; otras 16 usaban de manera frecuente conceptos provenientes del materialismo histórico, tales como "fuerzas productivas", "formación socioeconómica", "relaciones estructurales", "ideología", "capital" y "teoría del valor". Sólo siete tesis se declaraban inspiradas en otras corrientes teóricas (el funcional-estructuralismo británico, el culturalismo norteamericano y la teoría de los centros rectores, de Gonzalo Aguirre Beltrán); otras cinco se interesaron principalmente por el tema de etnicidad y relaciones interétnicas (algunas con cierta orientación marxista), y diez se consideraban básicamente "descriptivas".

En cuanto a temáticas y segmentos poblacionales, de las 69 tesis, 18 versaban sobre la situación económica del campesinado, cinco sobre

¹⁶ Sobre los convenios establecidos entre la FCA y otras instituciones, véase Fernández (1999).

¹⁷ Antes de 1977 no se había presentado ninguna tesis.

industrias, seis sobre educación, cinco sobre problemas urbanos, cinco más sobre medicina tradicional, otras cinco sobre relaciones interétnicas (tanto entre mestizos y mayas como entre mestizos, mayas y libaneses), cinco sobre organizaciones y procesos políticos “formales” (partidos políticos, procesos electorales, etc.); el resto –20 tesis– abarcó temáticas varias (problemas demográficos, trabajo doméstico, aspectos culturales de alguna población, entre otras).¹⁸

Con respecto al campesinado, interesaba principalmente analizar su composición de clase y sus características estructurales. De modo semejante, en el tema de la industria predominaba el análisis de las relaciones de clase, así como las condiciones de trabajo. En cuanto al tema de educación, varias de las tesis estaban inspiradas por la pedagogía crítica de Paulo Freire, por lo que hacían notar la relación entre educación y dominación, así como las posibilidades de una pedagogía que respondiera a las problemáticas de la población local. En cuanto a los problemas urbanos, los aspectos más trabajados fueron los relacionados con los emigrantes provenientes del campo, que se incorporaban a la ciudad como población “marginada”, así como los movimientos sociales urbanos. En estas tesis también se siente una cierta expectativa con respecto a la emancipación de la población estudiada a través de la conformación de movimientos sociales. Sólo en el tema de medicina tradicional no se hacía notar el marxismo, sino más bien interesaban aspectos culturales, concepciones, creencias y prácticas asociadas a la salud y enfermedad.

En términos generales puede decirse que predominaba un marxismo de tipo economicista, marcado por el énfasis en los aspectos estructurales, mientras que los referentes a la esfera superestructural eran más bien dejados de lado. De este modo, se entiende que había más relación con elementos teóricos y metodológicos de la economía y la sociología, que con los de las demás disciplinas antropológicas.

Esta situación cambió a inicios de los ochentas, lo cual se debió a varios motivos. Por una parte, la lectura ampliamente difundida de la obra de Antonio Gramsci y la influencia de antropólogos inspirados en dicho autor acercaron la antropología marxista a diversas facetas de las entonces llamadas “culturas populares”,¹⁹ con lo cual se empezó

¹⁸ Cabe señalar que de las 69 tesis de la Especialidad de Antropología Social presentadas entre 1977 y 1988, 12 eran más bien de historia y otras dos asumían una orientación fuertemente histórica (combinada con información recabada por medio de trabajo de campo). Esta situación fue cambiando conforme fueron titulándose los egresados de la Especialidad en Historia, creada en 1980.

¹⁹ Con respecto a la emergencia de la cultura popular como temática central durante un buen tiempo en la antropología mexicana, véase Krotz (2003). Puede verse también el estudio de K. Crehan (2002) sobre la influencia de la obra de Gramsci en la antropología y su concepto de cultura.

a abandonar la limitación a la esfera socioeconómica y a incursionar en una diversidad temática creciente.²⁰ Contribuyó a este cambio –que puede entenderse como una fase de transición entre la segunda y la tercera etapa aquí establecidas– que algunos egresados de la FCA comenzaron a realizar estudios de posgrado en diferentes instituciones del país, entre ellas, la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca (UABJO), la ENAH y El Colegio de México (Colmex),²¹ en las que se analizaban, precisamente desde la perspectiva del marxismo gramsciano, la vida obrera, la cultura de los pobladores urbanos periféricos así como formas religiosas diferentes de la hegemónica. Varios de estos estudiantes regresaron a inicios o mediados de la década de los ochentas como docentes a la FCA y continuaron trabajando allí sobre temas de cultura obrera y religión popular, entre otros.²² Fue justo en esta etapa de transición, a mediados de los ochentas, que se inició en la FCA la conformación de una planta de docentes propia y que se desarrollaron los primeros proyectos de investigación antropológicos propios en la institución.²³

En 1988, la planta de profesores para la Especialidad en Antropología Social estaba compuesta por seis licenciadas y licenciados en ciencias antropológicas egresada/os de la FCA-UADY (dos de ellos con grados de maestría en antropología social obtenidos en dos instituciones de la Ciudad de México), dos licenciados en economía (egresados de la Facultad de Economía de la UADY) y una antropóloga social egresada de la ENAH. Tres de ellos tenían tiempo completo (FCA 1988: 53).²⁴

²⁰ Acaso esta situación no sea tan apreciable en las tesis presentadas en el periodo señalado, pero los testimonios de diversa/os profesora/es que trabajaban en la FCA durante esa época indican que uno de los principales temas de interés era “los marcadores que diferenciaban a una cultura de otra, las discusiones sobre Gramsci y los posmarxistas” (en palabras de Genny Negroe; apreciaciones similares se encuentran en entrevistas hechas por R. Llanes a mediados de 2007 a Luis Vázquez, Cecilia Lara y Francisco Fernández).

²¹ La UABJO ofreció en esos años un Programa de Posgrado en Sociología y Desarrollo Regional de una sola generación, patrocinado por el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, donde quienes estudiaron dicha maestría se encontraron con una “visión heterodoxa del marxismo”. A su vez, en la Maestría en Antropología Social de la ENAH se conformó desde sus inicios un “taller sobre cultura e ideología” (Krotz 1994: 74-75). Por su parte, un egresado que estudió su posgrado en El Colegio de México comentó su asistencia, en 1984, a “eventos académicos sobre cultura obrera y Antonio Gramsci, celebrados en la Ciudad de México (Vázquez 1991: 19).

²² Ver como ejemplos los trabajos de F. Fernández (1988) sobre religiosidad popular, o los de L. Vázquez sobre religión popular y cultura obrera (1989; 1991).

²³ Una de las primeras investigaciones desarrolladas por profesores de tiempo completo de la FCA fue el proyecto sobre la colonia recientemente conurbada Chuburná de Hidalgo. Al respecto, véase el número monográfico del *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán* (v. 16, n. 101).

²⁴ Esta planta era completada por diversos docentes e investigadores de diversas dependencias de la UADY y de otras instituciones, quienes regularmente o con frecuencia impartían clases en el programa de licenciatura –no pueden tratarse aquí las repercusiones de los diferentes programas de posgrado, el primero de los cuales (especialidad en etnohistoria) se estableció en 1986.

Neoculturalismo (enfoques simbólico-culturales, 1988-actualidad)

A pesar de que en el nuevo plan de estudios de 1988 (que sustituyó al de 1978) continuaban en el tronco común las asignaturas de corte marxista, es evidente la redefinición general de su orientación teórica y metodológica (FCA 2004, Ventura 2003: 81). Para la Especialidad en Antropología Social, la asignatura de “Teoría Etnológica” se dividió en tres (“Teoría Etnológica I”, “Teoría Etnológica II” y “Teoría Etnológica III”), lo que indica que el marxismo ya no se consideraba la corriente dominante. Además, tras la caída del Muro de Berlín y la posterior desintegración del bloque soviético, el marxismo perdió la fuerza y atracción que había tenido durante las dos décadas anteriores, lo que también provocó cierta despolitización del ámbito universitario (Ventura 2003: 92).

Como se indicó arriba, la noción de “cultura popular” fue el camino hacia una diversificación temática, en la que los aspectos superestructurales comenzaron a adquirir mayor interés, y que implicó la atención a sectores sociales antes no considerados. Paulatinamente, la influencia de Gramsci disminuyó durante los noventa, pero siguió la diversificación de temas y de segmentos sociales bajo estudio y de las orientaciones teóricas bajo las cuales éstos eran abordados.

Fue así que lo que en los años ochentas se denominaba la superestructura se convirtió en la década de los noventa en universos simbólicos.²⁵ Especialmente un determinado tema se convirtió entonces en hegemónico en las investigaciones de los profesores: la *identidad*, en particular sus aspectos simbólico-culturales.²⁶ Un reciente conteo de las temáticas más tratadas en la revista editada por la FCA, *Temas Antropológicos* en el lapso 1999-2009 ubica la identidad como el tema más tratado (Vallado 2009: 162).²⁷

Así, desde la década de los noventa se puede ver, en los resultados de investigación publicados de profesora/es y las tesis de licenciatura

²⁵ A esta situación también contribuyó la recepción masiva de la traducción de la famosa obra del antropólogo estadounidense Clifford Geertz (1987) *La interpretación de las culturas*, en la cual explica su concepto semiótico de cultura. En concordancia con esto, se puede observar en Yucatán el tránsito de las temáticas de la “cultura obrera” y la “religión popular” a la de la “identidad” de los trabajadores y a la “identidad religiosa” (por ejemplo en Vázquez 1999; 2003).

²⁶ Véase, por ejemplo, Ayora Díaz y Vargas Cetina (2005), Guzmán Medina (2005), Lara Cebada (1996), Negroe Sierra (1990). Otras temáticas frecuentemente abordadas por los profesores y estudiantes de la FCA, como las fiestas y los mitos, eran estudiadas desde sus aspectos simbólicos y su relación con la formación de identidades; véase, por ejemplo, Evia Cervantes (2007), Fernández (1995) y Reyes Domínguez (2003).

²⁷ De acuerdo con el inventario citado, las temáticas más estudiadas fueron “identidad”, con nueve artículos; “antropología ritual”, con cuatro; “antropología urbana”, con cuatro; “educación”, con cuatro, y “estudios de género”, con tres (Vallado 2009: 162).

de la/os estudiantes, la fuerte presencia de una concepción antropológica que puede ser calificada como “neocultural”; tiene como eje central el concepto de cultura, pero no en el sentido que le había otorgado la antropología cultural temprana, ni tampoco en el sentido de “cultura popular” caracterizada en el apartado anterior, sino orientado por la mencionada perspectiva semiótica de Clifford Geertz. Además, destaca la atención al papel de los actores sociales, los cuales son vistos como “activos” en la producción y reproducción de significados culturales. En consecuencia, se constata con frecuencia que fenómenos sociales como la urbanización, la migración y la globalización no hacen desaparecer las formas culturales locales –como, según una opinión repetidamente expresada en la FCA, antes se solía afirmar–, sino que dichas formas son refuncionalizadas y resignificadas.

En este contexto se inició en 1996 un nuevo proceso de actualización del plan de estudios, que finalmente entró en vigor en el año 2000. En él desaparecieron las asignaturas de economía política y los materialismos histórico y dialéctico, quedando sólo la asignatura “Marxismo” como una de las seis corrientes antropológicas (además de “Evolucionismo”, “Culturalismo”, “Estructuralismo-Funcionalismo”, “Estructuralismo Francés”, “Neoevolucionismo”). En cambio, se incluyeron materias nuevas tales como “Antropología Simbólica”, “Perspectivas Antropológicas Recientes” y “Antropología y Globalización”. Con excepción del tronco común –que fue eliminado en 2006– y otras modificaciones administrativas menores, éste es el plan de estudios que existe en la actualidad.²⁸

Los cambios en cuanto a concepciones antropológicas, mencionados arriba, pueden entenderse a la luz de los cambios de la composición de la planta de profesores de la Especialidad en Antropología Social (Licenciatura en Antropología Social desde 2004). Por un lado, ya no hay economistas entre ellos, sino que todos cuentan al menos con un grado académico en antropología y, por el otro, todos cuentan con posgrado. A mediados de 2009, los profesores de tiempo completo adscritos a la Licenciatura eran nueve, de los cuales cinco cuentan con grado de doctor (cuatro de ellos en antropología, uno en sociología) y los cuatro restantes tienen el grado de maestría y están inscritos en un programa de doctorado.²⁹

²⁸ Ver <http://www.antropologia.uady.mx/programas/ant_mapatipo.php>.

²⁹ También imparten de manera regular o frecuente asignaturas otras/os antropólogas/os adscritas/os a otras licenciaturas de la FCA o a otra dependencia de la UADY (la Unidad de Ciencias Sociales del Centro de Investigaciones Regionales “Dr. Hideyo Noguchi”).

En cuanto a la organización del profesorado, ha sido marcada cada vez más por las políticas federales en materia de educación superior y de investigación científica, especialmente las provenientes de la Secretaría de Educación Pública (SEP). Así, se han conformado dos “cuerpos académicos”. Uno se llama “Estudios socioculturales” (con la “línea de generación y aplicación innovadora del conocimiento”,³⁰ *Globalización, cultura y etnias*)³¹ y el otro “Estudios sobre prácticas y representaciones culturales” (que está llevando a cabo el seminario *Prácticas y representaciones culturales*).³²

En muchos aspectos de la docencia y la investigación llevadas a cabo en la FCA y en las conversaciones cotidianas es patente la fuerte incidencia de formas de organización y de otras medidas impuestas por el gobierno federal –de modo particular, de sus mecanismos llamados “de evaluación”, relacionados directamente con el salario de los académicos y/o con la disponibilidad de recursos para sus proyectos, programas y para la Facultad como tal–. Como en otras instituciones de formación de antropólogos, se observa que, cada vez más, la organización de la investigación y la selección de temáticas de estudio se llevan a cabo, al igual que aspectos importantes de la docencia, a partir de las cambiantes normas emitidas por las dependencias federales y por instancias administrativas de todos los niveles. Sin embargo, no se cuenta aún con un análisis general y detallado de los efectos de esta situación para la generación del conocimiento antropológico y para la formación de los estudiantes de grado y de posgrado en las diferentes disciplinas antropológicas.³³

Consideraciones finales sobre el esquema de periodización

En la construcción aquí presentada de tres etapas de la historia de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la UADY, a modo de tres tipos sucesivos de situaciones, se ha utilizado una combinación de dos

³⁰ Sobre las características de los llamados “cuerpos académicos” y sus líneas, informa sucintamente la sección “Preguntas más Frecuentes sobre Cuerpos Académicos” del Programa del Mejoramiento del Profesorado (Promep) de la SEP (ver: <<http://promep.sep.gob.mx/preguntasca.html#CA>>).

³¹ Sobre las características de esta línea, véase FCA (2004: 25).

³² En el marco del citado seminario se está preparando el libro colectivo *Representaciones y etnografía: imágenes e imaginación de lo yucateco*; véase: <<http://sites.google.com/site/representaciones culturales/>>.

³³ Consideraciones generales al respecto se hallan en Krotz 2007.

elementos: la *concepción general de la antropología* hegemónica en un lapso de tiempo dado y los *segmentos poblacionales principales bajo estudio* durante dicho lapso.

Se escogió esta combinación porque se considera que la opción de cierta concepción de la antropología como instrumento para la producción de conocimiento científico, o sea, de conocimiento sistemático basado en la realidad empírica observable, impulsa de algún modo una determinada “visibilización” de esta realidad; es decir, opera como una especie de filtro con respecto a la realidad sociocultural bajo estudio. Aunque no se quiso utilizar aquí el paradigma kuhniano para la construcción de las etapas históricas de la antropología social en la FCA, sí se puede aprender algo de esta idea, en particular lo señalado sobre las preguntas que permiten o sugieren un paradigma (Kuhn 2004: 80 y ss.), que impulsan o inducen a ver y/o tal vez oscurecen u ocultan determinadas facetas o dimensiones de la realidad que en otros abordajes se harían presentes de otra manera.

En el caso estudiado, se puede apreciar una *cierta correspondencia entre tres tipos de concepción de la antropología y tres centrismos en cuanto a la población estudiada*.

En cuanto a las *etapas* tenemos a modo de resumen:

- a) antropología integral (cuatro campos, sin ponderación teórica de su importancia relativa);
- b) antropología marxista (centrada fuertemente en la esfera socioeconómica y los aspectos estructurales);
- c) antropología neoculturalista (interesada ante todo en aspectos superestructurales y las autopercepciones de los actores sociales).

A estas tres etapas corresponden los principales *segmentos poblacionales* estudiados:

- a) la población maya como la población “otra” (y, en menor medida, las relaciones entre ella y la población no maya);
- b) la población rural (ante todo campesina, bajo la cual es subsumida la población maya, a la cual no se examina en cuanto a su otredad, sino en cuanto a que es parte de la estructura social nacional);
- c) diversos sectores de la población regional tomados a modo de piezas de mosaico (excluyendo casi por completo los estratos dominantes y la población maya).

A estas tres etapas corresponden, a su vez, tres composiciones características de los *generadores del conocimiento antropológico* especializado, cuyo número, preparación formal y complejidad organizativa aumentan de etapa a etapa. Dichas composiciones características son las siguientes:

- una “comunidad científica” centrada fuertemente en y dependiente de una sola persona, que se entiende, a pesar de sus largas estancias en el extranjero y su participación en diversas redes académicas y profesionales internacionales, como parte de un contexto local-regional, para cuyo estudio científico quiere utilizar y consolidar la antropología (que es la antropología norteamericana entonces dominante en México);
- una “comunidad científica” compuesta por las dos generaciones siguientes, que busca el cambio generacional y que se encuentra bajo la fuerte influencia de las corrientes hegemónicas de la antropología generada en la capital del país;
- una “comunidad científica” más amplia y heterogénea en cuanto a origen y formación, que se encuentra bajo la influencia indirecta (a través de corrientes antropológicas desarrolladas en la capital del país) y directa (a través de la vinculación con corrientes antropológicas desarrolladas en países “norteños”)³⁴ de la corriente antropológica hegemónica a nivel internacional.

Evidentemente, el esquema aquí desarrollado tiene todavía un carácter hipotético, y su valor es ante todo heurístico. Para su posterior elaboración y para su comprobación deben considerarse, entre otros elementos, los siguientes:

- el peso específico de “normalización” de las relaciones laborales establecidas en la Universidad y la normatividad formal e informal concomitante, tanto para el ejercicio de la profesión académica como para la organización de las actividades docentes;
- las influencias provenientes de los lugares de estudio de posgrado de los profesores y la relevancia de las mismas para las sucesivas modificaciones recientes de los planes de estudio a nivel licenciatura y maestría;

³⁴ Para la diferencia entre las antropologías del Norte y del Sur y la caracterización de estas últimas, véase Krotz (2008).

- las relaciones de la “comunidad científica” de la Facultad con otros núcleos de científicos sociales en la misma localidad (lo cual incluye también la relación entre los diferentes programas de estudio en la misma FCA).

Una de las varias preguntas abiertas, que pueden servir también para la comparación con las historias de instituciones antropológicas en otras partes del país, es la que se refiere al papel del entorno concreto con respecto a la selección de los fenómenos socioculturales abordados en investigaciones, tesis, publicaciones y asignaturas. En este sentido, para el caso de Yucatán es ciertamente interesante la relación entre la circunscripción sociogeográfica eminentemente regional y hasta estatal, por una parte, y la paulatina eliminación de la población maya como objeto de la generación de conocimiento antropológico, por la otra.

Bibliografía citada:

- AGUIRRE BELTRÁN, GONZALO, 1990. “Derrumbe de paradigmas”. En: *México Indígena*, n. 9, pp. 5-16.
- AYORA DÍAZ, IGOR Y GABRIELA VARGAS CETINA, 2005. “Romantic moods: food, beer, music and the Yucatecan soul”. En: Thomas Wilson, ed., *Drinking cultures*, pp. 155-178. Oxford: Berg.
- BARNARD, ALAN, 2000. *History and theory in anthropology*. Cambridge: Cambridge University.
- BARNES, BARRY, 1986. *T. S. Kuhn y las ciencias sociales*. México: FCE.
- BARRERA RUBIO, ALFREDO, 1988. “Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán”. En: Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez, coords., *La antropología en México: panorama histórico*. V. 7: *Las instituciones*, pp. 357-370. México: INAH.
- BARRERA VÁSQUEZ, ALFREDO, 1980-1981. *Estudios lingüísticos: obras completas (ts. I y II)*. Mérida: FCE.
- BRIZUELA, ABSALÓN Y GLADYS CASIMIR, 2003. *Facultad de Antropología: materiales para su historia*. Xalapa: UV.
- CASAS GUERRERO, ROSALBA, 1980. “La idea de comunidad científica: su significado teórico y su contenido ideológico”. En: *Revista Mexicana de Sociología*, v. 42, n. 3, pp. 1217-1230.
- COMAS, JUAN, 1976. *La antropología social aplicada en México: trayectoria y antología*. México: III (Serie Antropología Social, 16).
- CREHAN, KATE, 2002. *Gramsci, culture and anthropology*. Berkeley: University of California.

- EVIA CERVANTES, CARLOS, 2007. *El mito de la serpiente Tsukán*. Mérida: FCA-UADY.
- FACULTAD DE CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS, 1988. *Propuesta de reestructuración del Plan de Estudios de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas*. Mérida: FCA-UADY.
- _____, 2004. *Propuesta de modificación del Plan de Estudios de la Licenciatura en Antropología Social*. Mérida: FCA-UADY.
- FERNÁNDEZ, FRANCISCO, 1988. *Resistencia cultural y religiosidad popular: los gremios en Chuburná de Hidalgo, Mérida, Yucatán*. Oaxaca: UABJO (tesis de maestría).
- _____, 1995. "Celebrar a los santos: sistemas de fiestas en el Noroccidente de Yucatán". En: *Alteridades*, año 5, n. 9, pp. 51-61.
- _____, 1999. "Experiencias pasadas y presentes: la Facultad de Ciencias Antropológicas (UADY) y las escuelas de antropología". En: Eyra Cárdenas Barahona, coord., *Memoria: 60 años de la ENAH*, pp. 125-129. México: ENAH.
- GEERTZ, CLIFFORD, 1987. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, AURORA, 2003. *Crítica de la singularidad cultural*. Barcelona: Anthropos.
- GUZMÁN MEDINA, VIOLETA, 2005. *Una nueva mirada hacia los mayas de Yucatán: identidad, cultura y poder*. Mérida: UADY.
- HAGSTROM, WARREN O., 1964. "Anomy in scientific communities". En: *Social Problems*, v. 12, n. 2, pp. 186-195.
- HEWITT, CINTHIA, 1988. *Imágenes del campo: la interpretación antropológica del México rural*. México: Colmex.
- KONRAD, HERMAN, 1985. "Alfredo Barrera Vásquez: sus relaciones con la comunidad académica internacional". En: *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, v. 13, n. 75, pp. 18-28.
- KROTZ, ESTEBAN, 1982. "Lo que el viento se lleva: consideraciones sobre el actual proceso de producción y difusión del conocimiento antropológico en México". En: *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán*, v. 9, n. 53, pp. 3-12.
- _____, 1987. "Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica". En: Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico. V. 1: Los hechos y los dichos (1521-1880)*, pp. 113-138. México: INAH.
- _____, 1994. "Cultura e ideología: un campo temático en expansión durante los ochenta". En: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, v. 5, n. 15, pp. 59-80.
- _____, 2003. "El estudio de la cultura en la antropología mexicana reciente: una visión panorámica". En: José Manuel Valenzuela Arce, coord., *Los estudios culturales en México*, pp. 80-115. México: FCE.

- _____, 2007. "Los instrumentos estatales de 'evaluación': ¿elementos configurativos de la antropología mexicana?". En: Carmen Morales Valderrama, María del Carmen Lechuga García, Laura Adriana Castañeda Cerecero y María Irma López Razgado, coords., *El Instituto Nacional de Antropología e Historia frente al siglo XXI: memoria del IV Congreso de Investigadores del INAH, t. I*, pp. 421-435. México: INAH/Delegación de Profesores e Investigadores D-II-A-IA-1.
- _____, 2008. "Antropologías segundas: enfoques para su definición y estudio". En: Eduardo Zárate Hernández, ed., *Presencia de José Lameiras en la antropología mexicana*, pp. 41-52. Zamora: Colmich.
- KROTZ, ESTEBAN, COMP., 1992. *El concepto "crisis" en la historiografía de las ciencias antropológicas*. Guadalajara: UdG.
- KUHN, THOMAS S., 1974. "Reflections on my critics". En: Imre Lakatos y Alan Musgrave, eds., *Criticism and the growth of knowledge*, pp. 231-278. Cambridge: Cambridge University (reimpr. con corr.).
- _____, 2004. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- LAMEIRAS, JOSÉ, 1979. "La antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo". En: Varios Autores, *Ciencias sociales en México: desarrollo y perspectiva*, pp. 107-180. México: Colmex.
- LLANES SALAZAR, RODRIGO, 2009. *Concepciones antropológicas de la antropología social de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán*. Mérida: UADY (tesis de Licenciatura en Antropología).
- LARA CEBADA, CECILIA, ED., 1996. *Identidades sociales en Yucatán*. Mérida: UADY.
- MEDINA, ANDRÉS, 1995. "Los paradigmas de la antropología mexicana". En: *Nueva Antropología*, n. 48, pp. 19-37.
- _____, 1996. *Recuentos y figuraciones: ensayos de antropología mexicana*. México: UNAM.
- NEGRO SIERRA, GENNY, 1990. "Identidad social en Chuburná". En: *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas*, v. 16, n. 101, pp. 5-19.
- PALERM, ÁNGEL, 1974. *Historia de la etnología: los precursores*. México: SEP/INAH.
- PÉREZ RANSANZ, ANA ROSA, 1999. *Kuhn y el cambio científico*. México: FCE.
- RAMOS GONZÁLEZ DE CASTILLA, MARÍA DE LA ASUNCIÓN, 1982. *La formación de antropólogos en Yucatán*. Mérida: UADY (tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas).
- REYES DOMÍNGUEZ, GUADALUPE, 2003. *Carnaval en Mérida: fiesta, espectáculo y ritual*. México/Mérida: INAH/UADY.
- RUTSCH, MECHTHILD, 2007. *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. México: INAH/UNAM.
- SILVERMAN, SYDEL, 2005. "The boasians and the invention of cultural anthropology". En: Frederik Barth y otros, *One discipline, four ways: British,*

- German, French, and American anthropology*, pp. 257-274. Chicago: University of Chicago.
- VALLADO, IVÁN, 2009. "Índice general de "Temas Antropológicos"". En: *Temas Antropológicos*, v. 31, n. 1, pp. 145-164.
- VÁRGUEZ, LUIS, 1989. "Religión popular en Yucatán". En: *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, n. 168, pp. 88-96.
- , 1991. *Cultura obrera entre los cordeleros de Yucatán*. Mérida: CIR-UADY.
- , 1999. *Identidad, henequén y trabajo: los desfibradores de Yucatán*. México: Colmex.
- , 2003. *La construcción de una metaidentidad: manifestaciones religiosas en la parroquia 'Cristo Rey' de Mérida, Yucatán* (documento inédito).
- VÁZQUEZ LEÓN, LUIS, 1987. "La historiografía antropológica contemporánea en México". En: Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico. V. 1: Los hechos y los dichos (1521-1880)*, pp. 139-212. México: INAH.
- , 2002. "Quo vadis antropología socialis?". En: Guillermo de la Peña y Luis Vázquez, eds., *La antropología sociocultural en el México del milenio: búsquedas, encuentros y transiciones*, pp. 51-104. México: FCE/INI/CNCA.
- , 2003. *El Leviatán arqueológico: antropología de una tradición científica*. México: CIESAS/Porrúa.
- VENTURA, HIRAM, 2003. *Una visión acerca de la formación y el quehacer profesional del antropólogo social en Yucatán*. Mérida: UADY (tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas).
- ZAVALA, SILVIO Y OTROS, 1986. *Dr. Alfredo Barrera Vásquez: facetas en la vida de un sabio*. Mérida: Maldonado.

Esteban Krotz
Unidad de Ciencias Sociales-
Centro de Investigaciones Regionales-UADY
Rodrigo Llanes Salazar
Programa de Licenciatura en Antropología Social-UADY

DOSSIER:

A VEINTE AÑOS DE *LA ANTROPOLOGÍA
EN MÉXICO: PANORAMA HISTÓRICO*

*La antropología en México:
veinte años después*

A manera de presentación

La antropología en México es una obra de 15 volúmenes¹ que fue concebida, gestada y coordinada por Carlos García Mora hace 20 años.² Esta obra nos muestra el legado que la antropología realizada en México ha ofrecido al conocimiento de la historia y del mosaico cultural de la

¹ Contenido final: **García Mora, Carlos, coord.**, 1987. V. 1: *Los hechos y los dichos (1521-1880)*. México: INAH; **García Mora, Carlos, coord.**, 1988. V. 2: *Los hechos y los dichos (1880-1986)*. México: INAH; **García Mora, Carlos, coord.**, 1988. V. 3: *Las cuestiones medulares: antropología física, lingüística, arqueología y etnohistoria* (estudio preliminar de Enrique Florescano Mayer). México: INAH; **García Mora, Carlos y Martín Villalobos Salgado, coords.**, 1988. V. 4: *Las cuestiones medulares: etnología y antropología social*. México: INAH; **García Mora, Carlos y María de la Luz del Valle Barrocal, coords.**, 1988. V. 5: *Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera*. México: INAH; **García Mora, Carlos y María de la Luz del Valle Barrocal, coords.**, 1988. V. 6: *El desarrollo técnico*. México: INAH; **García Mora, Carlos y Mercedes Mejía Sánchez, coords.**, 1988. V. 7: *Las instituciones*. México: INAH; **García Mora, Carlos y Mercedes Mejía Sánchez, coords.**, 1988. V. 8: *Las organizaciones y las revistas*. México: INAH; **García Mora, Carlos y Lina Odena Güemes, coords.**, 1988. V. 9: *Los protagonistas: Acosta-Dávila*. México: INAH; **García Mora, Carlos y Lina Odena Güemes, coords.**, 1988. V. 10: *Los protagonistas: Díaz-Murillo*. México: INAH; **García Mora, Carlos y Lina Odena Güemes, coords.**, 1988. V. 11: *Los protagonistas: Nájera-Yuchenco*. México: INAH; **García Mora, Carlos y Martín Villalobos Salgado, coords.**, 1988. V. 12: *La antropología en el Norte de México*. México: INAH; **García Mora, Carlos y Mercedes Mejía Sánchez, coords.**, 1988. V. 13: *La antropología en el Occidente, en el Bajío, la Huasteca y en el Oriente de México*. México: INAH; **García Mora, Carlos, coord.**, 1988. V. 14: *La antropología en el Centro de México*. México: INAH; **García Mora, Carlos y Martín Villalobos Salgado, coords.**, 1988. V. 15: *La antropología en el Sur de México*. México: INAH.

² García Mora, investigador del Departamento de Etnohistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), se entregó en cuerpo y alma a emprender una aventura que llevó a cabo con gran disciplina y talento. Tuvo el apoyo total de Enrique Florescano, historiador y director del INAH en ese momento. Este proyecto se convirtió en prioritario para la institución.

sociedad mexicana. Es también una mirada a la complejidad, magnitud y heterodoxia del quehacer académico y aplicado de la antropología y sus cinco subdisciplinas.

Carlos García Mora propone *La antropología en México* a fines de 1983. Un año después se conforma el grupo que elabora los volúmenes uno y dos y el resto se comienza a estructurar en 1985. El primer volumen se publica en 1987 y los otros 14 en 1988. La velocidad con la que tuvo que culminar este proyecto respondía a una tradición política que sigue vigente hasta la actualidad: tenía que salir antes del cambio de sexenio. Cabe recordar que a fines de 1988 se terminaba el periodo presidencial de Miguel de la Madrid y entraba a gobernar el país Carlos Salinas de Gortari.

Antes de comenzar con el recorrido, habría que presentar el alcance cuantitativo de su contenido: 484 capítulos y 344 colaboradores en la era preinformática definen la monumental obra. La comunidad antropológica fue muy entusiasta en su participación, logrando articular una red en toda la República Mexicana, aunque básicamente concentrada en la capital del país. La manera en que fue estructurada, dentro de un orden temático, disciplinario, técnico, institucional, biográfico, regional, peca a veces de redundancia. No obstante, da oportunidad de penetrar en la producción antropológica por múltiples compuertas.

Desafortunadamente también hay lagunas. Entre otras tantas ausencias, falta un capítulo sobre los estudios de antropología social en Chiapas. Esto es reflejo de la premura con la que tuvo que publicarse. Ojalá que la reflexión que ahora suscita esta obra despierte el interés de la comunidad antropológica para proponer la pertinencia de repetir este ejercicio a partir de los alcances y ausencias contenidos en los 15 volúmenes. En cada uno de los capítulos encontramos una riqueza que vale la pena redescubrir en un México como el actual, que ya no tiene como prioridad la construcción de una identidad nacional y/o la crítica al *statu quo*, sino el posicionamiento en un mundo trastocado por las redes globales de comercio y gobernado por un estado neoliberal.

El recorrido por los 15 volúmenes incita a plantear preguntas sobre los intereses investigativos en los diversos contextos histórico-espaciales aquí expuestos, así como de los cambios y continuidades en la aproximación disciplinaria de la realidad social. Se pueden constatar las reacciones de la comunidad antropológica, los retos y las oportunidades que se fueron desarrollando en el camino.

A mi juicio los dos primeros capítulos de la *Historia de la antropología*, escritos por Esteban Krotz y Luis Vázquez, son medulares para el propósito general de esta obra, pues engloban desde una perspectiva

epistemológica y de su historicidad la evolución científica de la antropología mexicana. Reflexionan sobre el alcance teórico y metodológico de esta última para ofrecer explicaciones universales de fenómenos sociales. Destacan la atracción y los condicionamientos de su interlocución con las grandes escuelas de pensamiento y los paradigmas hegemónicos, así como el impulso de propuestas explicativas alternativas. Ambos capítulos se convierten en referentes obligados que orientan o se retroalimentan del cúmulo de información y de reflexiones plasmadas en el resto de la obra. Los capítulos restantes oscilan entre capítulos elaborados con gran maestría, que demuestran el conocimiento profundo de los autores en el tema o en la región que abordan, y un cúmulo de intervenciones cuya riqueza consiste en ofrecernos un inventario de personas, instituciones, temas y una amplia bibliografía.

A lo largo de todos los temas tratados, es a todas luces evidente el acompañamiento de la antropología a los intereses coloniales, o bien a la construcción de los proyectos de nación gestados en diferentes momentos históricos de México, desde el periodo independiente hasta la década de los ochentas del siglo xx, cuando sale a la luz pública esta obra. Los apoyos, restricciones, oportunidades y tensiones que se plasman en diversos capítulos dan cuenta de la influencia que tuvo en su desarrollo, las condiciones del entorno y el respaldo institucional tanto nacional como internacional.

El respaldo institucional a la antropología mexicana

Desde el siglo xx se constata el compromiso del Estado Mexicano por la institucionalización de la antropología. En el volumen VII, cuyo tema central son las instituciones, se presenta la historia de 22 instituciones, nueve escuelas de formación antropológica, 24 museos y cuatro archivos y bibliotecas. Las instituciones abocadas al desarrollo científico estaban fuertemente concentradas en la Ciudad de México. Sin embargo, también se presentan otras instituciones que no están “ancladas” en la capital del país. Por el contrario, muchas de ellas son proyectos federales con representación en los estados o bien surgen de manera regional. Aquí habría que reconocer la importancia a nivel nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) para rescatar, conservar y difundir el patrimonio histórico y cultural del país. Cabe mencionar, que la apertura de museos ha estado en la agenda política desde el siglo xix. Los museos en mayor o menor medida realizan investigación orientada básicamente a la divulgación de la cultura y la

historia de país. Esto nos lleva a una reflexión acerca de lo presentado en prácticamente todos los volúmenes de esta obra, que es el cúmulo de estudios descriptivos con intención utilitaria sobre folclor, tradiciones, registro de gramáticas, así como exploraciones en sitios arqueológicos con arquitectura monumental con fuerte proyección turística.

Otras instituciones, como el Instituto Nacional Indigenista (INI), ahora Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), son instancias de formulación y aplicación de política pública. Se menciona la participación de antropólogos en proyectos de desarrollo como la Comisión del Río Balsas, en 1960, o la Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados (Coplamar), en 1978, entre otros. La aplicación práctica de la antropología siempre ha estado presente, a pesar de las fuertes críticas expresadas por la comunidad académica, sobre todo en los setentas, que consideraban que aportar e incidir en la solución de problemas puntuales por encargo de los gobiernos atentaba en contra del compromiso social que distingue a la antropología, además de sofocar la posibilidad de construir teorías.

Otro asunto que es evidente en toda la obra es la desigualdad de interés investigativo en diversas regiones del país. En el Centro y el Sureste hay un importante desarrollo de instituciones de formación y de resguardo del patrimonio cultural, mientras que el Norte del país mereció una atención marginal y un nulo apoyo del Estado Mexicano por muchas décadas. Por ejemplo, fue hasta 1973 que el INAH abre un centro regional en Sonora. Esto refleja que es la cultura mesoamericana la que interesó a los gobernantes en turno para construir esa identidad nacional.

En varios de los volúmenes se puede constatar la larga tradición de la antropología desarrollada en México con el apoyo de las tres *íes*: interdisciplinario, interinstitucional e internacional. El Norte del país, tan abandonado por el proyecto nacional, pero también el Sur, se convirtió en el laboratorio de muchos equipos de investigación procedentes sobre todo de Estados Unidos y algunos de Europa. Estos vínculos no sólo inyectaron financiamiento a muchos proyectos, sino también conllevaron enfoques, metodología e incluso protagonistas extranjeros que desarrollaron importantes investigaciones en el país, muchas de ellas consideradas clásicas. Este respaldo internacional ha sido "vital" y compensa la reiterada queja, expresada por diversos autores de estos capítulos, de los obstáculos administrativos y la falta de recursos necesarios para desarrollar investigación y preservar el patrimonio cultural.

La formación en las disciplinas antropológicas comienza en 1911 con la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas. Boas y Selser son los primeros directores de la escuela. Ellos fueron representantes de los dos gobiernos – el estadounidense y el prusiano – que apoyaron el surgimiento de esta escuela. Posterior a este arranque, la formación de antropólogos en el país tuvo una evolución muy lenta, pues es hasta mediados de los treinta cuando surge la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), la que por casi 20 años fue la única institución de educación en antropología del país. Posteriormente, en 1957, aparece la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana (UV), e inmediatamente después se crea un programa docente en la Universidad Iberoamericana (UIA), universidad jesuita. En la siguiente década se abre la Escuela de Ciencias Antropológicas en Yucatán, y a partir de ahí la oferta de formación en antropología se multiplica en todo el país. La última, que se presenta en este volumen, es el Colegio de Antropología Social (CAS) de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP).

En el volumen VIII se presenta la historia de 52 publicaciones periódicas que documentan y manifiestan la institucionalidad de la antropología mexicana. Se mezclan revistas académicas con otras de divulgación. Los anales, anuarios, boletines, cuadernos, gacetas y revistas se convierten en una fuente excelente para analizar los cambios en el tiempo de los temas, las metodologías, los debates y los paradigmas que han distinguido a la antropología mexicana.

La historia de estas publicaciones periódicas deja ver que se necesita mucha tenacidad para mantener un órgano de difusión en un país con escasa cultura de lectura y en donde las revistas internacionales parecen ser más atractivas para el público que las nacionales. Estas publicaciones reflejan también, en lo general, una suerte de endogamia en el quehacer antropológico del país: publicamos para nosotros, por nosotros, y sobre temas de interés nacional.³ Es también recurrente, sobre todo en los capítulos referidos al desarrollo de la etnohistoria en el país, la riqueza de manuscritos, códices y microfilmes, que ni siquiera cuentan con un registro sistemático, y muchos otros archivos que están custodiados en bibliotecas de Estados Unidos y Europa.

La proliferación de instituciones y órganos de difusión contrasta con la pobreza de la organización gremial. La primera organización que

³ La centralidad del indigenismo, tema que se tratará a lo largo de este texto, se ve reflejada en el cúmulo de publicaciones que giran alrededor de este tema. Destacan publicaciones como *América Indígena*, *Archivos Nahuas*, *Quetzalcóatl*, *El México Antiguo*, *Estudios de Cultura Maya*, *Estudios de Cultura Náhuatl*, *México Indígena*, *Notas Mesoamericanas*, *Tlalocan* y *Yan*.

se funda es la Sociedad Mexicana de Antropología, en 1927, para agrupar especialistas con una finalidad exclusivamente académica. En 1955 aparece la Asociación Mexicana de Antropólogos Profesionales. El Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales (CEAS) y el Colegio Mexicano de Antropólogos Profesionales surgen de manera paralela a mediados de los setentas. Esto denota la falta de interés por los asuntos de ética profesional y por tener una instancia para dirimir controversias. Si bien estas organizaciones han tenido etapas muy activas, en lo general se enfrentan a una falta de convocatoria.

Esta infraestructura institucional es la que ha dado cabida al despegue, evolución e incluso redefinición de intereses y propósitos de la trayectoria de las antropologías desarrolladas en el país. Como se mencionó anteriormente, estas trayectorias también reflejan diferencias significativas cuando las revisamos a la luz de los últimos cuatro volúmenes de esta obra, dedicados a regionalizar la evolución de la antropología en el país. El importante respaldo institucional del Centro y Sur coincide con su importancia histórica al albergar el origen y formación de Mesoamérica. La Cuenca de México, nodo central en el desarrollo de las altas culturas mesoamericanas, además albergó el poder colonial, la construcción del estado-nación y hoy por hoy, el centro económico y político más importante del país. Mientras que el Norte muestra una reducida producción académica "acaparada" por investigadores extranjeros. También hay estados del país dispersamente estudiados, como Zacatecas o Tabasco, asimismo las fronteras tanto del Norte como del Sur, donde se presenta una producción científica mexicana bastante reducida, por lo menos hasta la década de los ochentas del siglo xx. En ambas fronteras hay una identidad sociocultural y una historia compartida que hasta el momento en que sale a la luz esta obra eran regiones que comenzaban a despertar el interés de algunos antropólogos.

Una lectura cuidadosa de esta obra permite ver la conformación de campos de poder que legitiman o bien subsumen el conocimiento, así como el significado y uso del patrimonio cultural en aras de intereses particulares de los distintos momentos históricos que distinguen el desarrollo de nuestra disciplina. Por ello, el siguiente apartado presenta brevemente los elementos distintivos de los diversos momentos de desarrollo de la antropología en México.

Las etapas distintivas de la antropología mexicana

Los precursores: el periodo colonial

Si bien los autores de diversos capítulos de esta obra coinciden en reconocer que fue hasta fines del siglo XIX donde se ubica el inicio de la cientificidad de la antropología desarrollada en México, el periodo de precursores se puede dividir a su vez en dos etapas: la primera referente a la producción colonial y la segunda a los documentos desarrollados después de 1810. Sobre la primera etapa se registra un sinnúmero de referencias sobre el valor de múltiples testimonios escritos por frailes, viajeros, representantes de la corona y aventureros. Éstas incluyen desde relaciones administrativas de rendición de cuentas a la Corona Española o a la Iglesia católica, hasta registros de la gramática de diversas lenguas indígenas desde el siglo XVI.⁴ O bien cartas, diarios y otros escritos que se convierten en importantes insumos para reconstruir la historia del país. La trascendencia para la antropología de documentos elaborados en un periodo de más de dos siglos es su categoría de fuentes invaluableles de nuestro objeto de estudio.

Los precursores: el nacionalismo poscolonial

En el periodo posterior a la Independencia hubo una necesidad de generar una conciencia mexicanista. Aquí aparecen coleccionistas, pero también abogados, arquitectos, médicos y biólogos que rescataron y custodiaron códices o bien documentaron la riqueza natural y cultural de la joven nación. Se trata de fuentes primarias, la mayoría elaborada por estudiosos de la geografía, la literatura, la medicina, etc. Incluso los así llamados viajeros que provenían de Europa y Estados Unidos, que dejaron escritos importantes sobre las formas de vida “exóticas” del Nuevo Mundo combinados con el registro de recursos naturales.⁵

En este periodo se refleja la necesidad de construir una identidad nacional para poner distancia al control colonial. Prueba de ello es la creación del Museo Nacional Mexicano en 1825, cuando los próceres de la Independencia pusieron la mirada en el origen prehispánico. El

⁴ Por mencionar los más representativos: en el siglo XVI se reconoce la obra de Sahagún y Landa para rescatar el náhuatl y el maya.

⁵ Destacan los registros elaborados por Humboldt y Selser a principios de los siglos XIX y XX, respectivamente, todavía de carácter enciclopédico. Así como los escritos de Lumholtz sobre los tarahumaras, pimas y tepehuanes, que tenían una fuerte connotación racista.

evolucionismo de mediados del siglo XIX marcó la pauta de la orientación interpretativa de lo propio. Persistía el eurocentrismo en el enfoque de los fenómenos socioculturales y el carácter pragmático de corte liberal. En esta época también aparecen escritos con carácter científico, realizados principalmente por extranjeros.

México se convertía en uno de los laboratorios más diversos de las culturas aborígenes del continente americano. Los estudios que se desarrollaron desde la perspectiva del evolucionismo unilineal sirvieron para hacer patente “el primitivismo” de los pueblos originarios. En ese tiempo el indio representaba un problema, era el símbolo de la anti-modernidad, del retraso, de lo arcaico y lo pernicioso. Se comenta que es hasta fines de esta época cuando se comienzan a hacer estudios integrales de los indígenas, tomando en cuenta los aspectos históricos, culturales y lingüísticos, con la finalidad de propiciar su asimilación a la cultura dominante.

Aunque los documentos de este periodo estaban básicamente centrados en los grupos originarios también en esta obra destacan algunos escritos orientados a hacer una apología de la élite política y económica, que estaba encargada de construir un país independiente, y de su papel protagónico sobre el destino mexicano. En los documentos mencionados se puede constatar la tensión entre liberales y conservadores y los matices que esto imprimió en la orientación interpretativa de la realidad social y cultural de ese momento.

Nacionalismo revolucionario

El gran impulso a la antropología mexicana tiene lugar durante la época revolucionaria, siendo Manuel Gamio el gran protagonista. De hecho, una de las grandes polémicas de esta obra es no haber comenzado esta historiografía con Gamio como “ancestro común”, ya que, a diferencia de los escritos de los periodos anteriores, este autor introdujo la rigurosidad científica a la antropología como una rama especial del conocimiento. En este periodo la antropología responde a la preocupación por dar explicación y proponer soluciones a los problemas sociales de la época. En este sentido, el estado comienza a vislumbrar el uso político y práctico del conocimiento antropológico. Hay un peso decisivo de José Vasconcelos en la perspectiva hacia la diversidad cultural de la nación mexicana, aunque no por ello se abandona la propuesta integracionista dominante en esta época.

El interés por la riqueza cultural del país tuvo sus frutos. En diversos capítulos se menciona que durante el periodo posrevolucionario se construye la infraestructura científica de la disciplina, en manos de antropólogos mexicanos, en instituciones mexicanas y con producción en castellano. Como se mencionó con anterioridad, además de la creación de diversos museos, en 1927 se funda la Sociedad Mexicana de Antropología, que agrupa especialistas con una finalidad exclusivamente académica; una década después surge la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Este enfoque nacionalista no se desarrolló aislado del mundo. El Instituto Lingüístico de Verano (ILV) inicia sus operaciones en México en 1935; su principal objetivo era lingüístico-evangelizante, lo que fue muy bien recibido, pues la política indigenista integracionista respaldaba el cambio ideológico y los patrones culturales sustentados en el protestantismo. México siguió atrayendo extranjeros y varios antropólogos realizaron estudios en diferentes regiones del país; cabe mencionar a Boas, Beals, Kroeber, Seler y Redfield, entre otros.

Época de oro

El periodo entre 1940 y 1964 se denomina la época de oro y coincidió con un momento de gran auge económico, denominado "el milagro mexicano", bajo el modelo de sustitución de importaciones en el desarrollo industrial del país y con la rectoría de un estado robusto y centralizador. Comienza con el cardenismo, que dio un fuerte impulso a los estudios y programas de desarrollo para las comunidades indígenas. Los antropólogos participaron en diversas comisiones intersecretariales en zonas indígenas. Por ejemplo, los lingüistas de ese momento generaron materiales didácticos en lenguas indígenas para alfabetizar. Los antropólogos físicos realizaron estudios descriptivos somatológicos para evaluar las condiciones físicas de los pueblos indígenas. En esta época de oro se reitera en múltiples capítulos el potencial de las aplicaciones prácticas de la antropología física en el campo de la nutrición, salud, deporte y ergonomía. Los capítulos donde se hace referencia a las investigaciones interdisciplinarias y profesionalizantes de la antropología física no reflexionan acerca de las tensiones o bien de las empatías epistemológicas en la integración de equipos de investigación con médicos, genetistas, nutriólogos e incluso arqueólogos.

Es también significativo el cúmulo de monografías y archivos fotográficos para documentar los usos y costumbres, altamente centrado en los pueblos indígenas y auspiciado por el estado. La orientación

pragmática de la antropología en su conjunto era totalmente compatible con la ideología nacionalista de ese momento. Otro efecto directo del impulso de la antropología fue su reproducción y multiplicación, dando inicio al desarrollo de investigaciones más especializadas y provocando el desarrollo de las subdisciplinas. En diversos capítulos se destacan importantes investigaciones de arqueología junto con antropología física en sitios monumentales de la región mesoamericana. Estos proyectos fueron auspiciados por el gobierno mexicano pero además recibieron el apoyo de fondos internacionales.

Se menciona la participación de notables antropólogos como Armillas, Weitlaner, Barlow, Covarrubias, Piña Chan, Lorenzo, Kirchhoff, Jiménez Moreno, Comas y Bosch. Es en esta época también cuando hay un fuerte interés por parte de la comunidad científica internacional por estudios prehistóricos. Destacan las investigaciones de las pinturas rupestres y petroglifos en varios estados del Norte del país y también las investigaciones en el Valle de Teotihuacan sobre formas de organización sedentaria desde hace más de 20 000 años o los diversos estudios sobre el origen del hombre mesoamericano.

En el volumen IV, sobre las disciplinas, destaca el surgimiento, en los cincuenta del siglo xx, de la etnohistoria, bajo el liderazgo de Jiménez Moreno, como resultado de la simbiosis entre la historia y la etnografía. En los capítulos dedicados a la etnohistoria en el plano regional se constata que este maridaje presenta un campo fértil con muchos archivos y otras fuentes por explorar y analizar.

La antropología social también vivió un momento de gran auge. Los estudios de comunidad en zonas indígenas siguieron proliferando, muchos de ellos inspirados en el enfoque culturalista norteamericano. Esta centralidad en lo específico desde una perspectiva cualitativa hace que la etnografía sea reconocida por otras ciencias sociales como tribal y anecdótica.

A la par aparecen los estudios regionales. Guillermo de la Peña, al presentar el balance sobre los estudios regionales en México en el volumen III, dedicado a los temas medulares, menciona investigaciones que se han convertido en clásicos de la antropología universal y que muestran la versatilidad en el uso del concepto de regiones. Por ejemplo, el estudio de Redfield en Yucatán sobre el *continuum folk-urbano* estuvo inspirado en la perspectiva difusionista. Una de las aportaciones de este enfoque fue superar la concepción de la región como un todo homogéneo y más bien percibirla como un espacio internamente diferenciado a partir de la intensidad y frecuencia de la innovación y de la modernidad.

El proyecto tarasco coordinado por Isabel Kelly, cuyo referente era el concepto de niveles de integración sociocultural de la ecología cultural, inspiró otros estudios posteriores que conjugaron explicaciones de orden económico y político en la complejidad del tejido social de diversas regiones del país. En la obra se presentan las investigaciones con enfoque regional llevadas a cabo en diferentes periodos del desarrollo de la antropología en la Huasteca,⁶ en la Cuenca de México⁷ y en la Laguna.⁸

El debate acerca de lo indígena tomó diferentes matices, influenciado por las diversas corrientes en boga en ese momento. Además, es en esta época cuando aparecen otras temáticas como los estudios de campesinado, los estudios urbanos y de las sociedades complejas, etc. Desde esta época es evidente el eclecticismo imperante en los paradigmas antropológicos utilizados en los estudios desarrollados en el país, con la influencia del funcionalismo, el estructuralismo histórico, el ecologismo cultural.

En los volúmenes IX, X y XI, donde aparecen las semblanzas de los protagonistas,⁹ se constata que la época de oro se distingue por las aportaciones de notables académicos. Entre ellos destaca Gonzalo Aguirre Beltrán y sus aportaciones al indigenismo, a la antropología médica y jurídica, así como el replanteamiento de la composición étnica de la sociedad mexicana. De esta época cabe además mencionar a destacados mexicanos, como Dávalos, Pozas, De la Fuente y Villa Rojas. A los antropólogos mexicanos se sumaron extranjeros notables, algunos producto del exilio español. Se incluyen las semblanzas de Genovés, Lorenzo, Bosch, Carrasco, Palerm, Armillas y Comas, quienes, al igual que en otros campos científicos, fueron impulsores de las grandes escuelas de pensamiento.

Además de estos españoles hay otros extranjeros que aparecen en estas semblanzas, distinguiendo a aquellos que no vieron en México

⁶ Las múltiples investigaciones de la Huasteca se mencionan en los capítulos sobre la antropología de Tamaulipas, Hidalgo y San Luis Potosí. En Tamaulipas destacan los estudios de Sanders y García Cook en los cincuentas.

⁷ Son varios los capítulos que dan cuenta de la vasta producción académica en la Cuenca de México.

⁸ La Comarca Lagunera formó parte del "cotton belt" estadounidense a mediados del siglo XIX, lo cual tuvo repercusiones en el modelo de desarrollo que se implementó durante el cardenismo y que dio cuenta del carecer socialista de la zona a raíz del reparto agrario.

⁹ Tres volúmenes están dedicados a presentar las semblanzas de 162 protagonistas que de múltiples formas colaboraron en la construcción de la antropología mexicana. Aquí se destacan descripciones, relatos, construcción de archivos y por supuesto investigaciones científicas. Haciendo un análisis de estas biografías podemos apreciar que un poco menos de la mitad obtuvo una formación en antropología. La mayoría de los mexicanos, e incluso algunos refugiados españoles, fueron formados en la ENAH.

un laboratorio espléndido para desarrollar sus investigaciones, sino que hicieron de México su referente de vida. Entre éstos están el lingüista norteamericano Swadesh o el mesoamericanista alemán Kirchhoff. También destacan mujeres norteamericanas y europeas. Algunas de las más reconocidas son: Anne Chapman, Barbro Dahlgren, Johanna Faulhaber, Calixta Guiteras e Isabel Kelly, quienes consagraron su vida académica a México, además de contribuir a la formación de antropólogos, muchos de ellos distinguidos por su contribución a la ciencia antropológica. A esta lista se suman otros tantos científicos de prestigio internacional que realizaron algunas de sus investigaciones en el país: Sol Tax, Foster, Malinowski, Carrasco, Nash, etc. En fin, estos protagonistas y otros más son multicitados en los distintos volúmenes por la gran trascendencia y la proyección que la antropología desarrollada en México tuvo en el plano internacional.

La antropología crítica de los setentas

Luis Vázquez destaca en el volumen introductorio la aparición de una antropología crítica que coincide con los movimientos sociales a nivel mundial del segundo lustro de 1960. En México se mantiene, aunque con diferente argumentación, una atracción fatal entre lo político y lo científico. Revisando los volúmenes dedicados a la institucionalización de la antropología mexicana, es en esta época cuando, a pesar de que proliferan los estudios de crítica al *statu quo*, paradójicamente se acentúa la promoción del estado a la formación y la investigación de nuestra disciplina en todo lo largo y ancho del país.¹⁰

El marxismo fue una fuente de inspiración de la mayoría de los estudios realizados en esta época. Muchos antropólogos mantuvieron un fuerte compromiso ideológico con el marxismo, recurrentemente entremezclando el quehacer profesional con el posicionamiento político.

¹⁰ Se abren diversos centros de investigación como el Centro de Investigaciones Superiores del INAH (CISINAH), hoy Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), El Colegio de Michoacán (Colmich), El Colegio de Jalisco (Coljal) y el Colegio del Bajío, y diversas escuelas de antropología en los estados de la República, como es el caso de la Escuela de Ciencias Antropológicas en la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY), la Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMex) o el Colegio de Antropología Social de la BUAP. En cuanto a las revistas académicas vemos un gran auge en los setentas, muchas de ellas impulsadas y apoyadas tanto por académicos como por estudiantes de la ENAH, por ejemplo, las revistas *Cuicuilco*, *Tlatoani*, *Anthropos*, *Los Argonautas*. Algunas deliberadamente exponían su exclusividad por publicar con alguna tendencia ideológica, sobre todo de izquierda, otras aceptaban la pluralidad en la orientación de sus artículos. La revista *Nueva Antropología* es también producto de esa época. Esta revista, a pesar de las diversas crisis financieras por las que ha atravesado, permanece independiente de políticas institucionales específicas. Esta autonomía, que es su fortaleza académica, se revierte en dificultades operativas.

Al punto que, como afirma Luis Vázquez, algunos estudios antropológicos de corte marxista manifiestan una atrofia teórica. En contraposición hubo quienes optaron por las explicaciones más heterodoxas haciendo referencia al evolucionismo multilíneal o al neoestructuralismo. Los debates en torno a los enfoques y las ideologías provocaron una escisión de la comunidad antropológica;¹¹ no obstante, esto contribuyó a diversificar los temas y los referentes conceptuales. Las problemáticas exigieron abordajes de mayor complejidad de corte reflexivo y dirigidos a temáticas muy acotadas que propiciaron la sobreespecialización de la antropología mexicana. Esta tendencia iba muy acorde con lo que sucedía con nuestra disciplina en el plano internacional.

Sólo retomando lo referente a la antropología social y a la etnología, uno de los cambios más significativos encontrados para el caso del indigenismo fue la búsqueda de alternativas para procurar el mejoramiento de las condiciones de vida de estas poblaciones, descartando el integracionismo que había probado su fracaso. La diversidad cultural era reconocida como una de las fortalezas para sostener un proyecto de nación, en este sentido se revaloran y se potencian los rasgos distintivos de la población indígena. Se reflexionó acerca del hecho de que la respuesta indígena no representaba procesos de cambio unívocos, que algunos grupos se habían resistido a la modernización, mientras que otros habían sucumbido y acelerado su transformación. A fines de la década de los ochentas, cuando se publica la obra, aparece un grupo de antropólogos que apoya a los propios pueblos indígenas en la lucha por su autonomía y por la reivindicación social, política y cultural de los pueblos. A la par, hay otros que han fomentado programas de política social en atención a los grupos indígenas. Destaca el inicio de programas que tienden a propiciar la educación superior como potencializadora del desarrollo al profesionalizar a los jóvenes indígenas para que ellos mismos sean gestores de los cambios.

Muchos otros temas se cultivaron en el campo de la antropología económica; por ejemplo, se abordaron modelos alternativos a las formas de dominación del modo capitalista de producción. Se desató una fuerte polémica en torno al campesinado entre las corrientes críticas, principalmente entre los que concebían a los agricultores como parte del proletariado y aquellos que aceptaban un evolucionismo multilíneal de las comunidades campesinas a partir de un enfoque agroecológico. La antropología política, por su parte, atendió la diversidad en

¹¹ Un claro ejemplo de los debates en boga en los setentas fue el publicado por Andrés Medina en 1976 ("Ortodoxia y herejía en la antropología mexicana". En: *Anales de Antropología*, v. XIII, pp. 11-41).

las formas de dominación y las demandas y conflictos políticos de la sociedad, así como el estudio de las élites, los cacicazgos y la estructura de clases. También fue importante el desarrollo de estudios urbanos centrados en el análisis de los procesos de marginalidad social y de migración campo-ciudad.

Entre los temas alternativos se desataron los referidos a la clase obrera y al desarrollo industrial del país. El eje analítico dominante era la formación histórico-social de la clase obrera. El Norte y Centro-Norte de México, que estaban marginados del importante desarrollo de la antropología, comienzan a ser foco de atención, especialmente en las zonas mineras, petroleras y de reciente desarrollo industrial. Sobre esto último, destacan los estudios acerca de las condiciones de trabajo en las maquiladoras, lo que se combinó con estudios de género y con temas relativos a la participación política a través de los sindicatos.¹² De mayor alcance interpretativo fue el estudio realizado por Ángel Palerm, que sitúa el desarrollo minero y ganadero de Guanajuato en el siglo XVI como componente estratégico de la formación del sistema capitalista mundial.

Esta gran diversidad temática y de abordaje conceptual de la antropología social a partir de la época de oro y que se acentúa a partir de los setentas no se reproduce en las otras disciplinas. Son pocos los estudios aquí presentados en antropología física que atiendan poblaciones de migrantes europeos o comunidades mestizas. Al igual, merece destacarse la reflexión asentada en el volumen III, dedicado a las subdisciplinas, sobre la escasa producción de estudios lingüísticos referidos al idioma castellano, a pesar de ser la lengua materna de 87% de la población del país.¹³

El recorrido por las etapas evolutivas de la antropología realizada en México conduce a la reflexión sobre la influencia que tuvieron paradigmas hegemónicos en la explicación de los problemas sociales del país y la oportunidad de abrir espacios a la generación de conocimiento alternativo.

Corrientes hegemónicas y pensamiento alternativo

Antes se ha mencionado que la antropología mexicana en sus diversas etapas ha recibido la influencia de paradigmas occidentales como el

¹² Cananea, Guanajuato, El Mante, Ciudad Sahagún, Cruz Azul y la ciudad de Puebla.

¹³ Sólo se mencionan modismos del español en Nuevo León y estudios sociolingüísticos del pocho o caló en los setentas, producto de la conformación de una nueva identidad por parte de migrantes a Estados Unidos.

evolucionismo, culturalismo, el funcionalismo, el estructuralismo y el marxismo. A estas escuelas de pensamiento se les atribuyen dos formas de colonización: una geográfica, al realizar estudios en diversas regiones del país,¹⁴ y otra teórica, al ser los referentes obligados y a veces exclusivos de las investigaciones llevadas a cabo por antropólogos mexicanos. Además, algunas de estas escuelas de pensamiento han ido acompañadas de presiones ideológicas que han dado la pauta sobre el compromiso social o político del quehacer antropológico.

Muchos temas y métodos que se abordaron en México en antropología social han sido reflejo de las discusiones que se llevaban a cabo en la comunidad antropológica occidental, sobre todo la norteamericana, la inglesa y la francesa; a éstas se les suele denominar discusiones de frontera.¹⁵ Sólo para referir uno de los temas más recurrentes en esta obra: los múltiples significados y usos del concepto comunidad como instrumento metodológico que tiene la influencia de la perspectiva culturalista norteamericana. Pero también hubo quienes, bajo la influencia marxista, utilizaron el concepto de comunidad en relación con la dinámica capitalista. Otros circunscribieron sus análisis a nivel de comunidad como estudio de caso para comprender los procesos de cambio social en zonas indígenas o campesinas.

En el volumen V, referido a los temas medulares, se menciona que la polémica sobre la concepción de la comunidad como un sistema cerrado o abierto también fue materia de discusión en la antropología mexicana. Los estudios de comunidad se suman a los estudios antes mencionados sobre migraciones campo-ciudad, el comercio y los sistemas de mercado o los estudios regionales, por mencionar algunos de los más citados en esta obra. Otros más aplicaron técnicas como las genealogías, no sólo para analizar estructuras de parentesco, sino también formas de apropiación de recursos materiales y de control político. Al igual hubo importantes aportaciones en materia de formas específicas de control político a partir de sistemas de distribución y apropiación de recursos.

¹⁴ En el volumen V dedicado a la "mexicanística internacional" se percibe una clara predominancia norteamericana y francesa. La participación británica no fue motivo de un capítulo, muy probablemente porque, si bien hubo varios mexicanos que se formaron en universidades del Reino Unido, los ingleses prefirieron Asia y África como regiones de interés investigativo.

¹⁵ Las referencias al pensamiento anglosajón son recurrentes a lo largo de toda la obra. Múltiples antropólogos estadounidenses y europeos realizaron investigaciones en el país, o bien sus aportaciones se convirtieron en referentes obligados en los estudios realizados por los antropólogos mexicanos. La balanza se inclina por una mucho mayor presencia e influencia de la antropología norteamericana, desde Morgan, Beals, Boas, Kroeber, Goodenough, Carrasco, Redfield, Wolf, por mencionar a algunos. Pero también en diversos textos, los aportes de la antropología británica y francesa se convirtieron en referencias obligadas. Entre los más citados están Radcliffe-Brown, Malinowski, Rivet, Mauss y Durkheim.

Como se mencionó en el recorrido de las etapas constitutivas de la antropología mexicana, hay a lo largo de toda la obra múltiples referencias a instituciones internacionales que patrocinaron investigaciones en el país. Entre las más importantes están: la National Science Foundation, la Fundación Carnegie y la Institución Smithsonian, que inyectaron importantes recursos principalmente a las excavaciones arqueológicas en el Centro y Sur del país. También el antes mencionado *ILV*, que colaboró en la producción de material didáctico en lenguas indígenas. Igualmente se hacen referencias a diversas comisiones científicas auspiciadas por los gobiernos de Alemania, Italia, Bélgica, Prusia y Francia, al igual que a universidades de prestigio como Chicago, Harvard, Oregon y Tulane en Nueva Orleans. Muchas de éstas eran simples estaciones transnacionales que sólo de manera tangencial contrataban a antropólogos mexicanos, muchas veces en calidad de informantes. No cabe la menor duda de que fueron numéricamente más importantes los antropólogos estadounidenses que con sus estudios realizados en México aportaron enfoques novedosos, y que éstos inspiraron a muchas generaciones de antropólogos mexicanos.

La hegemonía de las escuelas occidentales y su presencia directa en México contrasta con lo publicado al final del volumen XII, donde se pone de manifiesto la gran asimetría y brecha abismal, tanto cualitativa como cuantitativa, entre los estudios realizados por antropólogos mexicanos en Estados Unidos, en comparación con las investigaciones de estadounidenses en el país. Aquí se presenta menos de una decena de estudios acotados al tema de chicanos o de frontera, particularmente de los movimientos migratorios México-Estados Unidos y su impacto sociocultural. La excepción de la regla es una investigación auspiciada por el entonces *CISINAH* (hoy *CIESAS*) en el Valle del Tennessee, con la finalidad de analizar el verdadero impacto que ese modelo tuvo en el desarrollo regional agrícola en cuencas hidrológicas de México.

Después de lo expresado aquí, la pregunta es: ¿hay cabida para un pensamiento alternativo en la antropología mexicana? A lo largo de la obra se puede apreciar un mosaico plural de encuentros y desencuentros entre el conocimiento hegemónico y “la antropología sin historia”. Esto último es la manera como Krotz¹⁶ define a aquellos conocimientos surgidos en la periferia que permanecen cautivos en lo local y que no son reconocidos, ni siquiera conocidos, por la comunidad internacional. Esta “antropología sin historia” parece exigir la permanente referencia

¹⁶ Krotz, Esteban, 2006. “Mexican Anthropology’s Ongoing Search for Identity”. En: Gustavo Lins Ribeiro y Arturo Escobar, coords., *World Anthropologies: Disciplinary Transformations within Systems of Power*, pp. 87-112. Estados Unidos: Wenner-Gren Foundation.

y validación de “los clásicos”; estos últimos son siempre referencias de investigaciones generadas en las escuelas de pensamiento occidentales.

Como se puede constatar en esta obra, el propio indigenismo, que le ha otorgado un sello de distinción a la antropología mexicana, estuvo influenciado por modelos evolucionistas, estructuralistas y marxistas a lo largo de su historia. Aunque también experimentó una suerte de “tropicalización” al tener una relación orgánica con el estado y, por tanto, responder a las necesidades políticas e ideológicas prevalecientes en los diversos momentos históricos aquí mencionados. Esto ha conllevado una doble intención: por un lado, preservar y revitalizar los íconos de la identidad nacional y, por otro, promover en el mundo el patrimonio cultural tanto tangible como intangible de México.

Es hasta el último periodo aquí revisado cuando se abre un espacio en la antropología crítica para que las voces de los propios indígenas remonten la comprensión de su propia cultura y sociedad. Esto plantea una perspectiva emancipatoria que incluso ha dado oportunidad de concebir interpretaciones alternativas de su realidad y de esta forma respaldar la lucha de los pueblos indígenas por su autodeterminación. En algunas corrientes de la antropología contemporánea se puede constatar que este pensamiento alternativo ha dado sus frutos en la reivindicación de los derechos humanos y en procesos autónomos de gobernabilidad.

Es así como la recurrencia temática de lo étnico, que en nuestro país significa la centralidad en el tema indigenista, ha sido apropiada de múltiples maneras, desde la folclorización¹⁷ de las raíces identitarias con la finalidad de contribuir a “forjar la suave patria”, hasta convertirse en el referente de proyectos políticos contestatarios. Esta reinterpretación o confrontación es la oportunidad para el planteamiento de paradigmas alternativos.

Redescubriendo *La antropología en México* en el momento actual

La antropología en México sale a la luz pública en un periodo histórico que se podría caracterizar por el debilitamiento de la estrecha vinculación entre el estado y la antropología. El interés sociológico, humanista, se suple por proyectos más eficientistas, donde la generación del conocimiento toma valor en los circuitos de mercado. La vida académica

¹⁷ Hay varios textos dedicados a la alfarería, la cerámica, el juguete popular, los juegos tradicionales, la indumentaria, la música y la danza popular.

ha sufrido importantes transformaciones; se mueve al ritmo del incesante productivismo, de la continua evaluación, de la lucha por acceder a recursos, de la carga excesiva de actividades administrativas.

El modelo neoliberal también ha atrapado al quehacer antropológico. El rol central que una vez tuvo el patrimonio cultural del país como referente básico de la construcción de una identidad nacional ahora se ha convertido en una mercancía (capital cultural), un ícono de lo que México tiene para vender al mundo. Es momento de comenzar una nueva reflexión sobre “los nichos de oportunidad” de una antropología mexicana que lucha por una presencia en un entorno que desdeña la importancia de ocuparse de los fenómenos sociales.

La comunidad antropológica a nivel mundial está reaccionando a este proceso. Ribeiro y Escobar¹⁸ coordinan una red a nivel mundial que precisamente está cuestionando las asimetrías en la producción académica y la diversidad de prácticas en diferentes partes del mundo. La propuesta es reinventar las formas de intercambio y comunicación entre diversas comunidades antropológicas. Los avances de las tecnologías de la información pueden ser una oportunidad para redefinir los términos y las condiciones de la generación de conocimiento. Antropólogos en diversas partes del mundo interactúan en tiempo real, tejiendo una densa red de reflexiones y de oportunidades de colaboración, cuya pretensión es romper con la relación centro-periferia y promover el flujo unidireccional del conocimiento.

Tuvieron que pasar 20 años y una inquietud legítima de los formadores en ciencias antropológicas del país, integrados en la Red Mexicana de Instituciones de Formación Antropológica (RedMIFA),¹⁹ para hacer un alto en el camino y reflexionar sobre el futuro del quehacer antropológico en México y proponer un ejercicio de evaluación y síntesis de esta magna obra. Ojalá que esta exposición, que por breve puede resultar un tanto superficial, comience a retoñar y dé cabida a un riguroso ejercicio epistemológico para revitalizar la disciplina. Total, 20 años no son nada...

Carmen Bueno Castellanos
Departamento de Ciencias Sociales y Políticas-UIA

¹⁸ Ribeiro, Gustavo Lins y Arturo Escobar, coords., 2006. *World Anthropologies: Disciplinary Transformations within Systems of Power*. Estados Unidos: Wenner-Gren Foundation.

¹⁹ Dicha Red Mexicana de Instituciones de Formación Antropológica se integra por prácticamente todos los programas docentes de antropología en el país. Veinte años después de haberse publicado la obra que aquí nos ocupa, en el marco de la RedMIFA, arranca un proyecto de investigación titulado “Antropología de la Antropología”, bajo la coordinación de Esteban Krotz y Ana Paula de Teresa.

La impertinencia de historiar: la república de los antropólogos

En la república de los antropólogos hubo un tiempo en que se consideró una impertinencia sin justificación académica el que se investigara su pasado removiendo los papeles de archivos inconsultos, buscando en fototecas y fonotecas material olvidado, entrevistando a los sobrevivientes poseedores de testimonios desconocidos, calificando su conducta y examinando sus postulados. Veíase como algo innecesario puesto que siempre estuvieron disponibles historias que algunas figuras notables escribían en sus gabinetes.

Ellas consideraban que les correspondía hacerlo dado su amplio conocimiento del desarrollo institucional, ya que habían desempeñado cargos desde los cuales tuvieron una visión panorámica. Además, nunca habían dejado de aparecer testimonios, autobiografías, anecdotarios, enumeraciones y semblanzas, así como descripciones, evaluaciones y revisiones de revistas, fondos editoriales, proyectos, programas escolares, etc. Todo lo cual constituía una enorme y apreciable fuente de datos, informes, hipótesis y análisis.

Incluso bien entrado el siglo xx buena parte de ese material conmemoraba los logros de los antropólogos y las instituciones y recogía las semblanzas apoloéticas de sus figuras señeras. Escasamente se tocaba la sociología de la comunidad antropológica y de los organismos donde desempeñaba su trabajo. En alguna medida se hacía referencia al contexto nacional y en menor proporción al político. Ni en sueños se imaginaba etnografiar a los antropólogos físicos, a los lingüistas, a los arqueólogos, a los etnólogos y a los antropólogos sociales. Aún estaba por nacer el estudio científico sobre el pasado y el presente del trabajo antropológico.

La república de los antropólogos

La antropología está lejos de ser un ente etéreo que evoluciona sin intervención humana, que se manda a sí mismo y que mueve la voluntad y el pensamiento de sus practicantes. La disciplina antropológica es un trabajo de mujeres y hombres con nombres y apellidos, puesto que son ellos quienes la hacen y la desarrollan utilizando las herramientas propias de su oficio.

La mayoría se agrupó en instituciones o en asociaciones conformando equipos de trabajo, corrientes intelectuales y facciones políticas; otros se movieron solitarios pero sus productos formaron parte del material de uso colectivo. Ha sido un conglomerado de grupos de antropólogos, algunos confederados y otros autónomos. En cada uno de ellos se estructuraron y establecieron relaciones sociales internas y externas.

Se asentaron dispersos en varias ciudades y poblados a lo largo y lo ancho del territorio nacional, desde Baja California hasta Quintana Roo. Pudieron percibirse entre ellos diversas procedencias, diferencias fenotípicas, hablas regionales, afiliaciones de clase. Algunos estuvieron ligados a su tierra, otros fueron inmigrantes, otros emigraron. Otros más eran desarraigados e hijos y nietos de desarraigados, que ya no tenían orígenes adonde retornar ni les importaba no tenerlos, o en ellos ya no quedaba nadie que los recibiera. Con frecuencia establecieron relaciones sexuales entre ellos y en ocasiones formaron parejas heterosexuales y homosexuales –a veces endogámicas–, formando unidades domésticas. Usaron una o varias indumentarias que en algo los diferenciaron. Comieron y bebieron de ciertas maneras. Poseían sus costumbres, sus normas y sus creencias laicas, religiosas y esotéricas. Mantuvieron sus ritos, su normatividad y sus festividades. Los jóvenes les tuvieron poco respeto a sus mayores, se negaron a seguir con sus enseñanzas y ni siquiera les interesó conocerlas. Las antropólogas les ganaron terreno a sus colegas varones; llegaron a ser funcionarias y demostraron mejor, igual o peor manera de proceder. Todos tuvieron mucho en común pero con peculiaridades geográficas, étnicas, clasistas, políticas e ideológicas propias.

En ocasiones contaron con líderes intelectuales que pudieron o no impulsar ideas políticas pero no la formación de facciones. Por tener ellos mismos un pensamiento creativo y llevar a cabo investigaciones propias “hicieron escuela”, generando corrientes o líneas fructíferas de investigación, con sus seguidores en las aulas y en los ámbitos de discusión académica. Impulsaron la creación de seminarios, proyectos de investigación, instituciones, departamentos, revistas, congresos y otros medios que estimularon la producción científica.

También llegaron a tener confabuladores y confabuladoras que obtuvieron el control de las fuentes de trabajo y de los recursos materiales e intelectuales. Congregaron en su entorno a discípulos, ayudantes y aliados con o sin un proyecto intelectual, pero con uno político: colocarse en los puestos disponibles y tomar el mando en las instituciones cuando ello les fue posible. A veces las agrupaciones que comandaron se declararon la guerra unas a otras buscando nulificar a sus contrincentes y tratando de imponer su hegemonía.

Las personalidades llegaron a vivir la eterna triple tentación de los antropólogos: la fama, el dinero y el poder académico. Mas también prosperaron quienes hicieron labor de hormiga fuera de la farándula, pues a pesar de sus divergencias compartieron una cultura general: la científica. Regularon y evaluaron su producción mediante la disciplina laboral, el rigor y el cedazo del examen de los colegas. Buena parte de sus integrantes vivió enajenada en sus pesquisas, pues más que trabajar para vivir, vivieron para trabajar.

Los antropólogos como objeto de estudio

Amén de aquellos rasgos humanos y sociales, las antropólogas y los antropólogos se asociaron y prestaron su fuerza de trabajo en agrupaciones, instituciones, organismos y dependencias para emprender labores científicas, culturales, sociales y otras que los hicieron, sin duda alguna, objetos de estudio de antropólogos, psicólogos, politólogos e historiadores. Su actividad es historiable como cualquier otra de uno u otro sector humano, de una u otra región o de uno u otro tiempo. Afirmación de Perogrullo pero inaceptable cuando los científicos consideraban objeto de estudio toda la realidad más allá de sus aulas, laboratorios y cubículos. No imaginaban que algún día esos sitios y sus respectivos pobladores serían objeto de estudio en sí mismos; algo que consideraron fuera de lugar cuando empezó a vislumbrarse.

Los pioneros en este campo debieron experimentar el menosprecio de sus compañeros, quienes tenían la sensación de que eludían el trabajo de campo, el cual era el único con el que se hacía antropología desde su punto de vista. Quienes habían asumido la tarea de redactar la historia de la ciencia antropológica, y buena parte de los colegas en general, sostenían la postura de que "la historia de la ciencia es la historia de las ideas". Lo demás era mirar con insolencia detrás de bambalinas o meterse en la vida privada de los estudiosos, lo cual sólo se ventilaba en corrillos y chismes pero nunca en la Academia.

Con certeza sigue siendo necesario conocer el nacimiento, el trayecto y la muerte de las ideas de los ancestros que van quedando como legado intelectual. Sólo que esto ha cambiado, pues desde hace varias décadas se incluyen entre los sectores estudiados al de los y las antropólogas, al de las instituciones en las que trabajan, al de los proyectos en que participan, etc. Esta rama de la historia de la ciencia tiene ya una posición en la sociedad antropológica, donde disfruta de reconocimiento. Se desarrolla con la misma seriedad y dedicación que cualquiera de las

otras en las que trabaja un historiador profesional utilizando sus instrumentos y respetando ciertas normas, como la crítica de las fuentes, el acomodo cronológico de los datos y la compenetración en los pensamientos, las acciones y las maneras de decir las cosas de una época desde el punto de vista de sus protagonistas.

De particular interés en la historia de la antropología ha sido el proceso de producción del conocimiento y de las ideas, su aplicación y su difusión. La creatividad es un llamativo tema de las indagaciones históricas, en la medida en que remite al proceso mismo del trabajo científico. Esto es necesario porque permite entender la obtención de una materia prima esencial: los descubrimientos. Por ello es más adecuado rotular estos estudios como *la historia del trabajo científico de los antropólogos*.

Atrás han quedado las crónicas dedicadas más a conmemorar hechos y personajes que a estudiarlos. Éstas fueron muy útiles en su época, e incluso ahora como registros, pero hoy en día la historia y la antropología analizan las características del trabajo antropológico, la labor y la trayectoria de quienes lo llevan a cabo, la formación de sus gremios, la configuración institucional, la fundación de revistas y el surgimiento de corrientes. Poco debería servir esto para levantar bustos de bronce, por más que debe reconocerse que de vez en cuando se siguió usando con fines de promoción política. Sin embargo, su verdadero desarrollo está en la ciencia.

Las visiones centroeuropeas y las americanas

Hace décadas, las interesantes y necesarias historias de las antropologías anglosajonas y francesas permitían conocer los avances centroeuropeos y sus extensiones estadounidenses. En la actualidad, es posible conocer cada vez más sus contextos sociológicos, económicos, políticos, históricos, culturales e incluso militares, gracias a la inclusión de otros aspectos de su trabajo científico junto con el de sus ideas.

Por diversas circunstancias esas obras fueron leídas en México como historias mundiales. Hoy en día el panorama se ha abierto de manera considerable debido a la masa de publicaciones cada vez más abrumadora del Norte, Sur y Occidente de la propia Europa, así como de los innumerables conjuntos de antropólogos en África, Asia, Oceanía y América. Las antropologías centroeuropeas continúan proporcionándonos un rico material, sólo que ahora comparten el escenario con una impresionante gama de producciones de los otros continentes.

Aquí conocemos, o al menos intuimos, la impresionante producción de los antropólogos en México, Guatemala, Perú, Bolivia, Cuba, Brasil y Argentina, por citar sólo siete ejemplos entre otros. Aún está por hacerse una historia del conjunto de los antropólogos de la América meridional. El compendio que lo logre será el resultado de una gran y necesaria empresa cultural.

Las memorias mexicanas

El interés por la historia del trabajo y la conducta de los antropólogos en México tuvo un poderoso motor en los años sesenta y setenta del siglo xx: la reflexión gremial sobre su propia disciplina motivada por el clímax de la fortísima discusión y el enfrentamiento político e ideológico de esos años. El afloramiento de una pujante izquierda gremial y la expansión del pensamiento marxista provocaron posturas opuestas, y éstas indujeron a todos los bandos a buscar argumentos en el pasado.

Al final de los años sesenta y principios de los setenta del siglo pasado, entre diversas corrientes, una puso en duda la existencia de una antropología mexicana, o al menos criticó sus fundamentos, dando de ese modo el banderazo de salida a la ofensiva definitiva contra la antropología anquilosada, que presidía una especie de caciquismo intelectual e institucional. Conformada con el propósito político de impulsar a un grupo de autores, tal corriente acompañó a una ola de enjuiciamientos sobre la historia de lo que se había hecho y lo que se estaba haciendo.

Otra consecuencia fue que a fines de esos años setenta se empezó a historiar con mayor profesionalidad utilizando la bibliografía disponible y algunos testimonios orales. Incluso se propuso una cronología más acorde con el desarrollo de la antropología, sin descuidar su contexto histórico, evitando la muy discutible división cronológica en tres periodos: Colonia-México Independiente-Revolución Mexicana.

También se inició la quiebra de la historia única. Uno de los sectores emergentes escribió la suya, en la cual se presentaron como una vanguardia que ascendió en línea directa desde Bernardino de Sahagún. Tuvo el mérito de crear una visión alternativa a la de los cacicazgos y sus figuras emblemáticas. Así empezaron a proliferar historias facciosas y regionales, viniéndose abajo la unificadora, que no ha vuelto a resurgir desde aquel tiempo.

Cada agrupación de antropólogos tiene una historia propia, tradiciones, leyendas y mitos. Ha sido una constante que toda aquella que

logra prosperar y expandirse escribe la suya y la difunde como general, aunque es particular. Cada una da pie para homenajear a sus figuras representativas, colocar sus fotografías en recintos oficiales, montar exposiciones alusivas y levantar monumentos en forma de bustos o de paredes totémicas acompañadas de mensajes para la posteridad.

El pasado de los antropólogos incluye los procesos protagonizados por ellos y las instituciones, así como la memoria que escriben o transmiten de boca en boca. De tal manera que resulta relevante su historia y, lo que no es lo mismo, su memoria. Su historia es la de sus hechos. Su memoria es la imagen retenida y elaborada.

De todo ese gran conglomerado mexicano se intentó hace dos décadas, en la segunda mitad de los años ochenta, elaborar un panorama histórico con base en revisiones bibliográficas. Pese a sus 15 volúmenes y alrededor de 480 artículos escritos por más de 340 colegas, sólo contuvo una visión somera. Las bibliotecas, las hemerotecas, los archivos y la memoria colectiva y personal en varias ciudades del país siguieron guardando montañas de escritos y datos con un sinnúmero de pistas por revelar, que en esa obra enciclopédica apenas se tocaron, si consideramos la magnitud del material disponible.

Investigación científica vs. divulgación

La historia y la antropología de la antropología, pese a que ya tenían antecedentes más remotos de los que hoy en día puede parecer, hace dos décadas eran todavía un campo prometedor. Quienes le dedicaran algún esfuerzo tenían garantizada cierta originalidad y la certeza de toparse con alguna mina de hallazgos reveladores.

Lo que en ese momento era preciso hacer en el medio científico era investigar formalmente el pasado de los antropólogos mexicanos. Sólo unos pocos lo realizaron, sin lograr que esa línea de trabajo tomara forma, pese a que era el momento justo de hacerlo. Era la hora de hablar con los protagonistas aún vivos y de asaltar archivos, bibliotecas, hemerotecas, fototecas y fonotecas. Algo de ello se exploró, pero quedó mucho por conocer.

La enciclopedia de las antropologías en México fue propuesta porque eso era lo más factible hacer en esos años. El equipo directivo de la institución que la patrocinó tenía la idea de que ya se había hecho investigación durante los lustros anteriores y, por lo tanto, lo que seguía era divulgar el conocimiento de la Academia. En efecto, un grupo que previamente se había hecho cargo de la institución en la primera mitad

de los años setenta promovió la investigación, que era una de las reivindicaciones resultantes de su dura oposición a los cacicazgos institucionales, caracterizados por su rezago intelectual y su incapacidad de emprender estudios contemporáneos sobre la problemática del pasado y el presente de México con visiones teóricas ambiciosas y nuevas líneas de trabajo. Tras eso, la política oficial de impulso a las pesquisas originales dejó de interesar, y las subsecuentes administraciones le dieron mayor apoyo a la difusión pública.

Ante la escasa posibilidad de hacer una investigación propiamente dicha, quedaba la alternativa de aprovechar la nueva tendencia de quienes ahora canalizaban el presupuesto de la institución, proponiéndoles al menos una obra divulgativa de gran envergadura que coadyudara al reconocimiento y al arraigo definitivo de la historia de las disciplinas antropológicas como una actividad científica en sí misma.

Veinte años después de aquellos días cabe preguntarse si se frustró el despegue de una corriente de historiadores e historiadoras científicos dedicados a estudiar el trabajo de los antropólogos. Algo se intentó gracias a un puñado de ellos que tuvieron la impertinencia de incursionar en esa tarea. Con todo, quedó la impresión de que se perdió la oportunidad que brindaba el ambiente psicológico, cultural, intelectual y político de la época para favorecer a esos colegas, al colocarlos en una sección de la investigación de punta.

Por fortuna, a fines de la última década del siglo xx y la primera del siguiente se dieron saltos cualitativos, gracias a que unos pocos realizaron investigaciones científicas sobre el pasado y el presente del mundo antropológico. Entre otras empresas resaltaron aquellas que llevaron a cabo revisiones profesionales de los archivos, consultas esmeradas de impresos de cada época en bibliotecas y hemerotecas, entrevistas prolongadas con los protagonistas e incluso, por vez primera, observaciones participantes *in situ*. Sin embargo, fueron golondrinas pasajeras que no anunciaron una nueva estación sino el fin de un tanteo.

La vanguardia antropológica se encuentra ahora en otros estudios como el de la etnografía de la cosmovisión de los pueblos mesoamericanos. Aunque ésta tal vez esté llegando ya al punto de retorno y pronto será rebasada también por otro campo de estudio.

Diferentes circunstancias pueden volver a hacer pertinente reimprimir la historia científica de los antropólogos y de su trabajo. De suceder eso, ocurrirá diferente de como sucedió en el impulso de los años setenta y ochenta; esto es, será una historia diferente en sus causas, sus enfoques y sus propósitos y la llevarán a cabo estudiosos de otra generación.

El ir y venir entre el pasado y el presente

La tentación de rememorar las anécdotas durante una conmemoración siempre es grande. Es un hábito de viejos que tiene alguna utilidad nada despreciable, pero en esta ocasión vale la pena hacer alguna reflexión retrospectiva sobre la pertinencia que aún tiene pensar en hacer historia, sociología, psicología y antropología de la antropología, que fue la frustrada intención original que antecedió a la citada enciclopedia. Por supuesto sigue siendo oportuno, ya que aún queda mucho material por revisar y sobre todo porque existe un cúmulo de preguntas por responder sobre cómo se fue configurando el mundo antropológico en México.

La historia es un instrumento del presente para su aplicación en la polémica y en las consideraciones que anteceden a las medidas prácticas. En consecuencia, las cuestiones históricas que tienen vigencia actual tienen interés para el historiador, aunque él evita diluir su esfuerzo sólo en dirimir sus implicaciones actuales, las cuales dentro de cinco años ya formarán parte de la historia también; él sabe que el conocimiento del pasado tiene valor por sí mismo. El pasado por el pasado: conocerlo es un objetivo necesario.

Hoy sólo quedan unos pocos sobrevivientes de los grupos de uno u otro partido, de tal o cual cacicazgo, que en varias regiones lograron vivir su ascenso y su descenso en la segunda mitad del siglo xx. Como desde el siglo xix, si bien detrás de los pleitos que entablaron personas y grupos hubo antipatías, odios, envidias, celos y pasiones, también expresaron enfrentamientos de grupos o facciones y, lo que es más interesante, diferencias intelectuales e ideológicas. La historia política de los antropólogos incluyó ambiciones inútiles de las que luego apenas quedaron sus cenizas. Implacable, la rueda de la fortuna subió a quienes la abordaron sólo para bajarlos después. Como haya sido, cambió del todo el escenario donde actuaban los antropólogos mexicanos y donde se extinguieron "las vacas sagradas" sometidas a una censura implacable mientras gobernaron con mano férrea.

A cambio han permanecido las letras con las que los antropólogos, de una ribera del río del tiempo o de la otra, plasmaron su testimonio y sus reflexiones de lo que vieron, de lo que encontraron y de lo que algo entendieron en las regiones rurales, en las ciudades, en las costas, en las sierras, en el trópico, en los bajíos y en los ranchos, durante la maravillosa tarea de conocer el complejo mosaico étnico, clasista y cultural que es México. Esto es uno de los propósitos de la historia del trabajo antropológico: el relato crítico y analítico de la empresa científica,

intelectual y existencial de los antropólogos al bajar y al subir por las diversas capas del entramado humano para conocerlo y entenderlo. La próxima historia nacional de la antropología en el país bien podría llamarse *La aventura de los antropólogos mexicanos*.

Una moraleja entre otras puede derivarse de una retrospectiva de la saturación de aquellas discusiones politizadas de los años setenta del siglo pasado: toda crítica en verdad adecuada debió ir acompañada de un proyecto. Cada problemática académica, teórica o administrativa de aspectos que dejaron de funcionar en las instituciones y en el gremio era necesario revisarla, diagnosticarla y prepararle una alternativa para solucionarla o para volver a fundar otra orientación más adecuada a los propósitos del trabajo antropológico.

Si acaso parece obsoleta la obra de los clásicos, hágase la que hoy sea la deseada en vez de sólo negarle validez. Las antropologías de los antropólogos crecen realizando investigaciones que producen obras paradigmáticas y modelos de investigación contemporáneos. La antropología crece con monografías. En consecuencia, si la historia del trabajo de los antropólogos ha de continuar haciéndose pese a que haya dejado de estar en la vanguardia científica, la harán investigadores que, usando fuentes de primera mano, descubran el sentido de las cosas en la palestra antropológica y la expliquen en libros ejemplares. Ésa es hoy la forma de hacer la crítica: haciendo la antropología que se pregona.

Carlos García Mora

Dirección de Etnohistoria-INAH

Las semblanzas de “los protagonistas” en la obra *La antropología en México*

A 20 años de publicada la obra *La antropología en México* no puedo dejar de señalar que, en mi carrera profesional, mi participación en los tres volúmenes dedicados a los protagonistas de nuestra disciplina fue una oportunidad única, por el aprendizaje, por el reto, por no poder cambiar la situación personal en la que me encontraba en esos momentos y por haber perdido la oportunidad de mostrar mayor comprensión hacia el colega Carlos García Mora, director general de la obra. Una vez hecha esta declaración quisiera hacer una reseña de algunas situaciones que se presentaron en la coordinación de los volúmenes que estuvieron a mi cargo.

Me incorporé al equipo de trabajo un poco tardíamente, una vez que ya se había hecho la lista preliminar de los protagonistas y que ya se tenían algunas semblanzas realizadas. Por mi parte, sugerí otros nombres, que fueron aceptados respetando la regla establecida en el sentido de sólo incluir a los mayores de 60 años, y por supuesto a los que ya no se encontraban en este mundo. Una de las primeras sorpresas fue advertir que la empresa se recibía, por un lado, con beneplácito, y por otro lado, con recelo. Algunos de los antropólogos que no estaban incluidos adujeron que estaban por cumplir los sesenta, razón que los hacía sujetos de ser considerados. Muchos de los que no habían cumplido esta edad –compañeros y amigos muy estimados– y que ya tenían una obra realizada y valorada, se sintieron injustamente excluidos. La situación no dejó de ser penosa por estas razones, y considero que ello causó cierta tensión, derivada de los motivos que como coordinadores de la obra asumimos.

Pasados 20 años, creo que es hora de reflexionar acerca de al menos tres temas: uno tiene que ver con la construcción del conocimiento, otro con la edad y con la época de mayor productividad intelectual, y el tercero adquiere importancia toda vez que se requiere una metodología para realizar las semblanzas, biografías, retratos o documentos críticos y analíticos que permitan ponderar el trabajo de los personajes que se incluyen en este tipo de obras.

Con relación al primer tema es conveniente preguntarnos cómo se construye el conocimiento, proceso que nunca es acabado ni terminado de ser. Si el conocimiento es acumulativo tendríamos que pensar o discernir acerca de la siguiente cuestión: el conocimiento no es la suma de todos los conocimientos, sino el modo en que éste se configura –a manera de las identidades, sin un dejar de ser ni acabar de ser, sino que siguen siendo–, es decir, no sumando el conocimiento de todos los profesionales de una disciplina, sino entendiendo que el proceso implica un complejo entramado en el que las aportaciones de los predecesores y los supuestos previos que ellos han formulado se transforman y modifican para dar paso a un nuevo modo de pensar; el conocimiento resultante de este proceso se verá a su vez nuevamente transformado. No cabe duda de que las semblanzas que se realizaron para la obra que comentamos constituyen un aporte indiscutible, y que era necesaria la tarea de reunir las. Dicho de otra manera: ¿podría una historia de la antropología hablar de su intrincado modo de ser sólo sumando las semblanzas de los antropólogos con las de aquellos que contribuyeron al desarrollo de nuestra disciplina desde otras especialidades? Me surgen algunos nombres: el ingeniero Ola Apenes y sus mapas; el

geógrafo Jorge A. Vivó y su enseñanza indispensable de los climas; el viajero Désiré Charnay o Marcos E. Becerra, el educador o “ilustrado” –como lo define en su espléndida biografía Carlos Navarrete–, por no citar más nombres.

La reunión de las 162 semblanzas que se obtuvieron ofrece una visión del trabajo casi siempre individual; pocas veces podemos advertir el trabajo colectivo e interdisciplinario –salvo algunos casos como el realizado por Manuel Gamio en Teotihuacan en la década de los veinte del siglo pasado–. Pero esta situación no demerita el esfuerzo realizado y no deja de ser una importante contribución al conocimiento del trabajo hecho por diversos contribuyentes. En otras palabras, es necesario reunir las semblanzas faltantes y considerar que hay que abrir más capítulos de análisis del desarrollo de la antropología con diferentes grupos especializados de trabajo que se den a la tarea de practicar los análisis, ya sea por tema, ya sea por época.

Con relación a la edad, es necesario preguntarnos acerca del cuándo; acerca del tiempo natural del vivir en el que los hombres despliegan mayores capacidades de trabajo y del cuándo los sujetos cognoscentes realizan su mayor contribución. Es lugar común afirmar que la etapa de madurez científica se alcanza con la madurez biológica, y que son las personas mayores las que adquieren la mayor capacidad analítica. Tendríamos que cuestionar esta idea generalizada y preguntarnos también cuáles son las energías de juventud que se despliegan para realizar empresas por demás difíciles –recordemos a José Luis Lorenzo buscando morrenas en los glaciares de las montañas nevadas, o a Santiago Genovés singlando en su barca Acalli con un reducido grupo para tratar de entender la conducta humana y las formas que adquiere la violencia–. Son tareas de juventud, ni más ni menos, aunque hay que señalar que estos profesionales sí fueron incluidos en la obra por haber cumplido la edad requerida.

Pienso también en las aportaciones teóricas de los jóvenes antropólogos en México, o su rompimiento con los viejos paradigmas; a manera de ejemplo podemos mencionar al grupo de trabajo MOM (Miguel Othón de Mendizábal), que se integró a la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) hacia finales de la década de los cincuenta del siglo pasado; o los llamados “cinco magníficos”,¹ que se enfrentaron a autoridades escolares y administrativas en el Instituto Nacional de

¹ Inicialmente eran “siete magníficos”: Daniel Cazés, Juan José Rendón Monzón, Margarita Nolasco, Arturo Warman, Mercedes Olivera, Guillermo Bonfil y Enrique Valencia. Los dos lingüistas se fueron, el primero a Francia para continuar sus estudios y el segundo se fue a trabajar a una comunidad oaxaqueña.

Antropología e Historia (INAH) y en la ENAH por su nueva manera de concebir la antropología y su praxis. Así pues, el criterio de edad para elegir a los biografiados puede ser cuestionado. Esto sin dejar de legitimar el criterio empleado en la *La antropología en México...*, ya que en toda empresa editorial a realizarse a corto plazo, como fue el caso, se requiere usar ciertos parámetros y criterios que la hagan viable; criterios que siempre, para unos u otros, resultarán arbitrarios, pero que tienen una razón de ser que debemos entender.

Por último, en esta breve reseña de la experiencia como colaboradora de la obra *La antropología en México: panorama histórico*, quisiera introducir el tema del modo de “biografiar” o hacer semblanzas, esto porque parece necesario conocer el estado del arte en lo concerniente a la metodología aplicada cuando se realizan historias de vida, semblanzas y biografías. ¿Cómo nos acercamos al conocimiento de los otros? ¿Qué destacamos de su obra y su vida? ¿Debe existir una separación entre la obra realizada y la vida “personal” del protagonista? ¿Qué grado de empatía debe existir con el personaje? ¿Qué tensión emana del trabajo de “biografiar” a colegas que aún viven y con los que se tiene trato cotidiano? ¿Cómo se jerarquizan los aportes del personaje? La memoria y el olvido pondrán trampas a los autores de las semblanzas, y al protagonista mismo cuando hable de sí. Algunas preguntas se resuelven si tomamos como eje del trabajo de “biografiar” ya sea el enfoque internalista o el externalista, como los denomina Llobera (1980). De cualquier manera, aunque se prefiera el enfoque situacional de los protagonistas y se introduzca su contexto institucional, su pertenencia ideológica, su bandera política, etc., estaremos a caballo entre la ciencia y la ficción, entre la emotividad, el afecto y la literatura, entre la historia del sujeto y la imaginación. Como señala François Dosse (2001), se entra en la encrucijada entre la ciencia y el relato. Cuando tratamos de hacer la historia de los profesionales –en este caso de los antropólogos y contribuyentes a la antropología–, éstos pasan a formar parte de “Este oscuro objeto de la historia de los intelectuales” (Dosse 2007).

Releyendo la presentación que hice al volumen 11 de *La antropología en México*, advierto que ya planteaba, aunque de manera parcial e incompleta, algunas de las reflexiones que 20 años después repito.

Bibliografía citada:

DOSSE, FRANÇOIS, 2001. *Historia: entre la ciencia i el relat*. Valencia: Universidad de Valencia.

_____, 2007. "Este oscuro objeto de la historia de los intelectuales". En: François Dosse, *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual* (Rafael F. Tomás, colab.), pp. 19-42. Valencia: Universidad de Valencia.

LLOBERA, JOSEPH, 1980. *Hacia una historia de las ciencias sociales*. Barcelona: Anagrama.

Lina Odena Güemes Herrera
Dirección de Etnología y Antropología Social- INAH

Comentarios a una historia de 20 años

Resulta una grata experiencia recuperar las vivencias que rodean la aparición, en 1987-1988, de la magna obra coordinada por Carlos García Mora, *La antropología en México: panorama histórico* y hacer un recuento, necesariamente somero, de las condiciones en que se diseña y elabora, así como de algunos de sus efectos en la comunidad antropológica mexicana.

En primer lugar hay que destacar la situación antecedente en la que había ya esbozos de una reflexión sobre la historia del quehacer antropológico en México, como los diversos trabajos de Juan Comas, que tienen en *La antropología social aplicada en México* (1964) su mejor muestra. El año en que se publica es un momento cumbre de la "época de oro" de la antropología mexicana, pues es cuando se inaugura el Museo Nacional de Antropología (MNA) y la zona arqueológica de Teotihuacan es remozada para acentuar su monumentalidad, estrechamente ligada al nacionalismo mexicano. Comas mismo es parte de la cúpula dirigente de las instituciones antropológicas e indigenistas; cercano colaborador de Manuel Gamio en el Instituto Indigenista Interamericano (III), jefe de la Sección de Antropología del Instituto de Investigaciones Antropológicas (IIA) en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), es destacado formador de antropólogos y comprometido participante en las actividades indigenistas y antropológicas dirigidas por el doctor Alfonso Caso.

Es a este grupo dirigente, y a su relación orgánica con el nacionalismo de la Revolución Mexicana y con los regímenes presidencialistas, a quien se refiere, con un tono sarcástico, el libro colectivo *De eso*

que llaman *antropología mexicana* (1970); paradójicamente sus autores, afiladamente críticos, pronto ingresan a esa comunidad con funciones directivas, bajo el renovado discurso nacionalista del sexenio de Luis Echeverría. Guillermo Bonfil es nombrado director del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), y desde esta posición llama a dirigir las investigaciones a Mercedes Olivera; Henry Valencia se incorpora al equipo del doctor Aguirre Beltrán, entonces subsecretario de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y director del Instituto Nacional Indigenista (INI); Margarita Nolasco se incorpora al equipo de la doctora Gloria Ruiz de Bravo Ahuja, esposa del gobernador de Oaxaca y directora de un proyecto educativo en el medio indígena. Finalmente, Arturo Warman, acérrimo crítico del indigenismo oficial, ya bajo el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, es nombrado director del INI y después procurador Agrario, para enfrentar las reacciones que provoca la reforma constitucional al artículo 27, en la que tiene una participación fundamental.

Sin embargo, la corriente crítica que emerge del movimiento estudiantil-popular de 1968 mantiene su vitalidad en el medio estudiantil y docente de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH); como parte de esa iniciativa que impugna el autoritarismo presidencial y el nacionalismo que la legitima, la crítica se vuelve hacia los planes de estudio, establecidos desde 1942, coherentes con el nacionalismo a través de las corrientes culturalista y funcionalista en la antropología social y en la etnología. En ese contexto activo y crítico comienza a inquirirse sobre la especificidad de la “antropología mexicana”, en particular desde un marxismo dogmático; la discusión desatada se dispersa en numerosos ensayos, de la más variable calidad, publicados en revistas y periódicos. Ante la cerrazón nacionalista, los estudiantes exploran nuevos campos de reflexión teórica y política, incluso se vuelve a los clásicos de la antropología reproduciendo ensayos clave, con frecuencia altamente críticos, en la discusión antropológica. Un ejemplo célebre es “Ediciones El Pirata”, que publica fotocopias de estos materiales, con frecuencia ensamblados temática y graciosamente encuadrados a la rústica con llamativas portadas; en esta tarea tiene un papel protagónico René Cabrera Palomeque, estudiante de antropología social con una posición crítica desde un anarquismo feroz.

En ese marco de efervescencia y crítica, de reflexiones sobre la condición epistemológica de las ciencias sociales, Jorge Martínez Ríos, sociólogo oaxaqueño, que trabajaba en el Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la UNAM, con el apoyo de su director, el doctor Pablo González Casanova, organiza una serie de conferencias y un libro (1976)

en el que explora el papel del trabajo de campo en las ciencias sociales mexicanas. En ese libro Gabriel Moedano, etnólogo del INAH, explora la obra de Vicente T. Mendoza, y con ello el lugar del folclore en la antropología, en tanto que yo me ocupé de definir la importancia de la obra de Miguel Othón de Mendizábal, un etnólogo influyente en la década de los años treinta, de importancia reconocida, pero ausente en las discusiones teóricas y políticas de los años setenta, no obstante su posición radical y fundamental en la creación del complejo institucional del que emerge la moderna antropología mexicana. En ese afán de historiar la antropología desde una perspectiva alejada del oficialismo, Pepe Lameiras (1979) realiza su esfuerzo pionero con una mirada de conjunto y de largo alcance, para establecer una primera periodización.

En ese entorno constructivo y de búsqueda, Carlos García Mora y yo conversamos, en 1976, sobre la necesidad de reunir los materiales dispersos y publicarlos en un volumen, con un breve comentario introductorio. Fue una tarea que nos propusimos como un compromiso estrictamente personal, al grado de teclear nosotros mismos los textos que considerábamos representativos. Cuando decidimos armar los materiales adecuados no nos imaginamos la magnitud de la empresa en la que nos embarcábamos, pues nos llevó cuatro años reunir el primer volumen de lo que sería *La quiebra política de la antropología social en México* (1983); el segundo se publicaría en 1986, es decir diez años después de la conversación inicial. Nuestras preocupaciones sobre la antropología en México eran compartidas con otros maestros e investigadores de la comunidad antropológica, entre ellos los del Taller Abierto de Antropología de la ENAH, coordinado por el maestro Alfredo Tecla, con quienes se logró fundar una nueva revista, *Antropología y marxismo*, dirigida por Carlos García Mora, y de la cual sólo aparecieron cuatro números, pues fue abatida por la crisis económica de 1982. La revista expresaba creativamente en su contenido las preocupaciones de una parte de la comunidad antropológica, y una de ellas se refería a la importancia de las contribuciones de uno de sus fundadores, el etnólogo Paul Kirchhoff, de quien se publicaba el texto de las conferencias impartidas en los años treinta a la primera generación de estudiantes de la ENAH, en ese entonces todavía Departamento de Antropología de la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional (IPN). El ensayo que presenta ese texto, "Paul Kirchhoff, el instigador", escrito por García Mora, muestra con elocuencia las preguntas que nos hacíamos sobre la antropología mexicana.

La realización de *La antropología en México: panorama histórico* llevó los seis años del régimen salinista, con Enrique Florescano en la dirección

del INAH; tiempo en el cual la comunidad de académicos participante en la obra se mantuvo en gran actividad gracias a los requerimientos, exigencias y peticiones del equipo encabezado por García Mora; era evidente que se desplegaba una intensa actividad, y había la conciencia de la importancia de lo que se estaba cocinando. La presentación de los 15 volúmenes, algunos todavía olorosos a tinta –recién salidos del horno– fue un acontecimiento muy emotivo, del que recuerdo vivamente el texto de Carlos Navarrete, una crítica mordaz, divertida y certera de la arqueología, en la que compara la disputa de los generales mexicanos, durante la guerra con Estados Unidos, con aquella otra desatada entre los arqueólogos por los macroproyectos auspiciados por el gobierno federal.

Esta obra ha impactado profundamente a la comunidad antropológica mexicana. No sólo constituye un sólido fundamento a sus reflexiones históricas y un referente básico para la configuración de su identidad, sino, sobre todo, abre una serie de temas y de pistas para el desarrollo futuro. El proyecto original fue desbordado por la realidad, por la complejidad de las situaciones a las que se alude, y eso le otorga una desigual estructura, una imperfección en la que radica su grandeza, pues lejos de ser un trabajo redondo y acabado reclama continuidad, balances críticos de los diferentes campos que abarca. Señalaré algunos de los tópicos que me parece necesario reconsiderar.

Por una parte habría que someter a una crítica profunda la periodización establecida para el desarrollo histórico de la antropología, pasar del criterio estrictamente temporal, vinculado a la historia nacional, a otro, u otros, referidos a los contenidos y sustancia de las obras representativas, a sus articulaciones con el desarrollo de la ciencia en los países centrales, entre otras cuestiones; incluso abrir a debate los criterios centrales para establecer las etapas del desarrollo de la antropología mexicana. Detrás de todo esto, por supuesto, están las cuestiones epistemológicas, abordadas por diferentes autores, particularmente aquellos relacionados con la historia de la ciencia. Un recuento de esta discusión puede ser también una tarea necesaria para continuar con las preocupaciones y planteamientos de la obra de García Mora.

Por la otra, es menester continuar enriqueciendo secciones como la de las “cuestiones medulares”, que las hay nuevas, y otras que quedaron pendientes, o bien aquella dedicada a las semblanzas, pues en los 20 años transcurridos han aparecido nuevos actores, nuevas instituciones, y han desaparecido otros y otras. El crecimiento de las escuelas de antropología y de los centros de investigación en la provincia amplía enormemente el campo de la antropología en México, hace más compleja la tarea de diseñar una mirada de conjunto, pero igualmente necesaria.

En cambio, los balances temáticos y regionales son tareas que rebasan la perspectiva de la labor histórica y la sitúan en las diferentes instituciones antropológicas. En este sentido resulta ejemplar la actividad editorial desplegada por Esteban Krotz en el anuario *INVENTARIO ANTROPOLÓGICO*, donde se retoman algunas de esas tareas que constituyen el quehacer antropológico y son un referente fundamental para reconocer sus orientaciones teóricas y sus inquietudes temáticas.

El desarrollo técnico en las ciencias antropológicas (puesto que hay que considerar las especificidades de cada una) también merece una reconsideración. Es uno de los méritos de la obra de García Mora el haber dedicado una sección a este tópico, y es ahora uno de los campos más activados y transformados sustancialmente por la nueva revolución tecnológica, lo que le da un espectacular dinamismo que reta sus potenciales analíticas; claro que por un lado están las cuestiones estrictamente técnicas y, por el otro, las implicaciones metodológicas de su aplicación, las que, a su vez, conducen a una reflexión sobre las teorías implicadas, pues los riesgos de recuperar el positivismo están latentes, y eso se aprecia en particular en el campo de la arqueología y de la antropología física; pero tanto la lingüística como la antropología social y la etnología también son revolucionadas de diferente manera por esta poderosa corriente articulada a los procesos de globalización. Un ejemplo espléndido es el impacto de la nueva tecnología en la etnohistoria, específicamente en la lectura de los códices, algo impensable hace pocos años.

Por último, como parte de esta reflexión a propósito de los 20 años de *La antropología en México*, me referiré a algunos de los resultados de su publicación, y a algunas de las líneas de investigación inspiradas en sus propuestas. Uno de los más importantes efectos de las preocupaciones y propuestas de la obra de García Mora es la fundación del “Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana”,* en 1990, que tiene como sede la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS) del INAH, y como su eficiente y entusiasta coordinadora a la doctora Mechthild Rutsch, y entre cuyos participantes nos encontramos diversos investigadores, entre ellos el propio Carlos García Mora. El Seminario, al que bien puede llamársele “La comunidad del último viernes”, pues se reúne mensualmente ese día, es, en sus cerca de 20 años de existencia, un espacio creativo que ha mantenido un diálogo constante entre sus participantes y con estudiosos de otras instituciones nacionales y extranjeras. Ejemplo vivo de ello son los acontecimientos a

* N. d. I. R.: Una reseña de los 12 años del “Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana” se encuentra en el volumen 8, pp. 471-476, de este anuario *INVENTARIO ANTROPOLÓGICO*.

los que me referiré enseguida, que no cubren la mayor gama de sus actividades y sus influencias, pero que muestran su trascendencia y su constante contribución a los temas a que alude su nombre.

Uno de los primeros actos académicos, si no es que el primero, fue la organización del simposio “El concepto de *crisis* en la historiografía de las ciencias antropológicas”, dentro del II Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y la Tecnología, realizado en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, en la Ciudad de México, en agosto de 1990. El conjunto de ponencias presentadas se reunió en una compilación hecha por Esteban Krotz, publicada en 1992 por la Editorial de la Universidad de Guadalajara (UdG), inaugurando la serie “Cuadernos de Antropología”, lamentablemente desaparecida después de su cuarto número.

El coloquio “La historia de la antropología en México: fuentes y transmisión” fue organizado por el Seminario los días 5 a 7 de julio de 1993, y los trabajos presentados fueron publicados en el libro con el mismo título (1996). Notable en este evento académico fue la conferencia magistral del historiador Curtis Hinsley, discípulo de George Stocking Jr., así como diversas ponencias, como las presentadas por Fernando Cámara, Guillermo de la Peña, Jaime Litvak y Otto Schumann, entre otros; lo cierto es que el resultado constituye un valioso testimonio y un rico material para discutir los problemas de la historia de la antropología.

La discusión en torno a las implicaciones teóricas, metodológicas y políticas del concepto Mesoamérica es desde hace tiempo un tema constante que ha involucrado a la comunidad antropológica mexicana. Dos de las reuniones de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (SMA) le han sido dedicadas, y en diferentes libros y revistas se insiste sobre diversas facetas del tópico. En una de tales revistas, *Actualidades arqueológicas*, se abrió una encendida polémica entre Ignacio Rodríguez y Carlos García Mora sobre Mesoamérica, precisamente lo que condujo a los miembros del Seminario, al que ambos pertenecen, a organizar el coloquio: “Mesoamérica: una polémica científica, un dilema histórico”, que se realizó los días 13 a 15 de octubre de 1997. La intención era confrontar las posiciones opuestas, para lo cual se invitó a cinco ponentes por bando, con el fin de precisar los argumentos, definir los problemas implicados y lograr conclusiones constructivas. Las ponencias presentadas, no todas desafortunadamente, fueron reunidas y prologadas por el propio Ignacio Rodríguez, en el número 19 de la revista del INAH, *Dimensión Antropológica*, de mayo-agosto de 2000.

Para celebrar los diez años de su existencia, los miembros del Seminario organizaron un evento académico, en el IIA-UNAM, bajo el título

de “Alarifes, amanuenses y evangelistas: tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México” (23-26 de octubre de 2001). El libro, del mismo título, fue una coedición del INAH y la Universidad Iberoamericana, coordinada por Mechthild Rutsch y Mette Marie Wacher (2004). Por los temas tratados, los problemas aludidos y la amplitud de las referencias bibliográficas se advierte la madurez a que ha llegado la discusión entre los miembros del Seminario y su capacidad de convocatoria en el medio científico mexicano. Aquí encontramos diversos ensayos, resultado de minuciosas investigaciones de archivo y de campo con aportaciones originales.

Por su lado, la coordinadora del Seminario, la doctora Mechthild Rutsch, ha desarrollado una creativa actividad en la que hace sus propias contribuciones, tales como la organización de las “Jornadas de Historias de las Ciencias en México”, un evento realizado en octubre de 1995, bajo los auspicios del Doctorado en Antropología de la UNAM, cuyos resultados fueron publicados en 1997 por la propia UNAM, en el libro *Ciencia en los márgenes: ensayos de historia de las ciencias en México*. Asimismo, su tesis doctoral (2007), producto de una larga investigación en archivos de México, Estados Unidos y Alemania, fue publicada con el título *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. Esta investigación se erige en modelo para futuros trabajos y abre vetas sugerentes, algunas de las cuales fueron dadas a conocer en diferentes ensayos publicados en México y en otros países; es un fruto maduro y original de una larga reflexión, en la que tienen su parte las ricas discusiones en el seno del Seminario y en los diálogos amistosos establecidos a partir del mismo.

Por mi parte, reconozco la influencia decisiva de las discusiones en el Seminario en diversos trabajos dados a la imprenta, tales como el conjunto de ensayos publicado en el libro *Recuentos y figuraciones: ensayos de antropología mexicana* (1996); así como mi tesis doctoral, *En las cuatro esquinas, en el centro: etnografía de la cosmovisión mesoamericana* (2000). Sin embargo, para recuperar los resultados de las ricas discusiones tenidas en el Seminario, cada uno de sus miembros tendría que dar cuenta de las publicaciones respectivas, estimuladas, inspiradas y confrontadas en las reuniones mensuales; eso nos permitiría tener una primera imagen de sus resultados concretos, tangibles; los intangibles, en términos de motivaciones, inspiraciones y de reacciones críticas, son todavía mayores.

La antropología en México: panorama histórico ha sido un referente fundamental en las reflexiones sobre la antropología mexicana, un esfuerzo enorme, difícil de repetir; un acontecimiento que marca profundamente

la identidad y la conciencia de la especificidad de la comunidad antropológica. Las cuestiones suscitadas en torno a la epistemología, a la historia de la ciencia, a la antropología misma, en su contexto histórico y político contemporáneos, son retos y tareas para las generaciones actuales y futuras.

Bibliografía citada:

- COMAS, JUAN, 1964. *La antropología social aplicada en México: trayectoria y antología*. México: III.
- GARCÍA MORA, CARLOS, 1979. "Paul Kirchoff, el instigador". En: *Antropología y marxismo*, n. 1, pp. 7-10.
- , 2000. "Mesoamérica: un proyecto científico y un programa político". En: *Dimensión Antropológica*, año 7, v. 19, mayo-agosto, pp. 65-95.
- GARCÍA MORA, CARLOS Y ANDRÉS MEDINA, EDS., 1983. *La quiebra política de la antropología social en México: antología de una polémica. V. 1: La impugnación*. México: UNAM.
- , 1986. *La quiebra política de la antropología social en México: antología de una polémica. V. 2: La polarización (1971-1976)*. México: UNAM.
- GONZÁLEZ JÁCOME, ALBA, 2000. "Mesoamérica: un desarrollo teórico". En: *Dimensión Antropológica*, año 7, v. 19, mayo-agosto, pp. 121-151.
- K. WILKERSON, S. JEFFREY, 2000. "Mesoamérica aun sin Mesoamérica". En: *Dimensión Antropológica*, año 7, v. 19, mayo-agosto, pp. 153-166.
- KIRCHHOFF, PAUL, 2000. "Mesoamérica". En: *Dimensión Antropológica*, año 7, v. 19, mayo-agosto, pp. 15-32.
- KROTZ, ESTEBAN, COMP., 1992. *El concepto de "crisis" en la historiografía de las ciencias antropológicas*. Guadalajara: UdG.
- LAMEIRAS, JOSÉ, 1979. "La antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo". En: Varios Autores, *Ciencias sociales en México: desarrollo y perspectiva*, pp. 107-180. México: Colmex.
- LÓPEZ AGUILAR, FERNANDO, 2000. "En la mirada del arqueólogo: una Mesoamérica ciega (entre mesoamericanos te veas)". En: *Dimensión Antropológica*, año 7, v. 19, mayo-agosto, pp. 97-119.
- MARTÍNEZ RÍOS, JORGE, COMP., 1976. *La investigación social de campo en México*. México: IIS-UNAM.
- MEDINA, ANDRÉS, 1976. "Teoría antropológica y trabajo de campo en la obra de Miguel Othón de Mendizábal". En: Jorge Martínez Ríos, comp., *La investigación social de campo en México*, pp. 217-257. México: IIS-UNAM.
- , 1996. *Recuentos y figuraciones: ensayos de antropología mexicana*. México: IIA-UNAM.

- _____, 2000. *En las cuatro esquinas, en el centro: etnografía de la cosmovisión mesoamericana*. México: IIA-UNAM.
- MOEDANO, GABRIEL, 1976. "Vicente T. Mendoza y la investigación sistemática del folklore en México". En: Jorge Martínez Ríos, comp., *La investigación social de campo en México*, pp. 258-316. México: IIS-UNAM.
- RODRÍGUEZ GARCÍA, IGNACIO, 2000a. "Presentación". En: *Dimensión Antropológica*, año 7, v. 19, mayo-agosto, pp. 7-13.
- _____, 2000b. "Mesoamérica: ese oscuro objeto del deseo". En: *Dimensión Antropológica*, año 7, v. 19, mayo-agosto, pp. 47-63.
- RUTSCH, MECHTHILD, 2000. "En torno al Coloquio Mesoamérica y nuestra memoria del doctor Paul Kirchhoff". En: *Dimensión Antropológica*, año 7, v. 19, mayo-agosto, pp. 33-45.
- _____, 2007. *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. México: INAH/UNAM.
- RUTSCH, MECHTHILD, COMP., 1996. *La historia de la antropología en México: fuentes y transmisión*. México: UIA/INI/Plaza y Valdés.
- RUTSCH, MECHTHILD Y CARLOS SERRANO, EDS., 1997. *Ciencia en los márgenes: ensayos de historia de las ciencias en México*. México: IIA-UNAM.
- RUTSCH, MECHTHILD Y METTE MARIE WACHER, EDS., 2004. *Alarifes, amanuenses y evangelistas: tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*. México: INAH/UIA.
- VÁZQUEZ LEÓN, LUIS, 2000. "Graebner y la estructura teórica subyacente en la Mesoamérica de Kirchhoff". En: *Dimensión Antropológica*, año 7, v. 19, mayo-agosto, pp. 167-190.
- WARMAN, ARTURO Y OTROS, 1970. *De eso que llaman antropología mexicana*. México: Nuestro Tiempo.

Andrés Medina Hernández
Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM

Comentario al texto

La antropología en México: panorama histórico, volumen 2: Los hechos y los dichos: (1880-1986)

La obra *La antropología en México* constituye un esfuerzo original por ofrecer un panorama del desarrollo de la antropología en México que recuperaba los resultados del ejercicio de sus diversas disciplinas.

Dentro de la monumental obra, el volumen dos se centra en la exposición del desarrollo de la disciplina a lo largo de un periodo que va desde fines del siglo XIX hasta las postrimerías del siglo XX. Se trata de un periodo de suma importancia, pues no sólo es la etapa en la que se sientan las bases para la profesionalización de la antropología, sino también el espacio en el que el país comienza su complejo y conflictivo proceso de modernización.

En este volumen podemos identificar los nodos históricos cruciales de la construcción de la disciplina, enfatizando cómo su orientación y producción es el resultado de contextos sociales específicos. El procedimiento para lograr este objetivo, por medio de la elección de etapas históricas breves –que van de diez a quince años–, es lo que permite profundizar sobre las condiciones particulares de cada momento, y articularlos magistralmente con los procesos de desarrollo de la antropología mexicana. En todos los casos encontramos una estructura similar en donde se aborda el contexto internacional, el nacional, las tendencias de la disciplina, sus instituciones y sus protagonistas.

Este esfuerzo de contextualización permite al lector comprender con claridad las transformaciones en la manera de construir los conceptos centrales de la antropología, y las diversas formas en que se ha abordado la alteridad cultural en nuestro país, de tal suerte que al concluir la lectura, puede uno representarse el panorama disciplinar que nos conduce por los caminos a través de los cuales se plantearon las diversas temáticas características de la antropología en México.

Las primeras tareas antropológicas se ubican durante el Porfiriato, con el arribo de los paradigmas evolucionista y positivista, que van a dotar de una herramienta científica al conocimiento del indio. Se trata, por otro lado, de una serie de concepciones que calzan bien con las aspiraciones de las élites dirigentes en su búsqueda de la construcción de una nación independiente, con un perfil propio y cuyo precepto central era la homogenización racial, económica y cultural como punto de partida para su viabilidad. La unidad nacional era entonces el tema central de discusión, y fue la expresión obligada tanto de los científicos como de los artistas.

Los diversos ensayos contenidos en el volumen que comentamos nos permiten obtener un panorama de los principales objetos de reflexión de la naciente disciplina, así como de sus resultados visibles: los museos como espacios de producción científica en torno al indio y a lo que llamaron “antigüedades”, y de cómo la investigación arqueológica, lingüística, histórica y etnográfica encontró en ellos los espacios sociales para su desarrollo y su difusión. Desde allí se realizaron publicaciones,

se organizaron conferencias y eventos científicos, y se comenzaron las primeras clasificaciones de objetos arqueológicos con el fin de gestar una historia nacional a favor de la tan deseada unidad nacional. En paralelo encontramos también en este periodo la elaboración de las primeras legislaciones en torno a la conservación del patrimonio nacional como una tarea de estado.

En el segundo capítulo de este volumen se abordan los primeros años del siglo xx, desde el estallido revolucionario hasta su culminación, poniendo énfasis en las instituciones creadas para el desarrollo de la antropología. La pregunta que lo orienta es qué papel jugaron instituciones como el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, la Dirección de Antropología y Poblaciones Regionales de la República y la Dirección de Inspección de Monumentos Arqueológicos, en el desarrollo de la disciplina y en las políticas públicas y el nacimiento del indigenismo, en donde el pensamiento de Manuel Gamio marcó las acciones de gobierno en torno a la política de población y del lenguaje.

Una característica de la exposición radica en el esfuerzo por relacionar la antropología mexicana de la época con las tendencias de la antropología internacional y las corrientes que influyeron en este proceso nacional, dando un marco de referencia espléndido en donde el quehacer antropológico mexicano encuentra un lugar en la antropología general.

El tercer capítulo analiza el periodo de 1920 a 1934, revisando tanto las tendencias nacionales y extranjeras dentro del pensamiento antropológico, como su difusión a partir de revistas y publicaciones periódicas. Asimismo, el interés se centra en cada una de las ramas antropológicas tenuemente delimitadas, haciendo un seguimiento detallado de las formas en que se enraizaron en nuestro país y resaltando a aquellos pensadores –nacionales o extranjeros– que desarrollaron partes nodales de sus temáticas. Este recorrido lleva al autor a considerar que la antropología en México nace a partir de una academia formada por instituciones extranjeras y algunas locales, que logró constituir objetivos y temáticas propias y que, en el marco de una revolución reciente, buscó proporcionar una visión integral de la sociedad y del Estado Mexicano e iniciar la incorporación de los grupos étnicos dispersos por el territorio nacional, generando la unidad nacional a través de la unidad lingüística y racial requeridas para su integración a la modernidad.

El cuarto capítulo brinda al lector un panorama general de la antropología que se realizó durante el periodo cardenista, de 1934 a 1940. Momento de grandes cambios sociales y de la consolidación del discurso nacionalista, trae consigo la profesionalización e institucionalización

de la antropología, así como la gestación de una política indigenista claramente argumentada. Se presenta de manera minuciosa la creación de instancias y de acciones en donde la antropología se arraiga, resaltando, al igual que los capítulos anteriores, tanto las influencias externas –particularmente de instancias como el Instituto Lingüístico de Verano (ILV)– como el trabajo de grandes antropólogos del momento. En este balance crítico desfilan Moisés Sáenz, Alfonso Fabila Montes de Oca, Carlos Basauri, Miguel Othón de Mendizábal y Alfonso Caso, entre otros.

El periodo que va de 1940 a 1964 muestra cómo la infraestructura institucional, que en décadas anteriores apenas se pincelaba, arriba a un momento de consolidación que permite hablar de la *época de oro* del quehacer antropológico. En este marco el autor encuentra dos tipos de protagonistas dentro de la disciplina: aquellos antropólogos extranjeros que llegaron a México con proyectos específicos, generando una influencia notoria en el interior de la antropología; y aquellos nacionales que conformaban la tradición mexicana propiamente dicha. Es este periodo en que se fundan espacios tan emblemáticos como el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), pero también es el momento de la consolidación teórica del indigenismo oficial, en especial con el protagonismo de Gonzalo Aguirre Beltrán.

Particularmente interesante resulta el sexto capítulo, en donde se analiza el complejo y conflictivo periodo de 1965 a 1976, en donde se da una suerte de quiebre en la política indigenista y se cuestiona profundamente el quehacer antropológico oficial, buscando nuevas alternativas y nuevos sentidos de la disciplina. El momento se distingue de los anteriores por tres elementos centrales: la introducción de la teoría marxista como instrumento de análisis y de acción política, el relativo abandono del indígena como único objeto de investigación antropológico, y la apertura de la investigación hacia diversos sectores sociales y procesos socioeconómicos y culturales, pero sobre todo porque por primera vez la antropología mexicana se incorpora cabalmente al pensamiento social contemporáneo.

Este volumen concluye con una reflexión sobre los retos que enfrentan los antropólogos hacia los albores del siglo XXI.

Por último, consideramos que una obra de la magnitud –cuantitativa y cualitativa– de *La antropología en México*, es susceptible de diversas lecturas, tantas como focos de interés posea quien se acerque a ella y, éste es, desde nuestro punto de vista, uno de sus aspectos más valiosos. Los interesados en temas particulares o en el desarrollo de las diversas disciplinas de la antropología pueden, tomando como punto de partida los enfoques y los problemas que se colocaron en el centro

de la reflexión a lo largo de esta obra, situar nuevos enfoques y nuevas problemáticas, identificar aspectos que fueron apenas esbozados o que no fueron tocados para dar continuidad a este esfuerzo que, como su título señala, es una historia inconclusa que nos toca a todos redefinir.

María Ana Portal
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa
Xóchitl Ramírez
Escuela Nacional de Antropología e Historia

De bohemios y antropólogos: a 20 años de *La antropología en México: panorama histórico*

Liminar

De pronto deja uno el caballito de tequila y, en lo que viene el mesero con la botana, saca uno el volumen 15 de *La antropología en México*, y al ver accidentalmente la página legal del volumen, ¡zaz!, aparece ominosa la fecha de edición: 1988. ¡¿Cómo?!, ¿han pasado ya 20 años desde que se editó? ¡Pero si yo todavía consulto los volúmenes!, ¡todavía les hago caso! Y no puedo evitar que, parafraseando a Rubén Blades, venga a mi memoria una pregunta para la eternidad: ¿qué pasó?

Pero ya sé la respuesta. Lo que pasó es que el ínclito (nunca mejor dicho) Carlos García Mora tuvo a bien, desde 1984, echarse al hombro una tarea de la que nunca los antropólogos le estaremos suficientemente agradecidos: elaborar una historia de la antropología mexicana que diera cuenta de los esfuerzos, peripecias, fracasos, avances teóricos, pantanos políticos y ferias de vanidades, entre otras vetas, que colorean nuestra disciplina. Con una paciencia proverbial y ciertas ansias por ganarse el cielo, Carlos emprendió una labor que lo dejó como el “cuetero”: con nadie quedó bien. Quienes hemos consultado los 15 volúmenes, en una u otra ocasión hemos quedado insatisfechos por lo corto del tratamiento de algún tema, por el enfoque sesgado en algún artículo, porque ciertos aspectos que consideramos esenciales ni siquiera se mencionan, y hasta porque la mención de algún protagonista, institución, proyecto o revista no fue imparcial o no hizo la suficiente justicia.

Pero sé que a Carlos lo anterior le tiene sin cuidado, pues él quedó bien con la profesión. Primero porque con su obra finalmente se amalgamaron los no escasos (si bien inconexos) esfuerzos anteriores por

hacer historia de las disciplinas antropológicas, hechos sólo por la iniciativa personal de varios colegas antropólogos (y uno que otro historiador de la ciencia y sociólogo); y segundo, y esto es lo más importante, porque mostró que la historia de la antropología no sólo es esclarecedora y normativa, sino incluso introspectiva, estimulante y hasta divertida. A partir de *La antropología en México* (y no antes) quedó claro que los antropólogos podíamos con éxito historiarnos a nosotros mismos, y los esfuerzos en esta labor se multiplicaron a partir de 1988. Carlos, como buen bohemio, quedó bien con lo más importante: con él mismo (y, estoy seguro, con Catalina).

1988-2008: en la línea de historiar la antropología

¿Qué se ha hecho para seguir construyendo la historia de la antropología en estos 20 años? Desde luego, en cinco cuartillas no puedo explayarme demasiado, pero tampoco puedo dejar de mencionar algunos acontecimientos que atestigüé.

- Pronto quedó claro que historiar la antropología puede ser divertido, pero esto no puede justificar quitarle seriedad académica y, desde luego, si es que hubo aspectos insatisfactorios en los 15 volúmenes de *La antropología en México*, ahora había que dejar de quejarse y asumir la tarea de subsanarlos. Por ejemplo, los volúmenes abordaron con acuciosidad abundantes aspectos de la historia y el quehacer de la disciplina, pero sin duda no destacaron por sus análisis sociológicos. Empero, el reto estaba planteado; y de nuevo Carlos acometió la empresa: en 1991, y acompañado ahora por Esteban Krotz y Luis Vázquez (quienes escribieron los artículos teóricos segundo y tercero, respectivamente, del primer volumen), y con la incorporación de Mechthild Rutsch y Andrés Medina, entre otros bohemios, se dieron a la tarea de formar un grupo de discusión que terminó por llamarse “Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana”,* cuya sede casi siempre ha sido la Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH. Con cerca de 17 años de trabajo continuo en este 2008, el Seminario se ha convertido ya, por sus publicaciones y discusiones, en un referente de rigor cuando de evaluaciones críticas sobre el desarrollo de la antropología se trata.

* N. d. I. R.: Una reseña, de Ignacio Rodríguez García, de los 12 años del “Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana” se encuentra en el volumen 8, pp. 471-476, de este anuario INVENTARIO ANTROPOLÓGICO.

- En 1993 apareció el primer número de una revista que, con el tiempo, no sólo ha ganado reconocimiento en la difusión popular de la arqueología, labor que el INAH tenía muy descuidada, sino que ahora también puede ya valorársele como fuente para la historia de la disciplina a partir de ese año. Aunque los artículos de la revista están lejos de catalogarse de profundos y de contener discusiones teórico-sustantivas o teórico-metodológicas (y tampoco lo pretenden), sin duda reflejan la variedad de proyectos y temáticas de investigación que animan a la arqueología reciente; por ello, cualquier futuro análisis histórico habrá de consultar los números de *Arqueología Mexicana*.
- Para la historia de la arqueología, y en especial su sociología, el año 1995 fue muy importante por la aparición de la tesis de doctorado de Luis Vázquez, *El leviatán arqueológico*, especialmente porque proporcionó un análisis introspectivo de la comunidad arqueológica contemporánea de México tan íntimo y exacto que, por supuesto, molestó y todavía molesta mucho en ciertos niveles autocráticos de la arqueología oficialista.
- Luego llegó 1997 (¡diez años ya!), año en el que fructificó un coloquio que se atrevió a cuestionar un concepto fundamental de la historia de la antropología mexicana, y en especial de la arqueología: el Coloquio "Mesoamérica: un dilema histórico, una polémica científica". En el "Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana" tuvimos la oportunidad de organizar dicho coloquio partiendo del reconocimiento de que la obra *La antropología en México* soslayó el análisis crítico del concepto, y luego conseguimos materializar en el Coloquio las intensas discusiones que al respecto tuvimos, tanto en la sede del Seminario como en la biblioteca de la Tasca Manolo. Ha sido muy gratificante comprobar que la repercusión del Coloquio ha sido constante; todavía recuerdo las cejas alzadas y las sonrisas condescendientes de colegas arqueólogos que no daban crédito de que un concepto tan "sólido" y fundamental en la disciplina fuera a ser cuestionado. A más de una década del Coloquio, algunos de esos mismos colegas ya están descubriendo que al concepto, después de todo, sí tenía mucho que cuestionársele. Y habrá que ver cuál es la primera generación de arqueólogos egresados en el siglo XXI de la ENAH a la que históricamente se le reconozca como no mesoamericanista, alcanzando por fin a las generaciones de egresados de escuelas de provincia, donde, de todos modos, el concepto la mayoría de las veces nunca alcanzó las mismas cotas fundamentalistas.

- El año de 1999 fue muy importante políticamente en la historia de la antropología mexicana. En este año un congresista del Partido Acción Nacional (PAN) (ya hasta olvidé su nombre) lanzó una propuesta de modificación a la Ley Federal de Monumentos Históricos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas, de 1972; propuesta que, como nunca, unió al gremio, que reaccionó contra ella en defensa del patrimonio cultural, especialmente el arqueológico, al que se pretendía poner maquilladamente al servicio de la iniciativa privada. Quiero creer que la unión experimentada por el gremio tuvo fuertes raíces ancladas en el reconocimiento y el orgullo por los importantes logros de nuestra antropología, y en ese reconocimiento, sin duda, estuvo presente el ingente recuento de los mismos reseñado en *La antropología en México*. Queda para un historiador futuro evaluar si esta última apreciación mía es correcta o desatinada, pero cabe aquí hacer honor, nuevamente, a Catalina Rodríguez Lazcano y a Carlos García Mora, quienes, desde la Internet, aglutinaron y condujeron discusiones, documentos, convocatorias y mítines a través de su red de correo electrónico *El Loro*. La historia de este episodio será muy interesante de construir, y especialmente de ligar con la nueva ofensiva del Estado Mexicano y de la oligarquía pro privatización de sitios arqueológicos, que, lejos de estar derrotados, ahora ya no pretenden mucho modificar la Ley sino que han adoptado la estrategia de convertir al INAH en una agencia "gestora" del patrimonio, agencia urgida más de gestores culturales y menos de molestos investigadores, pues lo que se quiere es administrar el valor *recreativo* de sitios y zonas, finalidad para la que el valor histórico y emotivo nacionalista es irrelevante.
- En la obra *La antropología en México* el tema de los protagonistas cayó mucho en el anecdotario, y algunas veces hasta en catarsis nostálgicas. La necesidad de hacer una historia estructural de los investigadores del INAH y de sus instituciones antecedentes llevó a la Coordinación Nacional de Antropología (CNA) a plantear en 2002 la realización de un Directorio Histórico de Investigadores, proyecto coordinado por Ruth Arboleyda. En este intento las dificultades empezaron pronto; desde luego, por la definición misma de la categoría de "investigador", que con ese nombre es relativamente reciente. Pronto, la introspección y ubicación a partir del siglo XIX de quienes se dedicaron a investigar, aunque no tuvieran tal nombramiento, hicieron patente la necesidad de dilucidar, primero, cómo se organizaron las

dependencias que en 1939 se convertirían en el INAH. Así pues, fue imperioso iniciar un proyecto de investigación más ambicioso, que entre sus primeros objetivos tuvo el de que crear una serie de organigramas históricos en los que primero quedarán definidas las jerarquías y competencias de dichas dependencias, para luego ubicar en ellas a quienes realizaron labores investigativas. Pero como esto rebasó el planteamiento original del Directorio, el proyecto creció en pretensiones (que no en presupuesto) y ahora se aboca a construir la historia completa de la institución, llamándose *INAH, tiempo y nación: el Instituto Nacional de Antropología e Historia a través de sus disciplinas, actores y proyectos*. Por fin, y a casi 70 años de su fundación, el INAH se asume como sujeto de estudio histórico.

Hacia una nueva edición de *La antropología en México: panorama histórico*

Se me acabó la botana y ya me pasé de las cinco cuartillas que Esteban Krotz, antropólogo-bohemio-historiador de la antropología, me concedió. Sé que 20 años no es nada, y que quizá habrá que esperar otros 20 para una nueva edición corregida y aumentada de *La antropología en México*. También sé que no la va a coordinar Carlos García Mora porque me ha dicho que, aunque él viva entonces, jamás volvería a echarse encima semejante locura. Me gustaría mucho que la nueva edición incluya al menos dos temas que la primera no incluyó declarada y estructuralmente: la historia de la ética en las disciplinas antropológicas, y una historiografía de la arqueología. Sé que los bohemios colegas del año 2028 podrán hacerlo, porque historiarnos es introspectivo, estimulante y divertido, como sólo la antropología puede serlo. La última y me voy: ¡salud!

Bibliografía citada:

VÁZQUEZ LEÓN, LUIS, 1995. *El leviatán arqueológico: antropología de una tradición científica en México*. México: CIESAS/UdG (tesis de Doctorado en Antropología Social).

Ignacio Rodríguez García
Dirección de Estudios Arqueológicos-INAH

La antropología física en *La antropología en México: panorama histórico*

Evaluar la presencia de la historia de la antropología física en el contexto de la obra en 15 volúmenes *La antropología en México: panorama histórico*, coordinada por Carlos García Mora, no es una empresa fácil y lo es menos en el breve espacio del que dispongo.

Ante la vastedad de la obra mencionada uno se siente tentado, si no está de acuerdo en la historia disciplinar presentada, a dar su propia versión de la historia de su disciplina, o a “corregir” la plana a alguno de los numerosos participantes en tan amplia obra. Sin embargo, no es éste el espacio para caer en esa tentación, no es eso lo que desarrollaré en las siguientes líneas, sino una reflexión sobre la historia de la antropología física plasmada en la obra. Antes, sin embargo, sí haré algunos comentarios generales sobre la totalidad de la obra.

No hace falta insistir en la importancia que una obra de esa magnitud, física y conceptual, tiene para la antropología mexicana en todas sus áreas. Tampoco haría falta decir cómo, a 20 años de su publicación, se ha convertido en referencia obligada para los cada vez más frecuentes y numerosos interesados en la historia de la ciencia en general y de la antropología en particular. Esto último es un dato importante. Hoy en día en que existen numerosos posgrados que abordan problemas sociológicos, filosóficos o históricos de la ciencia en general, la obra coordinada por Carlos García Mora es, por decir lo menos, insólita. Hace 20 años, cuando los pocos interesados en dichos temas se formaban institucionalmente fuera del país o lo hacían individualmente y buscaban espacios de reflexión e intercambio de ideas en mesas de congresos o seminarios pensados para tal fin, como el “Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana”,* donde el propio Carlos García Mora es miembro fundador, la obra mencionada resultaba ya totalmente atípica. No obstante lo dicho, colaboraron en los 15 volúmenes más de 300 autores, hecho que sin duda derivó naturalmente en una cierta heterogeneidad en la forma y profundidad al abordar los problemas históricos de las disciplinas antropológicas en México.

Debido al carácter mismo de la antropología, el interés por su historia ha acompañado a su propio desarrollo. No es nada infrecuente que sean en muchos casos los propios antropólogos los que han

* N. d. l. R.: Una reseña, de Ignacio Rodríguez García, de los 12 años del “Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana” se encuentra en el volumen 8, pp. 471-476, de este anuario INVENTARIO ANTROPOLÓGICO.

historiado a su disciplina, con todas las ventajas que el hecho ofrece, pero también con todos los riesgos por formar parte de la actualidad de la propia comunidad académica sobre la que reflexionan. Este hecho, ya se verá, no resulta nada irrelevante y, por el contrario, puede derivar en la construcción de cierto tipo de historias disciplinarias.

Por otro lado, *La antropología en México: panorama histórico* es realmente monumental, más allá de que, como en toda obra histórica, el lector pueda estar en desacuerdo con determinados puntos. La concepción de los 15 volúmenes, su estructura y contenido la hacen una obra única. Se trata en efecto de una obra ambiciosa donde las haya. Como siempre un reconocimiento al gusto por el detalle y la precisión que invariablemente ha caracterizado el quehacer de Carlos García Mora y, sobre todo, a la pasión evidentemente puesta en el diseño y materialización de la obra mencionada.

Paso ahora a hacer algunos comentarios sobre mi disciplina de origen, la antropología física. Para abordar la siguiente reflexión lo haré caracterizando la obra en función de qué se narra, y quién y cómo lo hace. En muchos casos es evidente que la responsabilidad es compartida entre quienes concibieron la obra en su conjunto y quienes fueron los encargados de desarrollar aspectos específicos.

La obra, en particular el segundo volumen, está dedicado a una reflexión histórica sobre las diferentes áreas de la antropología, desde 1880 hasta el momento en que fueron publicados los diferentes volúmenes. Los autores que conforman el volumen mencionado lo hacen intentando mostrar las singularidades de cada disciplina en el más amplio contexto de la sociedad mexicana de los siglos XIX y XX. Los contextos en los que le tocó a la antropología mexicana surgir y desarrollarse fueron compartidos por las diferentes disciplinas, aunque los resultados en cada caso fueron distintos: la preocupación por el pasado, el nacionalismo en la transición de siglo, el surgimiento del “problema” indígena, la revolución, el cardenismo, la profesionalización de los antropólogos y la institucionalización de sus quehaceres, el estrecho vínculo con el Estado Mexicano, los cuestionamientos de finales de los sesentas, pasando por lo que se menciona como la época de oro y la quiebra política de la antropología mexicana.

En el caso de la antropología física mexicana se muestra su origen y desarrollo enmarcados en los contextos mencionados y ocupándose fundamentalmente de tres ejes analíticos: el origen del hombre americano y la caracterización física de poblaciones indígenas desaparecidas, con una fuerte discusión entre posturas monogenistas y poligenistas; la caracterización física de los diversos grupos indígenas del país

enmarcada en la más amplia tradición de construir tipologías y sistemas de clasificación racial, donde en muchos casos se intentó identificar un supuesto carácter homogéneo en las características físicas de los grupos indígenas; y por último, acorde también con las tendencias mundiales, la articulación de enfoques provenientes de la fisiognomía, la frenología y la biotipología en la entonces naciente antropología criminal. En el contexto de lo nacional, los tres temas estaban fuertemente relacionados: el delincuente, la raza y el origen. Todo ello aderezado por la influencia de la antropología física francesa y de la antropología estadounidense a partir de la estrecha relación entre el considerado padre fundador de la disciplina, Nicolás León, con Aleš Hrdlička.

Los diversos autores que conforman el segundo volumen muestran cómo las preocupaciones centrales en el surgimiento de la antropología física en México se fueron modificando poco a poco: la raciología decreció en importancia, excepto cuando se trató de criticar posturas racistas, fundamentalmente en la década de los cuarentas y cincuentas, por autores como Comas o Genovés; el avance en el interés de los antropólogos físicos por los estudios osteológicos, de crecimiento infantil; la diversificación temática durante los años sesenta (surgimiento de estudios sobre comportamiento, primatología y genética) y el intento de refundación al final de la misma década con multitud de trabajos de corte epistemológico e histórico, con los trabajos de Dickinson, Murguía, Peña, Sandoval, etc.

El volumen acaba haciendo mención del trabajo de antropólogos físicos que entonces formaban parte de las nuevas generaciones, y que, muchos de ellos, en la actualidad son responsables de la formación de las nuevas generaciones de estudiantes o los referentes en sus áreas de especialidad.

A partir del siguiente volumen, y en algunos casos de forma reiterativa, de acuerdo con el sentido general de la obra, se exponen diversas temáticas que pretenden en conjunto caracterizar el desarrollo de la antropología física en México. En este caso la mayor parte de los trabajos son realizados con marcada heterogeneidad por antropólogos físicos habilitados como historiadores. En muchos casos se trata de especialistas en las áreas que pretenden historiar; en otros, son autores que vivieron el proceso descrito y narran parte de sus experiencias y relaciones como forjadores de la disciplina y, por qué no decirlo, de antropólogos físicos que por su trabajo, pero también por su inserción en puestos clave en el gremio antropofísico nacional, ostentan ciertos compromisos disciplinares, hecho que a mi juicio intervino de modo fundamental en la "historia contada"; volveré a ello al final.

En el quinto volumen se desarrolla la importancia de las diversas áreas que conforman, por así decirlo, la preocupación central de la antropología física mexicana, como los estudios morfoscópicos, los odontológicos, el crecimiento, la alimentación y la nutrición o la antropología física aplicada.

En los siguientes volúmenes se ofrecen trabajos que muestran el carácter de la disciplina en el contexto de la “mexicanística extranjera”, la influencia de las tradiciones europea, estadounidense e italiana; la trascendencia de las técnicas antropométricas, la estadística y la computación; las organizaciones y las revistas científicas, como la Asociación Mexicana de Antropología Biológica (AMAB) y los *Estudios de Antropología Biológica*, ambas recién aparecidas ambos cuando se publicó *La antropología en México*; la misión italiana para el estudio de la población indígena y mestiza y la Sociedad Alemana Mexicanista; los médicos y antropólogos físicos más distinguidos en la historia de la disciplina, como Nicolás León, Juan Comas, Santiago Genovés, Ada d’Aloja, Johanna Faulhaber, Aleš Hrdlička, Rubén Lisker, Francisco Martínez Baca, Felipe Montemayor, José Ramírez, Vicente Riva Palacio, Arturo Romano, Javier Romero, Jesús Sánchez, Manuel Vergara y Manuel María Villada. Cabe mencionar que varios de los “biografiados” son a su vez autores de algunas de las biografías de sus colegas.

Los últimos cuatro volúmenes están dedicados a presentar las historias regionales de la antropología física: Norte de México; Occidente, Bajío, Huasteca y Oriente de México, Centro de México y Sur de México.

Es importante mencionar la frecuente participación de algunos autores a lo largo de toda la obra; particularmente destaca Carlos Serrano, quien con casi 15 trabajos ocupa el primer lugar.

Más allá de que la obra mencionada, y la manera de desarrollarla por los propios antropólogos físicos, cuenta una determinada historia del gremio, sin duda, su existencia posibilitó también una cierta integración del colectivo al permitir a sus miembros reconocer su origen y pertenencia a una comunidad académica, hecho nada superfluo en la construcción de las identidades disciplinares. Creo, sin embargo, que las historias contadas son casi por obligación bastante irregulares y en muchos casos paradójicamente ahistóricas en términos reflexivos. Considero que en varios casos son poco críticas.

Se trata de un gremio en el que desde el mismo padre fundador, pasando por casi todos los antropólogos considerados distinguidos, se ha reflexionado sobre su historia, en muchos casos asumiendo que dicha reflexión puede realizarse con la condición de que el pretendido historiador se haya “ensuciado” en el campo como parte de su formación

y trayectoria, siendo entonces la experiencia en el campo la que da autoridad a la historia escrita, como oportunamente me hizo saber uno de los autores del volumen hace algunos años.

Por otro lado, es sabido que las historias disciplinares realizadas por los miembros del propio colectivo que se pretende historiar son muchas veces historias presentistas, justificatorias o hasta apologéticas y que ello se debe, entre otras cosas, a los propios compromisos que como integrantes del colectivo tienen aquellos que se considera son los adecuados para narrar la historia. Compromisos con la defensa de la ortodoxia de la práctica científica, con la orientación de las posibilidades de cambio y con la formación de las nuevas generaciones. Considero que éste es el caso.

No obstante esos matices, estamos sin duda en presencia de una obra única que tendrá que ser contrastada críticamente con los actuales estudiosos interesados en la historia de la ciencia en México, pues como ya se sabe, nada cambia más de prisa que el inmutable pasado...

José Luis Vera Cortés
Escuela Nacional de Antropología e Historia

***La antropología en México: panorama histórico,* una obra para la enseñanza de la historia de la ciencia antropológica en el Norte de México**

¿En qué medida la obra *La antropología en México: panorama histórico*, a 20 años de su publicación, es un material relevante en la formación profesional de los estudiantes de antropología de un plantel regional como la Escuela Nacional de Antropología e Historia Unidad Chihuahua (ENAH-Ch)?

En principio, podemos mencionar que, para abordar el proceso de enseñanza-aprendizaje en cualquier institución educativa, es imprescindible retomar aspectos como, por ejemplo, la estructura y componentes del plan de estudios, los perfiles de ingreso, permanencia y egreso, o la predominancia de determinados modelos pedagógicos y recurrencia de enfoques teórico-metodológicos preferidos por el cuerpo docente. Sin embargo, es importante señalar que un tema poco abordado pero de igual valor concierne a la influencia que tiene para la enseñanza de la antropología el estudio de obras bibliográficas fundamentales.

Considero –y esto desde nuestra disciplina– que no hay muchos antecedentes analíticos, interpretativos o siquiera descriptivos sobre este plausible asunto, si bien en obras como *La historia de la antropología en México: fuentes y transmisión* (1996), compilación hecha por Mechthild Rutsch; *Memoria: 60 años de la ENAH* (s/f), coordinado por Eyra Cárdenas Barahona; y *Recuentos y figuraciones: ensayos de antropología mexicana* (1996), de Andrés Medina, por mencionar algunas, se integran muy tangencialmente nociones sobre el uso de fuentes de investigación para el conocimiento antropológico y su papel o peso en la tarea educativa. Más bien es en los materiales biográficos y autobiográficos (publicados o no) de destacados antropólogos formados en el país, donde hallamos relatos, pasajes, anécdotas sobre cómo determinados textos vistos en la etapa escolar estimularon (por no decir que definieron) el concepto sobre cómo interpretar la historia de la antropología en México. Esto nos reafirma la dimensión y relevancia de los materiales que en este número del INVENTARIO ANTROPOLÓGICO se están publicando.

En este sentido, y volviendo a la pregunta inicial, ¿puede la obra coordinada por Carlos García Mora y coautores convertirse en un material que precise propuestas de interpretación teórica o metodológica sobre el desarrollo histórico de esta ciencia en México, y por ende, constituirse en un verdadero capital científico para cada estudiante de antropología de la ENAH-Ch y antropólogos en ejercicio en esta región?

Primeramente, tenemos que reconocer que para evaluar el aprovechamiento educativo en el uso de cualquier fuente de información son fundamentales en principio tres aspectos: las condiciones de acceso a dicha fuente, la comprensión y aplicaciones del conocimiento según la información extraída y, finalmente, la capacidad y habilidad del lector para su explotación científica. Es obvio que el espacio no da para tratar con amplitud cada uno de estos u otros componentes. Es por ello que me quiero concentrar brevemente en un elemento que considero central: lo que a mi juicio la obra *La antropología en México: panorama histórico* puede proporcionar a un estudiante de antropología del Norte de México, cuyo perfil le debe permitir comprender, analizar e interpretar lo que caracteriza histórica y socioculturalmente esta geografía regional.

Es una verdad de Perogrullo señalar que esta monumental obra proporciona muchas ventajas informativas y formativas; primero, porque nos pone a disposición una cantidad encomiable de información sobre la antropología en México; segundo, porque en buena medida la obra es en sí un balance del grado de preferencias y conocimientos alcanzados hasta ese momento por los antropólogos mexicanos y por

aquellos estudiosos interesados en la realidad histórica y cultural de la formación social mexicana; tercero, porque su propuesta editorial nos presenta distintas posibilidades de lectura de la antropología en México: una visión geográfica o territorial, otra percepción que se centra en lo temático a partir de los productos de investigación, un entendimiento más bien histórico o temporal de la producción científica, y un enfoque atractivo que tiene que ver con las semblanzas bibliográficas de las personas que han participado de este quehacer científico, todo ello entre otros muchos aspectos.

La propuesta expresa sobre el panorama histórico de la antropología en México es ya motivo de reflexión y aprendizaje para el alumnado norteño que de por sí se halla distante histórica, geográfica y culturalmente de los polos sobresalientes en materia de docencia e investigación de la antropológica nacional (Guadalajara, Ciudad de México, entre otros). La obra *La antropología en México: panorama histórico* provee de condimentos para que, en todo caso, dicho educando obtenga elementos que coadyuven decididamente a la construcción de su identidad científica y sentido de pertenencia gremial.

Asimismo, encontramos secciones de esta obra que benefician la formación teórica del alumno al permitirle comparar la producción científica regional respecto a otras antropologías locales, regionales o de propia tendencia nacional. Por ejemplo, en el volumen siete, titulado *La antropología en el Norte de México*, encontramos datos de por sí reveladores: un menor número de artículos sobre Chihuahua frente a otras entidades nortenas, como Sonora. Con respecto a los estudios realizados para esta entidad es visible la predilección de todas las especialidades antropológicas (con sus diversos enfoques teórico-metodológicos) por una subregión o laboratorio sociocultural y ambiental como lo es la Sierra Tarahumara, ello relacionado con algo igualmente destacable concerniente a una elevada participación de antropólogos extranjeros frente a la notable carencia de investigaciones de sus pares mexicanos. Por último, en este volumen, dedicado al Norte de México, encontramos posturas conceptuales diferenciadas, por no decir contradictorias, entre los autores participantes. Una muestra de lo anterior es la delimitación del momento en que ubican los orígenes de los estudios antropológicos en Chihuahua. Para unos, la presencia misional en la zona corresponde a la etapa de los precursores de la antropología; para otros, los estudios de la ciencia antropológica empiezan en 1890 con la expedición de uno de los más citados investigadores: Karl Lumholtz. Otros más señalan que las investigaciones “propia mente antropológicas” en

esta región comienzan en pleno siglo xx, cuando se inicia el doble proceso de profesionalización e institucionalización de la antropología nacional.

No cabe duda de que es motivo de conocimiento para los futuros antropólogos formados en la ENAH-Ch el reconocer que a partir de la consulta de toda la obra *La antropología en México: panorama histórico*, y aplicando un criterio estrictamente cuantitativo, la antropología en México (en cuanto al número y motivo de las investigaciones, perfil, localización y número de instituciones, residencia del mayor número de antropólogos en el país, etc.) ha sido sobre todo *mesoamericanista* en cuanto a la geografía de los temas, *indianista* respecto a los asuntos a estudiar y *centralista* respecto a su organización institucional. Por el contrario, podemos derivar que la antropología de la zona Norte del país—como el Occidente—catalogada como *periférica*, se ha preocupado entre otras cosas por alejarse de estos determinismos y por desarrollar, en consecuencia, un amplio marco conceptual que explique la diversidad cultural y la profundidad histórica de esta parte del país.

Volviendo a la lectura de los artículos específicos sobre Chihuahua constatamos igualmente otros datos relevantes—sea porque son reflejo de una tendencia nacional o el producto de dinámicas propiamente locales—. Primero, advertimos que hay un marcado interés por la arqueología y la etnología de grupos indígenas de la Sierra Tarahumara; segundo, siendo una de las bases para la interpretación histórica de la región el análisis de fuentes primarias ‘todavía explotables’, resulta imprescindible aprovechar el potencial de los archivos coloniales, ‘algunos de ellos vírgenes’, nacionales y extranjeros, que refieran al Norte de México; tercero, se señala que hay evidencia de cierta evolución en el cúmulo de estudios hasta ahora elaborados, tanto en métodos y teorías usadas como en posibilidades para su aplicación; cuarto, perviven carencias o ausencias fundamentales como son los estudios sobre la explotación, desigualdad y discriminación social en otros grupos vulnerables.

La reflexión sobre estas u otras nociones son, sin lugar a dudas, motivo de estudio, dilucidación y debate entre los estudiantes de antropología formados en el Norte del país. Concluyo señalando que la ‘mesa está servida’ para que los antropólogos norteños en ciernes o consolidados se fijen como meta colectiva, en un futuro no muy lejano, la complementación de ésta y otras obras destacadas con planteamientos críticos, creativos y de gran proyección científica y social.

Bibliografía citada:

- CÁRDENAS BARAHONA, EYRA, (s/f). *Memoria: 60 años de la ENAH*. México: CNCA/ INAH.
- MEDINA, ANDRÉS, 1996. *Recuentos y figuraciones: ensayos de antropología mexicana*. México: IIA-UNAM.
- RUTSCH, MECHTHILD, COMP., 1996. *La historia de la antropología en México: fuentes y transmisión*. México: UIA/INI/Plaza y Valdés.

Rodolfo Coronado Ramírez
Escuela Nacional de Antropología e Historia-Chihuahua

La antropología y la lingüística en el Norte de México: una reflexión

Si la filosofía popular porteña señala que 20 años no es nada, para la antropología y lingüística del Norte de México ha sido un largo y sinuoso camino que ha dado notables resultados, mientras importantes áreas de estas dos disciplinas siguen esperando que la investigación antropológica les haga justicia a las chulas fronteras y su compleja diversidad. A dos décadas de haber salido a la luz *La antropología en México*, se han efectuado destacados avances en algunos de los enfoques antropológicos y lingüísticos, diversificándose los estudios sobre estos campos del conocimiento. Sin embargo, dado el atraso en la investigación sobre esta inmensa región, que se viene arrastrando desde los inicios de la antropología mexicana, así como el continuo desinterés por estudiar el Norte de México, su aproximación sigue siendo uno de los retos más grandes para el proyecto, si le queremos llamar así, de la antropología en México.

Ahora, como hace 20 años, toda evaluación que se haga del Norte de México confronta lo hecho en esta región con lo producido en el Centro y Sur del país, o sea lo que se ha llamado Mesoamérica, frente a lo que se ha referido como Aridoamérica, Oasisamérica, la Gran Chichimeca o el gran Noroeste, como han propuesto algunos arqueólogos que trabajan la región (en contraposición a los académicos estadounidenses, que incluyen el Norte de México como parte del gran Suroeste norteamericano).

El volumen 12 reúne una serie de artículos que revisan lo hecho hasta mediados de la década de los ochentas del siglo xx en cuatro áreas

geográficas delimitadas como el Noroeste, el Norte, el Noreste y “más allá de la frontera norte”. En ellos es notoria la presencia mayor de investigadores extranjeros, sobre todo estadounidenses. Entre los que más destacan en la antropología del Noroeste, la más prolija del Norte, se encuentran: Alfred Kroeber, Carl Lumholtz, Edward Spicer, Ralph Beals y Ross Crumrine. A su vez, en lingüística sobresalen: Carl Sauer, Wick Miller, Stephen Marlett y Mary y Edward Moser. Para ese tiempo pocos mexicanos figuraban, entre ellos Margarita Nolasco, Fernando Cámara Barbachano y quien comenzaba a descollar, escribiendo en esa obra sobre la etnología en Sonora, Alejandro Figueroa. En Chihuahua otro colaborador en ese volumen, Luis González Rodríguez, era de los pocos académicos nacionales distinguidos.

Como se puede observar en los análisis expuestos en el volumen sobre el Norte de México, uno de los principales rasgos de los estudios elaborados hasta esa etapa fue la estrecha relación que guardaban la antropología, la historia y la lingüística. Varias de las obras de la época incluían dos y hasta las tres ciencias, para poder analizar la compleja problemática de los grupos indígenas de este territorio. A partir de la década de los noventa se fueron separando en los estudios desarrollados en las diferentes disciplinas. Aunado a la remozada visión de cada una de estas disciplinas, se fue invirtiendo la tendencia entre los estudiosos extranjeros y los mexicanos. En la actualidad hay un creciente número de investigadores del país, mexicanos y algunos extranjeros formados en México, mientras, comparativamente, menos extranjeros llegan a realizar investigación en la extensa zona. El renombre de las figuras anteriores ha cedido su lugar a un creciente número de investigadores, tanto extranjeros como nacionales, estos últimos con grados académicos más altos en comparación con las etapas anteriores de la ciencia antropológica mexicana.

Con el impulso de la lingüística en la Universidad de Sonora (Unison), instaurada hacia finales de los setentas, y la apertura, en 1991, de la ENAH en Chihuahua –las cuales han integrado estudios de maestría a su oferta académica–, así como la consolidación del Centro INAH Sonora, con 35 años de labor en la zona, todo esto vinculado con la apertura de otros centros INAH y de otras instituciones académicas en el Norte de México, se abrió una nueva etapa en el quehacer antropológico y lingüístico de la zona. Esto se ha constatado en las evaluaciones que se han realizado en los últimos años en ambas disciplinas (Moctezuma 2001; 2008, Moctezuma y Aguilar 2005, Moctezuma y Hill 2001; Sariego 1999a; 1999b; 2008). Con más de 20 años de trabajar en el Norte de México, Moctezuma y Sariego se han preocupado por hacer diagnósticos

sobre el quehacer antropológico y lingüístico en la frontera norte, el primero sobre grupos étnicos y las lenguas nativas de Sonora y Sinaloa, y el segundo sobre una antropología más amplia en Chihuahua, aunque ambos hacen referencia a otros estados aledaños.

La antropología en el Noroeste se ha diversificado bastante, de acuerdo con las realidades y necesidades de los estados ubicados en ella. La labor concentrada entre los grupos indígenas nativos ha descendido progresivamente, mientras que otras áreas han tenido un auge considerable, como ocurre con la pesca, la ganadería, la agricultura, la minería, la cuestión urbana, la migración, la salud, por mencionar algunas de las más importantes. Al mismo tiempo, la lingüística se ha concentrado en los estudios sobre el sistema de la lengua, particularmente en lenguas indígenas, y ha dejado de lado otros aspectos relevantes, como son los etnolingüísticos y sociolingüísticos. Los estudios del castellano han venido aumentando, tanto en sus variantes dialectales como en lo estructural y en lo referente a la adquisición y problemas del lenguaje, sobre todo en el espacio educativo. Al mismo tiempo, la arqueología ha tenido un auge en todo el Norte de México, sobre todo con la apertura de nuevos centros del INAH.

En el ámbito etnográfico destaca el trabajo realizado, desde 1999, por el proyecto nacional del INAH "Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio". Los equipos del Norte han padecido la incompreensión heredada por la antropología de tintes mesoamericanos y, sin embargo, han producido aportes significativos al conocimiento de un área por demás marginada. Si lo podemos decir así, a golpes y porrazos se han hecho de un espacio en el proyecto para hacer notar que no todo lo que se encuentra fuera del D. F. es Cuautitlán. A esta experiencia colectiva se suman otras alternativas de discusión, entre las que figuran los seminarios "Las vías del Noroeste" y "Estudios transdisciplinarios del desierto", desarrollados en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

La antropología y la lingüística del Norte de México continúan ancladas entre dos bloques: el del gran Suroeste norteamericano y el de la antropología mesoamericana. Por esta razón, de alguna manera ha buscado darle salida a las problemáticas académicas que se presentan como un inmenso abanico de posibilidades. Hoy por hoy, la antropología en y desde el Norte de México trata de seguir sus propios derroteros, buscando construir interpretaciones acordes con su realidad y no plasmarlos, necesariamente, por la vía de una presencia mesoamericana o del gran Suroeste en esta vasta región, sin olvidar las interrelaciones con ambas áreas culturales. La discusión sigue, y los aportes son muchos y variados en los últimos 20 años, a pesar de que falta tanto por hacer.

Bibliografía citada:

- MOCTEZUMA ZAMARRÓN, JOSÉ LUIS, 1991. "Las lenguas indígenas del Noroeste de México: pasado y presente". En: Donaciano Gutiérrez y Josefina Gutiérrez Tripp, eds., *El Noroeste de México: sus culturas étnicas*, pp. 125-135. México: INAH.
- , 2001. "La antropología en Sonora". En: *Memoria del XXVI Simposio de Historia y Antropología de Sonora (t. I)*, pp. 261-282. Sonora: Unison.
- , 2008. "El devenir de las lenguas indígenas en el Norte de México". En: Juan Luis Sariago, ed., *Retos de la antropología en el Norte de México: Primer Coloquio Carl Lumholtz en el XV Aniversario de la ENAH-Chihuahua*. Chihuahua: ENAH-Ch/Porrúa.
- MOCTEZUMA ZAMARRÓN, JOSÉ LUIS Y ALEJANDRO AGUILAR, 2005. "Aportaciones de la antropología al conocimiento de la región Sonora". En: Jesús Jáuregui y Aída Castillejas, coords., *Las regiones indígenas en el espejo bibliográfico. V. III: Bibliografía*, pp. 395-445. México: INAH.
- MOCTEZUMA ZAMARRÓN, JOSÉ LUIS Y JANE H. HILL, EDS., 2001. *Avances y balances de lenguas yutoaztecas: homenaje a Wick R. Miller*. México: INAH (Col. Científica, 438).
- SARIEGO RODRÍGUEZ, JUAN LUIS, 1999a. "Para una historia de la antropología en Chihuahua". En: *Inventario Antropológico*, v. 5, pp. 29-44.
- , 1999b. "Propuestas y reflexiones para una antropología del Norte de México". En: José Luis Moctezuma y María Elisa Villalpando, eds., *Noroeste de México. Antropología de la identidad e historia en el Norte de México: homenaje a Alejandro Figueroa Valenzuela* (número especial), pp. 17-21.
- , 2008. "Matrices indígenas del Norte de México". En: Juan Luis Sariago, ed., *Retos de la antropología en el Norte de México: Primer Coloquio Carl Lumholtz en el XV Aniversario de la ENAH-Chihuahua*. Chihuahua: ENAH-Ch/Porrúa.

José Luis Moctezuma Zamarrón
Centro INAH Sonora

Desde Veracruz, *La antropología en México: panorama histórico*

En agosto de 1985, iniciábamos una propuesta tendiente a escribir un texto que permitiera exponer algo de la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana (UV) a partir de entrevistas a sus fundadores, a los docentes que estaban en ejercicio y a los que no, a estudiantes, así como de la consulta de material documental existente en los archivos de la misma facultad. El texto tiene por título: *La Facultad de Antropología: materiales para su historia*. Por ese mismo tiempo, recibimos invitación para enviar colaboraciones a un proyecto mayor: la historia de la antropología en México. Participación que fue posible, dada la información que teníamos de la antropología veracruzana.

La respuesta del gremio antropológico a la invitación para participar en esa magna obra es manifestación de la necesidad de acercarnos a través de los relatos a los desarrollos particulares de la disciplina desde los espacios regionales.

Igual de relevante es la diversidad temática que recoge, pues incluye desde aspectos historiográficos, descripciones y problemas teórico-metodológicos hasta síntesis biográficas de una gama de personajes y sus acciones en la construcción de la historia nacional de nuestra disciplina. La lectura de sus biografías nos acerca al pasado de sus acciones, y nos facilita comprender y entenderlos frente a las tareas encomendadas.

Esta visión del hombre en su pasado nos conduce a reflexionar acerca de los caminos que transitaron y que fueron abiertos por ellos.

Por su *corpus* monumental, esta obra es la *Summa* del pensamiento y quehacer antropológico en el país. Su carácter enciclopédico la hace única e irreplicable, y un siguiente volumen estaría dedicado al análisis y reflexión de los expuestos anteriores, y a aportar ideas sobre el futuro de la disciplina ante las necesidades de la sociedad contemporánea.

Desde la experiencia docente en la Facultad de Antropología de la UV, podemos señalar que esta obra es consultada y recomendada por la riqueza temática; en el caso de los estudiantes de arqueología es de gran utilidad por disponer de información acerca de otras escuelas de antropología, de corrientes y desarrollos técnicos, y con los trabajos de Mastache y Cobean, Schmidt y Ortiz Ceballos, y la lectura inicial del doctor Bernal sobre la arqueología en México, complementa diferentes formas de tratar el tema.

Siguiendo con arqueología, lo que se antoja repetitivo en cuanto a manera o momento, deja de serlo desde otra perspectiva. Personajes

e instituciones mencionados en el artículo de Mastache y Cobeanvuelven a aparecer en el de Schmidt, aunque en un marco de análisis un tanto más amplio; y volvemos a encontrarlos en el texto de Ortiz Ceballos, al particularizar sobre la arqueología veracruzana, pues es desde dentro de la institución como analiza la investigación arqueológica en el Estado.

A 25 años de distancia, nos percatamos que la relación investigadores extranjeros-nacionales en Veracruz sigue vigente y que no ha aumentado sustancialmente la publicación de resultados. Debatir y reflexionar sobre estas situaciones es necesario para estimular la conciencia de los jóvenes en formación.

Siguiendo esa línea comparativa en los estudios dedicados a la antropología social, la lingüística, la etnografía y la antropología física, es marcado el contraste: el número es menor en relación con los dedicados a la arqueología. Esta valoración la podemos hacer con los textos publicados en el volumen 13, y si lo llevamos al acervo que custodia el Museo Veracruzano de Antropología, podemos observar esa desigualdad, donde hay más de 20 mil objetos arqueológicos frente a aproximadamente unos 800 objetos etnográficos.

Sin dejar de considerar la importancia de la obra a la distancia, podemos observar la necesidad de agregar información nueva; por ejemplo, con respecto al campo de la lingüística, de la que sólo se habla con referencia a la región huasteca y al trabajo de Ramírez Melgarejo. Igualmente sería conveniente no limitarse al inventario comentado, sino también analizar la obra de algunos autores, como la del profesor Melgarejo Vivanco, de gran influencia en la construcción de la versión oficial de la historia de Veracruz, y en textos de enseñanza primaria que tratan temas de las culturas antiguas.

Una visión mayor acerca de la historiografía de la antropología veracruzana es un trabajo a futuro, es lo que nos permite resumir acerca de la lectura de los textos que se ocupan de lo que en el volumen 13 se refiere a la Huasteca y el Oriente de México, que también podemos proponer como los estudios en la costa del Golfo de México y tierra adentro.

*Gladys Casimir de Brizuela
Álvaro Brizuela Absalón
Universidad Veracruzana*

Arqueología de la antropología en el primer *katún*

Ha transcurrido un *katún* (20 años) desde que hiciera su aparición la obra *La antropología en México: panorama histórico* que ha dejado huella en el quehacer antropológico del país. Con las limitaciones de un espacio reducido, pero con la ventaja que nos da el tiempo transcurrido pretendemos dar una visión desde la perspectiva arqueológica del devenir de esta disciplina en el contexto histórico de nuestro país, tomando como referencia los aspectos abordados en dicha publicación.

Los dos primeros volúmenes: *Los hechos y los dichos: (1521-1880)* y *Los hechos y los dichos: (1880-1986)*, constituyen la piedra angular que sirvió de base para la elaboración de esta obra, ya que en el primer tomo se incluyen dos ensayos medulares sobre la problemática teórica de la historia y la historiográfica de las ciencias antropológicas (Krotz 1987) y sobre la historiografía antropológica contemporánea en México (Vázquez León 1987).

En particular, el artículo de Esteban Krotz (1987) aborda aspectos de la problemática de la cientificidad de la antropología y la necesidad teórica de la historia de esta disciplina para su propio desarrollo y evolución como ciencia.

No obstante el tiempo transcurrido, la historiografía actual sobre este tema es aún escasa en el campo de la arqueología mexicana y el panorama actual no parece ser muy diferente al de aquella época.

Sin embargo, hemos de destacar que después de las discusiones sobre el modo de producción asiático en Mesoamérica (Bartra 1974; 1975, Barrera Rubio 1984), las reuniones declarativas de una arqueología social (Lorenzo 1976) y el fracaso del modelo soviético y la consecuente caída del bloque socialista, se inicia una etapa de mayor madurez en la que se va consolidando lo que se ha denominado como la arqueología social latinoamericana, que tiene su sustento en la arqueología marxista, complementándola en su bagaje conceptual, para así ampliar sus potencialidades aplicativas a problemas concretos de arqueología (Fournier 1992).

El chileno Luis Felipe Bate, profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) del INAH, es uno de los principales teóricos con que cuenta actualmente la arqueología en México. En su obra *El proceso de investigación en arqueología* (1998) sostiene que habría argumentos para seguir sosteniendo razonablemente una posición materialista, no sólo en filosofía, sino en las ciencias sociales, ya que la

complejidad de la realidad social y la diversidad de sus manifestaciones concretas de todo orden encuentran nexos estructurales y causales de peso en su base material de existencia (1998: 12).

Debemos señalar que si bien tuvieron continuidad otras corrientes teóricas, tales como la arqueología neoevolucionista, estructural-funcionalista, procesual, postprocesual, etc., éstas no generaron una discusión teórico-metodológica creativa en la arqueología mexicana.

Los siguientes capítulos de los dos volúmenes abordan desde una perspectiva fundamentalmente cronológica-sociopolítica el panorama histórico de la disciplina, a través de personajes distinguidos por sus aportaciones o de acontecimientos relevantes para la misma. En muchos casos se torna repetitivo el tratamiento de los sucesos, dado el estrecho enmarcamiento cronológico y el traslape de los acontecimientos y procesos históricos que no están sujetos a fechas precisas y limitaciones secuenciales.

Cabe señalar que en la obra mencionada se destaca que la antropología en México ha estado ligada a la problemática social que ha planteado el desarrollo histórico del país, y que esta vinculación la ha hecho compartir las exigencias de una disciplina académica y los desafíos del compromiso social. De ahí que la historia de la antropología sea a la vez un recuento de la problemática social que ha vivido el país y una evaluación de la teoría y la práctica de la antropología (Florescano 1987).

En el caso particular de la arqueología mexicana, su teoría y su praxis, han sido un tanto distintas, ya que han estado ligadas en gran medida al Estado Mexicano,¹ lo cual le da un carácter muy especial y diferente de la arqueología de otros países. La dependencia del aparato gubernamental ha ocasionado que las decisiones fundamentales en cuanto a la materia de trabajo no sean necesariamente decisiones académicas, sino más bien de índole política o tecnócrata.

Luis Vázquez León, citando a varios arqueólogos,² refiere que:

...la historiográfica inspirada en el marxismo ha sido característicamente incisiva al respecto. Un grupo de arqueólogos ha correlacionado la institucionalización con las condiciones de investigación. Aseguran que la arqueología, desde los días de Leopoldo Batres, ha estado determinada por las necesidades político-ideológicas del Estado, sirviéndole de sustento al pensamiento nacionalista. Ello explicaría la permanencia (e institucionalidad) de su política de conservación de los denominados monumentos

¹ Con excepción de la arqueología ligada a las universidades e institutos de investigación.

² Vázquez cita a Beatriz Braniff, Fernando López, Alba Mastache y Rosalba Nieto (1983: 3-5).

prehispánicos y, por ende, la estrategia consistente en explorar restaurar y reconstruir edificios y asentamientos magnificentes (1987: 154).

Es en sus orígenes donde podemos observar una mayor vinculación con los aspectos sociales del desarrollo histórico del país, aspectos que se enfatizan en la obra que comentamos, ya que se tuvo que recurrir a la convencional periodización caracterizada por marcar los periodos con sucesos políticos, ligados al funcionamiento del Estado Mexicano (García Mora 1987).

La historia de la arqueología en la *La antropología en México* tiene un tratamiento dispar y contrastante, con una visión centralista del desarrollo de esta disciplina. En dicha obra se afirma, siguiendo a varios autores, que el inicio de la arqueología científica en México se da a partir del surgimiento de la Escuela Internacional de Arqueología (1911), siendo Manuel Gamio quien aplica por primera vez el método estratigráfico en sus excavaciones (Bernal 1979: 155-156). Sin embargo, dicho método fue utilizado por primera vez en nuestro país por Henry Mercer en 1895, durante sus excavaciones de varias cuevas de la región Puuc de la Península de Yucatán (González Crespo 2000).

Bibliografía citada:

- BARRERA RUBIO, ALFREDO, ED., 1984. *El modo de producción tributario en Mesoamérica*. Mérida: Escuela de Ciencias Antropológicas-UADY.
- BARTRA, ROGER, 1974. *El modo de producción asiático: antología de textos sobre problemas de la historia de los países coloniales* (2a. ed.). México: Era.
- _____, 1975. *Marxismo y sociedades antiguas: el modo de producción asiático y el México Prehispánico*. México: Grijalbo.
- BATE, LUIS FELIPE, 1998. *El proceso de investigación en arqueología*. Barcelona: Crítica.
- BRANIFF, BEATRIZ, FERNANDO LÓPEZ, ALBA MASTACHE Y ROSALBA NIETO, 1983. *La arqueología en el INAH: análisis y proposiciones*. México: INAH.
- BERNAL, IGNACIO, 1979. *Historia de la arqueología en México*. México: Porrúa.
- LORENZO, JOSÉ LUIS, 1976. *Hacia una arqueología social: reunión en Teotihuacan (octubre de 1975)*. México: INAH.
- FLORESCANO, ENRIQUE, 1987. "Liminar". En: Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico. V. 1: Los hechos y los dichos (1521-1880)*, pp. 15-16. México: INAH.
- FOURNIER, PATRICIA, 1992. "Lo social y lo material en arqueología: algunos conceptos y correlatos relevantes". En: *Boletín de Antropología Americana*, n. 26, pp. 25-31.

- GARCÍA MORA, CARLOS, COORD., 1987. *La antropología en México: panorama histórico*. México: INAH.
- GONZÁLEZ CRESPO, NORBERTO, 2000. "Henry C. Mercer". En: Jaime Litvak y Lorena Mirambell, coords., *Arqueología, historia y antropología: in memoriam José Luis Lorenzo Bautista*. México: INAH (Col. Científica, 415).
- KROTZ, ESTEBAN, 1987. "Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica." En: Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico. V. 1: Los hechos y los dichos (1521-1880)*, pp. 113-138. México: INAH.
- VÁZQUEZ LEÓN, LUIS, 1987. "La historiografía contemporánea en México". En: Carlos García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico. V. 1: Los hechos y los dichos (1521-1880)*, pp. 139-212. México: INAH.

Alfredo Barrera Rubio
Centro INAH Yucatán

Un comentario de los comentarios

Múltiples pinceladas y tonalidades se expresaron en los textos elaborados por las/os diez colegas que aceptaron comentar la magna obra *La antropología en México: panorama histórico*. Historiografiar una disciplina abre múltiples vetas, encuentros y desencuentros. No obstante, los comentaristas concuerdan en reconocer esta obra como un importante testimonio de las influencias paradigmáticas, de los avances teóricos, de la aplicación de múltiples metodologías, pero también de las limitaciones, fracasos, protagonismos y compromisos políticos que amalgamaron lo que, hasta la década de los ochentas del siglo pasado, se conocía por antropología mexicana.

No cabe la menor duda de que la mezcla de alcances y limitaciones también incita al ejercicio obligado de repensarse de vez en vez, de "katún en katún", y reconocer que "20 años sí es algo..." Ese algo coincide con un cambio significativo en las relaciones de poder en el mundo. Fue precisamente a fines de los ochentas cuando surgen en Latinoamérica gobiernos de corte neoliberal y cuando el mercado muestra una suerte de omnipresencia sin rostro humano.

Durante estos 20 años hubo sólo algunos brotes aislados y acotados de ejercicios de síntesis y evaluación. Es momento de hacer un alto en el camino. Seguramente la motivación es distinta, así como los propósitos

y los hacedores. Muchas enseñanzas podemos sacar de *La antropología en México: panorama histórico*. Una que no se ha mencionado es evaluar y reconsiderar la estrategia que se utilizó para armar los 15 volúmenes de esta obra. Habría que recordar que el coordinador general, Carlos García Mora, optó por abrir simultáneamente diversas compuertas: etapas históricas, temas, regiones, instituciones, protagonistas. Esto en conjunto estructuró y ordenó el cúmulo de intervenciones, ocasionando traslapes, redundancias, apologías, ausencias significativas, contradicciones y contrapunteos, pero también dio oportunidad de configurar un caleidoscopio donde se plasmaron múltiples perspectivas sobre la construcción de la identidad antropológica mexicana.

Recordemos que historiar es un proceso siempre inconcluso, que se crea y recrea continuamente. El comentario de Andrés Medina permite precisamente redimensionar *La antropología en México: panorama histórico* como un proceso. Reconstruye los momentos de gestación y recuerda el andamiaje que entretejía instituciones, foros académicos, declaraciones periodísticas y reuniones informales. En todos estos espacios se mezclaron virtuosamente ideas, noches de bohemia, reuniones científicas, compromiso político, talacha y negociaciones que al final hicieron posible que esta gran odisea contara con el respaldo del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

También Andrés Medina nos relata la continuidad de este proceso en coloquios de temas específicos, seminarios permanentes y/o reuniones de verdaderos pares; entre estas reuniones destaca "La comunidad del último viernes" (p. 431). Los espacios y eventos mencionados mantienen ese espíritu de autodefinición y crítica del devenir de la antropología que caracterizó a *La antropología en México: panorama histórico*.

Hay un cúmulo de preguntas por responder. Las que a continuación expongo fueron resultado de la lectura de los comentarios que antecedan esta reflexión:

- ¿Qué rumbo, traspiés y/o avances sustantivos ha tenido la antropología desarrollada en México en estos últimos 20 años?
- ¿Cómo ha cambiado la geografía científica de la antropología del país, en estos 20 años, en lo referente a la relación centro-periferia tan reiteradamente expresada por los antropólogos que ejercen en la así llamada "provincia"? Este sentir se sintetiza en el comentario escrito por Rodolfo Coronado cuando afirma que "la antropología en México... ha sido sobre todo *mesoamericanista* en cuanto a la geografía de los temas, *indianista* respecto a los

asuntos a estudiar y *centralista* respecto a su organización institucional” (p. 451).

- ¿Qué nuevos derroteros se han explorado en la antropología desde los espacios regionales, sobre todo en las dos últimas décadas cuando, a pesar de un sentir de marginalidad del gremio que trabaja fuera del D. F., se ha experimentado un crecimiento exponencial de programas de docencia e investigación en diversos estados del país?
- ¿Se ha potenciado nuestro quehacer con el uso de nuevas y sofisticadas herramientas tecnológicas de recuperación de información, registro de datos y formas de vinculación y comunicación?
- ¿Estamos reelaborando nuestras preguntas, en esta época de cambios acelerados, acerca del devenir del mosaico étnico que caracteriza a este país, de las viejas y nuevas desigualdades sociales, de nuestra relación, las más de las veces, irresponsable con el medio ambiente?
- ¿De qué manera la antropología mexicana ha contribuido a romper con la inercia de vivir en permanente vulnerabilidad cuando tenemos un país que, sin lugar a dudas, es sede de una gran riqueza natural y cultural?
- ¿Hemos superado las explicaciones circunscritas al estado-nación para dar cabida a una perspectiva que considere las múltiples relaciones a escala planetaria que trastocan el ámbito local?
- ¿Nos hemos apartado de la relación orgánica con el estado, o han surgido otras relaciones igualmente perversas que subsumen lo académico a otras prioridades?
- ¿Hemos construido una nueva manera de aprender y dialogar con las corrientes del pensamiento hegemónico, al punto de generar conocimiento creativo que permita comprender e interpretar de mejor manera la compleja realidad actual?

En fin, aún quedan, como afirma Carlos García Mora, “...un sinnúmero de pistas por revelar” (p. 420).

Hoy por hoy, estamos de nuevo frente a una gran oportunidad y a la vez un gran desafío. Se trata del renacimiento de una inquietud colegiada que surge a fines del primer lustro del siglo XXI, de conocernos y reconocernos y, al mismo tiempo, ir construyendo un horizonte que revigore el quehacer antropológico en un contexto globalizado. Esta iniciativa se generó en las reuniones periódicas de los programas de formación antropológica del país. Desde Sonora hasta Yucatán, de manera paulatina se ha tejido una red en donde la gran mayoría de los

programas docentes del país está poniendo en práctica “la antropología de la antropología”. Un autoanálisis, un “*check up*” de pies a cabeza, básicamente centrado en la formación de las nuevas generaciones de antropólogos. Este ejercicio experimenta, a diferencia de *La antropología en México: panorama histórico*, muchos mayores recursos tecnológicos, incluso apoyos para la movilidad de sus integrantes, una infraestructura académica más representativa de las diversas regiones del país, pero también presiones eficientistas que acotan el espacio de generación de conocimiento de largo aliento. ¡Que este ejercicio sea un disparador de muchos otros proyectos que ayuden a la antropología mexicana a incidir en su presente y en su futuro!

Carmen Bueno Castellanos
Departamento de Ciencias Sociales y Políticas-UIA